ANALES DE LA SOCIEDAD DE GEOGRAFIA E HISTORIA

REVISTA TRIMESTRAL

REGISTRADA COMO CORRESPONDENCIA DE SEGUNDA CLASE, EN LA ADMINISTRACION DE CORREOS DE GUATEMALA, EL 16 DE ENERO DE 1930, BAJO EL NUMERO 8

AÑO XXI | GUATEMALA, C. A., SEPTIEMBRE-DICIEMBRE DE 1946 | TOMO XXI

OFICINAS:
3A. AVENIDA SUR, NUMERO 1
SUBSCRIPCION:
2 QUETZALES POR AÑO

NUMEROS 3 Y 4

J. FERNANDO JUAREZ MUÑOZ,
DIRECTOR

SUMARIO

PAGINA

1—Memoria de las labores realizadas por la Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala, durante el año 1945-46 183

2—La recepción, en la América española con especial referencia a Guatemala, de la ilustración del siglo XVIII 190
Conferencia leída por el Dr. John Tate Lanning, en el seno de la Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala, el 25 de julio de 1946.

3—Antigua tradición del pueblo quiché. De cómo al descender el aliento divino se creó un mundo, idea contenida en las dos palabras Popol Vuh.. 200
Conferencia leída por el socio activo Rafael E. Monroy en la sesión pública del 25 de julio de 1946.

4—Conferencia dictada en el salón de actos de la Escuela Normal Central para Varones, con motivo de las fiestas patrias 248
El 11 de septiembre de 1946, por el socio activo José C. Díaz Durán.

5—La esfinge mitológica de la civilización nazca 253
Por Próspero L. Belli, Ica, Perú.

6—Discurso pronunciado por Mariano López Mayorical, en el acto de su ingreso a la Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala, como socio activo, el día 11 de octubre de 1946 257

7—El socio J. Fernando Juárez Muñoz da respuesta al discurso anterior...... 274

8—Dolores Bedoya de Molina. "Heroína de nuestras libertades", esposa modelo y madre ejemplar 278
Discurso pronunciado por la señorita Albertina Gálvez G., en la Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala, el 13 de septiembre de 1946, al recibirla como socia activa.

9—"La medicina en las guerras de independencia cubana" 294
Por el socio correspondiente Dr. Saturnino Picaza y Pino, de la Habana, Cuba.

10—Historia de la Virgen del Socorro de Guatemala 318
Por Carlos Samayoa Chinchilla, Guatemala.

11—La alfabetización en lenguas indígenas: el proyecto tarasco 330
Por Ignacio M. del Castillo, México.

12—Sóstenes Esponda, eminente educador chiapaneco 341
Por Jesús Agripino Gutiérrez, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas.

13—Efemérides para escribir la Historia de la muy noble y muy leal ciudad de Santiago de los Caballeros de Guatemala (continuación) 350
Por el socio activo Profesor J. Joaquín Pardo

14—Bibliografía 355

15—Indice del Tomo XXI 359

SOCIEDAD DE GEOGRAFIA E HISTORIA DE GUATEMALA

FUNDADA EL 15 DE MAYO DE 1923

Y RECONOCIDA COMO ENTIDAD JURIDICA, POR ACUERDO GUBERNATIVO DE 20 DE AGOSTO DEL MISMO AÑO

Junta directiva para el período de 25 de julio de 1946 a igual fecha de 1947

Presidente .... Profesor J. Joaquín Pardo.
Vicepresidente .... José C. Díaz Durán.
Vocal 1º .... Lilly de Jongh Osborne.
Vocal 2º .... Francisco Barnoya Gálvez.
Vocal 3º .... Ingeniero Carlos Enrique Azurdia V.
Primer secretario .... J. Fernando Juárez Muñoz.
Segundo secretario .... Ricardo Castañeda Paganini.
Tesorero .... David E. Sapper.
Bibliotecario .... José Luis Reyes M.

Comisiones permanentes para el período de 25 de julio de 1946 a igual fecha de 1947

Régimen interior:
La Directiva.

Publicaciones:
J. Fernando Juárez Muñoz y Pedro Pérez Valenzuela.

Geografía y levantamiento de mapas y planos:
Pedro Zamora Castellanos y Félix Castellanos B.

Estadística y censo:
Rafael E. Monroy y Francisco Barnoya Gálvez.

Historia universal:
José Matos y J. Joaquín Pardo.

Historia de Centroamérica:
Sinforoso Aguilar, Rafael Piñol Batres y Carlos Gándara Durán.

Indigenismo, etnografía y etnología:
Antonio Goubaud Carrera, David Vela, Julio Roberto Herrera S., Lilly de Jongh Osborne, Ovidio Rodas Corzo y Jorge del Valle Matheu.

Arqueología:
David E. Sapper, Carlos L. Luna y Ricardo Castañeda Paganini.

Ciencias naturales, agricultura y observaciones meteorológicas:
Ezequiel Soza y Ulises Rojas.

Geología y mineralogía:
Ernesto Schaeffer, Bernardo Alvarado Tello y Carlos Enrique Azurdia.

Conservación de monumentos arqueológicos:
Roberto E. Smith, Federico Morales y Eduardo Mayora.

Turismo, caminos y fotografía:
Luis O. Sandoval y José C. Díaz Durán.

Formación del Diccionario geográfico e histórico, bibliografía y bibliotecas:
Lisandro Sandoval, J. Joaquín Pardo y Rafael Arévalo Martínez.

Hacienda:
Sinforoso Aguilar, J. Fernando Juárez Muñoz y Carlos F. Novella.

Instrucción pública y conferencias:
Jorge del Valle Matheu y Laura Rubio de Robles.

NO. 6118-1.150-10-47 TIPOGRAFIA NACIONAL.—GUATEMALA, C. A. IMPRESO NUMERO 2601

Memoria de las labores realizadas por la Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala, durante el año 1945 - 46

Honorable Junta General;

Señores:

Otra vez el mandato de nuestros estatutos me trae ante vosotros con el breve relato de los trabajos que la Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala llevó a cabo durante el período social 1945-1946.

Bien conocida es la labor de nuestra institución. Ya hubo quién dijera que observamos una conducta conservadora, que no hemos podido dar impulsos modernistas o revolucionarios a la Sociedad, y aun se ha llegado a colgarle el sambenito de "viejismo" a nuestra obra. Naturalmente que todos nosotros hemos respetado el derecho de opinar que tienen —como lo tienen todos los humanos— quienes de buena fe nos visten con tales ropajes.

La Sociedad no ha discutido nunca el sentir ajeno. Todos y cada uno de sus miembros —contadas excepciones habrán de ponerse aparte— ponen su desinteresada y voluntaria participación en los trabajos colectivos, sin ponernos a considerar, previamente, si enmarca en los cánones de un modernismo demoledor, o si logra mantener el espíritu de nuestra historia y bucear en el pasado, para sacar el hecho tal como se realizó. La interpretación que de él se haga será, "según el cristal con que se mire". Pero la misión de una sociedad como la nuestra, si es verdad que puede y debe seguir la corriente exegética del día, no le es dable abandonar sus iniciales propósitos de sacar a luz el pasado de nuestra patria, mediante la evidencia de los clásicos de nuestra historia, porque son las fuentes donde nace el agua las que brindan al sediento linfas puras no contaminadas de snobismo que no concuerdan con el relato escueto del hecho que fué.

Por otro lado nosotros creemos que al servicio de la Sociedad y ésta al servicio del país, no debe exigírsenos más de lo que podemos, siempre que pongamos de bulto una sincera buena voluntad y un desinterés manifiesto. No será mucha vanidad si afirmo que ambas condiciones presiden nuestras labores y que no esperamos, ni hemos esperado nunca, recompensa de ninguna especie. Trabajamos por Guatemala y ella se lo merece todo, hasta ser víctimas del pensar extraño.

Así hemos seguido, tesonera y empeñosamente, manteniendo el prestigio que fuera del país logró conquistar la Sociedad, recibiendo en cambio, como una grata recompensa, el aplauso de instituciones de avanzada cultura y universal renombre y de eminentes hombres de ciencia de la mayor parte de los países del mundo.

Siguiendo el plan desde el principio sentado para las publicaciones que auspicia la Sociedad, tocóle esta vez el turno al Padre Tomás Gage, viajero inglés, fraile un tanto renegado y discutible narrador de las cosas de la Colonia. Al Padre Gage se le ha calificado como un creador de leyendas, falsas las más, exageradas narraciones que afortunadamente no formaron escuela. La problemática Sor Juana de Maldonado y su condición de poetisa, solamente equiparada a la monja mexicana Sor Juana Inés de la Cruz, es una fantasía del fraile andariego, mito histórico que ha pasado a través de los siglos, engañándonos a todos, sin que hasta la hora de ahora se haya podido encontrar ni una sola poesía, alguna cuarteta, algún par de renglones escritos por aquella pseudomonja. Investigaciones cuidadosas nos han dicho ahora, que el Padre Gage adornó su libro con mentiras; esas al parecer ingenuas mentiras con que algunos historiadores exornan sus libros. Sin embargo, hay mucho de cierto en su obra, siquiera para dar idea del estado social y religioso de la época, y para poner en evidencia los desmanes que se cometían, como un colorido de la lenta y segura ocupación que enmarcó a la Colonia.

La edición de este libro está por aparecer. Están ya corregidas y compaginadas las pruebas finales y solamente será cuestión de unas cuantas semanas para que podamos distribuirla. Ya estamos, además, seleccionando el libro que habrá de seguir al del Padre Gage.

Habríamos preferido hacer las ediciones de los libros de Juarros y García Peláez; pero creímos no deber realizarlas, no solamente porque en el orden cronológico existen otros anteriores que no queremos dejar olvidados, y porque hace poco hizo una edición de ellos la Tipografía nacional, algún tanto plagados de errores; nosotros a su tiempo haremos las que corresponden al plan general de ediciones, libres ya de los vacíos apuntados. Por ahora es mejor evitar que unas y otras ediciones fueran confundidas.

Es posible que a fines de este año ya podamos tener la edición que corresponde entre nuestras publicaciones ordinarias.

La revista "Anales" ha continuado viendo la luz pública, con algún retraso por motivos de imprenta, ya que siempre procuramos seleccionar el material y entregarlo a la tipografía impresora, en su debida y exacta oportunidad. Hemos publicado hasta el número 4, tomo XX.

Alguna equivocación sufrida al formular el presupuesto del ramo de Relaciones Exteriores correspondiente al año fiscal que terminó en junio próximo pasado, nos tuvo por cuatro meses sin la subvención que el Estado fija a favor de la Sociedad desde hace tantos años. Afortunadamente las gestiones realizadas para subsanar este error tuvieron feliz resultado y la pensión se restableció, no sin haber perdido cuatro meses.

Motivo de gran satisfacción es para mí poder anunciaros que durante el ejercicio fiscal 1946-1947, la Sociedad gozará de una subvención aumentada a ciento cincuenta quetzales mensuales, fijada ya en el presupuesto de la Nación por el honorable Congreso, debido a la generosa y espontánea proposición del diputado profesor Manuel Chavarría Flores, quien de esta manera quiso testimoniar sus simpatías para la Sociedad, reconociéndola como una entidad que propulsa la cultura del país. He querido daros cuenta de este

grato incidente, como un deber de información, para dejar constancia pública, en esta memoria, del agradecimiento de la Sociedad para el bondadoso y comprensivo señor Chavarría Flores, a quien esta secretaría hizo patente tales apreciaciones, con la oportunidad y forma debidas.

Fuertes movimientos sísmicos verificados en la zona costera del Atlántico en varios períodos del año, hicieron estragos en los pueblos del noreste de la República, causando sensibles daños al grupo de ruinas de Quiriguá. Tan pronto como la United Fruit Company tuvo la bondad de avisar a la Sociedad, se hicieron gestiones ante el Ministerio de Educación, para que se repararan por la Dirección General de Arqueología y se pusiesen a salvo, mientras los trabajos pertinentes se realizaban, los trozos de estelas que se cayeron. Se nos ha informado que el Gobierno estudia lo que haya de hacerse en este problema de nuestra arqueología, no olvidando cuánto interés científico encarna Quiriguá y sus soberbios monumentos prehistóricos. Conviene establecer que el predio en donde residen estas ruinas pertenece a la referida Compañía agrícola; y es ella la que ha tenido cuidado de su vigilancia, dándonos al efecto y cada vez que el caso lo demanda, el aviso oportuno para que se hagan las gestiones que se consideren oportunas. Por otro lado, es también oportuno informar que la Dirección de Arqueología es la encargada de la conservación de estos monumentos, de suerte que a nosotros nos toca mover los organismos oficiales que se encargan del ramo.

El día 7 de septiembre de 1945 se lamentó en esta capital el sensible fallecimiento de un gran amigo de la Sociedad, el acucioso autor de una serie de crónicas anecdóticas que bajo el nombre genérico de "Cachivaches" publicó el diario "El Imparcial", el señor don Antonio S. Coll, caballero de grandes dotes personales de honradez y de hombría de bien, cuyo nombre y actuación como escritor, la Sociedad estimaba en alto grado.

Los consocios señores Roberto E. Smith y Antonio Goubaud Carrera, a quienes después se unió el consocio licenciado David Vela, en sesión general convocada al efecto el día 3 de julio del año pasado, habían propuesto un plan para formar un Instituto de Antropología, Etnología e Historia, en el cual se refundieran, a la par que nuestra Sociedad, otras instituciones oficiales, y pidieron que nos adhiriéramos a su proyecto. En aquella fecha la Junta general no creyó pertinente resolver de plano, como se proponía, en aquella solicitud, ya que se trataba de un asunto por demás trascendental, y designó una comisión formada por los socios Aguilar y Gándara Durán, para que se sirvieran emitir dictamen. En la sesión de la directiva del 30 de noviembre siguiente, se dió cuenta con lo aconsejado por esta comisión, que en lo fundamental se traducía así: "Considerando que este dictamen tiende a afirmar los principios de autonomía e independencia en que la Sociedad desde su fundación ha desenvuelto sus trabajos; pero que por otro lado el mismo dictamen aconseja una participación efectiva en aquel instituto, siempre que ella no interfiera la vida libre de nuestra institución". Así se resolvió este asunto. La Sociedad estará siempre pronta a prestar su apoyo y ayuda a esa institución y desde luego desempeñará los servicios que se le señalen, siempre dentro de los cánones establecidos por nuestros estatutos.

El Ministerio de Educación Pública solicitó de la Sociedad un delegado para el Consejo consultivo del mismo, en el ramo indigenista. Se nombró al socio licenciado David Vela, miembro de la respectiva comisión que estudia este delicado problema en nuestra organización.

Nuestra estimada consocia señora de Osborne, se sirvió entregar a la Sociedad —a quien gentilmente lo dedica—, el texto original de su libro titulado "Así es Guatemala", como un aporte al movimiento turístico que tanto auge parece tomar en estos últimos meses. La Sociedad agradece a su apreciable compañera la amable dedicatoria y la felicita por su trabajo. Ya se están haciendo las gestiones necesarias para que, como una cooperación a la campaña pro-turismo, se imprima por cuenta del Estado, cuanto antes sea posible, para que no pierda esta interesante monografía el interés que demanda y pueda ser conocida y distribuída en los países del continente y sobre todo en los centros de mayor participación en los viajes turísticos.

Durante el pasado año tuvimos la satisfacción de recibir la visita de muy ilustres personalidades científicas, a quienes en sesiones generales o en charlas amistosas atendimos como era debido. Terminado el conflicto guerrero en que el mundo vivió por cerca de seis años, las corrientes culturales del Continente Americano han vuelto a su curso normal, y así se explican estas visitas o jiras con fines de acercamiento y fraternización entre sociedades científicas, para intensificar relaciones y establecer conocimientos. Cabe señalar, para nuestra satisfacción, que todos los visitantes nos han asegurado que ya les era conocida la labor de nuestra Sociedad y apreciada en todo cuanto significa para el buen nombre de Guatemala.

Durante el año ingresaron a la Sociedad como socios activos, los señores bachiller Ricardo Castañeda Paganini y profesor José Mata Gavidia, recibidos ambos en sesiones solemnes; y han sido admitidos con el mismo carácter la señorita Albertina Gálvez y el señor Mariano López Mayorical, a quienes se les recibirá en fecha próxima, en la forma que marcan nuestros estatutos.

Fueron nombrados socios correspondientes las distinguidas personas siguientes: señora Alice Lardé de Venturino, Oruro, Bolivia; licenciado Daniel Basauri, S. J., de San Salvador; profesor Humberto Barrera, Santiago de Chile; señor Clarence Lohman, Houston, Texas; doctor Antonio Domínguez, Zacatecoluca, El Salvador; doctor Hubert Herring, Clarence, California; doctor Gilbert Grosvenor, Washington, D. C.; profesor Rubén Leyton R., Managua, Nicaragua; doctor John Tate Lanning, Durham, Carolina del Norte; don Bartolomé Galíndez, de Buenos Aires y don Heinrich Berlín, de México, D. F.

Tuvieron la bondad de enviarnos espontáneos donativos en efectivo, los consocios siguientes: doctor Roberto S. Chamberlain, cincuenta quetzales; señor Clarence Lohman, diez quetzales y doctor Raoûl Gérard, diez quetzales.

La Sociedad lamenta el deceso de distinguidos compañeros. El doctor Carlos Sapper en 1945; debido a la guerra esta infausta noticia no llegó a Guatemala, sino hasta hace pocos meses; el licenciado Alejandro Alvarado Quirós asimismo en 1945; el doctor John C. Merriam en octubre de 1945; el profesor Santiago W. Barberena en 24 de octubre de 1946; el profesor Jesús Castillo en 23 de abril de 1946; el doctor Raimundo Rivas en abril de 1946; y el doctor Manuel García Garófalo Meza, en 9 de junio de 1946.

El movimiento de nuestra biblioteca durante el año aumentó ligeramente, ya que la terminación de la guerra va restableciendo poco a poco las comunicaciones internacionales. Cabe puntualizar cómo se renueva el interés de los amigos y simpatizadores que la Sociedad tiene en Europa, pidiéndonos nuestras publicaciones, ex profeso retenidas aquí, para evitar su extravío durante el conflicto. Se ha preferido ir reponiendo ahora los números retrasados, con la posibilidad de que lleguen a su destino.

Tuvimos el siguiente movimiento:

Volúmenes en existencia		5,233
Se recibieron durante el año 1945-1946:		
Del interior, entre folletos y libros..................	51	
Del exterior, entre folletos y libros..................	214	265
Total de volúmenes		5,498

Se despacharon, tanto en el interior del país como fuera de él, 107 libros, así como cinco colecciones de "Anales" lo más completas posible, así como también los números 2, 3 y 4 del tomo XX de Anales.

Nuestra Tesorería rinde el movimiento de la Caja en la forma que dice así:

"Guatemala, 18 de julio de 1946.

Señor secretario de la

Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala.

Estimado consocio:

Una vez más vengo a dar cumplimiento a lo prescrito por los estatutos de nuestra Sociedad de Geografía e Historia, presentando a usted, y por su digno medio a la Junta directiva, mi informe anual sobre el movimiento de la Caja y el estado financiero de la institución, correspondiente al año social de 1945 a 1946.

Los extractos de Caja que adjunto son las copias fieles del libro de Caja, de los meses de julio de 1945 hasta junio de 1946, y demuestran el movimiento de ingresos y egresos de cada mes, y en conjunto es como sigue:

Saldos anteriores:

El 1º de julio de 1945 existía en Caja un saldo efectivo de	₡ 0.43	
Y en la cuenta del Banco Central había un haber de....	452.00	₡ 452.43

Ingresos:

Por subvención del Gobierno ingresaron de junio, noviembre y diciembre de 1945 y de enero a junio de 1946, nueve meses..	₡1,125.00
Por donaciones voluntarias de socios correspondientes.........	70.00
Por suscripciones al tomo XX de "Anales" entraron............	48.00
Por cuotas de ingreso de dos nuevos socios.................	10.00
Por cuotas mensuales de los socios..........................	60.48
Total	₡1,765.91

Egresos:

Los egresos en los doce meses, de julio de 1945 hasta junio de 1946. fueron como sigue:

En julio de 1945	₡119.81	
En agosto de 1945	94.52	
En septiembre de 1945	108.41	
En octubre de 1945	94.02	
En noviembre de 1945	11.32	
En diciembre de 1945	294.60	
En enero de 1946	86.97	
En febrero de 1946	129.80	
En marzo de 1946	130.22	
En abril de 1946	132.04	
En mayo de 1946	204.57	
En junio de 1946	139.93	₡1,546.21
El 30 de junio de 1946, en la cuenta del Banco Central había un saldo en Haber de		68.00
Y en la Caja un saldo en efectivo de		151.70
Total		₡1,765.91

El estudio de estos cuadros hace evidente la poco halagadora situación económica de la Sociedad. Durante todo el año se ha procurado limitar los gastos a lo absolutamente indispensable para el sostenimiento del servicio. Para los meses de julio, agosto, septiembre y octubre de 1945, no recibimos la subvención del Gobierno y hubo que echar mano a la reserva que existía en la cuenta del Banco Central, habiendo quedado reducida esta suma ahora a ₡68.00. En noviembre de 1945 se pudo erogar solamente ₡11.32, que eran por los servicios del teléfono y alumbrado eléctrico, y hasta diciembre, al haber sido reanudado el subsidio mensual del Gobierno, han podido ser pagados los sueldos atrasados, etcétera. En los meses de febrero, abril y junio de 1946 la Sociedad ha sido favorecida con donaciones voluntarias de los señores Robert S. Chamberlain, de Washington, D. C., con ₡50.00, Raoûl Gérard, de Los Angeles, con ₡10.00, y del licenciado Clarence Lohman, de Houston, Texas, con ₡10.00, respectivamente, quedándoles la Sociedad muy agradecida por estas muestras de valimiento.

Ruego a usted se sirva, previa revisión de la documentación por la Comisión de hacienda de la Sociedad y con la autorización del presidente de la Directiva, presentar este informe a la próxima Junta general para su aprobación y el descargo respectivo, de conformidad con los estatutos.

Con toda consideración me reitero de usted muy atento y seguro servidor y consocio, *D. E. Sapper,* tesorero."

Termino la presente memoria, presentando a la honorable Junta general el testimonio de mi personal estimación.

Guatemala, 25 de julio de 1946.

J. FERNANDO JUAREZ MUÑOZ,
Secretario.

La recepción, en la América española con especial referencia a Guatemala, de la Ilustración del siglo XVIII

(CONFERENCIA leída por el doctor JOHN TATE LANNING, en el seno de la Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala, el 25 de julio de 1946.)

Señor Presidente; distinguidos socios de la Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala; señoras; señores:

Agradezco sinceramente al profesor Pardo la gentil presentación que me ha hecho esta noche. En un caso como éste, la honradez me impele a decir que me atrevo a comparecer aquí, no porque crea que les pueda enseñar algo, sino porque sé que puedo aprender de ustedes, y en esto no me he engañado. Al final de cada cuatro años, aunque la regla es accidental, me hallo en Guatemala. Lo que me atrae es su saludable clima y sus excelentes archivos que, en grado de su importancia, pongo bajo muy pocos en toda la América española. En cuanto a su amoroso cuidado y competente manejo, son únicos en Latinoamérica. No digo esto por ser amigo del señor Pardo, ni porque su ayuda ha sido constante e imperturbablemente bondadosa. Los guatemaltecos deben estar orgullosos y aliviados, como estoy seguro que lo están, de que el destino de las llamas, que han sufrido tantos archivos hispanoamericanos, no le ha tocado a éste. Tomemos, por ejemplo, los demás archivos universitarios de la América española. La Universidad de Santo Domingo, que pretende haber sido la primera en América, no posee la suficiente documentación auténtica ni para demostrar su origen fuera de dudas. Los soldados del general Santa Cruz cuando entraron a Chuquisaca, ahora Sucre, sacaron los archivos de la Universidad de Chuquisaca, que era el cerebro de las revoluciones sudamericanas, y por falta de leña con qué hacer sus fogatas para cocinar usaron estos preciosos archivos. Hace apenas una generación que un incendio en Quito desnudó a este país de los archivos de su cultura. Entre sus papeles universitarios coloniales sólo un volumen, al que llaman el *Libro de Oro,* sobrevive. Ni un volumen de la Universidad colonial de San Cristóbal de La Habana, queda hoy día. Durante la Guerra del Pacífico, cuando las tropas chilenas ocuparon la ciudad de Lima, los recursos literarios de la Ciudad de los Reyes fueron aventados a los cuatro vientos; de los quinientos y pico volúmenes de documentos manuscritos de la Universidad de San Marcos, cuentan los archivos de esa venerable institución con dos tomos de Claustros. Tales manuscritos de historia intelectual del Perú como sobrevivieron este desastre fueron cariñosamente catalogados por el tradicionalista Ricardo Palma, y puestos en la Biblioteca nacional del Perú bajo el título de

Papeles varios. En 1942 todos aquellos que respetan y estiman la cultura hispánica fueron horrorizados al leer un despacho breve, tajante, de la Prensa Asociada, que reveló al mundo que la Biblioteca nacional del Perú había sido pasto de las llamas. Al poco tiempo en las columnas de la revista "Historia", dirigida por Jorge Basadre, apareció el grito de angustia más elocuente y justificado que ha sido mi suerte leer. El tema, como motivo recurrente de una sinfonía de Beethoven, que corría a través de esta verdadera composición era: "Un tesoro nacional ha sido para siempre e innecesariamente perdido." De las catorce o quince universidades menores que los españoles establecieron en América no puede uno saber con seguridad de sus encargados en el presente, si tuvieron registros o no. Es de extrañar, pues, que Guatemala quiera decir tanto para un hombre que ha dedicado su vida a estos papeles; que Guatemala le sea conocida a mi hijo de tiernos años de edad solamente como "el país que papá quiere y visita".

La invitación con que me honraron ustedes de hablar aquí, me encontró completamente desprovisto de libros y papeles. Los libros y notas que no dejé en mi casa han sido retrasados en los correos. Por tanto he resuelto hablarles en general del problema de la historia cultural de Latinoamérica, que ahora ocupa mi atención y la de un creciente grupo de mis compatriotas. Estoy seguro que preferirán que hable de nuestras luchas con los problemas de la historia cultural e intelectual de Latinoamérica, a que les aburra con una monografía de las que llamábamos germanas, pero que ahora, algunas personas están comenzando a llamar americanas. Espero que este exordio me merecerá sus perdones por hablar en la primera persona.

Si no hemos logrado nada más en los Estados Unidos, siquiera hemos logrado un punto de vista de su historia desinteresado y al mismo tiempo con toda simpatía. Este logro lo debemos en gran parte a unos pocos estudiosos de la última generación, de los que algunos aún viven. Con los muchos volúmenes de la serie *Nación Americana,* el primer gran esfuerzo concertado de los investigadores americanos de escribir la historia de los Estados Unidos, que apareció hace cuarenta años, había uno que contenía una hábil y científica presentación del papel de España en América. El capítulo de este libro por Edward Gaylord Bourne intitulado "Los logros de tres generaciones", hizo imposible a cualquier estudioso americano volver a repetir los errores de denigrantes como Las Casas, de franceses como el abate Raynal, o de ingleses como Sir Arthur Helps. Fué después del aparecimiento de este libro, *España en América,* aunque no necesariamente por esto, que la Universidad norteamericana empezó a cultivar este tópico, en forma que algunos de mis amigos latinoamericanos llaman científico y desinteresado. De todos ellos quizá el que más influencia tuvo fué Herbert Eugene Bolton, de la Universidad de California, quien, afortunadamente, aún trabaja. Bajo la égida de hombres tales, tantos doctores de filosofía en historia aparecieron, que hoy no hay una universidad en los Estados Unidos digna de este nombre que no tenga en su profesorado personas especialmente preparadas para investigar en este importantísimo campo.

No fué sino hasta los últimos quince o veinte años que la atención empezó a ser dirigida a la historia cultural e intelectual de Latinoamérica, para poder corregir la leyenda negra que asumía que la historia colonial española era

toda oscurantismo y eclesiasticismo. Esto era necesario, según algunas autoridades, porque ningún europeo, exceptuando a los españoles, le daba mucha importancia. Los autores latinoamericanos dedicados a la vida intelectual más general de la época de la colonia, tales como el Padre Agustín Rivera, de México, Felipe Barreda y Laos, del Perú, y Vicente G. Quesada, de la Argentina, lucharon poderosamente con vestiglos intelectuales que tal vez deseaban destruir porque aún los sentían muy agudamente. Pues los que veían la necesidad de desarrollar el nacionalismo americano al principio del período independiente tenían un resentimiento hacia el papel de España y la tentación de repetir las tesis de sus antecesores como historia auténtica es irresistible, sin el trabajoso esfuerzo necesario para abrir las páginas de los manuscritos hispanoamericanos. Pero con esto no quiero insinuar que los latinoamericanos han estado demasiado cerca de este problema para poderlo manejar. Ninguno que haya leído los libros de Pedro y Max Henríquez Ureña y los de José Torre Revello y muchos otros, podría pensar así. Sin embargo, para evitar caer en las viejas rutinas, ha sido mi firme método leer los manuscritos primero y las obras autoritativas de segundo. Esta conferencia me halla después de haber leído los manuscritos, pero antes de estudiar a las autoridades. Para hacer una decisión tal el hombre puede consultar únicamente al espíritu, pues la materia sería muy débil.

Una de las contribuciones más significativas a la historia cultural latinoamericana hechas en la presente generación, ha sido la del señor Irving A. Leonard, de la Universidad de Michigan, y la del señor José Torre Revello, de Buenos Aires. Examinando los registros de libros de la Casa de Contratación de Sevilla, han descubierto que los Romances de Caballería y muchos otros libros supuestamente prohibidos en América, se derramaron libremente a las Indias. No es de extrañar que trabajaron en las fuentes manuscritas, puesto que las correcciones fundamentales a la historia no pueden ser escritas juntando seis u ocho libros y haciendo otro de los retazos tomados de ellos. Su obra implica claramente que había alguna discrepancia entre las rígidas leyes de censura de España y su cumplimiento. Se solía asumir que cualquier clase de ilustración que llegara a las colonias españolas lo hacía bajo el riesgo de contrabando tenebroso y arriesgado. Pero no es así. La avenida de la Ilustración entre el mundo exterior e Hispanoamérica nunca fué tan completamente barricada como lo indican la legislación y los historiadores anticuados. La censura de la Inquisición, por bien establecida que estuviera en la *Recopilación de Leyes de Indias,* fué durante el siglo XVIII esencialmente moderada, burocrática e ineficaz. El censor de la Inquisición en Callao, Diego de Cisneros, cuya obligación, teóricamente, era ver que ningún libro en el Indice llegase a la gente del Perú, no sólo permitió a los tratados filosóficos prohibidos pasar, sino que usó su cargo para hacer la mejor colección de libros prohibidos que se haya juntado en el Virreinato. En vez de quemar éstos, se los puso a la mano de Toribio Rodríguez Mendoza y de los estudiantes del Convictorio de San Carlos en Lima, institución que el acosado virrey del Perú una generación más tarde iba a llamar el semillero de la independencia peruana. En Chuquisaca, centro de la agitación libertaria en Sudamérica, estudiantes universitarios, incluyendo a Mariano Moreno, leían Derecho Natural en el Palacio Metropolitano. Allí habían sido convenientemente reunidos

los libros prohibidos por el mismo canónigo Terrazas. Y, además, si la Inquisición hubiera sido tan eficaz como algunas veces se cree, había muchos medios para la transmisión de la Ilustración a América que eran perfectamente legales. Estos no han sido correctamente evaluados. El *Teatro Crítico* (1726-1740) y las *Cartas Eruditas* (1741-1760) de Jerónimo Feijóo, que analizaron y presentaron las tendencias cartesianas del día antes de la célebre expedición de La Condamine a Quito para medir un grado del ecuador y determinar la forma de la tierra. Feijóo hizo una profunda impresión en Espejo, el más famoso precursor de la independencia ecuatoriana, y era visto con una admiración poco crítica por muchos portavoces de la Ilustración en el Perú. La primera mitad del siglo XVIII halló a don Pedro Peralta, el gran enciclopedista peruano, en correspondencia con Feijóo y la otra del mismo siglo halla a la *Gaceta de Guatemala,* para tomar un ejemplo solitario, repleta de referencias a Feijóo. Editores americanos, como Ignacio Beteta y Simón Bergaño y Villegas de Guatemala, cuando querían burlarse de lo escolástico recurrían a las *Cartas Marruecas* de Cadalso que, como dice el profesor A. P. Whitaker, han sido consideradas como el equivalente español de las *Cartas Persas* de Montesquieu. Es suficiente citar la descripción que hace Cadalso de uno de los disputantes en una conclusión académica, del mismo tipo que Beteta y Bergaño y Villegas deseaban extirpar de Guatemala. "Uno de ellos", se le cita en la *Gaceta,* "que tenía más de dos varas de alto, casi otras de grueso, fuertes pulmones, voz de gigante y ademanes de frenético, defendió por la mañana que una cosa era negra, y a la tarde que era blanca". [1] La Ilustración apareció también en los textos que se usaban en las universidades americanas. Antonio de Malvin y Montezet, obispo de León, corrientemente llamado el Lugdunensis, preparó una compilación de cursos de filosofía, adecuado al primer grado académico, que era el texto usual en Guatemala cuando se empezaba a cerrar el período colonial. La *Recreación Filosófica* (1751-1752), de Teodoro Almeida, que abogaba por someter la sabiduría a la naturaleza y no la naturaleza a la convicción en la esfera de la física, era también libro de texto en la Universidad de San Carlos Borromeo de Guatemala. Luis Antonio Verney (1713-1792), otro ecléctico ibérico, se transformó en el evangelio en Caracas y quizá en otras partes de la América. El *Viagero Universal* era apenas menos importante que los escritos de Feijóo. Y, sobre todo, debemos insistir en que el mismo gobierno español en el tiempo de Carlos III era el más activo enemigo del oscurantismo. El gobierno cabalgó sobre el tímido claustro de Salamanca que, cuando se le ordenó incorporar la Física de Newton, insistió que puesto que sus padres no habían sido innovadores, tampoco querían ellos volverse legisladores de la naturaleza. Las expediciones botánicas organizadas por el gobierno español en esta época, y la expedición para vacunar la población americana contra la viruela, son suficientes para colocar al gobierno español en un lugar preclaro entre los patrones de la Ilustración.

Las bien provistas cabezas de los visitantes extranjeros formaron otro eslabón entre la Ilustración europea y las colonias españolas. José Celestino Mutis, un científico español y jefe de la expedición botánica a Nueva Granada, fundó el primer observatorio astronómico de América en Bogotá. Muchos

(1) *Gaceta de Guatemala,* VIII, Nº 298 (4 de abril de 1803), pág. 76.

asocian los albores de la Ilustración en Quito con la aparición de la expedición de La Condamine, que incluía no sólo los científicos franceses, sino a Juan y Ulloa, los famosos autores de las *Noticias Secretas*. El matemático de esta expedición, Godin, después tuvo la cátedra de matemáticas de la Universidad de San Marcos de Lima. Aquí en Guatemala la acusación de filosofía sistemática y método atrasado en la Universidad de San Carlos fué hecha por el español Fr. Fermín Aleas en 1781. En los siete años siguientes se hizo el expediente más voluminoso que se haya recopilado por una raza de hombres acostumbrados a "informar" en el expediente voluminosamente. No hubo colonia española que no tuviese su exponente extranjero de ilustración, o por lo menos su irritante extraño. Así pues, señoras y señores, creo que hemos mostrado que si la Inquisición hubiese sido activa y tenido éxito —como no sucedió— había amplios eslabones entre las variedades europeas y americanas de la Ilustración.

Es costumbre en algunos círculos asumir que la revolución intelectual que precedió a la política saltó casi exclusivamente de los *philosophes* franceses de la generación de 1789. Me parece, sin embargo, que los archivos universitarios de la América española muestran que la transición intelectual vino como resultado de una transición dentro de los confines del catolicismo. Un profundo resentimiento contra Aristóteles fué una de las primeras manifestaciones de este cambio. Aristóteles era estúpidamente apaleado en todas partes cuando se descubrió que su física había sido superada por Copérnico y por Isaac Newton, llamado el legislador de la naturaleza. Pocos eran los epítetos que no se aplicaban al maestro de los maestros, pero el más sutil e injurioso tal vez, fué el de un oidor en Lima y Guatemala, cuando exclamó que Aristóteles era como la jibia que arroja un flúido oscuro para cegar a su perseguidor. Los que contribuían a la *Gaceta de Guatemala*, sin embargo de reconocer la campaña antiaristotélica, aconsejaban: No debe confundirse a Aristóteles con los aristotélicos. Hacían hincapié en que no importaba que el sistema fuera viejo o nuevo:

El mal vino condeno
le chupo cuando es bueno
y jamás averiguo
si es moderno o antiguo.

(Iriarte, Fáb. 63.)

No creían que se debía despreciar la *Etica* o la *Poética* por haberse derrumbado la *Física*. Esta fermentación, que a primera vista parece tan despreciativa para Aristóteles, puede con seguridad tomarse como un índice de impaciencia para con el método peripatético o escolástico. "El sistema de los peripatéticos", asertó José Valdés, "no es apto para explicar los secretos de la naturaleza". [2] Miguel de Rivera, algunos años más tarde, era aún más directo. El método socrático —decía— es superior al escolástico. [3]

(2) Archivo General del Gobierno. Al. 3-12, 12800, 1926, (Año 1790): Systema Peripateticorum circa prima principia rerum est; est ad naturae arcana ex licanda ineptum.

(3) AGG. Al, 3-12, 12824, 1932 (Año 1803). In rebus conferendis methodus Socratica utilior est, scholastica.

La decadencia de la autoridad, hasta la de los santos padres, tenía alguna conexión con el constante repetir a Newton. Los estudiantes guatemaltecos indudablemente sintieron este profundo respeto a Newton cuando bajo la tutela de José Antonio Liendo y Goicoechea quien, durante la investigación de las acusaciones de Aleas contra la Universidad de Guatemala en 1782, se jactaba de haber enseñado el newtonismo durante mucho tiempo; y fué seguido por todos los miembros del claustro que tuvieron oportunidad de mencionar la innovación. La atrevida proclamación de las leyes del movimiento y de otras ideas de Newton, sirvió sólo para mostrar lo audazmente que sus exponentes se pusieron de acuerdo con este nuevo pero no irreligioso universo. En una de las tarjas más progresistas que aún se conserva en los archivos de San Carlos Borromeo, vemos en 1794 que la atracción está en razón directa a la masa de los cuerpos. Otros principios de gravedad, atracción y mecánica fueron complejamente expuestos e indudablemente defendidos con brillantez. No será sorpresa para un guatemalteco saber que el estudiante era José Cecilio del Valle y el maestro, Goicoechea. Algún estudiante repetía año tras año que en asuntos de física se debieran hacer experimentos. (4) Y esta curiosidad sobre experimentación iba a través de los experimentos en electricidad de Franklin (5) y el problema de la electricidad, cuyas posibilidades médicas fueron sugeridas.

Pero otro paso en el sutil progreso del cambio vino cuando se les permitió a los estudiantes por los profesores de artes, exponer audazmente en estas tarjas latinas de sus exámenes que aceptaban el método cartesiano. Con todo esto querían decir, aunque nunca lo articularon precisamente, duda metódica. (6) Pero en Guatemala las divertidas presunciones de Descartes sobre el juntarse del alma y el cuerpo en la glándula pineal fueron inmediatamente desechadas. (7) No podemos escapar de la convicción de que Descartes, a pesar de lo cautelosamente que se le manejaba, fué un primer factor de la revolución intelectual en la América española. Descartes no estaba tan apartado del redil de la religión como algunos que se fueron bien lejos sin importarles las limitaciones de la doctrina y tradición de la iglesia. Spinoza y Voltaire, por ejemplo, nunca fueron mencionados por un estudiante, pero sí eran condenados. (8)

Pisándole los talones a Descartes vinieron aquéllos, mostrándole una adhesión a los filósofos de Europa, que sostenían que el criterio de la verdad está en los sentidos. Condillac, cuya popularidad entre los latinoamericanos del siglo XVIII es tan enigmática al principio, fué un nombre con qué conjurar, pues suministró a los profesores del curso de artes el material con qué afilar sus argumentos a favor de los sentidos cuando opuestos a mera convicción y

---

(4) *Propositiones de rebus naturalibus defendae a D. Josepho Cecilio del Valle.* Sub disciplina D. Josephi de Leon & Goicoechea Th. Doct. & Ph. prof. Guatimalae, M. DCC. XCIV.

(5) *Propositiones de rebus naturalibus defendae a D. Ignatio Gonzales.* Sub. disciplina D. Josephi de Leon & Goicoechea, Th. Doct. & Ph. Prof. Guatimalae. Apud Bracamonte. Die xv Mensis Decembris hora nona. MDCCXCIV.

(6) Tesis de Cayetano Bedoya (1800): Admitenda est methodus Carteasiana. *Ibid.* thesis de José Basilio Porras (1810).

(7) AGG. Al. 3-12, 12797, 1924 (Año 1795), tesis de José María Piñol: Anima non in conario glandulae pinealis solummodo est ut opinati sunt recentiores, sed etiam in toto corpore, et in qualibet ejus parte est.

(8) AGG, Al. 3-12. 12813, 1928 (Año 1794), tesis de Francisco Antonio de Merino: Falsa est Voltaeri opinio purantis, habita Dei Omnipotentiae ratione, materiei tribui cognitionem posse.

autoridad. José Valdés, recibiéndose en 1790, creyó que la autoridad humana es importante en doctrina filosófica. [9] Ignacio Avila, siguiéndolo el año próximo, dijo simplemente que la autoridad de los santos padres vale tanto como sea persuasión en el proceso de razonar. [10] Es decir, en las cosas naturales los sentidos son el mejor criterio de la verdad. [11]

Para sostener a Aristóteles, acosado por todos lados como por una partida de jabalíes, y mal servido por sus campeones, un guatemalteco, escribiendo una receta de filosofía, sólo tuvo que demostrar que Locke era aristotélico para remachar su tesis: "Locke —decía— fué aristotélico, quizás el mejor, o único verdadero que ha habido en luengos años, en punto de metafísica, pues escribió un libro entero sólo para probar el axioma de Aristóteles *nihil est in intellectu quod non prius fuerit in sensu,* sin más diferencia que la de sacar de él nuevas ideas. ¿Por qué, pues, los aristotélicos le tienen por contrario? ¿Será —concluía este crítico— porque fué inglés?"

Sin esta desviación del peripatetismo, pero aún dentro de los límites de la cultura católica colonial, la verdadera y tal vez más radical Ilustración nunca hubiera sido admitida. Por Ilustración en este sentido específico, quiero decir el culto a la razón, la asunción de la perfectibilidad del hombre y la asunción de que el salvaje era noble. Estas erradas conclusiones fueron hechas para justificar una escala de valores que eran revelaciones filosóficas, aunque no fueran divinas, como había insistido Santo Tomás de Aquino. Su filosofía era una combinación de estas verdades reveladas y de un culto a la experiencia y al experimento. Otros escritores han señalado que muchos ataques a la América española, especialmente el del Abbé Raynal, fueron hechos para presentar a la conquista española como un horrible ejemplo de los destructivos efectos de la civilización europea en el salvaje con el propósito de fortalecer la tesis de la necesidad de reformar la sociedad europea. La aparición de cincuenta y cuatro ediciones de la obra de Raynal sobre los españoles en las Indias entre 1770 y 1800, demuestra la popularidad de la leyenda negra entre los exponentes de la Ilustración. Una de las más notables manifestaciones de la Ilustración fué su afición a regar conocimientos útiles. Los bienes de la misma Compañía de Jesús fueron secuestrados en España para poder empezar esa serie de sociedades que culminaron en Guatemala en la Real Sociedad Económica de Amigos del País y en instituciones similares en lugares como La Habana, México y Lima. Tenían instrucciones expresas de rebajarse a hacer cosas tan humildes como distribuir semillas. Nada hubiera podido ser más adecuado al gobierno español, pues tan temprano como el siglo XVI había exigido de sus protomédicos hacer todo esfuerzo por descubrir y poner a la mano plantas útiles. Ahora, bajo el ímpetu de la algo extranjera Ilustración, el gobierno español continuaba lo mismo en las expediciones botánicas que costaron cerca de medio millón de pesos. Hasta los consulados

(9) AGG, Al. 3-12, 12800, 1926 (Año 1790), tesis de José Valdés: Auctoritas humana, in doctrinalibus Philosophiae tantum [que] valet, quantum [que] momenta quibus nititur.

(10) AGG. 3-12, 12810, 1927 (Año 1791), tesis de Ignatio Avila: Sanctorum auctoritas non conclusionibus pure philosophicis tantum valet quantum eorum persuasit ratio. Nihilominus ad eorum auctoritate summa modestia recendum.

(11) AGG. Al. 3-12, 12826, 1933 (Año 1804), tesis de C. Rojas: Sensus intimus infalibile veritatis Criterium. Ibid., Al. 3-12, 12833, 1896 (Año 1809), tesis de José María Carrillo: In rebus tum naturalibus, tum philosophicis evidentia est veritatis regula.

que se establecieron en la misma época tenían, en algunos modos, fines similares. Nordenflicht y Raenke, científicos alemanes que prometieron con sus superiores conocimientos útiles de minería dar ganancias a la corona, fueron bien recibidos en una tierra donde la suerte de los extranjeros era dudosa, si no dura. El restablecimiento de la Sociedad Económica en Guatemala fué ocasión de júbilo para los exponentes del nuevo entusiasmo. La obsesión por conocimientos útiles halló expresión en el establecimiento de una cátedra de Economía política, donde el profesor comenzó a leer la *Riqueza de las Naciones* de Adam Smith. Es de asumirse que el entusiasmo de los estudiantes por este conocimiento útil no fué la medida guatemalteca de la Ilustración, pues los tres o cuatro que se matricularon en este curso, se ausentaron permanentemente en unos pocos días.

Hasta la campaña de destronar el latín como idioma de la Universidad fué una manifestación de énfasis en "conocimientos útiles y sólidos". [12] En 1799 el censor de la Real Sociedad Económica al solicitar el restablecimiento de la enseñanza de matemáticas, contestó a aquellos que no entendían cómo las matemáticas contribuirían a ganarse la vida, diciendo que los estudiantes comprenderían mejor si se les enseñase en su propio idioma. Y las mismas voces que pedían el castellano como el idioma en que se les enseñaran las ciencias a los estudiantes de habla española, también lucharon contra el estilo artificial y pomposo de palabras vagas, "enfáticas y preñadas de viento" y pidieron un estilo simple concebido en palabras breves, enérgicas y significantes. Simplicidad y buen gusto eran un don hasta en el latín, pero la perfección del conocimiento en el mundo de habla española requería que los actos académicos se hicieran en el sonoro, claro y bello idioma de Castilla. El editor de la *Gaceta de Guatemala* casi no se fijaba en un acto o conclusión de la Universidad si no se hacía en español. Los profesores de medicina, especialmente el eminente doctor Flores, porque era la tradición de dar medicina en la lengua madre y por otras razones, se volvieron los predilectos de los abogados de la Ilustración en Guatemala. Cuando el Capitán general, basándose en su autoridad de reformar la Universidad, ordenó que las oposiciones para cátedras se hicieran en español, fué acremente resistido por muchos miembros del Venerable Claustro. Pero una clique del claustro, cuyo argumento fué indudablemente escrito por Goicoechea, pidió elocuente e irónicamente por el uso del español. El español, dijeron, es el idioma que hablamos, y "por el contrario, la latina, griega y demás, no nos entendemos con ellas, aun cuando las entendamos muy bien". El latín a punta de burla y rechifla había sido casi eliminado de Salamanca y sus quijotes obligados a huir. "A veces —seguía diciendo el escrito— sospechamos que quieren sacramentar las ciencias, no vulgarizar sus principios y hacerlas con el latín un derecho exclusivo para las gentes de Universidad. Se podrían pasar estos misterios si no los tratasen con un lenguaje bárbaro." Los intransigentes que porfiaban por el latín en pleno siglo XIX fueron recordados de que algunos romanos afectaban el griego porque el latín, el idioma del pueblo, era demasiado de la propiedad común. Juvenal, hacían notar, en una de sus sátiras clamaba contra esta práctica: "No puedo sufrir vuestra afectación y extravagancia: todo lo que no

(12) *Gaceta de Guatemala.* VII Nº 297 (28 de marzo de 1803), pág. 65.

es griego os molesta, y vuestra manía llega al punto de querer enseñarnos a dormir con nuestras esposas a la manera griega". A tal llegaría la fuerza de su sentir en esto, que un sacerdote citaba a Juvenal de esta forma. Cierto, decían los abogados del romance, tratamos de saber la lengua latina y de entenderla bien, "por no parecernos a aquellos buenos sujetos, que entendiendo en buen romance el Padre Nuestro y el Ave María, sacan privilegio para rezar unos salmos en latín que jamás han entendido". "Por tanto, somos de parecer que el tiempo que se gasta en corromper el latín, se ocupe en perfeccionarse en el idioma español, que de este modo las ciencias y artes recibirán un impulso superior a cuantos puedan imaginarse." No es, pues, de sorprendernos encontrar este documento firmado por propulsores tales de la Ilustración como Goicoechea y el doctor José Simeón Cañas.

La *Gaceta de Guatemala,* como ustedes saben mejor que yo, era el portavoz de los conocimientos útiles. Era, pues, natural encontrar entre los suscriptores a defensores de la revolución científica como el oidor Ambrosio Cerdán y Pontero, José Antonio Liendo y Goicoechea, Fray Fermín Aleas, Narciso Esparragosa y Gallardo, Simeón Cañas, el canónigo Larrazábal, y José Mariano Mociño y José Longinos Martínez, dos botánicos naturalistas de la real expedición botánica del rey Carlos IV. La *Gaceta* se nos muestra como uno de los más vigilantes propugnadores de la Ilustración que se hayan publicado en las colonias —inglesas o españolas—. Con regularidad traía una sección de invenciones y descubrimientos a menudo traducidos del alemán, francés, italiano e inglés. Aquí podemos aprender el nuevo método para conservar mantequilla en Inglaterra, el último experimento con nervios o electricidad en Italia o en Filadelfia. El doctor Flores escribe desde el extranjero sobre los experimentos de Galvani y discute las figuras anatómicas de cera del abate Fontana. Mutis, el patriarca español de la ciencia en Nueva Granada, aquí contribuye artículos de las enfermedades de los platanales. Y en otro lugar sostiene en Guatemala su pretensión de ser el descubridor de ciertas especies de quina de muchas virtudes medicinales. En un número vemos que el doctor Esparragosa ha perfeccionado un instrumento para extraer las criaturas enclavadas. La última palabra de la literatura y práctica de la operación cesárea puede ser encontrada en esas páginas.

A mí me parece justificable sacar dos conclusiones de hechos tales como éstos. Primero, la revolución intelectual en la América española fué un proceso de educación gradual dependiendo primariamente de Descartes y Newton, Condillac y Locke, en antítesis a la tesis de que el progreso intelectual y político fué el fruto de los escritos de Rousseau, Montesquieu y Voltaire. Si no lo hubiera leído en numerosos libros sobre el período de la independencia, y si súbitamente hubiera sido arrojado entre los papeles originales de la historia intelectual de la Colonia, nunca hubiese sospechado que estos portavoces franceses hubieran tenido importancia alguna sino hasta la alborada misma de la independencia. Aún así me hubiera visto obligado a concluir que no se les hubiera entendido de no ser por la evolución filosófica que ya había tenido lugar. Segundo, no es cierto que casi hasta la independencia, como muchos portavoces de la Ilustración y abogados de la leyenda negra han ligera y superficialmente dicho, estaba la Colonia trescientos años en rezago del desarrollo intelectual de Europa. En realidad había lo que ha sido llamado un retraso

cultural, pero conforme pasaba el tiempo este retraso se volvía más y más pequeño. Se necesitó casi un siglo para que el descubrimiento de Harvey en 1626 de la circulación de la sangre penetrase a la América española. Le tomó a los *Principios* de Newton como la mitad de ese tiempo para hacer su entrada. Y por el tiempo de la aparición del libro de Jenner sobre la vacuna contra la viruela, no había más retraso entre la Ilustración europea y la hispanoamericana que el que se necesitaba para que una veloz nao surcase el océano.

Para terminar quiero que se me permita decir unas palabras de agradecimiento a aquellos guatemaltecos —y también a mis amigos de habla inglesa como Mrs. Osborne que aquí residen— que tan paciente y eficazmente me han ayudado en estos mis trabajos. Les quiero presentar no sólo mi saludo personal, sino también el del presidente de la Universidad de Duke, quien manda por mi medio sus mejores deseos a todas las instituciones cultas de Guatemala y en especial a ésta y a la recién fundada Facultad de Humanidades. Pero por encima de todo quiero agradecer del modo más sincero, el inmerecido honor con que me ha enaltecido esta docta Sociedad, al traerme a su seno y hacerme parte de ella con calidad de socio correspondiente.

Antigua tradición del pueblo Quiché. De cómo al descender el aliento divino se creó un mundo, idea contenida en las dos palabras POPOL VUH

(CONFERENCIA leída por el socio activo RAFAEL E. MONROY, en la sesión pública del 25 de julio de 1946.)

ORIENTACIONES

ESTUDIOS DE ORIENTALISMO

DOCTOR JOSE A. ALVAREZ DE PERALTA

SIMBOLOS Y MITOS.—Las *leyendas míticas* y los *símbolos* del gentilismo, han sido considerados, durante mucho tiempo, éstos como vanos simulacros destinados al culto idolátrico, y aquéllos como mentirosas historias, fingidas por el sacerdocio gentílico, para fomentar y fortalecer la credulidad supersticiosa del vulgo. Pero el estudio hecho con algún detenimiento, en lo que va de siglo, acerca de todo esto, ha desvanecido esas aseveraciones: sólo que los varones doctos, dedicados a ese estudio, discrepan en sus juicios sobre la interpretación de la *simbólica gentílica*. De aquí que no poseamos todavía un cuerpo de doctrina en que se expliquen, con independencia de preocupaciones, ora religiosas, ora racionalistas, los dogmas y ceremonias o ritos de las antiguas religiones, las varias enseñanzas esotéricas contenidas en las leyendas alegóricas, y las cifradas en los símbolos figurativos y en los nombres de deidades, de animales sagrados, etcétera.

DIOS Y EL SER.—Las enseñanzas teológicas aparecen confundidas en el *simbolismo* del antiguo Oriente. Unos mismos símbolos servían para cifrar en ellos y con ellos las *operaciones divinas* y las *determinaciones dialécticas* del ser.

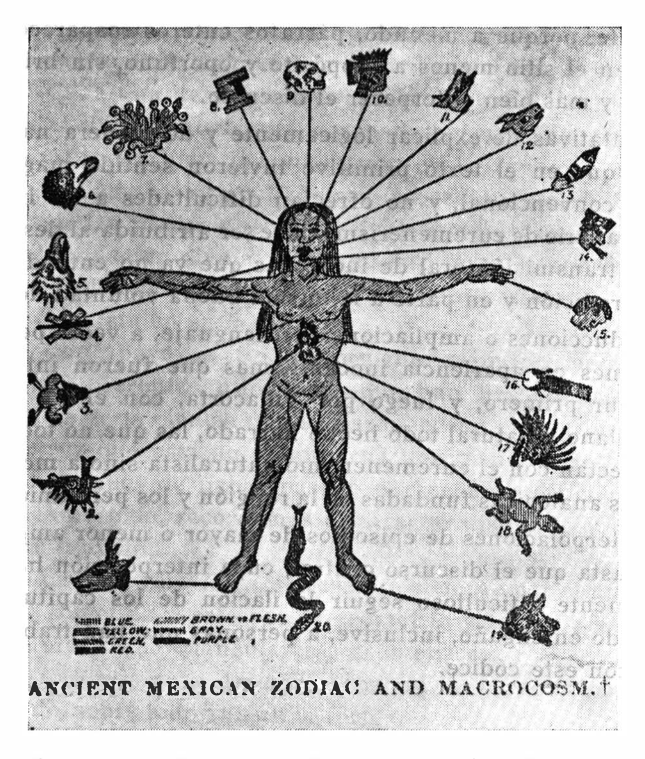
El *sentimiento de lo divino* es universal. Innato, no adquirido, surgió en la vida consciente del hombre primigenio, cuando éste tuvo capacidad psíquica para ello.

La *sabiduría* del antiguo Oriente no malgastó el tiempo en inventar argumentos para hacer patente la existencia de Dios; porque las verdades de evidencia se muestran, mas no se demuestran. Ocupóse en desenvolver la *inefable idea de lo divino,* acudiendo a artificios dialécticos (nunca enderezados a escrutar la esencia de Dios) para cifrar, en símbolos y en mitos los aspectos de la *vida divina,* esto es, para cifrar en esquemas simbólicos, verdaderas

fórmulas nemotécnicas, las relaciones de Dios consigo mismo y con el Universo mundo, en cuanto, dentro del orden especulativo, puede alcanzar la flaca inteligencia humana del hombre en tan abstruso conocimiento.

Análogo método se empleó para fijar la enseñanza referente a los aspectos fundamentales del *procesus* del *ser.*

La escritura usada en los antiguos misterios era simbólica: con ella se cifraban las improfanables enseñanzas de la *perfecta doctrina,* y así como en nuestros días las fórmulas, por ejemplo, de la mecánica, de la química, los



El presente grabado pertenece a la serie de otros de igual ideología en las diferentes tradiciones antiguas. Condensa la idea de las influencias zodiacales y planetarias que contribuyeron para la formación del hombre y que aún contribuyen para su conservación y mantenimiento, según el pensamiento antiguo. — Los signos y jeroglíficos que rodean a la figura humana en este grabado, son de lengua mexicana, no pertenecen a la lengua quiché; pero su ideología es análoga y sus conceptos iguales al sólo ser cambiados por los nombres de los días en quiché.

signos simbólicos de la botánica y de la zoología son, unas y otros, claramente entendidos por quienes han estudiado esas ciencias, *cualquiera que sea su lengua,* de igual manera el *simbolismo oriental,* conjunto ordenado de todas las *fórmulas simbólicas* del saber antiguo, venía a ser para los iniciados (de cualquier país) lengua universal y escritura común. Por haber hecho caso omiso de este dato, a todas luces importantísimo, pecan, por vagas unas. por muy incompletas otras y muchas por arbitrarias, las interpretaciones que varones doctos han dado a los símbolos y mitos.

ACERCA DE LA LEYENDA QUICHE

DEL DOCTO SEÑOR JOSE A. IMBELLONI

Procurar reseñar el relato del códice sin perder de vista la exposición de todos sus elementos substanciales. Este propósito implica la eliminación de gran número de pasajes accesorios o meramente extraños que pueden ser repartidos bajo los siguientes rótulos:

A.—Las repeticiones que abundan en el texto y hacen su lectura en exceso fatigante, porque a menudo, párrafos enteros reaparecen dos o más veces en el sitio menos a propósito y oportuno, sin brindar claridad alguna y más bien entorpecer el discurso.

B.—Las tentativas de explicar lógicamente y de manera natural algunas frases que en el texto primitivo tuvieron sentido mágico o simplemente convencional, y no ofrecían dificultades a los iniciados; esta primera serie de euremenerismo debe ser atribuída al desgaste causado por la transmisión oral de indígenas que ya no entendían el sentido de la tradición y en parte a la misma buena voluntad del compilador.

C.—Las reducciones o ampliaciones del lenguaje, a veces pequeñas modificaciones en apariencia inocentísimas que fueron introducidas por Brasseur primero, y luego por Villacorta, con el fin de explicar y hacer llano y natural todo hecho narrado, las que no todas ni siempre se conectan con el euremenerismo naturalista sino a menudo con tendencias analógicas fundadas en la religión y los pensamientos actuales.

D.—Las interpolaciones de episodios de mayor o menor amplitud, a veces más vasta que el discurso central, cuya interposición ha hecho extremadamente dificultoso seguir la ilación de los capítulos sucesivos, trayendo en engaño, inclusive, a personas que han trabajado muchos años con este códice.

NOTAS TOMADAS DE ESTUDIOS PROCEDENTES DE QUIENES SE INDICAN AL MARGEN

DOCTOR GERARDO ENCAUSE

Cada raza ha sido precedida de otra raza humana y por consecuencia, por otros continentes completos, puesto que *cada raza humana, realmente distinta, es el producto de la evolucion de un continente,* con personalidad real diversa.

Asi, hubo una raza *Sur,* la raza negra, la que hoy esta representada en Africa, su lugar de orijen.

Una raza *Oeste,* la raza roja, cuyo lugar de orijen es América.

Y una raza *Sur-oeste,* la raza amarilla de la cual Asia representa el punto de partida.

Y la raza Blanca cuyo punto de partida y su estancia, es Europa.

Todo esto conforme el ciclo E.S.O.N. que se traduce mejor E.O.—S.N. desde el punto de vista de la historia.

Será preciso recordar un detalle capital. *En toda desaparicion o evolucion de un continente que haya dado nacimiento a una raza humana, lo caracteristico del mismo prosigue y quedan sus vestigios como testimonio sobre el planeta.*

He aqui la razon real y filosofica; fundamento de esas masas de tierra de las que el geografo solo nos describe el cuerpo y el geologo la vida.

La tierra, pues, ha sido poblada y subyugada, necesariamente, por cuatro grandes razas: la Amarilla, la Roja, la Negra y la Blanca.

Cada una de estas razas, desde su propio punto de vista, tiene una evolución intelectual, coronada por una Ciencia y una *tradicion* y confirmada por una *involucion* de la *divinidad* en cada cual de ellas. Cada raza tiene, ademas, procedimientos y modalidades propias de las que hizo uso para elevarse del estado instintivo al estado de iluminacion divina. De aqui la diferencia aparente de las diversas tradiciones, bajo las cuales hallamos siempre *una unidad* que las completa en su integridad.

Con apoyo de lo anteriormente expuesto, podemos encontrar, en las diferentes tradiciones que han llegado hasta nosotros, las huellas de la ciencia que se enseñaba en el interior de los templos, una vez que esta no se impartia libremente y no se llegaba a ella sino despues de haber pasado por pruebas dificiles y arriesgadas.

Ante todo, recordemos el caracter distintivo y caracteristico de cada tradicion.

La de la *raza Roja,* se revelará siempre por el número. La forma será sometida a este por la geometria y los dibujos de los mismos nombres seran triangulares y geometricos.

La de la *raza Amarilla* señalará su caracter por la idea, dominando, sobre todo aun en la forma.

La tradicion negra, dará al contrario la supremacia a la forma y a la imaginación, a los ornamentos, a los adjetivos. Los blancos, ultimos en llegar, continuarán su propia tradición por el peso, el numero y la medida referidos a todas las tradiciones precedentes.

Con relación a la escritura con signos quichés

XIMENEZ

Tuvieron sin duda aquestos indios, en tiempo de su gentilidad el *uso* de las *letras* como refieren las historias todas y con mas especialidad Fray Jeronimo Roman en su republica de los indios, de que se hallaron señales y *escritos,* cuando entraron los españoles a aquestas conquistas... y que se hallaron escritos con unos caracteres que tiraban a hebreos y tambien a los que usan los chinos. No era comun aqueste modo de escribir, ni los libros que tenian eran comunes, pues solamente los usaban los *sumos sacerdotes,* como maestros que eran de su ley.

La pronunciacion está en unas figuras o caracteres que *usan* por letras, asi como los egipcios y otras naciones.

Hay tambien testimonios de esta asercion de Fray Bartolome de las Casas, de Landa, &.

Queda pues bien establecido que tenian *letras* para expresar por escrito sus pensamientos aun cuando no hayan llegado hasta nosotros en sus orijinales ni la manera de alfabetizarlos ni el uso para su sintaxis y dicciones.

Los únicos antecedentes que poseemos y han llegado a nosotros son: los fragmentos de tradicion que de memoria relatan los indios llamados principales y los cuales son recitados, sin pensar en su significado, ya perdido para la casta actual, y como base unica para el analisis, las publicaciones del Abate Brasseur de Bourbug y la mas autorizada del padre Ximenez, en la cual se podria tener absoluta fe, si no fuera por las alteraciones ortograficas que al travez de los tiempos, copias, impresiones y fonetizaciones ha sufrido.

Tratando de ceñirme hasta donde me sea posible a las reglas que señalan los diferentes autores que me ha sido posible consultar, acometo la dificil tarea que oso llevar a cabo, comenzando por este ensayo, de acomodar a nuestro intelecto la nebulosa narracion de la tradicion quiche, tan traida y llevada, siempre dejandola en el mismo o mas obscuro misterio que cuando se encontró por el sabio sacerdote Ximenez.

Ante todo ¿que es? ¿de que trata? A estas preguntas casi nunca responden sino asimilando la tradicion a una interpretacion religiosa y los mas se concretan a traducir palabra por palabra el relato.

Refieren los autores que cada raza ha tenido un continente, sobre el cual ha fundado su imperio, y cuando esta raza ha llegado a su mayor altura que pueda alcanzar su organismo, un cataclismo viene, el continente se fracciona o desaparece y los restos que quedan de la raza y que han podido refugiarse en algun sitio que le fué accesible, va comenzando un nuevo ciclo con los restos que quedan en su cerebro sobre ciencia y los materiales que aun no se han destruido del todo. De esta manera tenemos: que las diferentes tradiciones que han formado el alma de las razas, hasta la actual, tienen puntos tan afines y contactos que parecen ser y en realidad son una sola en su fuente radical.

PREFACIO

El presente estudio que hoy se presenta, contiene únicamente un intento o ensayo de interpretación, en nuestra lengua, del antiguo relato contenido en la tradición quiché que ha aparecido en diferentes versiones con el nombre Popol Vuh, o más comúnmente Popol Buj.

He procurado, después de muchos años de investigación y estudio, adaptar, a nuestra mentalidad, los términos contenidos en las palabras concisas, y a menudo inexplicables, del idioma *escrito* de la lengua quiché, cuya ortografía ha sido alterada a menudo por los diversos investigadores que se han ocupado de estos estudios.

La idea de fonetizar los idiomas antiguos, cambiando su ortografía original, tiene graves inconvenientes; el mayor consiste en que, formadas las palabras bajo las reglas estrictas de sus caracteres radicales, al fonetizarse éstos, en cualquiera otra lengua, su sentido se obscurece y se transforma, siendo muy difícil y a veces imposible su comprensión.

Tenemos como prueba el nombre que se ha dado en dar a esta leyenda: Libro del pueblo o Libro del consejo, sacándolo de las palabras Popol Buj con que se bautizó en el siglo XIX. La palabra Vuh está cambiada en carácter y en sonido. V se tenía en la antigüedad con el mismo sonido de la U, como puede verse en cualquier libro de escritura antiguo y esta V en la palabra Vuh quiché tiene una acepción bien definida y que caracteriza la obra de una manera inconfundible. Vuh significa relación transmitida por medio de la palabra, es decir, de boca a oído (tradición) y no hay que recurrir a la similitud fonética alemana.

Esta costumbre de querer someter los sonidos de otras lenguas a la fonética propia, si bien natural, porque el que oye y escribe lo que oye, no puede hacer otra cosa, no es en manera alguna recomendable tratándose de copias de un idioma extraño, y sobre todo antiguo, que hace imposible su comprensión.

Los idiomas antiguos se escribían con un reducido número de letras o caracteres, a los cuales daban inflexiones que suenan de muy diferente manera a nuestros oídos y que tampoco son capaces de reproducir nuestros aparatos fonéticos, y al ser fonetizados conforme los oye quien los escribe, sufren alteraciones ortográficas que los asimilan a ideas muchas veces contrarias a las de la lengua que se traduce.

Por otra parte, el sentido verdadero, fundamental, de las palabras en aquellos idiomas, está contenido en el carácter o letra radical *asonante* que necesita de una vocal para poderse pronunciar; y la vocal, agregada para su pronunciación, no sólo modifica su carácter en su vocalización, sino también en su ideología; de allí se derivó la idea de raíces de dos letras y después la de tres, agregando una tercera sonante que completa el sentido que se quiere dar a la raíz. No hay raíces de mayor número de letras; pero al mismo tiempo, la gramática especial indica los casos en que la vocal no hace modificación ideológica, sino que se pone solamente por razones de sonido.

Hay que tener en cuenta que la gramática propia de cada una de aquellas lenguas, es tan distinta de la de Nebrija en que tuvieron que operar Ximénez y demás sacerdotes, de aquellos tiempos, a que estaban obligados por la disciplina de su ministerio, que no es extraño que esta particularidad, agregada a su ideología religiosa y la finalidad de su propósito catequista de la raza indígena, haya contribuído, en gran parte, a desfigurar y ocultar esta hermosa y extraña tradición, que hasta entonces habían conservado los quichés como su verbo secular, aunque ya no bien comprendido.

No han llegado hasta nosotros los verdaderos caracteres con que indudablemente fué escrito el M. S., que, según se afirma en él, lo fué en la *lengua*

antigua del quiché y no es admisible la idea, por ejemplo, que en nuestra época, hubiera Hitler escrito en caracteres rusos o ingleses lo que haya dejado para alemanes.

Fuera del cambio de ortografía de las palabras, por la fonetización, no ha habido otro medio de llegar a esta tradición que la versión del Padre Ximénez, alterada por copistas, traductores e impresores y aunque es verdad que en Guatemala, nuestra patria, existe multitud de indígenas que aún conservan ese idioma y se sirven habitualmente de él para su vida y que asimismo hay también clases de dignatarios que poseen algo de estas tradiciones: castas constituídas por los que llaman principales y brujos o zahorines; unos y otros no poseen la interpretación antigua y se atienen estrictamente al sentido literal, que tienen por sagrado y no se atreven a investigar su sentido.

Ante esta serie de dificultades que me hizo hacer y deshacer diferentes trabajos, la tarea se me hacía inaccesible; pero fueron cayendo en mis manos, libros de muy diversa índole que me inducían a creer que la ruta era posible de encontrar, si había la constancia necesaria y la persistencia en encontrarla.

Fabre D'Olivet me enseñó el camino seguido por él para la interpretación del Génesis de Moisés. Le fué necesario buscar al través de las tres lenguas madres —sánscrito, chino y hebreo— la derivación de las raíces y pensé que tal camino resultaba todavía más inaccesible para mí; pero vino en seguida otro libro "Los nombres de los Dioses" con este sugestivo incitante, refiriendo que el dios caldeo indicaba a su discípulo Zaratustra: *"Entre los veinte nombres que se me atribuyen, el duodécimo Popol Vuh es el más apropiado"...*, lo cual me indujo a pensar que tales últimas palabras tenían un sentido en caldeo, de donde proceden las lenguas semíticas y en cuenta la hebrea. ¿Tenían entonces razón los sacerdotes que atribuían el origen de la lengua quiché a procedencia hebrea o semita?

Esto me indujo a estudiar la gramática hebrea y con sorpresa fuí encontrando en ella gran analogía para la aplicación de la construcción de la quiché.

No intento siquiera discutir la procedencia de una y otra; me concreto a señalar su analogía y la utilidad que de ella se puede sacar para esta clase de trabajos. Tuve también ayuda en los estudios de otros alfabetos y más detenidamente la interpretación ideográfica de las letras de los alfabetos fenicio y hebreo del doctor José Alvarez de Peralta.

El estudio del doctor Alvarez de Peralta transcribe en cada letra el valor y sentido ideográfico de las veintidós letras de dichos alfabetos según diferentes autores y es de advertir que la lengua quiché sólo cuenta con veinte, lo cual indica, en mi concepto, una antigüedad mayor, pues al irse modificando los idiomas se hacen necesarios más sonidos que se acomoden a las necesidades de su expresión y a la configuración del aparato receptor y fonético de la raza a que va pasando la palabra. El chino vuelve l nuestra r; el francés, c nuestra j antes de a, o, u; el italiano vuelve ch nuestra c antes de e y de i, y así, en cada idioma se hacen necesarios mayor número de caracteres o letras para expresar los sonidos.

Un estudio más prolijo en las gramáticas antiguas y modernas hará luz sobre el por qué los idiomas modernos, inglés y alemán, conservan la forma antigua de un solo verbo para expresar ser y estar; haber y tener, cuando nosotros tenemos dos maneras de expresión para cada uno, y en cuanto al

uso de la letra C, que suena de un modo antes de a, o, u y otro distinto antes de e, i, creo pertinente transcribir lo que la gramática hebrea indica acerca de ello.

"G es la tercera letra en el alfabeto hebreo y en igual lugar se encuentra en el caldeo, ciriaco y griego. Los primitivos latinos designaban la g griega con C pronunciándola con bastante aspereza, con lo cual pasó la C a ocupar el tercer lugar en los abecedarios modernos."

Hago notar, además, que el quiché no tiene C aun cuando los traductores hacen frecuente uso de esta letra, en el sonido fuerte de ella, con lo cual ponen un gran obstáculo para la definición del significado de la palabra, pues el sonido queda comprendido en el que corresponde fonéticamente a las letras G, K, Q, teniendo cada una de éstas, significados definidos que no tiene la C que, por otra parte, no existe en idioma quiché.

El orden numeral de cada letra en el alfabeto es otra cosa de importancia para el control de las ideas desarrolladas en el discurso, así como el sistema de numeración invariable de 1 a 9, ya que el 0, agregado a estas cifras, indica haberse llegado a un ciclo determinado.

También hay que tener en cuenta el pensamiento dual que ellos atribuían a todo lo manifestado, en que incluían lo activo y lo pasivo, la fuerza impulsiva y la fuerza formativa, así como sus creencias constituídas y expresadas como tratándose de tres capas de diferentes densidades que se entremezclan descendiendo unas entre otras hasta formar un todo compuesto y compacto, fuerte y material.

La facción de sus alfabetos, base esencial y fundamental de su escritura conceptiva, tiene especial forma, ya que no todos siguen la fórmula A. B. G..., y por lo tanto, el número que corresponde a cada letra, en cada raza, es distinto, y la clave de interpretación varía.

En la lengua que es motivo de este estudio, constando sus fonemas de veinte signos y careciendo ella del signo D, parece que éste debe ser sustituído por T, forma corriente de sustitución, frecuente en los idiomas antiguos.

Dos son entonces los signos que se presentan para tal sustitución: el Nº 7, Ds o Z, del alfabeto hebreo y el 18 Tz del mismo alfabeto. El primero denota dominio de las fuerzas; el segundo, la voluntad de llevar a cabo una manifestación. Uno u otro pueden estar comprendidos en la palabra Tzakol o Dsakol del primer triángulo que encabeza la leyenda *"AL-OM; TsAK-OL; BIT-OL.*

Para mayor comprensión de este sistema, analicemos estas tres palabras. AL, es una contracción de AEL, raíz que se atribuye al concepto de divinidad; OM es una partícula de terminación que a menudo indica estar comprendida en la palabra un concepto de plenitud o pluralidad. De manera que AL-OM puede traducirse Divinidad plena.

TzAK-OL. Tz manifiesta la voluntad firme de hacer o manifestarse; AK, la de actualizarse y la de hacerse visible por su blancura luminosa; OL, el descenso en pleno. Los fonemas radicales son: A, L, M, Tz, K, B, T y con ellos solos puede desarrollarse la más grandiosa idea que en nuestro idioma necesita describirse con muchas frases en un extenso capítulo.

BIT-OL. BIT encierra el concepto de cubrir, velar o dar forma.

Estas tres palabras forman el primer triángulo con que comienza la tradición quiché

A L O M
Tz A K O L — B I T O L

y la unión de TzAKOL (masculino) y BITOL (femenino) gobernados por ALOM se deposita en una cuarta forma GAH-OL-OM, cuya sola palabra también denota bien claro su concepto: G, generación; AH, partícula de categoría o clasificación que en lo profano se refiere a superioridad y en lo esotérico a lo que flota en el pensamiento, en el aire, como ellos conceptuaban a un estado especial de materia, superior a la materia misma, pero inferior a la idea que representa el triángulo Alom Tzakol Bitol y para hacerlo más claro y comprensible agrega las partículas: ol, descenso pleno, y om, pluralidad; es decir, que lo depositado en este receptáculo está fraccionado en porciones que serán las semillas formativas del universo nuestro.

Muy lejos de mí la pretensión de creer que este trabajo es completo y perfecto; creo simplemente que señala un camino para que, quienes quieran y puedan, lo perfeccionen y llegue esta antigua y hermosa tradición a ocupar su verdadero puesto en el mundo de la ciencia de los conocimientos antiguos.

Para completar esta introducción, hago constar: que el único trabajo que puedo atribuirme, es el de mi buena voluntad y la constancia en glosar y llevar a un conjunto, las ideas de sabios que se han ocupado de estos asuntos.

Indudablemente el hombre primigenio, al dirigir su mirada al infinito, vió, alrededor de sí mismo, un horizonte que constituía un círculo, del cual era él el centro y por eso la primera figura que se encuentra en cada una de las diferentes cosmogonías, es un círculo que, en unas, es un disco obscuro con un punto brillante en el centro como primera manifestación, dando a entender el primer impulso de vida; en otras, es el disco en blanco que limita la fracción del infinito, desprendida de él para formar un universo y en espera del impulso de vida que hará brotar de su seno las existencias contenidas en los gérmenes y semillas en él depositadas, aunque invisibles. Primera idea contenida en el cero, que aún subsiste, de contenerlo todo y de dar valor, sin tenerlo aparentemente; luego, vuelve la mirada hacia arriba y al encontrarse con el mismo círculo sobre su cabeza, le hace suponer la continuación de él bajo sus pies. La mirada dirigida hacia el oriente, le hace trazar una línea que prolonga hacia su espalda, primera línea sobre superficie plana que atribuye a la fuerza que da vida sobre la tierra, por la proyección de la luz que viene de oriente a occidente; traza nuevamente una línea en dirección norte y otra en dirección sur, partiendo del centro en donde él está, y le atribuye el poder de contener y dar forma a la proyección de la línea oriente-poniente por medio de la humedad y el calor, con lo cual se tiene la forma primitiva de la cruz; traza en seguida cuatro rectas, de extremo a extremo de esta cruz y forma el cuadro a que se refiere la leyenda *Cuadrando las medidas*, con lo cual crea el fundamento, base de sus cálculos y su filosofía, desarrollados más tarde en sus tradiciones, y sus cálculos, de medidas en tiempo, duración y geometría aplicada al **universo.**

El desenvolvimiento de la idea contenida en estos trazos cruciales y circulares es muy interesante y está perfectamente descrito en la obra de la señora Blavatsky, "La Doctrina Secreta". Aquí sólo se toma la parte aplicable a la relación que se trata de interpretar.

El plan de descripción adoptado de esta interesante relación, va en general sobre la obra Villacorta Rodas en el prefacio, y sigue sobre el trazado concertado por el docto señor Imbeloni en lo relativo a las diversas creaciones y destrucciones o suspensiones en los diversos períodos geológicos y creativos, y se intercala la ideografía descriptiva de la segunda a la sexta tradición Villacorta Rodas, no tomada por dicho docto señor, quien sólo se ocupó de las cuatro creaciones asimilándolas a los cuatro soles de las leyendas méxicas.

Veamos cómo el autor del M. S. afirma las ideas tradicionales de aquellas épocas pretéritas.

\- - -

Así es la antigua y primordial tradición que fué dada al pueblo que aquí se llama *Quiché.*

Aquí queda escrito y se conserva la primitiva y original verdad que guarda el principio y fundamento de todo lo que fué hecho y dicho para el pueblo *quiché,* su población y su gente.

Así se muestra lo que se guardó para su enseñanza, para esclarecer su repetida verdad y revelar el nacimiento y creación de la luz por intervención de:

AL-OM
BIT-OL TzAK-OL
GAH-OL-OM

llamados

HUN AHPU
Guch Utiu
ZAK-I-NIMA-TzIIZ TEP-EU
GUG-U-MATZ U CUX-CHE
U CUX-PALO AH-RAXA LAK
AH RAXA TzEL

Dos veces apareció todo esto; dos veces envejeció, antes del relato quiché.

En esta orientación se comunicaron en sus respectivas lenguas los llamados:

MAM-OM, IY-OM, IX-PI-YAK-OK, IX-MUK-AN-E, MATZ-AN-EL, CHUEK-EN-EL.

El antiquísimo IY-OM; la antiquísima MAM-OM, como se dijo en la tradición quiché.

Esto fué lo que se dijo a todos los que lo oyeron, por quien vió la vida clara y dijo la verdad pura.

Esto se escribe hoy, dentro del cristianismo y la palabra de Dios, y lo sacamos a la luz, porque ya no se oye ni ve el relato antiguo Popol-Vuh, donde se veía y narraban nuestras tradiciones, cuyos conceptos, velados en ellas, comprendemos hoy con claridad, gracias a las actuales doctrinas venidas del otro lado del mar.

Existe el antiguo relato, primitivamente escrito también, aunque oculto a la vista y a su comprensión. Grande en su triple trabajo y expresión; concluidos de medir en su totalidad el cielo y la tierra; cuadrando sus medidas tal como fué dicho por Tzakol y Bitol, padre y madre de los fundamentos de la vida de la humanidad; de lo que alienta y respira y hace palpitar el corazón dormido en el pecho del hombre, llenándolo en un todo de la bondad que redime y viene del cielo a la tierra, a la selva y al mar.

He aquí ligeramente develada, la antiquísima enseñanza de la tradición quiché:

EL CAOS

Todo estaba en suspenso, todo en calma, en sosiego, silencioso. Así era todo lo que abarcaba la bóveda del cielo; no había una sola gente, ni animales, ni pájaros, ni peces, ni cangrejos, ni árboles, ni piedras, ni hondonadas, ni barrancas, ni pajonales, ni huatales.

Sólo el cielo existía, tampoco estaba visible la superficie de la tierra y sólo se vislumbra algo, como un mar tranquilo, en todo lo que abarcaba el firmamento. No había algo que estuviera en conjunto, que reposara, que se moviera, que tuviera la más leve semejanza con lo que pudiera existir dentro del cielo.

Obscuridad inicial y comienzo de la luz

En el silencio y la calma de aquella obscura soledad; en las tinieblas de aquella noche pavorosa, fué surgiendo una claridad deslumbrante (Tzak-ol) que tomó lentamente una forma, iniciada por una fuerza (Bit-ol), impulsadas ambas a su vez, por otra superior y desconocida (Al-om), que provocó la unión de las primeras, de cuyo encuentro, brotaron miriadas de corpúsculos de luz que llenaron el espacio, esparciendo su claridad y vibraciones en aquel aparente vacío, convirtiéndolo en un inmenso receptáculo del cual surgiría un universo (Gah-ol-om).

Todas estas fuerzas llevaban dentro de sí, las fuentes y semillas destinadas a impulsar la vida en nuestro universo y estaban encubiertas dentro de un manto transparente, verde, como Gug y por esto se les llamó GUG-U-MATZ; poseían las más altas y fuertes vibraciones, la más grande y potente voluntad e inteligencia.

De esta manera, se fué poblando el cielo y se fué formando la existencia del corazón que haría funcionarlo todo, y cuyo nombre es: QAB-A-VIL (la V se pronuncia como u).

Las fuerzas actúan, no discuten, y a su acción formidable, se inició el sonido que más tarde fué el fundamento y origen de la palabra. El pensamiento, fuerza a su vez, convertido en acción, formó la humedad y el calor que daría origen al impulso de la vida, y haría también germinar las semillas dormidas en el seno de lo eterno, para producir la alimentación necesaria a los seres que nacerían más tarde.

La luz aumentaba dentro del seno de lo increado y al través de aquel velo brillante, blanco, inmaculado, fué surgiendo la figura majestuosa de TEP-EU,

punto de equilibrio de estas fuerzas con las nuevas que surgieron por aquel contacto y absorbidas por HU-RAK-AN, fuerza engendrada en el vapor acuoso que flotaba en el aire, y desarrollada por el fuego producido por la chispa.

De esta manera, los componentes de HURAKAN son: el relámpago que constituye su primera manifestación (KAK-UL-HA — Kak = fuego; Ul = brotar; Ha = del agua); la chispa que hace brotar el fuego (CHI-PI-KAKULHA) y el rayo de luz que se desprende y cae (RAX-A-KAKULHA), constituyendo el todo, en su conjunto, el cuerpo central del Corazón del Cielo.

Juntos y mezclados ya, Tepeu, Gugumatz y Hurakán, prepararon la existencia de los seres, hicieron más fija y mayor la claridad, dando lugar a que fuera posible el nacimiento de las plantas que darían la materia de alimentación de los seres.

Surgimiento de la tierra

Combinadas las fuerzas hacia un mismo fin de creación, observaron que el agua lo cubría todo y que era preciso que apareciera la superficie plana de la tierra, para poderla labrar, y que la claridad brotara del cielo para iluminar la tierra y poder sembrar lo que habrían de comer los pobladores.

Al mandato de aparecer la luz, ésta se creó, y así, quedó resuelta la existencia de los seres que vendrían.

Tierra, dijeron, y pronto se formó ésta, apartando las nubes y neblinas que llenaban el espacio sobre ella.

Era cosa sobrenatural, extraña y maravillosa, cómo comenzaron a aparecer, lentamente, dentro del agua, los montes y montañas, levantándose sobre la superficie de ella; cómo fueron formándose los montes, las costas y los valles, al aparecer a un mismo tiempo sobre la superficie, poblándose ésta de bosques de cipreses y de pinos.

Primera creación

Gugumatz, henchido de alegría, alababa la presencia de Hurakán: "Magnífico que hayas venido, oh, tú, Corazón del Cielo, con tus componentes Chipí y Raxá Kakulhá, porque con vuestra ayuda, quedará consumada la obra de nuestro Creador".

Poco a poco y sucesivamente se fueron formando y apareciendo los pobladores de la tierra, de los montes, de las montañas, de las costas y de los valles. En seguida se organizaron los caminos para el curso de las aguas, las que comenzaron a deslizarse hacia el pie de las montañas, y se hizo la separación de los seres que habían de quedar y vivir dentro del agua.

Se asignó a cada grupo el ambiente en que debía moverse y vivir y lo que debía guardar, y quedaron desde entonces las fieras, los papagayos y los pájaros como habitantes de selvas y montañas; de los bejucos, las culebras, las víboras de cascabel y los cantiles, en donde cada grupo del conjunto fué acomodando su vida y su manera de subsistir y multiplicarse, obedeciendo a los impulsos con que fueron formados por sus creadores.

Concluída la creación de bestias y pájaros, les fué ordenado por Tzakol, Bitol, Alom y Gaholom: "Gritad, aullad y gorjead para entenderos, no permanezcáis en silencio; separaos en grupos según la manera en que podáis entenderos y según vuestra especie y decid nuestros nombres, ya que sabéis que somos vuestros progenitores".

Esto les fué dicho por Hurakán, Chipí Kakulhá, Raxá Kakulhá, U-QuxKah, U-QuxUleu, Tzakol, Bitol, Alom y Gaholom.

Primera obscuridad y abandono

Grande fué la decepción al ver que no podían ser ejecutados los sonidos de aquellas nueve entidades. ¿De manera que la obra no estaba concluída y habría de comenzarse de nuevo, construyendo otras formas...?

Entonces se resolvió substituir éstas por unas nuevas, y destinar las que estaban ya existentes, para ser comidas sus carnes, vivir en sus querencias y guaridas, multiplicarse y obedecer.

Hubo un nuevo esfuerzo de los animales para conservar su preponderancia; pero como por su falta de lenguaje no pudieron entenderse, ni sintieron afectos, nada hicieron por ellos los creadores, quedando definitiva la resolución de ser comidos.

Por segunda vez se pensó en la creación de otras formas con mayor visión y mayores aptitudes.

Segunda creación

Probaremos a ejecutar un nuevo intento, porque es preciso que al despuntar la aurora, hayamos sembrado la semilla que produzca el alimento que mantendrá la nueva generación.

¿Cómo haremos para que hable y nos invoque y nos llame...?

Probaremos a crear un ser grande, que se mueva y que sea obediente a nuestras voluntades, es decir, que tenga todos los impulsos que forman nuestro ser. Entonces, principiaron a formar de barro húmedo sus carnes; pero al momento, comprendieron que esto no tendría consistencia al ponerse en contacto con el agua, en la cual se desleiría y se convertiría en un montón de cieno. Al estar formada la figura, apareció con un pequeño cuello, una boca muy ancha, ojos que no veían sino para un solo lado y no tenía cabeza. Hablaba, pero no tenía sensibilidad, visto lo cual por Ah-Tzak y Ah-Bit (segundas fuerzas creadoras) resolvieron dejar en receso estas otras formas, ordenándoles permanecer hasta que vinieran los nuevos seres.

Obscuridad y abandono

Los días y noches de que aquí se habla, son períodos de obscurídad o de claridad, actividad y relativo reposo; de duración indeterminada. Obscuridad que precede o sigue a cada período.

Todo hace creer que el paréntesis abierto, con las descripciones que van a continuación y que están intercaladas entre la tercera destrucción y cuarta creación, son episodios que no pertenecen solamente a un período de obscuridad, sino que tratan de explicar lo pasado en silencio en otros períodos.

Esta intercalación puede haber sucedido al través de los tiempos al relatar la tradición, de un individuo al que le seguía en la sucesión de guardarla, o bien, por quienes, más tarde, con presencia del original, creyeron velar o intencionalmente rompieron la ilación del relato.

Hay que tener en cuenta que, durante todas estas descripciones, no se ha densificado el disco del sol que formaría el centro de nuestro sistema, ni la luna se había formado, y, por lo mismo, las manifestaciones que se describen, pasan en un ambiente especial que no es el de nuestra tierra, sino en una de las divisiones que las doctrinas orientales reconocen como intermedias entre lo espiritual y lo material.

Segunda obscuridad del texto

Por no haberse podido obtener la presencia del progenitor Hurakán (Corazón del Cielo) se obscureció la superficie de la tierra cubriéndose de tinieblas y se desarrolló, sobre de ella, la más terrible época de conmociones, sismos y siniestros que precedieron a una nueva creación. La tierra se movía por doquier; fuertes masas de ella se elevaban como olas rugientes y poderosas, a alturas no medidas, para crujir con estruendo y caer en profundidades insondables; en la bóveda del cielo se extendía, como manto tenebroso de colores verdosos y rojizos, la gran cortina que lo envolvía todo con sus tintes de soberbia y de dominio (Vukub Kakix), pretendiendo con aquella muestra de grandeza, difundir pavor y llegar a cubrir y someter, bajo su manto, a todos los seres que forzosamente tendrían que reconocer su inteligencia y sabiduría, siendo entonces este caos, la sola manifestación de luz que conocieran. Sus vislumbres radiantes y verdosas, de color de esmeralda, serían como ojos que miraran y harían aparecer como piedras preciosas y de claridad de cielo, la blancura de sus dientes figurada por destellos que aparecerían fugazmente.

De esta manera, todo aquel siniestro conjunto de grandeza pavorosa, sería el único sol y la única luna existentes, pues que aquellos astros aún no habían aparecido ni organizado sus funciones y estaban todavía ocultas sus caras.

Como hijos de esta horrible manifestación que ayudaban a hacer más intensa la impresión de terror, estaban Zipakná, que formaba montañas y volcanes, haciéndolos surgir en una sola noche, y Kabrakán, que tenía en perpetuo movimiento la tierra con sismos y temblores que derruían las montañas, abrían abismos y grietas y no cesaban en sus actividades un solo momento. Ambos eran hijos de la desolación (Chimalmat) esposa de Vukub Kakix.

Aquel ambiente de dolor y muerte, de fuerzas desencadenadas sin control alguno, necesitaban de frenos poderosos que moderaran o destruyeran su potencia para poder establecer cierta quietud y orden, y al fin entraron en acción las que antes habían actuado en pasadas creaciones, Hunapuh e Ixbalanqué, el soplo que arrebata y el empuje que destruye y abre brecha.

Solamente quien ve en lo oculto, es quien *dirige* y *crea,* y es por esto que, enviados *por aquél,* pudieron Hunahpú e Ixbalanqué oponer sus fuerzas para establecer el equilibrio en el caos que sólo producía destrucción y muerte.

¿Cómo hacer para llevar a cabo este propósito? Observaron que aquel manto rojizo se alimentaba con las hojas amarillas de las copas de los árboles, y situados bajo de ellas, esperaron el momento en que viniera a alimentarse. Cuando lleno de ansiedad bajó Vukub Kakix, aun cuando observó que había sobre el suelo señales sospechosas, quiso comer. En aquel mismo momento recibió potente soplo que lo rompió en partes y cayó violentamente al suelo y luchó con Hunahpú, teniendo que desasirse de él arrancándole un brazo que le oprimía fuertemente.

Aquel manto volvió a la bóveda celeste con la parte del soplo que había conquistado, pero con fuertes y agónicos dolores, por la ruptura sufrida.

—¿Qué pasó? —preguntóle su mujer.

—Unos dos malos muchachos que trataron de matarme, pero no lo pudieron obtener. Aquí traigo una parte del Ahpú.

Mientras tanto, Hunahpú e Ixbalanqué se pusieron de acuerdo para dar el golpe final y recobrar el brazo que Vukub Kakix se había llevado, para lo cual se acompañaron de dos viejecitos, el alba antigua (Zakinimak) y la voluntad luminosa persistente (TzakinimaTziiz), invitándolos para ayudarles en aquella campaña, y juntos fueron hasta el alojamiento de Vukub Kakix, quien gritaba de dolor por el sufrimiento de su herida. Llegaron los viejecitos a su presencia.

—¿Quiénes sois vosotros? ¿Cuál es vuestro oficio? ¿Son hijos vuestros esos niños?...

—Nosotros curamos, y estos niños, que no tienen padre, fueron recogidos por nosotros y los mantenemos compartiendo con ellos nuestra comida.

—Curadme pues, porque con este dolor no he podido dormir ni descansar y paso todo el tiempo en perpetuo desasosiego.

Los viejecitos, entonces, comenzaron su tarea, que tuvo como final, el exterminio y muerte de Vukub Kakix y la recuperación del brazo de Hunahpú.

De esta manera, la negra, terrible y rojiza noche fué aclarando, y sólo quedaba la inquietud y desasosiego producido por Zipakná y Kabrakán.

El primero se entretenía en levantar volcanes que vomitaban fuego (Chikak), los que respiran humo (Ahpú), los que forman cavernas (Pek-ul), los que forman las corrientes de agua (Yaxkanul), los que estremecen y hacen temblar la tierra (Mak-am-op) y los que atraen el rayo luminoso (Hul-iz-nap), cuyos nombres se les dieron al aparecer el día.

Zipakná se encontraba sumergido en una corriente, cuando pasaron cerca de allí, gritando, *cuatrocientos* muchachos (Las pléyades).

—¿Qué hacen ustedes, muchachos?

—Acarreamos madera que llevaremos en nuestros hombros a nuestra casa, y el palo grande servirá para la viga madre de ella.

—Bien, yo lo llevaré todo.

Y levantándolo sobre su hombro, lo condujo hasta la casa de los muchachos.

—Ahora te quedas con nosotros. ¿Tienes padre y madre?

—No los tengo.

—Entonces irás mañana a trabajar con nosotros.

—Está bien.

Los muchachos entraron en desconfianza, viendo que aquél, sólo él, podía hacer lo que todos ellos juntos no eran capaces, y resolvieron matarlo, para lo cual abrirían un hoyo profundo y lo harían bajar con algún pretexto, para, al estar dentro, dejar caer un palo grande para que muriera. Tal estratagema fué llevada a cabo, pero al bajar al hoyo, Zipakná comprendió lo que querían hacer de él y en lugar de cavar hacia lo hondo, hizo una cueva en donde poderse resguardar.

Al estar seguro en su escondite, gritó que vinieran a retirar los terrones y tierra que había excavado, pero su voz quedaba apagada en la profundidad de la cueva, y al venir los muchachos con la viga que dejarían caer, escuchando que nada se oía, hicieron la maniobra de colocarla en el hoyo, con lo cual se imaginaron que Zipakná había muerto, y a la mañana siguiente, fueron a observar, y no escuchando ningún sonido ni manifestación de vida, llenáronse de alegría.

Hicieron su bebida de tres días y esperaron ver salir las hormigas de la tierra con las señales de traer restos del cadáver de Zipakná, y habiendo aparecido éstas, creyeron indudable su muerte. La celebraron embriagándose con la bebida fermentada que habían hecho.

De esta circunstancia se aprovechó Zipakná para salir de su agujero, y haciendo caer sobre los muchachos emborrachados el techo de su casa, los mató a todos, sin quedar alguno con vida, y dícese de ellos, que subieron a formar parte de las estrellas en el cielo, siendo las pléyades (Motz). Se marcó, desde entonces, la moderación de la lucha y el comienzo del camino para organizar la nueva vida alterada por las fuerzas desordenadas y sin control.

Zipakná se nutría de *peces* y *cangrejos,* y de esta circunstancia se valieron los gemelos Hunahpú e Ixbalanqué, fingiendo un gran cangrejo que le incitaron a comer, obligándole a entrar boca arriba en una estrecha cueva, y cuando ya sólo asomaba los pies, derribaron sobre él la montaña, con lo cual lo mataron, convirtiéndolo en piedra.

Destruído este otro elemento de disturbio, no quedaba más que Kabrakán, que mantenía la tierra en convulsión perpetua, sin dejar un momento de reposo.

▬ ▬ ▬

Nuevamente fué ordenado, por conducto de Hurakán, a los gemelos, destruir este último desordenador y conducirlo a una gran montaña por donde apuntaba el alba, y allí destruirlo.

En las frecuentes caminatas que hacían, Hunahpú e Ixbalanqué encontraron a Kabrakán y le preguntaron:

—¿A dónde vas?...

—A ninguna parte fijamente; me ocupo sólo en agrietar los montes y conmoverlos, para que venga el día y con él la luz.

¿Cómo os llamáis?... ¿Qué venís a hacer por acá?... No conozco vuestras fisonomías, ¿cuáles son vuestros nombres?

—Somos cazadores por el soplo y también ponemos trampas de liga; no tenemos nombre; somos pobres y nada poseemos. En nuestra caminata por los grandes y pequeños montes, hemos visto una gran montaña y nos hemos parado a ver lo que hay en ella. Queda muy lejos y está cortada en su parte alta, que es mucho más alta que todas las demás. Allí no hemos podido cazar nada. ¿Es cierto que puedes derribar montañas?

—¿Pero es verdad que han visto ustedes esa montaña? ¿Dónde queda? Ya verán cómo la removeré.

Y se pusieron en camino los tres, con Kabrakán enmedio, para hacerle ver cómo caían los pájaros que volaban sobre el camino, y los cuales asaban y comían para despertar el apetito de su cautivo.

Prepararon de esta manera un pájaro especial, que cocinaron y sazonaron con tierra, y el cual dieron a comer a Kabrakán para acabar con él. Después de terminada la comida, arribaron a la gran montaña por donde aparece el alba, y allí murió.

Con estos dos elementos, que fueron enterrados, quedó asegurada la tranquilidad del suelo y así, preparada la tierra para hacer germinar las semillas que producirían la alimentación de las nuevas generaciones.

Lucha de los elementos de vida y de muerte

Elementos esenciales para un nuevo despertar, serían los reflejos cálidos del sol (Xpiyakok) y los sedantes y luminosos de la luna (Xmukané), padre y madre de los siete Ahpú, de cuyo nacimiento sólo cuenta la narración que fueron engendrados en la noche y aquí se referirá solamente lo que concierne al primero, Hunhunahpú, y el séptimo, Vukubahpú. El primero fué casado y tuvo por esposa a Xbak-i-yal-o (luminaria del alba), de cuya unión nacieron Humbatz y Hunchoven.

Vukubahpú fué soltero.

Por la naturaleza misma de estos Ahpú, fueron muy grandes sabios y su ciencia era profunda. Eran adivinos, y su vida y costumbres eran buenas. Dominaban todas las artes y eran asimismo de gran habilidad para el juego de la pelota, en cuyo arte se ejercitaban cada dos días en la gran sala del universo, imprimiendo en los mundos y conglomerados que impulsaban, movimientos inusitados y carreras regulares a que quedarían sujetos de por vida.

Mientras ellos permanecieron en la tierra, murió la madre (Xbakiyalo).

Tales juegos se desarrollaban en el espacio y a presencia del ave simbólica (Vok), mensajera de Hurakán. Sus campamentos no se encontraban lejos. Siempre se tenía noticia de lo que pasaba en la tierra, en Xibalbá, por medio de aquel mensajero, que en un momento se transportaba al lado de Hurakán.

En uno de aquellos juegos de los Ahpú, en que el ruido se acrecentó desmesuradamente, se aproximaron al reino de Xibalbá, donde gobernaban como monarcas, Hunkamé y Vukubkamé, quienes, escandalizados de aquel desorden,

provocado en sus dominios sin permiso ni anuncio, pensaron que era necesario llamar a los actores a que jugaran a su presencia y así vencerlos, siendo los dos Kamé los jueces supremos.

En aquel reino o imperio había príncipes tributarios, que ejercían sus respectivas profesiones contribuyendo a la muerte de los seres por los mil medios y recursos a su mano, y todos estos causantes de males se juntaron para perseguir a los Ahpú, conforme los deseos de los Kamé.

Habiendo decidido traer a su presencia y desafiar a aquéllos, llamaron a sus mensajeros, los tecolotes Chabí Tukur, Rakán Tukur, Kakix Tukur y Holón Tukur, para que llevaran su mensaje. Partieron éstos con la velocidad de una flecha a cumplir su cometido, revestidos de la dignidad de Ahpop Achí (Capitanes de guardia). Llegaron al momento al lugar del juego, en Nimkar-chah (kar = peces; chah = juego), gran lugar en donde se formaba el murmullo de aquel juego, y descendieron para dar el mensaje de sus amos y señores.

Los Ahpú aceptaron el desafío y llegaron a su casa para prepararse y avisar a la madre, encargarle la custodia de los niños Humbatz y Hunchoven, y al tratar de ponerse sus arreos de juego, recapacitaron, por consejo de la madre, y los escondieron sobre el techo de la casa.

Caminaron precedidos de los tecolotes y bajaron por pendientes muy rápidas, hasta llegar a un río, donde había dos cuevas llamadas Nusivan kul (barranca escogida ?) y Kusivan (barranca de calabazas ?), lugar que pasaron, y llegaron igualmente a un río de agua hirviente, pudiéndolo pasar sin daño. Encontraron otro río de sangre y no bebieron de ella, y llegaron finalmente a otro río de agua cristalina, de la que tampoco bebieron, con lo cual se salvaron de ser cogidos en aquella trampa.

Continuaron adelante, habiéndose encontrado con cuatro caminos que tenían un color diferente. Uno era rojo, otro negro, otro blanco y el último amarillo, y he aquí que el camino negro habló, indicando ser él, el que podía conducirlos mejor, y al tomar esta decisión cayeron en la trampa que se les había preparado.

Desde el momento en que habían tomado el camino negro, su suerte estaba decidida, y al llègar al trono donde estaban sentados los reyes de Xibalbá, comprendieron que estaban irremisiblemente perdidos.

Al ver sentados en aquel lugar a muñecos que tomaron por los reyes, quisieron saludarlos y dijeron: Salud Humkamé, salud Bukubkamé, pero, naturalmente, los muñecos no respondieron y en seguida se oyeron sonantes carcajadas de alegría por haber tenido éxito el engaño.

Los Kamé al fin hablaron e invitaron a sentarse a los recién llegados, señalándoles una piedra, el que decían ser un asiento de honor; pero al sentarse, sintieron que estaba ardiendo y no podían levantarse sin sentir el dolor de una nueva quemadura.

Los Xibalbá se pusieron a reir de nuevo, al extremo de verse amenazados de apoplejía por la risa.

—Id a vuestra posada —les dijeron—; allí os llevarán vuestro ocote y vuestro tabaco.

En seguida se reunieron en consejo y resolvieron matarlos, porque su juego era una verdadera afrenta para Xibalbá.

Los condujeron a una casa lóbrega donde no había más que tinieblas y les llevaron sus astillas de ocote y un cigarro encendido para pasar la noche, recomendándoles no gastar mucho fuego, pues lo que se les llevaba debía ser devuelto en el mismo estado que se les entregaba.

Al día siguiente, los Kamé llegaron a preguntar por el ocote y tabaco que se les había enviado, y como se les contestara que estaba consumido, fué decretada la muerte, con lo cual triunfaban aparentemente los Kamé, llevándose a cabo la sentencia con el ritual de aquellos bárbaros.

Los Ahpú fueron sacrificados y enterrados en Pulbakchak (lugar de huesos de pescado), después de quitarle la cabeza a Hunahpú, la cual mandaron colgar en el árbol *que está enmedio del camino.*

Grande fué el asombro de los Kamé al ver que aquel árbol, que nunca había fructificado, se llenaba de verdor y fruta después de colocarle la cabeza de Hunahpú, circunstancia por la cual se le nombró Cabeza de Hunahpú a dicha fruta.

Fué una maravilla aquella fructificación de productos redondos que habían absorbido la cabeza de Hunahpú, la cual había ya desaparecido de la vista, llegando a ser el carácter distintivo de aquel árbol a causa de haber producido repentinamente, y los de Xibalbá ordenaron que no era permitido acercarse al árbol, quedando prohibido todo contacto con él.

El misterio de la procreación

He aquí que una virgen, hija de un príncipe Kamé, escuchó las maravillas de este árbol.

Quchumaqiq era el nombre de su padre e Ixqiq el de la joven. Cuando ella oyó la historia de las frutas de este árbol, la cual le fué contada por su padre, se maravilló también mucho de tal relación.

—¿Por qué no he de ir a ver ese árbol de que tanto hablan? En verdad, esas frutas deben ser muy sabrosas, según lo que oigo decir de ellas.

Entonces partió ella sola y acercándose al pie del árbol plantado enmedio del cenicero:

—¡Ah! —exclamó con admiración—. ¿Qué? ¿Esa es la fruta de este árbol? ¿No es admirable cómo este árbol se ha cubierto de frutas? ¿Moriré yo y será mi ruina si corto una?

—¿Quieres una? —preguntó la cabeza.

—Sí, quiero —respondió la joven, alargando la mano.

Entonces la calavera lanzó con esfuerzo una escupida en la mano de la joven, mientras la tenía extendida.

La joven miró pronto hacia el hueco de su mano, movida de curiosidad, pero la saliva de la calavera no estaba ya allí.

—Esta saliva y esta baba es mi posteridad que te acabo de dar. He aquí que mi cabeza dejará de hablar, porque no es más que una calavera que ya no tiene carne.

"Así, igualmente, es la cabeza aún de los más grandes príncipes, porque la carne es solamente la que embellece la cara; de allí viene el terror que rodea a los hombres al momento de la muerte, a causa de la osamenta, que es lo único que de su cuerpo queda.

"Lo mismo acontece a los niños, cuya naturaleza es como la saliva y la baba, ya sean hijos de príncipes, o hijos de artistas o de oradores, la cual no se pierde nunca, sino que se transmite con la generación, sin que se extinga ni se acabe la representación del príncipe, del artista salido del pueblo o del orador; así es igualmente con las hijas o hijos que ellos dejan, y así es como he hecho contigo.

"Sube, pues, sobre la tierra; tú, no morirás. Cree en mi palabra, que así será esto", agregó la cabeza de Hunhunahpú y de Vukub Hunahpú. Ahora pues, estas cosas, tales como acontecían, se hacían por orden de Hurakán, del relámpago que surca el aire y del rayo que hiere.

La joven volvió a su casa, enriquecida con los misteriosos avisos y amonestaciones que le habían sido comunicados, e inmediatamente concibió en su seno, por virtud únicamente de la saliva. Esa fué la nueva concepción de Hunahpú y de Ixbalanqué.

Habiendo llegado la joven a su casa, pasados seis meses, fué observada con sospecha, por su padre, Quchumaqiq, quien observando a la joven con más atención, sospechó que llevaba un niño en su seno y lo puso en conocimiento de los reyes Hunkamé y Vukubkamé.

—He aquí a mi hija que está encinta, oh reyes, y verdaderamente para su deshonor.

—Está bien; hazla confesar su culpa, y si no dice nada, que se le dé muerte y que la vayan a sacrificar lejos de aquí.

—Está bien, señores.

Entonces él preguntó a su hija: ¿De quién es el niño que tú llevas en tu seno?

—No tengo niño, oh mi señor y padre. No hay hombre a quien le haya conocido la cara.

Entonces ordenó a los buhos que la llevaran y la hicieran morir, trayendo su corazón en un vaso para enseñarlo a los reyes.

Los cuatro buhos fueron a tomar el vaso, y se pusieron inmediatamente en camino, conduciendo a la joven sobre sus espaldas y llevando un cuchillo de pedernal, destinado a inmolarla.

—Vosotros no me mataréis, porque no es un crimen el que llevo en mi seno, sino el fruto concebido mientras yo iba a admirar la cabeza de Hunhunahpú, que está en el árbol del camino; así, pues, vosotros no me sacrificaréis.

—Pero, ¿qué pondremos nosotros en cambio de vuestro corazón? Esto es lo que nos ha ordenado vuestro padre: "Traed su corazón. Volved hacia los reyes; sed formales y de acuerdo, manifestad el cumplimiento del mandato, pronto, y traed la prueba de ello en un vaso. Pondréis su corazón en su fondo". ¿No es así como nos ha hablado? ¿Qué podríamos poner en el vaso? Nos gustaría más que tú no murieras...

—Muy bien. Este corazón no puede ser de ellos; vuestra morada no puede ser tampoco aquí; idos conmigo y seréis en adelante los mensajeros de la muerte; vuestros serán en verdad los verdaderos amantes y míos serán en seguida Hunkamé y Vukubkamé, quienes serán solamente, señores de la sangre y de las calaveras.

"En cuanto a quemar este corazón delante de ellos, tampoco podrá ser. Poned en el vaso el producto de este árbol", agregó la joven; y la roja savia del árbol salió y cayó en el vaso, se coaguló y se convirtió en una bola; fué ese el cambio de su corazón, formado por el líquido del árbol rojo, que, semejante a la sangre, su apariencia fué brillante, rojiza y coagulada, mientras que el árbol se hacía célebre por causa de la joven.

"Allá, pues, seréis amados, y todo lo que hay sobre la superficie de la tierra será vuestra herencia."

—Muy bien joven —contestaron los buhos. —En cuanto a nosotros, iremos a dar cuenta de nuestra misión. Toma tú tu camino, mientras que nosotros vamos a poner la imagen y semejanza de vuestro corazón ante los ojos de los reyes.

Cuando ellos llegaron ante los reyes, todos estaban en una expectativa inquieta.

—¿Se ha acabado ya? —dijo entonces Hunkamé.

—Sí —respondieron los buhos—. He aquí presente su corazón en el fondo del vaso.

Hunkamé se levantó a ver y tocó delicadamente, con la punta de los dedos, el líquido ensangrentado y brillante, que comenzó a derramarse con la sangre.

—Avivad bien las brasas y colocad todo eso sobre el fuego.

Al haberlo puesto, comenzaron a sentir y ver el humo que entre ellos se esparcía por la sangre y que ciertamente apercibieron que era oloroso y que los aturdía.

Atontados en sus cuevas quedaron los de Xibalbá, por causa de aquel humo que despedía el zumo del árbol. Los mensajeros huyeron a reunirse con la joven Ixqiq.

El triunfo de los elementos de la muerte fué aparente.

Tercera creación

Ah-Tzak y Ah-Bit (segundas fuerzas creadoras) después de dejar atrás lo anteriormente hecho, se preguntaron lo que habían de hacer para formar seres mejores que los anteriores, que vieran, comprendieran y atrajeran hacia sí los poderes de sus creadores, y resolvieron pedir su apoyo y asistencia a la abuela de la luz del Sol (Ix-pi-yak-ok) y a la abuela de la luz lunar (Ix-mukan-e) a Hunahpú Vuch y Hunahpú Utiú, para que señalaran un nuevo día de aparecimiento y creación; después, escogieron quién entre ellos obtendría la presencia de tales antecesores.

Las tres manifestaciones de Hurakán se llegaron a Tepeu y Gugumatz y éstos ordenaron a los del Sol, a los que hacen aparecer la luz y la obscuridad, que se juntaran de nuevo, a fin de resolver la clase de seres que se debieran formar, con qué y cómo se mantendrían, cómo no serían dañados y quiénes se encargarían de ellos. Al verificarse esto, se preguntaban: ¿Cómo es posible que únicamente el hechicero con sus granos de maíz y de frijol de pito, sea capaz de formar y esculpir en madera, cara y boca en una figura a la medida de un ser?

Oigase y entiéndase bien, la contestación dada por quien todo lo sabe; del ser de todos los seres, que es al mismo tiempo nuestro antecesor, abuelo y abuela:

Es necesario conocer y comprender los atributos y poderes de Hunahpú Vuch, Hunahpú Utiú, dos veces manifestados (una en cada una de la primera y segunda creación) y de:

Nim-Ak; Nimá Tziiz; Ah Qual, Ah Yamanik; Ahchut; Ah Tzalam; Ah Raxá Lak; Ah Raxá-Tzel; Ah Kol; Ah Toltekat;

R'Atit-Tzak (antiguo camino de luz) (¿Vía láctea?).

R'Atit Kih (antiguo camino del sol) (¿Zodíaco?).

La operación mágica del hechicero llegó a efectuarse y por medio de ella descendió la aurora (la luz del sol y su esplendor), madre de la creación, cuyo nombre es Ixpiyakok, siendo al mismo tiempo la abuela del sol, de Chirakán (que emite perpetuas vibraciones) llamada Ixmukané.

Al irse elevando la aurora al par de su claridad, producíanse, al contacto de ambos, sonidos que semejaban cantos de alegría que habían de formar los órganos del sonido, y podría, asimismo, conseguirse la forma de la escultura que se haría sobre el modelo que dejaron Ah-Tzak y Ah-Bit, para poder sembrar en ella los alimentos cuyas semillas se esparcirían para la nueva alimentación.

¡Oh, vosotras, semillas de maíz y semillas de pito!; ¡Oh, aurora!; ¡Oh, manifestación, tomad coraje!; y tú, Hurakán, no hagáis bajar de vergüenza la cabeza a Tepeu y Gugumatz.

Encontrada la manera de formar los muñecos de madera, se les quiso dotar de la palabra, a fin de que vivieran sobre la tierra como seres iguales a la gente, pero no pudo obtenerse ese resultado y quedaron como seres engañosos con boca para comer, aunque emitían sonidos; no tenían pies ni manos, ni sangre en las venas, ni intestinos para guardar la comida, ni miembros para defenderse, y estaban secas sus mejillas y sus dedos no se distinguían de su carne.

A causa de esto, no pudieron comprender la presencia de Tzakol y de Bitol, que son padres de los que respiran y tienen sentimientos.

Estos fueron los primeros habitantes con que de nuevo empezó a poblarse la tierra; pero no teniendo corazón ni sensaciones, por eso, fueron destruídos y condenados a desaparecer estos muñecos de madera.

Tercera obscuridad y abandono

Para esta destrucción se llenó de agua la tierra por mandato de Corazón del Cielo (Hurakán), y una gran inundación fué cubriendo la tierra hasta llegar a donde estaban los muñecos de madera, formados de palo de pito, los ejemplares machos, y de corazón de espadaña (zibak) la carne de la mujer.

La espesa lluvia que cayó del cielo continuamente durante el día y la noche, por mucho tiempo, fué tan densa, que parecía como de trementina y vinieron los animales destructores a devorar a los seres y dejarlos sin ojos, sin cabeza, sin carnes, sin huesos y sin nervios, por no haber comprendido la presencia de su progenitor Hurakán.

Grande fué la consternación difundida por esta experiencia fracasada, y fué cundida de tal manera, que hasta los utensilios del menaje doméstico lanzaban sus gritos de protesta, por lo que se les había hecho sufrir, inútilmente, y clamaban por venganza y represalia.

Y así, viéndose amenazados los muñecos, huyeron apareados como mazorcas, agarrados de las manos, de dos en dos, despavoridos y humillados; se subían a los árboles, pero éstos se rendían bajo su peso; se subían a las casas, pero al llegar a las goteras, se caían; quisieron guarecerse en las cuevas, pero éstas los rechazaban al llegar a su presencia. De esta manera, fué destruída la criatura semihumana y así se arruinó, despedazándose los unos contra los otros, y, según lo dice la tradición, como señal de su pasada existencia, quedaron los micos (Qoy) que ahora viven en los bosques y guatales, en los que perdura la muestra que quedó, por orden de Ah-Tzah y de Ah-Bit. Estos son los únicos seres que existen con cierto parecido a la gente civilizada y humana.

■ ■ ■

La joven Ixqiq se presentó a la anciana madre de los Ahpú, diciéndole:

—Yo soy tu nuera, tú eres mi madre.

—¿De dónde vienes tú? ¿Están allá mis hijos? ¿No han muerto en Xibalbá? Los dos que han quedado como sus descendientes se llaman Humbatz y Hunchoven, ¿no los miras?

Quién sabe de dónde vienes... Sal de aquí.

—Oh, mi madre; la verdad es que soy tu nuera porque fuí la esposa de Hunahpú. Ellos no han muerto, los llevo en mi seno y ya verás su faz tan adorable como vuestros hijos.

Humbatz y Hunchoven recelaron de la advenediza, que podría tener preponderancia sobre ellos y vieron con malos ojos su llegada.

—No quiero que tú seas mi nuera, sólo es deshonra lo que llevas en tu seno. Me engañas, porque mis hijos han muerto; pero si lo que dices es verdad, ayúdame y anda a traerme qué comer. Aquí te esperamos. Anda a tapizcar una red grande y regresa para continuar ayudándome.

—Está bien.

Y se encaminó Ixqiq a la milpería que tenían sembrada Humbtaz y Hunchoven, tomando el camino desbrozado que había para aquel lugar.

Grande fué su desconsuelo al percatarse de que sólo una mata había allí sembrada, y se creyó culpable por merecer este castigo.

—¿Cuándo podré llevar una redada de esta milpa?

Y comenzó a llamar al guardián (Chahal), a la lluvia (Ixtoh), al tiempo de madurez (Ixkamil), a la molienda (Ixkakon) que prepara el nixtamal, y a sus invocaciones trajeron éstos las florescencias de las milpas al pelo de las mazorcas que nacieron y cuyos granos crecieron pronto. Y al recoger las mazorcas, tuvieron que prestarle ayuda para llevar la red bien llena.

Entonces retornó a la casa, teniendo que conducir la carga sobre un animal, por ser muy pesada.

Al ver esto, la viejecita le preguntó:

—¿De dónde sacaste la comida que trajiste? ¿No lo destrozarías todo, terminando con ella y nuestra sementera? Iré a ver. Y se encaminó hacia allá.

Cuando llegó se admiró de que todo estaba en orden y sólo había señal del lugar donde la red se había llenado, con lo cual regresó convencida de que esto era señal de verdad, lo cual Ixqiq había asegurado.

—Bien. Tú eres mi nuera. Y cuidaré de los otros seres que llevas.

El tiempo llegó en que éstos nacieron. Ixqiq los dió a luz en un amanecer, sobre el campo, sin que la viejecita estuviera presente al nacimiento. Hunahpú e Ixbalanqué fueron nombrados.

Los entraron a la casa, pero como no dormían ni dejaban dormir, la viejecita, incitada por Humbatz y Hunchoven, los mandó tirar a un hormiguero, en donde los chicos durmieron muy a gusto; los pasaron a un espinero, con beneplácito de sus hermanos, que pensaban que así morirían.

Humbatz y Hunchoven eran, como se ha dicho, de inteligencia bastante desarrollada y habían crecido enmedio de muchos trabajos, sufrimientos y tristezas, con lo cual habían adquirido sabiduría. También conocían su descendencia y se creía que reemplazaban a quienes habían ido a morir a Xibalbá.

Los sentimientos de envidia y de rivalidad hacia sus hermanos menores, se traducían en una perpetua inacción de hostilidad hacia ellos; pero los chicos no se encolerizaban, porque miraban claramente su íntima naturaleza. Cazaban pájaros y los traían sin dar importancia al hecho de que nada les dejaban, hasta que un día no trajeron más pájaros, por lo cual la abuela preguntóles cuál era el motivo de esa conducta.

—Los pájaros que cazamos se quedan enredados en las copas de los árboles, a los cuales no podemos subir por nuestra cortedad de piernas. Si quisieran hacerlo nuestros hermanos, podrían ir con nosotros y traerlos.

Humbatz y Hunchoven asintieron en aquella tarea y se levantaron muy temprano para llevarla a cabo. Grande era su admiración al oír el canto de muchísimos pájaros sobre la copa del árbol del conocimiento (Qaute), y subieron a cogerlos; pero el árbol creció tanto, que se asustaron y preguntaban a sus hermanos: ¿Qué han hecho ustedes con nosotros? Este árbol nos da miedo al sólo verlo.

Entonces Hunahpú e Ixbalanqué les dijeron: —Desátense sus ceñidores, amárrenlos debajo de su abdomen y dejen caer sus extremos por detrás, como si fueran colas, y así podrán bajar.

Los hermanos mayores verificaron esto, y al instante tuvieron cola, y por esto se transformaron en micos (Qoy), y en seguida huyeron por entre grandes y pequeños montes, saltando y chillando entre las ramas de los árboles.

Los hermanos menores regresaron al hogar y al verlos la abuelita preguntóles por los otros hermanos, a lo cual contestaron:

—No sabemos lo que les pasaría, porque fueron tomando una figura como de animal, y huyeron por los montes.

—Si ustedes hicieron eso a sus hermanos, me han proporcionado una desgracia al separarme de ellos, y no está bien lo que hicieron.

—Oh, abuelita nuestra. No estés triste. Volverás a ver a nuestros hermanos. Ellos vendrán, pero cuando vengan a comer de tu comida no vayas a reírte de ellos.

Tocaron, al efecto, la música especial (HunahpúQoy) con pitos y atabales, y a su sonido vinieron saltando y bailando los prófugos. Al ver la viejecita aquellas caras que gesticulaban tan ridículamente, no pudo retener la risa, y los micos huyeron.

—Ya lo viste, abuelita, cómo no soportaron tu risa; mira que no los podemos hacer venir más de cuatro veces, y si a la cuarta vuelves a reírte, no los podremos llamar una vez más; y en efecto, las llamadas se repitieron, con el mismo resultado de la risa, y a la cuarta vez no hubo manera de hacerlos regresar, desapareciendo, por lo tanto, de los seres humanos.

—No estés triste, querida abuelita. Nosotros estamos convencidos de que eres nuestra abuela, y te cuidaremos y daremos de comer. Nosotros sembraremos y labraremos la tierra.

Proyectaron lo que harían para mantener su prestigio ante sus progenitores, prometiéndoles cultivar y sembrar sus milpas, para lo cual se levantaron al amanecer.

Cargados con los artefactos de labranza, se encaminaron al campo, recomendando se les llevara su comida; luego pusieron como vigilantes a las cigarras (Ixmukur), para que éstas les avisaran al ver venir la comida. Mientras tanto, en lugar del oficio a que se encaminaron y que sólo comenzaron a medias, se pusieron a cazar dentro de las ramas de los árboles.

Cuando gritó Ixmukur, tomaron rápidamente cada uno su herramienta y se presentaron ante la abuela como trabajadores agotados por el trabajo. Comieron y regresaron todos juntos a la casa.

Al siguiente amanecer volvieron al campo y notaron, con gran sorpresa, no haber ya una sola mata sembrada, todo el trabajo anterior destruído, y sólo había hojas de los árboles y bejucos arrancados y tirados en desorden sobre el suelo.

Desalentados y quejosos regresaron a casa a quejarse con la abuela, prometiéndose velar en el terreno a fin de vigilar la nueva siembra y protegerla contra el daño.

En efecto, después de larga espera, durante la noche, vieron venir gran número de animales, grandes y pequeños, que llegaban a escarbar la tierra y arrancar las nuevas siembras, gritando: "Manteneos grandes y robustos, oh, árboles nuestros".

Así iban desfilando leones, tigres, venados y conejos, y todos los animales empeñados en conservar sus alimentos contenidos en aquellas antiguas plantas. Trataron los gemelos de coger a aquellos animales, pero no tuvieron éxito con ninguno, hasta que el último, el ratón, cayó en sus manos y a fuerza de apretarle la garganta, éste gritó: "No me maten, que guardo un secreto que les será muy útil, y lo diré si me dan de comer".

—Cuando lleguemos a la casa te daremos de comer; habla, pues.

—Todo eso que véis aquí era de los padres de ustedes, de los llamados Ahpú, que murieron en Xibalbá. Dejaron sobre la casa de ustedes sus aperos de juego que ellos usaban. La abuela de ustedes no se los ha querido enseñar, porque a causa de eso perecieron los padres de ustedes.

—Anda con nosotros a la casa. Te daremos de comer.

—¿Qué debo hacer para que no me riña la viejecita cuando me vea?

—No temas. Nosotros contestaremos. En un momento dado, tú subes a la casa y llegas al lugar donde están los objetos.

La abuela regresó y ellos pidieron la comida y sobre todo agua, porque fingían mucha sed; pero el objeto era alejar a la abuela, quien salió presto al río para traer el agua.

Ausente la viejecita, vieron con alegría que la rata entraba en un agujero donde estaba guardada la pelota, y al mismo tiempo notaron que había sobre la comida muchos insectos (xam), a los cuales mandaron que fueran al río a horadar la tinaja de la viejecita para retardar su regreso.

—¿Por qué no viene el agua? Nos morimos de sed. Anda tú, madre, a ver qué sucede.

Quedáronse solos, y entonces la rata desató los utensilios y los dejó caer, tomándolos entonces los Ahpú para esconderlos en el camino que conducía al paraje de juego de pelota.

En seguida se fueron al río en busca de la abuela, cuya tinaja estaba horadada, y ellos la remendaron inmediatamente.

Como ya tenían sus aperos para el juego, se fueron a la plaza destinada a ello, y tardaron bastante jugando solos; pero cuando esto hicieron, fueron oídos por los moradores de Xibalbá, quienes resolvieron llamarlos.

Los mensajeros de los Kamé vinieron a la casa de la viejecita y le dijeron que los señores ordenaban que estuvieran los Hunahpú presentes ante ellos, a más tardar dentro de siete días.

La viejecita se entristeció con la noticia, porque sabía lo que había sucedido con los padres, y pensando con quién mandaría a llamar a los muchachos, resolvió hacerlo por medio de los animales a mano, que pudieran transitar en los diferentes parajes que habían de recorrer.

Llegado el mensaje a los Ahpú, éstos vinieron prontamente a la casa a despedirse de su madre y abuela, y tomando sus útiles de juego, se encaminaron hacia Xibalbá, lugar que habían visitado anteriormente, con el resultado que se relató en páginas anteriores.

Como una precaución que les dictara la experiencia, enviaron al Xan para picar a cada una de las figuras sentadas, para saber sus nombres y poder saludarlos. Efectivamente, así pudo averiguarse cómo poder entrar sin caer en la primera de las trampas a que se vieron sujetos anteriormente, y así fueron saludando a cada uno: Humkamé, Vukubkamé, Chiqiripat, Quchumaqiq, Ahalpuh, Ahalkana, Chamiabak, Chamiaholón, Patán, Qiqxik, Qiqxikgag y Qigre.

Los Kamé se quedaron sorprendidos de que no hubieran caído vencidos en este engaño y los invitaron a sentarse; mas éstos, que ya sabían que aquel asiento era una piedra candente, no aceptaron. Siguieron entonces con una serie de pruebas, de las cuales tendrían que salir humillados; pero fué otra equivocación que condujo al fin a la mayor, consistente en el juego de la pelota, en que deberían vencer los Kamé para decretar la muerte de los Ahpú.

Con ese propósito, y viendo que salían ilesos de todas las pruebas, los hicieron entrar en la cueva de los murciélagos, donde debían pasar la noche, expuestos a las mordidas de aquellos animales; pero ellos se aislaron bien y

pudieron dormir, cobrando fuerzas para la lucha final. Desafortunadamente, al amanecer quiso Hunahpú ver si ya había claridad, y al sacar la cabeza, un murciélago bajado del cielo se la arrancó, con lo cual quedó inutilizado y como muerto.

Ixbalanqué preguntaba temeroso si había amanecido, pero no obteniendo respuesta, creyó que al fin habían sido vencidos por los Kamé, quienes al ver la cabeza de Hunahpú, la mandaron a poner sobre la casa del juego.

Ixbalanqué llamó a todos los animales para que le mostraran los alimentos con que se mantenían cada una de las especies, lo cual se verificó.

Apenado por la cabeza cercenada de su hermano, vió que podía ésta fingirse con una cáscara de chilacayote, con lo cual se procedió a labrar la cabeza y cara que cosieron al cuerpo de Hunahpú, para presentarlo al juego de la pelota. Con esto, se confortaron sus espíritus mediante influencias poderosas venidas de Corazón del Cielo (Hurakán).

Ansiaban que apareciera el alba al vislumbrar el color rojizo suspendido en la bóveda celeste.

—Anciano, ¿le veremos la cara al amanecer?

—Sí, contestó el anciano; y abrió la cortina de la luz.

—Obscurecerá dentro de poco nuevamente, como ha sucedido cuatro veces.

Los Ahpú reflexionaron hondamente sobre su situación y determinaron, en el juego, sólo tratar de cuidarse y defenderse.

Ixbalanqué llamó a un conejo, ordenándole que fuera a colocarse sobre la casa del juego: —Allí estarás dentro del hueco del tejado y al llegar la pelota, allá contigo, tú sales. Yo haré lo demás.

Cuando amaneció se veían buenas las presencias de los dos Ahpú (los gemelos), y bajaron en seguida a jugar donde estaba colocada la cabeza mandada a poner por los Kamé.

—¡Oh, nuestro vencido!, decían éstos. ¡El que tanto daño nos hizo y quiso burlarnos! ¡Dadnos tu cabeza para pelota!

Y ellos tiraron su propia pelota. Se las contuvo Ixbalanké, deteniéndola frente a su lanza, e inmediatamente la arrojó de un puntapié sobre la casa del juego, quedándose detenida en uno de los huecos de la orilla del tejado. Entonces salió de allí el conejo dando saltos, y cuando huía se propusieron cogerlo todos los de Xibalbá, que fueron gritando y corriendo tras él.

Por este medio no desapareció la cabeza de Hunahpú, ni se acaba la siembra de los chilacayotes de Ixbalanqué.

Los de Xibalbá buscaban cuidadosamente su pelota y la recogieron entre los huecos del tejado, avisándoles a los suyos que ya la habían encontrado, y vieron con sorpresa que no eran vencidos los Hunahpú y que, al contrario, los vencidos eran los Kamé, no obstante lo cual, la muerte de aquéllos estaba decidida, y en seguida les fueron enviados dos adivinos que todo lo veían igualmente, y quienes serían consultados para su muerte, que indudablemente sería de quemarlos en una hoguera y aconsejaron a los adivinos que dijeran a los Kamé la clase de muerte a que se les había condenado y la forma en que sus huesos serían exhumados, diciéndoles que no había que aventarlos al

barranco, porque eso daría mal resultado; colgarlos en los árboles tampoco, porque de esa manera conservarían su presencia y que sería mejor arrojar sus huesos al fondo de los ríos.

Efectivamente, los de Xibalbá hicieron una gran hoguera entre las piedras, a la cual llevaron a los Ahpú, aconsejándoles tomar una bebida con la cual pasaría cada uno sobre el fuego, sin que éste les causara daño.

—¿Acaso no sabemos que allí vamos a morir?

Y entonces se pusieron frente a frente y juntando las manos los dos hermanos, unas sobre otras, se dirigieron a la hoguera y allí murieron los dos.

Alegres se pusieron todos los de Xibalbá, subiendo a los montes, silbando y gritando y levantando juntas las manos. Ahora ciertamente los hemos vencido, porque al fin se dejaron vencer, decían.

Entonces invocaron a Xulú y a Pakán, a quienes habían pedido sus pareceres, y los huesos fueron arrojados al río, pero no fueron arrastrados lejos, sino que se precipitaron al fondo de las aguas, apareciendo unos hermosos muchachos con la misma presencia de los que habían sido sacrificados y así se mostraron después.

El quinto día aparecieron otra vez y fueron vistos en el agua por la gente. Los dos gemelos tenían parecido a gente con cuerpos de pez, y cuando fueron vistos por los de Xibalbá, los buscaron entre las aguas.

Al día siguiente se dejaron ver como dos pobres de aspecto miserable, cubiertos de trapos que hubiesen perdido la apariencia de lo que estaban hechos, y así fueron observados por los de Xibalbá. Varias cosas divertidas hacían, pues bailaban las danzas del Kux y del Iboy, y también la de Ixtzul y la del Chitik.

Muchas cosas admirables hacían: se quemaban como si realmente se quemasen y luego volvían a su existencia; numerosos eran los de Xibalbá que lo presenciaban.

Después se despedazaban entre ellos mismos, dándose muerte uno al otro, y éste volvía a la vida. Los de Xibalbá sólo miraban todo cuanto hacían y ellos lo repetían, lo volvían a hacer como preparación del vencimiento de los de Xibalbá, que ellos ejecutarían.

Todo esto llegó a oídos de los Kamé, con la noticia de sus bailes.

—¿Quiénes son esos dos pobres? ¿Y es realmente admirable lo que hacen?

—Ciertamente que son admirables sus bailes y todo lo que hacen —dijo el que había llevado la noticia a los señores de Xibalbá.

Agradable fué lo que oyeron, mandando entonces a sus servidores a prevenirles que vinieran a donde ellos estaban.

—Que vengan, que lleguen a hacer lo que hacen de extraordinario, pues queremos ver cómo lo hacen.

Al recibir la notificación fingieron no querer ir, diciendo que les tenían vergüenza, para llegar con aquellas caras tan feas, aquellos grandes ojos y la presencia de pobres.

—¿No les han dicho ustedes que sólo somos bailadores?

"¿Qué dirán nuestros compañeros los pobres, que gustan de nuestros bailes, muriendo y volviendo a nuestro ser ante ellos?

"¿No es lo mismo lo que han hecho con nosotros los señores? Por eso, no queremos ir."

Pero fueron caminando con pesadumbre y de mal humor y como caminaban despacio, varias veces los maltrataron para obligarlos a llegar pronto, golpeándolos los mensajeros cuando iban a presencia de los señores.

Al llegar ante ellos los volvieron a humillar, pegándoles.

—¿De qué raza son ustedes? ¿De qué monte proceden? ¿De dónde vienen?

— No lo sabemos señor, tampoco conocimos a nuestra madre ni a nuestro padre. Estábamos muy chicos cuando ellos murieron.

—Está bien. Hagan lo que hacen para admirarlos, y cuanto quieran hacer. Y así les pagaremos para verlos.

—Nada queremos, porque en verdad se asustarán de vernos.

—No tengan miedo. No nos asustaremos. Bailen haciendo primero como cuando se matan y despedazan entre ustedes mismos, quemando después nuestra casa; hagan todo lo que saben hacer. Queremos presenciarlo. Eso es lo que deseamos. Después de todo, les pagaremos y podrán irse ustedes.

Al principiar con sus gritos y danzas, fueron llegando todos los de Xibalbá alrededor de ellos, para ver lo que hacían. Después bailaron el baile del Kux, el baile del Puhul y el del Iboy.

—Despedacen a mi perro, haciéndolo resucitar después. —Lo cual verificaron, y cuando éste resucitó, ciertamente meneaba de gusto la cola, porque había vuelto a vivir.

—Quemen ahora mi casa. —Y la casa fué quemada estando los señores de Xibalbá sentados dentro; pero no se quemaron, e inmediatamente la volvieron a dejar como antes estaba.

Les rogaron que volvieran a bailar, lo que repitieron con inmensa alegría.

—Maten a una de mis gentes despedazándola, pero que no se muera. Y asiendo a una de sus gentes, la despedazaron y le arrancaron el corazón, teniéndolo colgado en presencia de los señores, y en seguida lo hicieron volver a la vida con gran contentamiento de todos.

—Queremos ver que se despedacen entre ustedes; ciertamente lo deseamos por la novedad de sus bailes.

En seguida se despedazaron entre sí, quedando muerto Hunahpú. Una por una le fueron quitadas las piernas y los brazos, le fué quitada la cabeza y la llevaron lejos, le fué arrancado el corazón que envolvieron en unas hojas, de lo que se admiraron todos. Sólo quedaba en pie Ixbalanqué. Levántate, le dijo a su hermano, y al instante se levantó lleno de vida y alegría, con gran contento de los Kamé.

En seguida les vino el deseo de probar ellos mismos y rogaron que se hiciera la prueba en ellos.

—Muy bien, las caras de ustedes resucitarán. ¿Como podría ser que ustedes murieran? Nosotros haremos que se duerman sus cuerpos.

Lo primero que despedazaron fué la cabeza de Hun Kamé, gran señor de Xibalbá y después asieron a Vucub Kamé y no los volvieron a resucitar.

Al ver aquello, los de Xibalbá cogieron miedo y salieron corriendo viendo que habían muerto sus jefes súbitamente. Ya estando solos los gemelos molieron la cabeza de los Kamé y acabaron con ellos. Luego iban a cada uno de los que podían alcanzar.

Hubo uno de los señores a quien no habían encontrado, quien se presentó, haciéndoles promesas y juramentos. "Tengan compasión de mí", pedía, cuando se dió por vencido.

Acabaron por irse todos los de Xibalbá a esconderse en un barranco, amontonándose para ocupar el menor espacio; pero las hormigas los persiguieron obligándolos a amontonarse más y más, hasta que no pudiendo resistir, tuvieron que salir al camino y presentarse ante los bailadores, haciéndoles promesa de sumisión y pidiendo que se les perdonara. De esta manera fueron vencidos los de Xibalbá.

Estando ya reunida toda la multitud, hablaron los gemelos.

—Oigan nuestros nombres y también los nombres de nuestros padres: somos Hunahpú e Ixbalanqué y nuestros padres, a quienes ustedes dieron muerte, eran Hunhunahpú y Vukubahpú. Ahora les hemos hecho pagar lo que sufrieron y los daños que ocasionaron a nuestros padres. De esta manera sufrirán ustedes, a quienes mataremos.

Principiaron a llorar y gemir los de Xibalbá, diciéndoles:

—Perdónennos ustedes. Ciertamente nosotros fuimos culpables de lo que se les hizo a los padres de ustedes, que se encuentran enterrados en Pukbalchah.

—Está bien. Oigan ustedes, los de Xibalbá: los descendientes de ustedes ya no serán adorados, ni tampoco tendrán que comer, quedándoles solamente un poco de sangre en la cabeza, parecida a aquella que quedó en la pelota del juego. Ustedes se volverán barro y servirán para fabricar los utensilios de cocina. Ya no tendrán gente ilustrada que les haga perder creencias y sentimientos, con lo cual fueron engendrados los pecados, los desvíos, las tristezas, las vanidades que entraron por causa de ustedes y por las cuales hoy gimen y lloran. Tampoco podrán dañar a las gentes.

Así principió su perdición y ruina, lo mismo que la falta de invocaciones, porque no tenían adoración como en la antigüedad, deseando sólo la caída de la gente. Ciertamente, por eso no tenían atributos de Kabavil, puesto que solamente asustaban por su aspecto y sus caras feas; eran de malas inclinaciones como los buhos, puesto que eran los enviados de los pecados y de la maldad. Cultivaban en los corazones los negros sentimientos contra los buenos, inculcando la locura y mala fe. Se pintaban y untaban con pinturas las caras, perdiendo de esa manera la admiración que se les tenía, porque tampoco estaban en posesión de sentimientos elevados.

Entre tanto, la viejecita en el hogar, lloraba llamando a sus nietos ante las cañas de milpa que habían dejado sembradas. Vió que los retoños de éstas nacieron, volviéndose a secar, lo cual sucedió cuando a ellos los quemaban en la hoguera; pero volvieron de nuevo a retoñar. Luego, la viejecita se puso a juntar fuego para quemar pom delante de las cañas que habían quedado como recuerdo de sus nietos y se le alegró el corazón al ver que las cañas volvían a retoñar por vez segunda. Entonces ellos fueron bendecidos por la viejecita en medio del patio, oyendo pronunciar sus nombres en aquella ocasión.

Cañas resucitadas, tierras tendidas, fueron los nombres que a aquel espectáculo pusieron en el recinto de la casa, puesto que en el centro del patio fueron sembradas las cañas de milpa. Y así quedó en memoria de éstos, la costumbre de sembrar el maíz en tierras planas.

Los primeros padres, muertos en la antigüedad, eran cada uno de ellos Ahpú hasta el séptimo. Allá les vieron las caras otra vez a sus padres, allá, en Xibalbá, les hablaron sus padres a ellos y entonces fueron vencidos los de aquel país, cosa que fué hecha en honor a aquellos padres que les habían trasmitido sus poderes por medio de Vukubahpú. Allá lo habían obtenido en el Pukbalchah, en donde les transmitieron su parecido cuando les dieron sus nombres, sus bocas, sus narices, sus huesos y sus caras.

Primero supieron sus nombres como una noticia vaga y les hablaron así como si fueran el origen de ellas, porque no les fué aplicado tal nombre antes que ellos se los revelasen. De esta manera fué como recogieron las grandes inspiraciones que dejaran los corazones de sus padres allí en Pukbalchah.

—Vosotros seréis invocados, les dijeron a sus hijos; seréis los primeros en surgir, los primeros también en ser adorados por los hijos limpios y civilizados. Nunca serán olvidados vuestros nombres. Así sea. También seréis el principio de nuestra genealogía, cuando se llegue a conocer vuestro corazón. Nosotros sólo somos los vengadores de vuestra muerte, de vuestra desaparición y de los sufrimientos que os proporcionaron.

De esa manera imprecaron a todos los de Xibalbá, partiendo después de allí en medio de la luz, elevándose inmediatamente al cielo, uno al sol y el otro a la luna, con lo cual se aclaró el espacio del firmamento y la superficie de la tierra, quedándose ellos en el cielo.

Luego partieron los cuatrocientos muchachos (pléyades) que habían muerto por causa de Zipakná y fueron a hacerles compañía en el cielo, ya convertidos en estrellas.

Cuarta creación

He aquí el principio de cuando se trató de la nueva formación de los hombres, y se buscó la manera de fabricar la carne humana. Para ello, comunicáronse y juntaron Alom, Kaholom, Tzakol, Bitol, Gugumatz y Tepeu, y divisándose a lo lejos la aproximación del nacimiento del día, pensaron que era necesario tener la obra terminada, debiendo consagrar los alimentos para mantener a los seres que vinieran a la vida.

Se reunieron al llegar, y enviaron sus oraciones en medio de las tinieblas y de la noche; entonces se esparcieron éstas y ellos se llenaron de gratos sentimientos, consultándose sobre la tierra. De esta manera fueron atrayéndose los sentimientos purificadores que alimentarían a sus hijos y encontraron la fórmula que entraría a formar la carne de la gente. No faltaba mucho tiempo para que se manifestara el sol, la luna y las estrellas, que es en donde están Tzakol y Bitol.

En un campo fértil y apacible (Paxil) y húmedo (Kayalá) encontraron las mazorcas amarillas y blancas de maíz, que habían sido usadas como alimento por los cuatro animales zorra (Yak), coyote (Utiú), loro (Qel), cuervo (Hoh),

y siguiendo a esos animales encontraron los elementos que entrarían a formar la carne de la gente que se proponían crear, siendo entonces, la savia de esos elementos, la que llegó a formar la sangre de aquellos seres.

Así fué que se regocijaron de haber llegado a aquel país excelente, tan lleno de cosas exquisitas, donde abundaba el maíz amarillo y el blanco, donde abundaba también el cacao, donde no se podían contar los árboles de zapote, de anona, de jocote, de nance y de matasano; donde había abundancia de miel; todo estaba lleno, en fin, de los mejores alimentos en ese lugar de Paxil y Kayalá, pues tal era su nombre.

Había allá alimentos de toda especie, pequeños y grandes, y plantas igualmente de tamaños diferentes, cuyo camino les había sido enseñado por aquellos animales. Entonces comenzaron a moler el maíz amarillo y el maíz blanco y Xmucané compuso con ellos nueve bebidas, compuestas con los atributos y poderes que se señalaron antes, y tal alimento, entrando en el cuerpo, hizo nacer la fuerza y el vigor y les dió músculos y carne a los seres.

Eso fué lo que hicieron los que engendran y dan el ser, Tepeu y Gugumatz, como se les llama.

Inmediatamente comenzaron a tratar de crear y formar nuestra primera madre y nuestro primer padre; solamente maíz amarillo y maíz blanco entraron en la composición de su carne, y fué ésta la única materia de las piernas y los brazos. Estos seres, que formados así, fueron nuestros primeros padres en número de cuatro.

He aquí los nombres de los primitivos padres que ellos formaron y manifestaron: Balam Qi-tzé, Balam Ak-ab, Ma-huk-u-tah e Ik-i-Balam; tales fueron los nombres de nuestros primeros generadores.

Sólo los hechos y manifestados les decían: no tenían padre ni madre; solamente les decían generadores. No nacieron de mujer, sino que eran hijos formados por Ah-Tzac y Ah-Bit; por Alom y Gaholom.

Su formación y creación fué indudablemente obra sobrenatural verificada por Tzakol, Bitol, Alom, Kaholom, Gugumatz y Tepeu, quienes les dieron presencia y parecido de seres. Hablaron y razonaron, vieron y sintieron, anduvieron y palparon, fueron hombres perfectos de cara y gente de buena y hermosa presencia.

Fueron conscientes de su inteligencia al darse cuenta de que veían todo lo que les rodeaba, y comprendieron lo que miraban, concluyendo por saber todo lo que hay bajo el cielo, y luego volvieron sus miradas hacia lo que hay en la tierra y en la bóveda celeste.

Estando en las tinieblas, desde allí lo veían todo sin necesidad de caminar.

Tan grande fué la sabiduría que poseían, que la hicieron penetrar de sí mismos a los árboles, a las piedras, a los lagos, al mar, a las montañas y a las costas. En verdad que eran admirables estos cuatro seres.

Ah-Tzac y Ah-Bit les preguntaron: —¿Qué piensan ustedes de los sentimientos que han recibido? ¿No ven y saben que es bueno su lenguaje, lo mismo que su modo de moverse? Hagan penetrar, pues, sus miradas y vean si se asoman las montañas y las costas y, al distinguirlas, vayan a poseerlas.

Cuando concluyeron de ver todo lo que había debajo del cielo y lo que les rodeaba, dieron efusivamente las gracias a Tzakol y a Bitol, reconociendo los bienes que les habían sido suministrados: hablamos, oímos, sentimos, nos

movemos, andamos y poseemos lo necesario para conocer lo que está lejos y cerca de nosotros; por eso vemos lo grande y lo pequeño que existe en el cielo y en la tierra. Gracias, pues, a vosotros Ah-Tzak y Ah-Bit, por habernos dado la existencia; vosotros sois nuestros abuelos.

Concluyeron por conocerlo todo, invadirlo todo, buscando las cuatro esquinas de cuanto hay en el espacio del cielo y lo que ocupa la tierra; pero Ah-Tzak y Ah-Bit no oyeron con agrado lo que ellos decían, ni cómo razonaban, y a causa de eso, consultaron con Alom y Gaholom, pensando lo que habría que hacer con estos seres.

—Les limitaremos un poco en sus deseos, porque aún no son buenos sus sentimientos, ya que entonces, cada uno, en su sabiduría, querrá llegar a saber y a hacer tanto como nosotros les hemos hecho comprender, viéndolo todo. Esto fué dicho por Corazón del Cielo, Hurakán, Chipikakulhá, Raxakakulhá, Tepeu, Gugumatz, Alom, Gaholom, Ixpiyakok, Ixmukané, Tzakol y Bitol, concibiendo entonces lo que debieran poseer sus criaturas, y llegaron a ellas, a empañarles los ojos, por mandato de Corazón del Cielo, cubriéndoselos como cubre el aliento la superficie de un espejo.

De esa manera destruyeron toda la sabiduría y los sentimientos de las cuatro entidades que aparecieron en un principio. Así fueron formados nuestros primeros abuelos y padres, y más tarde se les proporcionaron quienes los acompañaran formándoles sus compañeras. *El que ve en lo oculto* colmó sus sentimientos, y durante una especie de sueño, fué cuando recibieron, por su pedido, hembras llenas de hermosura que se encontraron con Balam Qi-tzé, Balam Ak-ab, Ma-huk-u-tah e Ik-i-Balam, cuando despertaron, llenándoseles de alegría sus corazones porque ya tenían compañera.

Estas fueron llamadas: Kah-a-Paluna (vapor de agua que sube) fué el nombre de la de Balam Qi-tzé; Chom-i-há, el nombre de la de Balam Ak-ab; Tzunun-ih-a el nombre de la de Ma-huk-u-tah y Kakixahá el de la mujer de Ik-i-Balam; tales fueron los nombres de ellas.

Con estos elementos, fueron engendradas las grandes y pequeñas tribus y éste fué nuestro origen, el de la gente del Quiché, como descendiente de ellos. Muchos fueron los que obtuvieron el don de sacrificadores y adoradores y no fueron solamente ellos cuatro los que lo obtuvieron en nuestro origen, pero cuatro fueron las madres de nuestra raza, de la gente del Quiché.

Distintos fueron los nombres de cada grupo, que fué engendrado allá por donde se levanta el sol; muchos fueron los nombres que obtuvieron las gentes de Tepeu, Olomán, Kohah, Qenech y Ahau.

Se supo el origen de los de Tamub y el de los de Ilokab, que procedían del mismo lugar de donde se levanta el sol.

Balam Qi-tzé es el abuelo o padre de las nueve grandes generaciones de la casa de Kavuek.

Balam Ak-ab es el abuelo y padre de las grandes nueve generaciones de Nihaibab, y Ma-huk-u-tah es el abuelo y padre de las cuatro grandes generaciones de las casas de Ahau Qiché.

Estas tres descendencias quedaron separadas, pero ninguna olvidó los nombres de sus abuelos y padres.

De esta misma manera vinieron los de Tamub e Ilokab con sus trece generaciones por la lengua; los trece de Tecpán, los Rabinaleros, los Kakchiqueles,

los de Tziqinahá, con los de Tzakahip; en seguida los de Lamaqiq, los Kumatz; los de Tuhalhá, los de Uchabahá, los de Chimilahá, con los de Ahqibahá, los de Batenahá, la gente de Akul, de Balam Ihá, de Canchahelep y los de Balam Colop.

Este es, pues, el origen de las grandes tribus, como nosotros las nombramos, y de esas grandes generaciones se derivaron las nuestras. Otras muchas han salido entre las de cada lugar del pueblo y por esa causa no escribimos sus nombres, sino solamente el lugar donde fueron engendradas.

Muchas gentes aparecieron en las tinieblas y alli se propagaron cuando no había aparecido la luz del día. Se amontonaban en un lugar juntas, en gran cantidad, caminando y llegando del lugar de donde se levanta el sol. No tenían con qué mantener sus fuerzas, solamente miraban hacia el cielo. Tampoco sabían lo que habían venido a hacer tan lejos.

Allí permanecieron las agrupaciones negras y las agrupaciones blancas. Distintos eran sus parecidos, sus maneras de entenderse, de ver y de oír.

Había muchos de ellos bajo el cielo; los había también en los montes; pero no se les distinguían las caras ni tenían casas; solamente iban por las grandes y pequeñas montañas, como poseídos de locura, haciendo ruido, como espantando e infundiendo temor.

Solamente una manera de sonido tenían todos, todavía no podían nombrar a los árboles ni a las piedras, y recordaban las palabras de Tzakol, de Bitol, de Corazón del Cielo y de Corazón de la Tierra, y esperaban con ansiedad la pronta aparición del amanecer. Pedían e imploraban con sonidos arrobadores, dulces y manifestando amor y alzando su faz hacia los cielos suplicaban "entonces por sus hijos e hijas y expresaban:

—Nos hincamos levantando nuestros brazos, ¡oh, Tzakol, oh, Bitol, míranos y óyenos! ¡No nos pierdas ni nos abandones! Tú, el que ve en la sombra, en el cielo y en la tierra, dadnos la señal de tu palabra cuando se obscurece el sol y el día, cuando anochezca y amanezca; dadnos también el camino azul, el mismo del que nacimos y nos distes; haced que estemos tranquilos y en paz con nuestros descendientes, con los buenos y purificados de nuestra raza, con los bien nacidos, en la existencia que nos has dado. Tú, Hurakán, Chipikalhuhá, Raxakalhuhá, Chipinanawak, Raxananawak, Guakhunahpú, Tepeu, Gugumatz, Alom, Gaholom, Ixpiyakok e Ixmukané, la abuela del sol, la abuela del día; muéstrate y trae el alba." Así se expresaban e invocaban, cuando vieron que se manifestaba su presencia en la bóveda azul, indicando el amanecer, y en donde sólo estaban escondidos y se levantaba la luna, su claridad y una gran estrella que nace antes del sol, como señal de cuanto hay en el cielo y en la tierra, para que comenzase a caminar la gente que se formara y manifestara.

Las cuatro entidades primitivas ordenaron esperar todavía que amaneciera.

No había ni existían aún, árboles ni piedras para hacer la imagen de los primeros padres, y ellos sólo permanecían allí, al sol y a la intemperie, en medio de las tribus y de los Yakí, y los sacrificadores y adoradores, mientras hay la oportunidad de poder esculpir la figura de ellos y orar ante ellos.

Se obtuvo la noticia de un pueblo y para allá emigraron Balam Qi-tzé, Balam Ak-ab, Ma-huk-u-tah e Ik-i-Balam con los de Tamub e Ilokab.

Los nombres de estos lugares son: Tul-an-ziguán, Vukub-pek y Vukub-ziguán.

Llegaron todos de Tulán, o sea el lugar escondido, y no era posible contar la gente que llegaba porque iba dispersa.

Sacaron de allí a sus dioses, llenándose de regocijo.

Tohil fué el primero: dios de Balam Qi-tzé.

Ahvilix, el dios de Balam Ak-ab, y

Hakavitz, por Ma-huk-u-tah.

Nikahtakah es el nombre del dios que llevaría Ik-i-Balam.

De la misma manera que la gente del Quiché, llevaron el suyo los de Tamub y los de Ilokab.

Así quedaron los nombres de los tres dioses del Quiché, y ellos no se separaron porque un solo nombre era el de su dios.

Los tres dioses eran poseedores de grandes verdades, Tohil, Ahvilix y Hakavitz y se adhirieron a ellos todas las tribus, los rabinaleros, los kakchikeles, los de Tzikinahá, con los que ahora llaman Yaki.

Y en aquel lugar fué donde se confundió la lengua de las tribus; distintas fueron las que se formaron, y, por esa causa, no pudieron entenderse cuando partieron de Tulán. Allí fué donde se dividieron. Hubo quienes se fueron para donde se levanta el sol y muchas se vinieron para acá (la tierra).

Sólo su piel poseía cada uno para cubrirse y ésta era su única riqueza.

Se vinieron de allá, de Tul-an-ziguán, Vukub-ziguán, y se decía, dentro de la antigua tradición, que tuvieron que andar mucho para llegar desde Tulán.

No había ya más fuego que el poseído por Tohil. Este era el dios de las tribus, las primeras que existieron adoráronle, y habiéndole visto entonces así, los de Balam Qi-tzé y Balam Ak-ab.

Postrados de hinojos exclamaban:

—Ya no tenemos el fuego que nos dieron y nos moriremos de frío.

Y entonces, les habló Tohil:

—No se aflijan; ustedes tendrán el fuego que lamentan haber perdido.

—Será cierto, ¡oh, dios! Tú, nuestro mantenedor; tú, nuestro sostenedor; tú, nuestro dios, le dijeron manifestando su agradecimiento.

—Está bien; ciertamente, yo soy el dios de ustedes, les dijo Tohil. Yo soy vuestro señor. Y así lo manifestó a los sacrificadores y adoradores, siendo éste el origen de la adoración de las tribus que, llenas de alegría, ofrendaban su adoración.

Comenzó a caer copiosa lluvia y apagó el fuego de las tribus, cayendo gran cantidad de granizo que golpeaba donde estaban todas ellas reunidas.

Entonces Balam Qi-tzé y Balam Ak-ab le pidieron a Tohil su fuego, porque de otra manera sentían morirse de frío.

—No se aflijan, les contestó Tohil; y en seguida formó el fuego, golpeando dentro de su sandalia.

Todos se llenaron de alegría, calentándose en seguida, y como a las demás tribus también se les había apagado su fuego y morían por esa causa, vinieron a implorar que se les diera un poco.

Con voces alteradas los cuatro Ahau les dijeron a las tribus:

—Póstrense ustedes de hinojos; ah, ya han perdido nuestra lengua. ¿Qué les hemos hecho? ¿Nos han olvidado? ¿Qué daño les hemos hecho? Era una

sola nuestra lengua cuando llegamos a Tulán. Eran uno solo nuestro mantenimiento y nuestra subsistencia. No está bueno lo que hacen, les dijeron a todos los de las tribus que estaban bajo los árboles y los bejucos.

Entonces apareció un ser ante Balam Qi-tzé, Balam Ak-ab, Ma-huk-u-tah e Ik-i-Balam, hablándoles en ese momento como un enviado de Xibalbá:

—Ciertamente Tohil es el dios de ustedes, será su mantenedor. El es el reemplazo y el representante del formador y manifestador de ustedes. No participen de su fuego a las tribus, hasta que ellas consientan en lo que deben ofrendar a Tohil, como el señor proporcionado a todos. Interroguen los sentimientos de Tohil sobre qué será lo que darán a cambio de su fuego.

"Yo soy el enviado del formador y manifestador de ustedes", dijo engañando el que en verdad era de Xibalbá.

Rebosóles entonces la alegría y se les ensancharon los corazones a Tohil, a Ahvilix y Hakavitz, cuando hablaba el de Xibalbá, que inmediatamente desapareció de su presencia sin dejar de existir escondido en el espacio.

Volvieron entonces a insistir las tribus, que ya se morían a causa del frío producido por la lluvia tenebrosa y por la gran cantidad de granizo que aumentaba sobre ellos aquel frío que ya no podían soportar.

Con los brazos escondidos, gimiendo y tiritando, estaban todas las tribus a causa del frío y llegaron a los cuatro antecesores diciendo: "¿No os compadecéis de nuestra desgracia, cuando os suplicamos nos proporcionéis un poco de vuestro fuego? ¿Acaso no nos juntamos y encontramos en una misma morada, en un solo monte, cuando fuimos formados y manifestados? Tened, pues, compasión de nosotros".

—¿Qué cosa nos darán para que tengamos compasión de ustedes?

Y ellos contestaron:

—Os daremos metales preciosos.

—Nosotros no queremos metales.

—¿Y qué es lo que deseáis vosotros?

—Consultad nuestra súplica, les dijeron los de las tribus.

—Muy bien, iremos a consultar los deseos de Tohil y en seguida lo comunicaremos a ustedes.

—¿Qué es lo que os darán las tribus, oh Tohil, en cambio de un poco de vuestro fuego?

—Bien, pero ¿querrán ellos ponerse bajo la piedra del sacrificio al tañer el tum? ¿Querrán adorarme con fe, como a Tohil que soy?

Si no consienten en esto, no les daré mi fuego, y díganles también que principien a hacerlo, aunque por ahora no se les hará llegar a la losa del sacrificio.

Entonces ellos dieron la respuesta de Tohil y las tribus contestaron: "Muy bien, tocaremos allí el tum y lo adoraremos con placer", prosternándose en seguida ante la respuesta de Tohil.

No tardaron ellos en ofrendarle y entonces, acercándose al fuego, ante él se calentaron.

Hubo una de las tribus que quiso obtener un poco de fuego oculta por el humo: la de la Casa de Zotzil Chamalcán, que era el nombre del dios de los kakchikeles y su apariencia era sólo de murciélago. Cuando se encontraron

entre el humo, principiaron a levantarse, llegando entonces a traer de allí su fuego; pero ellos, los kakchikeles no suplicaron, ni tampoco se dieron por vencidos.

Habiendo sido vencidas todas las tribus, tuvieron que dejarse sacrificar debajo de la piedra, donde les sacaron sus entrañas; les fueron extraídos sus corazones, abriéndolos en la losa del sacrificio. Antes no habían aprendido la manera de hacer esto como práctica de Tohil.

De allá, de Tul-an-ziguán había venido la costumbre de no comer. Una abstinencia como de pobres era la que practicaban, viendo solamente la aurora y mirando que se mostrara la salida del sol.

Se alternaban entre ellos viendo la salida de la gran estrella llamada Ikokih, la que sale antes que el sol, brillante como la luna, permaneciendo siempre allí, en dirección de donde se levanta el sol, desde que estuvieron allá en Tul-an-ziguán, siendo éste su nombre y el del lugar de donde viene su dios.

No fué en este lugar donde adquirieron sus adoraciones y sus virtudes, sino que allá se les habló, exhortando a las grandes y pequeñas tribus, que después fueron sacrificadas ante la presencia de Tohil, dando ellas su sangre, sus gemidos, sus torturas y los sacrificios de toda su gente en la losa.

Directamente de Tulán se obtuvo la adoración y la gran sabiduría que ellos poseían y ejecutaban en las tinieblas de la noche. De allá se vinieron, trasladándose y abandonando aquel lugar.

No siendo ésta nuestra morada, iremos a ver dónde nos radicamos, dijo Tohil. En seguida les habló a los cuatro, ordenándoles que les dieran las gracias y oyeran por el conducto de sus oídos, sangrándose la corva de sus codos y ofreciendo de esta manera el sacrificio, y ellos se horadaron los oídos, brotándoles también la oración al venirse de Tulán, y sus corazones gimieron al ponerse en camino cuando abandonaron aquel lugar. Algunos fueron los que se quedaron en el camino por haberse dormido, y poco a poco fueron llegando las tribus que habían quedado, mirando siempre la estrella precursora del sol. Cuando vieron aquella señal del amanecer, encontraron que era idéntica a la que se levanta allá, a gran distancia, como decimos ahora, y se posaron sobre una montaña, donde se reunió toda la gente quiché con sus tribus; allí fué donde hicieron sus toldos de esteras cuando se reunieron en consulta, y el nombre de esa montaña es ahora Chipixab.

Al reunirse, ellos deliberaron entre sí: "Nosotros somos quienes representamos a la tribu del Quiché. A vosotros se os ha dado el nombre de los Tamub, y vosotros, los de Ilokab; éste será el nombre que les quede. No se perderán estos tres nombres quichés, porque nuestra raza es una sola".

En seguida le pusieron nombre a los kakchikeles diciéndoles: "Kakchikeles"; lo mismo hicieron con los rabinales, cuyo nombre no han perdido hasta la fecha, y en seguida a los que hoy se nombran Ahtzikinahá.

Estando ya establecidos en sus toldos, esperaban el amanecer, viendo la salida de la estrella que aparece antes que el sol y el nacimiento de éste, verificado en seguida. "De allá hemos venido, sólo que ahora estamos alejados."

No tenían qué comer ni qué beber, sólo el tronco de los bordones que habían recogido, y ellos pensaron si se comerían, porque no lo habían hecho desde cuando se vinieron.

No sabían cómo habían pasado por el mar al llegar ellos aquí. Atravesaron el mar sobre piedras esparcidas como hormigas; por esa causa nombraron a aquel lugar *cholochik-abah,* y *bokotahinak-tzana-iep.* Tales fueron los nombres que les aplicaron por esa causa, y así pudieron pasar dentro del mar, separándose las aguas para que por allí caminaran.

He aquí que el hambre los atormentaba porque no tenían qué comer, ni algo que les cubriera para pasar la noche, ni dónde ir a traer el alimento.

Se establecieron sobre el monte llamado Chipixab, teniendo solamente a Tohil, a Ahvilix y Hakavitz. Gran abstinencia observaban los cuatro con sus mujeres, y éstos eran los abstinentes de las tinieblas de la noche.

Los dioses les hablaron, diciéndoles que debían partir para no permanecer inactivos, porque no era en ese lugar donde debían quedarse.

▬ ▬ ▬

—Ya se acerca el amanecer. ¿No les daría pena que fuésemos molestados, que nos derribaran de este lugar donde estamos, por culpa de ustedes, sacrificadores sagrados?

—A cada uno se le dará su lugar.

—Muy bien, buscaremos el bosque para establecernos y caber en él.

Después de esto, cargaron cada uno a su dios, colocando a Ahvilix en el barranco que nombraron Euabalziguán, el cual estaba entre los huatales que ahora llaman Paulix.

Allí se quedó dejado por Balam Ak-ab. En seguida colocaron a Hakavitz sobre un espacio luminoso. Hakavitz es el nombre actual de ese monte y también en ese lugar establecieron su población.

Del mismo modo se quedaron los de Ma-huk-u-tah con su dios, pero no fué en los huatales donde dejaron a Hakavitz, sino en un monte descubierto.

Entonces vino a ellos Balam Qi-tzé y penetraron en los grandes huatales en un lugar escondido de Tohil, buscado por Balam Qi-tzé. Patohil le dicen y nombran ahora a ese monte y desde entonces adoraron ese escondido barranco, lugar de las curaciones hechas por aquel dios. Allí había muchas culebras, lo mismo que tigres, víboras y cantiles. Allí se quedaron escondidos por los sacrificadores y adoradores.

En lugares poco distantes se habían quedado todos estos grupos y sólo había muy poca distancia de donde quedaron los dioses de Tamub e Ilokab: Amaktán fué el nombre del lugar donde quedó el dios de los Tamub. Allí fué donde les amaneció. Amakukinkat es el nombre del lugar donde les amaneció a los de Ilokab, siendo allí donde éstos se quedaron con su dios, a muy poca distancia de la montaña. Allí también se quedaron todos los rabinaleros, kakchikeles y los de Tzikinahá. Todas las grandes y pequeñas tribus, y estando juntas les amaneció y esperaron la salida de la gran estrella, la de nombre Ikokih, que sale antes que el sol cuando va a amanecer.

En un solo lugar permanecieron los cuatro padres. No habían dormido, permaneciendo en pie y sintiendo que grandes gemidos salían de sus corazones y de sus entrañas, y se pusieron de rodillas rogando que les aclarara el día.

Sólo entonces se afligieron sus caras, viniéndoles gran tristeza y abatimiento y estaban angustiados por el sufrimiento.

—Sólo hasta aquí hemos llegado, pero hemos venido sin gusto, decían al postrarse de hinojos. Ojalá que veamos la salida del sol. ¿Qué hemos hecho? ¿Acaso no éramos de un mismo parecer cuando nos desprendimos de nuestro lugar llorando?

Así hablaban y no se tranquilizaron hasta que amaneció. Allí también estaban sus dioses, Tohil, Ahvilix y Hakavitz, que iluminaban con su gran claridad, como la del sol y por su gran poder de dioses sobre todas las tribus.

Sus corazones se encuentran resguardados por los cuatro Ahau y por eso no sienten que se alejan los suyos de su Dios, que ellos dejaron allá en Tul-an-ziguán.

Todas las señales indicaban la aparición y nacimiento del sol, de la luna y las estrellas. Grande fué, pues, la alegría de los cuatro Ahau cuando vieron levantarse la estrellá de la mañana. Ella fué la primera que salió con faz radiante, cuando apareció antes que el sol; después de esto, sacaron bastante incienso del que habían traído de allá, de donde se levanta el sol, pensando que podía servirles, y después que lo desenvolvieron, ofrendaron tres veces sus gratos sentimientos. Nixtanpom era el nombre del incienso que llevaba Balam Qi-tzé, kavixtanpom era el nombre del otro incienso que llevaba Balam Ak-ab y kabavílpom le decían al que llevaba Ma-huk-u-tah, y estas tres clases de incienso fueron las que quemaron cuando aclaraba y aparecía la aurora, allá por la región de oriente.

Lloraban del placer que les embargaba quemando su incienso, el incienso sagrado, y lloraban porque no se veían antes los astros ni se les mostraba el nacimiento del sol.

En seguida fué levantándose lentamente este disco y se llenaron de alegría los grandes y pequeños animales, acabando de salir los que estaban en los ríos y en los barrancos y se situaron en la cima de un monte dirigiendo todas sus miradas hacia lo alto, donde salía la claridad solar.

Hasta entonces se oyeron los rugidos de los leones y los tigres, el canto del primer pájaro llamado Qeletzú, siguiéndole los demás. Ciertamente se llenaron de alegría todos los animales y sacudían sus alas las águilas, los milanos y todos los pequeños y grandes pájaros.

Los sacrificadores y adoradores permanecían con sus corazones en adoración. Grande era su alegría en unión de los otros de las tribus de Tamub e Ilokab, y de todas las demás que se les habían adherido.

Como una gente que tuviera la faz ardiendo, se mostró la cara del sol y con el calor que brotó de él, se secó la superficie de la tierra, que era antes húmeda y lodosa porque no había llegado el calor a ella. No obstante que el sol que entonces alumbró no tenía fuerza suficiente para calentar, sólo se les mostró cuando nació, quedando grabado como en un espejo y tampoco es el mismo que vemos ahora. Después de esto, se solidificaron Tohil, Ahvilix y Hakavitz, y las deidades que representaban mitos, como leones, tigres, víboras, cantiles y el zopilote blanco, quedándose éstos prendidos de las garras entre los árboles, cuando se levantaron el sol, la luna y las estrellas.

Gran tranquilidad se apoderó de los Ahau y de su tribu con este acontecimiento y allí se les quitó la tristeza después de haber quemado su incienso y dirigido sus miradas hacia el lugar de donde habían venido. Aquellos eran sus montes, sus valles, planos como las costas. De allá vinieron los cuatro

Ahau, y aquí se propagaron sobre este monte, siendo éste su primer pueblo. Allí estaban cuando aparecieron el sol, la luna y las estrellas al aclararles y se iluminó la faz de la tierra y todo lo que hay bajo del cielo.

Allí también principiaron a elevar sus oraciones (kamukú), las cuales sólo expresaban el gemido de sus corazones y de sus entrañas.

Postrados de hinojos decían: "Hemos perdido a Tulán, quedando divididos, y allá hemos dejado nuestros parientes y hermanos. ¿En dónde estarán? Hemos visto la salida del sol, pero ¿dónde estarían cuando nos amaneció?" Así les decían a los sacrificadores y adoradores de la gente Yaki.

Sólo así fué como quedó el nombre de Tohil como dios de la gente Yaki. nombrados Yokuatkitzalkoat, al separarnos de allá de Tulán y de Tziguán. He ahí de donde llegamos y de donde venimos completos los de nuestra raza.

Entonces recordaron de dónde habían procedido y llegado sus parientes y hermanos y la gente Yaki.

Existe también allí, la gente guardadora del pescado (Piscis), a la que dejaron allá, donde se levanta el sol. Tepeu, Oloman es el nombre de los lugares en donde se quedaron.

Grande era la angustia que sentían estando sobre el monte Hakavitz; lo mismo les pasaba y hacían los de Tamub e Ilokab, y por esa misma causa se criaron en las pequeñas selvas o huatales.

Dan es el nombre de esa región donde les aclaró a los sacrificadores y adoradores de los de Tamub con sus dioses, así como también al de Tohil. Uno solo era el nombre de los dioses de las tres ramas de la gente del Quiché.

El mismo nombre le quedó al dios de los rabinaleros, siendo muy poca la diferencia del nombre Huntoh, como le dicen a su dios, nombrado así por los rabinaleros y que por esa causa desearon vivir, quedando igual su lengua con la del Quiché.

Por consecuencia del nombre de sus dioses, se diferenció la lengua de los kakchikeles desde cuando vinieron de allá de Tul-an-ziguán. Tzotzihachamalkán era el nombre de su dios, por lo que ahora es distinta su lengua, y sobre el nombre de su dios hicieron el nombre de su población. Ahpotzotzil y Ahpoxá, como le llaman.

Así, por sus distintos dioses se diferenciaron sus lenguas.

Las tribus capitaneadas por Balam Qi-tzé, Balam Ak-ab, Ma-huk-u-tah e Ik-i-Balam, quedaron sobre la montaña.

Gemían sus corazones juntamente con los de Tohil, Ahvilix y Hakavitz, los que estaban ya entre parásitas y envueltos en trapos, gimiendo por ello.

Mucha ansiedad sintieron en un principio por la seguridad de Tohil, cuando se apartaron de la presencia de él y de Ahvilix. Fueron a verlos en el día de su adoración, dándoles las gracias por haberles proporcionado su amanecer.

Ellos resplandecían en las rocas y entre las florestas. Sólo por medio de su naturaleza misteriosa hablaban cuando llegaron los adoradores y sacrificadores ante la presencia de Tohil.

No era mucho lo que ellos llevaban y quemaban. Era sólo trementina con laurel desmenuzado y pericón lo que iban a quemar ante sus dioses.

Tohil les habló revelando el misterio de sus sentimientos a todos aquellos adoradores y a los sacrificadores. Les manifestó: "Sólo aquí tendréis vues-

tras montañas y vuestros valles. Ocupadlos. Nosotros seremos ya de vosotros, dejándoos nuestro gran día de adoración y nuestra exaltación por los ruegos de toda la gente. Nuestras son todas las tribus, de la misma manera que lo sois vosotros. Cuidad los sentimientos de los pueblos, porque sólo así os daremos nuestros consejos; pero no nos mostréis ante las tribus cuando nos encolericemos por causa de sus comportamientos o de sus palabras. Tampoco nos empequeñezcáis con vuestras tristezas, pero antes dadnos lo que es de las crías, de los pajonales y de las pampas, lo que es también de las crías de las bestias y de las crías de los pájaros; hacednos ofrendar un poco de su sangre. Por favor os lo pedimos y dejadnos también el pelaje de las bestias salvajes, cuidándonos de los que se ocultan y nos dejan engañados. Esto lo guardaremos como símbolo y ello será el reemplazo de nuestra presencia que mostraréis ante las tribus.

"¿Dónde está Tohil?, os preguntarán entonces. En seguida mostraréis lo que tengáis de nuestra presencia, pero no debéis mostrarlo ante nosotros mismos, teniendo otras cosas que ofrecerles. Grandes cosas serán vuestras, superando a todas las tribus y trayéndonos su sangre y sus faltas reunidas a nuestra presencia". "Las tribus vendrán a adorarnos siendo ya nuestras", les dijeron entonces Tohil, Ahvilix y Hakavitz.

Caras juveniles tenían cuando se dejaron ver al recibir los sacrificios a su presencia. Entonces comenzaron a buscar a las crías pequeñas de los pájaros y de las bestias salvajes, yendo en su busca los sacrificadores y adoradores. De este modo, pues, encontraron las crías de los pájaros y de las bestias salvajes y en seguida fueron a depositar la sangre de la garganta de las bestias y de los pájaros sobre las piedras de Tohil y de Ahvilix.

En cuanto los dioses sorbieron la sangre que les llevaron, inmediatamente hablaron al llegar los sacrificadores y adoradores, cuando éstos fueron a depositar lo que llevaban a quemar. Lo mismo hacían ante sus símbolos, quemando trementina y también pericón en los guacales de jícara.

Les quedaron sus símbolos a cada uno de ellos. Allí sobre los montes, porque todavía no tenían casas para el día de su adoración, por lo que entre los montes se iba a practicar.

Lo que se comía era: crías de tábanos, avispas o abejas de los panales. Todavía no tenían buena comida ni buena agua, ni había caminos cómodos para llegar a sus casas, ni sabían dónde habían quedado sus mujeres.

▬ ▬ ▬

(No obstante que la traducción hecha del párrafo 1º de la novena tradición de la edición Villacorta, parece indicar que se trata de tribus y que éstas están caracterizadas por Balam Qi-tzé, Balam Ak-ab, Ma-huk-u-tah e Ik-i-Balam, todo indica que estos nombres son característicos a fuerzas creadoras de la naturaleza, más bien que a elementos constitutivos de razas o de seres. Lo indican también los significados de los nombres de sus respectivas mujeres. Hecha esta salvedad, se continúa con la narración.)

Las tribus quedaron aposentadas en los lugares que se ha dicho anteriormente. En cuanto a Balam Qi-tzé, Balam Ak-ab, Ma-huk-u-tah e Ik-i-Balam, se ignoraba dónde se encontraban. Aun cuando por las continuas desapa-

riciones de gente que transitaba por los caminos y los continuos gritos que se oían, imitando las voces de los coyotes, gatos de monte, leones y tigres, que se atribuían a ellos, indicaban que ellos estaban presentes en aquellos lugares.

Con la zozobra consiguiente a estos fenómenos, las tribus se preguntaban cuál sería el objeto de tales gritos y por qué desaparecían las personas.

Diariamente los jefes de casa traían a ellas crías de tábanos, avispas y panales, que era lo que llevaban para dar de comer a sus mujeres. Todos los días, también, iban ante la presencia de Tohil, Ahvilix y Hakavitz, ofreciendo con fervor la sangre de bestias salvajes y de pájaros, la de las ovejas y de los codos propios, a Tohil, Ahvilix y Hakavitz, diciéndoles: "Os rogamos que mantengáis nuestras fuerzas y nuestro valor de hombres. ¿Quiénes lavarán a nuestros muertos? ¿Los de las tribus? No puede ser, si solamente nos matamos los unos a los otros".

Se picaban continuamente las orejas y las corvas de los codos ante los dioses, recogiendo la sangre y poniéndola inmediatamente allí sobre la piedra de sacrificios, la cual se veía que tomaba animación con esta sangre.

—Oíd nuestras voces. De allá de Tulán es de donde nos habéis traído, les dijeron ellos. En aquel entonces nos entregasteis la piel llamada Pazilizik empapada con la sangre que le introdujisteis y que llevamos encima. Abundante como agua fué la sangre que les dieron y ofrendaron a Tohil, Ahvilix y Hakavitz.

Los cuatro Balam comenzaron a plagiar a las gentes de las tribus y en seguida fué creciendo la matanza de ellas, principalmente cuando caminaban uno solo o dos, sin que pudiera suponerse cuándo habían sido plagiados y por quién, y como regaban la sangre en el camino, dejando las cabezas escondidas en él, las tribus creían que el tigre se las había comido, suponiendo tal cosa, porque las huellas de los pies eran como las del tigre.

Con esta amenaza constante, pusiéronse de acuerdo para investigar dónde podrían estar escondidos los ejecutores de tales atentados; pero las huellas estaban de tal manera puestas en direcciones tan contrarias, que los llevaban a puntos donde se formaban neblinas y caían lluvias menudas, a consecuencia de lo cual se hacían lodazales, y eso era todo lo que veían los investigadores.

Cansados y decepcionados por no encontrar a los criminales, permanecían muchas veces allá lejos, en las montañas, sobre cuyas cumbres mataban a las tribus.

Fué entonces cuando comenzó el robo aconsejado por los malhechores, para que llevaran a los caminantes a sacrificarlos ante la presencia de Tohil, Ahvilix y Hakavitz. Estos tenían entonces la apariencia de tres muchachos que caminaban como por una sobrenatural virtud de la piedra. Se establecieron a la orilla de un río, en cuyas aguas se bañaban, dejándose ver solamente en el lugar que ellos nombraron desde entonces, el baño de Tohil. Repetidas veces los vieron allí las tribus, pero inmediatamente desaparecían al ser vistos.

Se esparció entre ellas la noticia de que estaban allí los cuatro Balam, y se juntaron en consejo para irlos a destruir y darles muerte.

Tomada la decisión, se reunieron todas las tribus y juntas se levantaron contra aquéllos, poniéndose todas de acuerdo y preguntándose también, cómo harían para destruir a la gente de los Kavek Quiché, porque tampoco se veía claro cómo se pierde la gente por su causa.

Sí hemos de acabar por que nos plagien, entonces que así suceda, y si los poderes de Tohil, Ahvilix y Hakavitz son tan grandes, entonces también Tohil será nuestro dios, que adoptaremos porque nos habrán vencido. Y entonces preguntaron a los proveedores de pescado (Piscis): "¿Quiénes han visto a los que se bañan diariamente en la orilla del río? Sí fueran Tohil, Ahvilix y Hakavitz, los destruiremos en ese lugar en cualquier momento, acabando también con los adoradores y sacrificadores".

"¿De qué manera haremos esto? Como tienen apariencia de jóvenes, cuando se dejen ver de nosotros en la orilla del río, que vayan dos doncellas de esas que son verdaderamente hermosas y que sean también blancas y amables. Que vayan allí para agasajarlos, formándoles deseos; busquemos dos."

Y las encontraron que eran las más perfectas, y las aleccionaron, diciéndoles:

—Ustedes irán a lavar nuestra ropa al río, y si ven en ese lugar a tres muchachos, desnúdense allí ante ellos y atráiganlos, y en el caso de que ellos les digan: "Queremos acercarnos a ustedes", les contestarán que bueno, y si entonces les preguntan de dónde vienen e hijas de quién son, entonces les responderán: "Nosotras somos hijas de señores, y deseamos alguna prenda de ustedes". Cuando ellos hayan dado algo y sollocen deseando acariciar las caras de ustedes, sin vacilar se entregarán a ellos, y si ustedes no quieren ceder, las mataremos. Mientras no obtengan ustedes, y traigan aquella prenda, no quedaremos satisfechos, pues ésta será la señal que deseamos obtener de ellos hacia ustedes.

Los nombres de estas doncellas eran: Ixtah, y la otra Ixpuch.

Ellas se ataviaron de manera atrayente para aparecer verdaderamente hermosas, y se fueron a aquel río para ser vistas mientras lavaban, lo que fué recibido con alegría por los señores de la tribu. Llegaron allá, y al comenzar a lavar se desnudaron y se atravesaban de un lugar a otro, entre las piedras. Entonces fueron llegando ante ellas Tohil, Ahvilix y Hakavitz, y al estar a la orilla del río, se quedaron simultáneamente admirando a las dos doncellas que lavaban, quienes se llenaron de vergüenza inmediatamente y de pudor.

Ningún deseo despertaron en aquellos tres; pero sí les preguntaron: "¿De dónde vienen? ¿Qué es lo que desean al llegar aquí, a la orilla de nuestro río?" Respondieron ellas entonces: "Hemos sido enviadas por los señores y por eso hemos venido: —Se irán a ver la cara de Tohil y le hablarán, y en seguida tráigannos una señal de que ciertamente le han visto la cara y le han hablado".

Esto era, pues, lo que deseaban las tribus: que fueran poseídas por la sobrenaturaleza de Tohil y compañeros.

—Muy bien, dijeron éstos; ustedes llevarán la señal de nuestra plática. Esperen un momento, para darles lo que deben llevar a aquellos señores.

Llegaron con los sacrificadores y les ordenaron dibujar tres mantos estampando en ellos la señal de su existencia.

Primero fué dibujado un manto con la señal de un tigre, que simbolizaba a Balam Qi-tzé; en seguida la figura de un águila sobre la superficie de la tela, simbolizando a Balam Ak-ab, y después, las figuras de unos cuantos tábanos y avispas en la superficie del manto de Ma-huk-u-tah.

Cuando terminaron de dibujar éstos, quedando grabadas aquellas tres figuras, llevaron en seguida los mantos a las doncellas, indicándoles que los entregaran a los señores como señal de la plática tenida, y diciéndoles que con esas telas debían vestirse.

Tal fué lo que dijeron a las doncellas cuando las enviaron, despidiéndolas, y ellas regresaron a las casas de sus padres con los mantos que les dieron.

—¿Le vieron la cara a Tohil?, les preguntaron.

—Se la hemos visto, respondieron Ixtah e Ixpuch.

—Muy bien. ¿Qué clase de señal traen ustedes para ver si es verdad?

Las doncellas extendieron las telas dibujadas con los símbolos antes descritos, y entonces los señores comenzaron a ponerse las insignias para lucirlas.

Ninguna cosa les sucedió cuando se pusieron el dibujo del tigre, ni tampoco con la del dibujo del águila. Elegantes se sintieron dentro de aquellas capas.

Pusiéronse en seguida la tercera tela, y entonces sintieron fuertes picaduras en sus carnes, que les infirieron los tábanos y avispas dibujados. Piquetes tan agudos y penetrantes, que les hacían gritar y proferir improperios. De esta manera quedaron vencidos y fueron a reprender a Ixtah e Ixpuch, diciéndoles:

—¿Qué clase de telas son las que han traído ustedes? ¿A dónde fueron a traerlas, pícaras? Y sin que ellas dieran respuesta, las tribus se dieron por vencidas, ya que no tuvieron éxito en la estratagema que habían concebido.

Volvieron a reunirse las tribus para resolver lo que debían hacer para vencerlos.

—En verdad, son grandes sus condiciones —decían ellos cuando se juntaron. Solamente atrayéndolos podremos matarlos. Rodeándolos, nos amontonaremos para apoderarnos de ellos.

Convinieron, pues, en reunirse en masa todas las tribus, y formar una gran cantidad de guerreros para matar a aquéllos.

Balam Qi-tzé, Balam Ak-ab, Ma-huk-u-tah e Ik-i-Balam permanecían sobre la montaña Hakavitz, y allá, sobre ese monte, salvaron a sus hijos.

No era numerosa su gente, ni existían tantos como los de las tribus y sólo una pequeña parte de la cima de la montaña ocupaban, y con esta seguridad, las tribus no dudaban en matarlos cuando se reunieron en masa.

Al estar reunidas todas las tribus con sus flechas preparadas, con sus metales y con todas sus armas, no podían contarse ni apreciarse la hermosura de sus riquezas ni la presencia de los hombres. En verdad, todos deseaban cumplir su palabra.

—Ese Tohil, este dios, que es nuestra adoración solamente, no nos dejará satisfechos sino cuando se deje prender.

Esto lo comprendió Tohil, y también los cuatro Balam, pues oyeron cuando lo concertaban porque no dormían, manteniéndose alertas desde que se habían armado todos los enemigos.

Estos se levantaron pensando irlos a sorprender por la noche, pero no llegaron porque se durmieron en el camino todos, y allí fueron vencidos.

Quedaron profundamente dormidos y durante el sueño les cortaron las cejas, los bigotes; les quitaron los metales de sus empuñaduras, de sus coronas y de sus soguillas, lo mismo que las empuñaduras de sus bastones. Todo con el objeto de acobardarlos y para hacer una demostración del poderío de la gente del Quiché.

Cuando despertaron, quisieron inmediatamente tomar sus coronas y por la empuñadura sus bastones, pero vieron con sorpresa, que todo había desaparecido.

—¿Quiénes nos habrán robado? ¿Quiénes nos habrán rasurado? ¿Serán tal vez los malhechores que roban gente? ¿Querrán asustarnos con esas cosas? Allí en los pueblos donde viven los asaltaremos. Sólo de esa manera podremos ver la presencia de nuestros metales.

—Eso les haremos —dijeron entonces las tribus—, y sólo de ese modo cumplieron su palabra.

Mientras tanto, estaban tranquilos los corazones de los sacrificadores y adoradores sobre la montaña de Hakavitz, erigiendo una gran muralla con troncos espinosos en las orillas del pueblo, acarreando y cubriendo con sólo tablones y espinas las entradas de él. Después, fabricaron unos muñecos hechos con la apariencia de gente y los colocaron sobre las barreras de espinas, dejándolos allí con las armas usuales y colocándoles encima las coronas de metales, como si fueran gentes. Estas coronas fueron las que les quitaron a las tribus en la noche en que se durmieron.

Balam Qi-tzé, Mah-uk-u-tah e Ik-i-Balam fueron a consultar con Tohil, preguntándole: —¿Y si morimos o somos vencidos?

—No se atormenten por eso. Estoy yo aquí para darles lo que necesiten; y les dió una cantidad de tábanos y avispas, los cuales fueron puestos en cuatro grandes tecomates que dejaron en los alrededores del pueblo, para su defensa.

Las tribus tenían vigilantes que mandaban para espiar la situación del pueblo, e informaron que no eran tan numerosos los defensores, fijándose en los pocos muñecos puestos en la muralla, y siendo los de las tribus numerosos, puesto que no se podían contar los guerreros reunidos, que iban para matar a los del monte **Hakavitz.**

El ejército sitiador destruía todo lo que se oponía a su paso, agitaba sus flechas y armaduras con incansable gritería y agudos silbidos y tiraban sus flechas para penetrar en los montes, palmeando con las manos cuando llegaron al pie de la montaña.

Nada acobardaba a los sacrificadores y adoradores, que sólo los miraban desde las orillas de las barreras hechas de troncos espinosos, en donde serían derrotados. Rodeados de todas sus familias, sus corazones permanecían tranquilos de lo que deberían hacer y de las vociferaciones de las tribus cuando empezaron a escalar la montaña.

Muy poco les faltaba a las tribus para llegar a la orilla del pueblo, cuando súbitamente dejaron caer las tapas de los grandes tecomates que se encontraban en los alrededores de la población, y entonces los tábanos y las avispas salieron como humo de cada uno de estos nidos, acabando con los enemigos, a quienes los insectos picaban con sus lancetas, sobre los ojos, las narices y las manos. Prendidos sobre ellos les quitaban los ojos, zumbaban los animales que se amontonaban sobre cada una de las gentes y éstas se aturdían a causa de ellos, sin poder coger otra vez sus flechas y sus armaduras, que quedaron tiradas por todas partes en el suelo.

Dispersos fueron quedando, tendidos delante la montaña; por eso ya no sentían cuando les lanzaban sus flechas hiriéndolos allí, con hachas, poniéndolos bajo los troncos de los palos, Balam Qitzé y Balam Akab, ayudados por sus mujeres y sus defensores y solamente pudieron regresar los pescadores y los que huyeron con el resto de todas las tribus.

Los que al principio lograron prender, fueron muertos, y no fué poca la gente que pereció, y no hay que suponer tampoco que murieron en cantidad por causa sólo de los animales, ni que por su valor de hombres les pasara lo que allí sucedió, ni por sus flechas y armaduras que hayan muerto allí. Y todos se rindieron, pidiendo por favor que no se les matara.

—Muy bien. Ustedes son los únicos culpables. Debiendo ser entonces los señores de las ofrendas mientras dure el sol y la luz del día.

Así fué como quedaron vencidas todas las tribus por nuestros primeros padres, lo cual se verificó allí sobre el monte Hakavitz, en donde se habían establecido y multiplicado, como se ha dicho antes.

Los cuatro Balam presintieron su muerte y su fin y lo comunicaron a sus hijos, porque no estaban enfermos; tampoco sentían sufrimiento alguno, ni angustia, cuando les dejaron sus consejos.

Hijos de ellos fueron: de Balam Qitzé, Kokaib, como primogénito.

Kokavib, el segundo de los hijos, abuelo y padre de los Kavivib.

De Balam Akab son: Koakul, el nombre del primero; Koakutek, el del segundo, ascendiente de los Nihaibab.

Sólo un hijo engendró Mahukutah.

Koahau era su nombre.

Sólo estos tres engendraron hijos, pues Iqibalam no los tuvo, y éstos eran los verdaderos nombres de los descendientes, que en verdad eran los sacrificadores y adoradores.

Permanecían siempre unidos los cuatro familiares, orando en la adoración hacia sus progenitores, haciendo perceptibles sus sentimientos en las oraciones del Kamaku.

—Vosotros, hijos nuestros: nos vamos, pero volveremos otra vez. Os dejamos palabras gloriosas y consejos limpios. Vosotros habéis llegado de allá, de nuestros lejanos montes, lo mismo que nuestras mujeres. Nos vamos allá con nuestras tribus; ya hemos repartido las bestias salvajes del señor y nos elevamos al cielo. Pronto haremos nuestro regreso. Hemos cumplido nuestra misión, hemos completado nuestros días. Acuérdense de nosotros. No nos olviden ni nos arrojen al basurero. Cuiden de sus casas y de sus montes y procríen en ellos. Entonces, así sea. Sigan el mismo camino y vean en seguida el lugar de donde venimos.

Les dejó la señal de su ser: Pizonkakal; pero no era visible su existencia, porque se les desaparecía allí sin saber dónde la había colocado. Tampoco eran visibles las costuras, porque ninguno vió cuando la envolvieron. De ese modo fué como se despidieron en esa ocasión y desaparecieron del monte Hakavitz.

No fueron enterrados por sus mujeres y sus hijos. Tampoco fué visible la desaparición y sólo quedaron latentes sus consejos y la adoración dentro de la envoltura que les quedó, y ante todo esto, quemaron el pom en su presencia.

Este fué el origen de la existencia de la gente por causa de los señores, cuando recibieron la envoltura de Balam Qi-tzé, principio y origen, como abuelo y padre de los Kavikib, quedando en aquel lugar los hijos llamados Kokaiv y Kokavib.

Así fué la muerte de los cuatro hermanos que fueron nuestros primeros padres y abuelos. Desaparecieron cuando dejaron a sus hijos establecidos allí sobre el monte Hakavitz, donde existieron.

Las demás tribus no tenían ningún poder. Sólo estaban como demandaderas, reducidas a servir diariamente.

Kokaiv, Koakutek y Koahau resolvieron regresar hacía donde se levanta el sol, haciendo el viaje al otro lado del mar. Despidiéronse de todos sus parientes y hermanos, yéndose tranquilos.

—No nos vamos a morir. Volveremos. Y entonces pudieron pasar sobre el mar, llegando allá, donde se levanta el sol, donde fueron a traer sus dignidades, habiéndoseles dado los nombres de Kahaval y AhRelevalkih.

Llegaron ante la presencia del Señor de Nakxit, nombre del Gran Señor que, según hemos oído decir, era de gran poder y grandeza. Este les dió como testimonio señorial y de todo lo que significa su procedencia, el símbolo de los Ahpop, Ahpopkanhail; de allí provinieron los signos de poder y majestad de aquellos Ahpop, y fueron creados en seguida los siguientes nombres: Muh, Kalibah, Zubak, Chauchau, Tatilkanabaj, Tzikvil, Kajtzitvil, Balamholom, Pich, Quiej, Makutax, Tot, Tatán, Kuz, Buz, Kaxkón, Chiyón, Aztapulul, nombres que traían al venir cuando llegaron del otro lado del mar, así como también la escritura y los dibujos de Tulán, la escritura de lo que ellos decían para darse a comprender en lo que hablaban, en seguida de lo cual y ya en aquel lugar, se establecieron en su pueblo llamado Hakavitz y allí se les reunieron los Tamub, los Ilokab, uniéndose entre sí todas las tribus.

Se llenaron de júbilo también los rabinaleros, los kakchikeles y los de Atziqinajá, y solamente así se manifestó el símbolo de la grandeza de ellos y la de la existencia que poseían las tribus.

Eso que se manifestaba ahora lo conseguían desde cuando estuvieron allá donde se levanta el sol, hace mucho tiempo, allí sobre aquellas montañas.

En aquel lugar murieron las mujeres de Balam Qi-tzé, Balam Ak-ab y Ma-huk-u-tah. Los descendientes vinieron a establecerse en otros montes, siendo éstos bastante numerosos, y los clasificaron conforme los fueron poblando.

Llegaron a establecerse a un pueblo denominado Chiqix.

Lejos de allí y sobre esos lugares formaron una aldea, en que engendraron y procrearon a sus hijos. Allí establecieron varias aldeas entre esos cuatro

montes, poniéndole un solo nombre a aquel pueblo. Casaron allí a sus hijos e hijas, dándolas solamente por súplicas y porque eran deseadas, que era el precio que aceptaban por ellas.

Comenzaron a edificar en cada una de esas aldeas y las denominaron: Chiqix, Chichak, Humetahá, Kulbakavinal. Nombres que ellos les dieron a sus montes. Sólo estos montes de su pueblo se mantenían explorando, buscando las vegas que eran bastante numerosas.

Ya habían muerto los que fueron a traer la majestad señorial allá donde se levanta el sol, y eran muy ancianos los que llegaron allí, a cada uno de los lugares de los pueblos; pero no se hallaban a gusto en aquel lugar en el que pasaban muchas penas al encontrarse lejos del pueblo de sus abuelos y de sus padres.

He aquí el nombre del pueblo donde quedaron establecidos: el monte Izmachí fué donde establecieron su pueblo en forma de tribu; en ese lugar alimentaron su poder y grandeza, obteniendo para edificar, cal y tizate en la cuarta dinastía señorial.

En aquel lugar gobernaron Konaché y Belehepqieh, y con ellos también los Kalehau. También gobernaron como señores, Kotuha, Konistaiul, llamados Ahpop y Ahpopkamha.

Solamente tres grandes casas poseyeron allí. Todavía no existían las veinticuatro antes de nuestras tres generaciones progenitoras, siendo solamente una la gran casa o generación de los Kavuek, como la única ante la presencia de los Nihaibab.

Como especie de culebras se extendieron en dos partes los del pueblo, y fueron los que permanecieron allí reunidos en un mismo y solo sentimiento. Entre ellos no existieron malquerencias ni enemistades. Sólo existía la paz señorial. No había pleitos por causa de los montes y terrenos, sino sólo la paz en el corazón tranquilo de los pueblos.

▬ ▬ ▬

El resto de la relación en la leyenda que se acaba de escribir, comprende la parte histórica y ya completamente humana de las guerras y rivalidades entre unas tribus y otras, por causas y sentimientos de envidias o de supremacía de poderes de las unas sobre las otras, y están descritas en los versículos 20 y siguientes del capítulo 10, edición Villacorta, y 1 a 36 de la undécima traducción de la misma obra.

Dios mediante seguirán a esto los comentarios aclarativos de muchas de las palabras o pasajes que todavía quedan en bastante obscuridad y que necesitan un estudio mayor con vista de las objeciones que puedan hacerse a este trabajo por personas interesadas en estos estudios y que, indudablemente, tienen una comprensión e inteligencia mucho más clara que la del autor de esta compilación e interpretación.

Conferencia dada en el salón de actos de la Escuela Normal Central para Varones, con motivo de las fiestas patrias

El 11 de septiembre de 1946, por el socio activo José C. DIAZ DURAN

Señor director;

Señores profesores;

Jóvenes alumnos:

Encargado por nuestra ilustre Sociedad de Geografía e Historia para dirigiros la palabra en conmemoración del ciento veinticinco aniversario de la proclamación de independencia de la América Central, he aceptado gustoso esta honrosísima comisión por tratarse de este Instituto educacional, de cuyas fecundas aulas han salido y continúan saliendo los apóstoles, que por más de setenta años, difunden la luz de la enseñanza por todas las ciudades, villas, pueblos, caseríos y haciendas de nuestra patria, inculcando en nuestra población civil y rural los principios básicos de la razón, la moral y la urbanidad; y los no menos importantes de la instrucción científica y profesional, que, durante tantas décadas, formaron los núcleos del saber humano, muchos de cuyos individuos han sido honra de la nación.

Fué tan extenso nuestro territorio colonial, tan innumerables los hechos históricos y administrativos acaecidos antes y después de nuestra independencia política, que no cabe en los estrechos límites de una conferencia, la narración completa de los acontecimientos, cuyas finalidades nos deberán servir siempre como experiencias en nuestros inciertos pasos hacia el futuro, pues como bien dijo el gran Víctor Hugo: "La Historia es la experiencia del mundo y la razón de los siglos".

Trataré, sin embargo, de reunir y condensar las descripciones y los hechos más destacados ocurridos antes y después de la fecha inmortal que conmemoramos, con el fin de no fatigar la atención del ilustrado auditorio que me escucha.

Indispensable será, en primer término, que conozcamos el territorio geográfico que nos fué legado por nuestra madre patria España, territorio que después se vió subdividido en cinco jirones, debido a luchas intestinas; y posteriormente cercenado por ambiciones que trajo consigo el separatismo.

El antiguo Reino de Guatemala y la Real Audiencia, estaba comprendido entre los grados 282 y 295 de longitud; y entre los 8 y 17 de latitud septentrional. Contaba pues nuestro territorio, de norte a sur con 13 grados, que a 17½ leguas por grado, dan un total de 227 leguas castellanas, equivalentes a 325 francesas o sean 1,300 kilómetros. Desde El Chilillo, límite más septentrional con Yucatán, de la audiencia de Nueva España (hoy México) hasta

Chiriquí de la audiencia de Santa Fe de Bogotá, había necesidad de recorrer en cabalgadura, más de 700 leguas castellanas o sean más de 3,000 kilómetros. La anchura máxima del territorio era de 180 leguas y la mínima de 60 (Juarros). Limitaba el reino por el oeste con la Intendencia de Oaxaca, por el noroeste con la de Yucatán, ambas del Reino de Nueva España; por el sudoeste con la provincia de Veraguas, del Reino de Tierra Firme de la audiencia de Santa Fe; por el sur y sudoeste con el Océano Pacífico, y por el norte con el Mar de las Antillas. La América Central está comprendida hoy (sin incluir a la República de Panamá) entre los 86 y los 94 grados de longitud, y entre los 8 y los 18 grados de latitud septentrional, según el meridiano de París.

En estos límites geográficos está comprendido el territorio de Belice, que antiguamente se llamó costa de Walis, y el cual nos deberá ser devuelto conforme a las normas jurídicas internacionales.

La América Central perdió, pues, en la primera centuria de su vida republicana unos 78,000 kilómetros cuadrados de su antiguo territorio. El antiguo reino de la Mosquitia fué devuelto a Nicaragua, conforme al tratado Clayton-Bulwer, así como Honduras logró rescatar las Islas de la Bahía. Toca a la juventud centroamericana defender el territorio actual e insistir enérgicamente por que el de Belice sea restituído a Guatemala.

Largo resultaría esbozar, aunque fuese sucintamente, la historia de la conquista y colonización del vasto territorio que se llamó Reino de Guatemala. Bástenos decir que la Historia de Centro América, principiada por nuestro ilustre historiógrafo y novelista don José Milla y Vidaurre, continuada después por el licenciado don Agustín Gómez Carrillo y después por el doctor don Ramón A. Salazar, consta de seis volúmenes que apenas comprenden trescientos años de la historia colonial. Esto puede darnos una idea de la gestión administrativa de España. Se hace urgente continuar la obra hasta el final del coloniaje, hasta la independencia; y la historia republicana hasta nuestros días, pues las pocas obras didácticas y otras aisladamente publicadas en folletos, no pueden conceptuarse como verdaderamente históricas, imparciales, por haber sido dictadas por conveniencias políticas. Como obra de consulta tenemos únicamente la *History of Central America,* por el historiador norteamericano Hubert Howe Bancroft, en tres volúmenes, que ni siquiera han sido traducidos al castellano y comprenden desde el año 1501 hasta el de 1887. La obra está apoyada en numerosísimas citas de autores antiguos y aun de crónicas de testigos presenciales de los acontecimientos; pero adolece de ciertos defectos de ética que sólo pueden ser confrontados por los centroamericanos.

▬ ▬ ▬

En 1820 gobernaba el reino de Guatemala, en calidad de capitán general y presidente, el teniente general don Carlos de Urrutia, bajo la constitución española de 1812. Desde aquella época se habían iniciado las elecciones populares para elegir a los diputados que se enviaban a las Cortes de Cádiz; y también para las municipalidades. Aquello era nuestra iniciación a la vida del sufragio.

Gobernaba la provincia de San Salvador el doctor don Pedro Barriere, la de Honduras el brigadier don José Tinoco, la de Nicaragua el teniente

coronel don Miguel González Saravia. La de Costa Rica dependía de la gobernación civil de Nicaragua y la de Chiapas estaba supeditada al gobierno central de Guatemala.

Debido a que el general Urrutia, por su avanzada edad y achaques consiguientes, se encontraba imposibilitado de ejercer el mando, dispuso la diputación provincial de Guatemala, obligarlo a que delegara el cargo en el inspector general don Gabino Gaínza, quien hacía pocos meses había llegado de España. Gaínza tomó posesión el 18 de marzo de 1821.

Esta medida se consideró necesaria y urgente porque la intranquilidad de los ánimos presagiaba una revolución en favor de la independencia, a pesar de que en Guatemala no se conocía aún el pronunciamiento del general Agustín de Iturbide en Nueva España (hoy México) y su plan llamado de Iguala, al que se adhirió primeramente nuestra provincia de Chiapas, la que desde entonces quedó separada de la patria centroamericana.

En 1811 intentó San Salvador hacerse independiente; pero el plan fracasó debido a falta de coordinación y acierto militar. Los cabecillas revolucionarios que eran los curas don Nicolás Aguilar y don José Matías Delgado, auxiliados por don Manuel José de Arce, quien después fué el primer presidente de la federación, destituyeron del mando al corregidor e intendente don Antonio Gutiérrez de Ulloa. Se estaban movilizando fuerzas en Guatemala para sofocar este intento revolucionario, cuando el ayuntamiento de la capital ofreció al capitán general don José Bustamante sus buenos oficios como mediador, lo cual se aceptó y fueron comisionados los regidores don José de Aycinena y don José María Peinado para marchar a San Salvador. Allí asumieron el mando, restablecieron el orden y proclamaron una amnistía general.

Otro movimiento subversivo en favor de la independencia ocurrió en San Salvador en 1814; pero también fracasó, debido a la mala combinación de los elementos que deberían actuar; y sus promotores fueron encarcelados, en cuenta don Manuel José de Arce, quien permaneció seis años en la prisión.

En León, la capital de Nicaragua y en la ciudad de Granada también se produjeron otras intentonas para lograr la independencia a fines de 1811 y principios de 1812, las que parecían estar coordinadas con las de San Salvador. Fué depuesto el gobernador e intendente don José Salvador y establecida una junta de gobierno presidida por el obispo Fray Nicolás García, quien logró terminar la rebelión, mediante una amnistía, quedando al frente del gobierno. Sin embargo, la ciudad de Granada desechó la amnistía, se declaró independiente y se preparó a luchar; pero fué vencida por las armas y los principales cabecillas deportados a Guatemala, de donde se les envió a Cádiz. La mayor parte de ellos murieron en Europa.

Con motivo del sistema constitucional implantado en España en 1808 y restablecido en 1812, prevalecía en las colonias de América cierto espíritu de libertad: todas ellas se hacían representar en las cortes de Cádiz; había libertad de imprenta y las autoridades locales trataban por igual a criollos y españoles. Esto necesariamente alentaba a quienes anhelaban una patria independiente, siguiendo las huellas de Washington, de Hidalgo, de Morelos de Bolívar, de Sucre, de Páez, de San Martín y de tantos otros paladines que lucharon heroicamente por la libertad.

En Guatemala el capitán general don Gabino Gaínza, de carácter débil y conciliador, veía con indiferencia y hasta con cierta simpatía, los propósitos de los independientes; y en lo particular era amigo de algunos de ellos. El doctor don Pedro Molina redactaba "El Genio de la Libertad" en oposición al "Amigo de la Patria" que redactaba el licenciado don José Cecilio del Valle. En 1813 hubo juntas secretas en el convento de Belén de la ciudad de Guatemala, a las que asistían el licenciado don José Francisco Córdoba, el doctor don Pedro Molina, don José Francisco Barrundia y otros del partido independiente. Algunos fueron procesados, pero indultados posteriormente. Sin embargo, nada podía hacerlos desistir de sus propósitos de libertad. No estaban todos de acuerdo con el sistema de gobierno proclamado por Iturbide en Iguala, y cada cual se reservaba su opinión respecto al sistema que convendría adoptarse para Guatemala; pero se habían propuesto estar unidos hasta conseguir la independencia.

La diputación provincial de Guatemala se componía de las personas siguientes: el doctor don José Matías Delgado, don Mariano Beltranena, el doctor don José Valdés, el licenciado don Antonio Rivera Cabezas y el licenciado don José Mariano Calderón. Los independientes dispusieron presentar un escrito a esta diputación, pidiendo que el propio Gaínza proclamase la independencia. Este, para cubrir su responsabilidad, mandó instruir proceso contra los principales firmantes, pero ninguno fué preso.

El 13 de septiembre de 1821 se recibió un correo extraordinario de Chiapas, con el cual se remitían las actas de adhesión al plan de Iguala por parte de Ciudad Real de Chiapas, Comitán y Tuxtla e instaba al gobierno central para que también se adhiriera y se proclamara la independencia de todo el reino, comunicándose también los progresos que hacía el ejército trigarante en Nueva España (hoy México). Estas noticias aumentaron la efervescencia en pro de la independencia de todo el reino. El síndico del ayuntamiento, don Mariano Aycinena, pidió que inmediatamente se convocara a una sesión extraordinaria, con el objeto de presentar una petición para que se proclamase la independencia sin más trámites. Se efectuó la sesión y Gaínza, con el fin de impedir el pedimento, se presentó a presidirla, en su calidad de jefe político superior; pero a la vista de las actas traídas por el extraordinario de Chiapas, y por la simpatía que le inspiraban los independientes, finalmente accedió a que se convocase a una junta general de todas las autoridades civiles y eclesiásticas para resolver el asunto. Gaínza no consultó este paso al titular, capitán general y presidente don Carlos de Urrutia.

En la mañana del 15 de septiembre de 1821 y a pesar que el día había amanecido lluvioso, se reunió la junta general en el palacio del gobierno, presidida por el propio Gaínza. Estaban allí los representantes de todos los tribunales, los de rentas, los del ayuntamiento, los de la junta provincial consultiva, el arzobispo y los canónigos del cabildo metropolitano, los de la universidad y de las sociedades literarias y todos los jefes militares.

Como dice el coronel don Manuel Montúfar y Coronado, de cuyas memorias he extractado algunos de estos datos, "la discusión era libre y era un espectáculo tan raro como nuevo, ver los agentes y representantes del rey de España reunidos con los hijos del país para discutir, bajo la presidencia del primer agente del gobierno, si Guatemala sería o no independiente".

Principió la votación: el primer voto en favor de la independencia lo dió el canónigo doctor don José María Castilla, razonándolo con palabras convincentes, en contra de la opinión que sostenía su prelado y amigo el arzobispo don Fray Ramón Casaus y Torres. Muchos de los magistrados y funcionarios españoles se pronunciaron en favor y otros en contra; pero al final triunfaron los independientes, a pesar de que no pudo hacerse un escrutinio escrupuloso, porque, insensiblemente, el pueblo fué invadiendo el recinto del salón, mezclándose los espectadores con los individuos de la junta. Cada vez que se emitía un voto favorable, la multitud prorrumpía en vítores y aclamaciones de regocijo.

Cuando se conoció el resultado favorable de la votación en favor de la independencia, el pueblo pidió a gritos que Gaínza prestara el juramento de rigor; y cuando éste se disponía a verificarlo ante el alcalde por el plan de Iguala, la multitud esforzó sus gritos pidiendo que el juramento debería prestarse "por una independencia absoluta de *España, de México y de toda otra nación*". Y así lo prestó Gaínza (Manuel Montúfar, *Memorias).* Detrás del pueblo estaban el doctor don Pedro Molina, el licenciado don José Francisco Córdoba y don José Francisco Barrundia, quienes lo guiaban y alentaban en sus demostraciones de aprobación o desaprobación.

Gaínza asumió de hecho el mando supremo de la naciente república, la diputación provincial se convirtió en junta provisional consultiva, aumentándose los vocales de las provincias que no los tenían. Por Honduras se nombró al licenciado José del Valle, por Nicaragua al magistrado doctor don Miguel Larreinaga, por Costa Rica al presbítero don José Antonio Alvarado y por Quezaltenango al marqués de Aycinena.

Todas las autoridades, funcionarios y empleados del gobierno español quedaron interinamente en sus puestos y solamente se depuso al coronel del Batallón del Fijo don Félix Lagrava, sustituyéndolo el teniente coronel don Lorenzo de Romaña. Las leyes de la monarquía quedaron también subsistentes, en tanto que se reunía el congreso, conforme lo establece el punto segundo del acta de independencia.

Tal fué, señores, el hecho portentoso y excepcional en que una colonia perteneciente a uno de los más poderosos imperios del mundo, obtiene su independencia sin derramamiento de sangre. España pudo haber enviado a nuestras playas naves, ejércitos y cañones. No lo hizo, sin embargo, porque comprendió que las luces del siglo XIX alumbraban ya el horizonte de la libertad, que era inútil oponerse a los derechos del hombre, proclamados a fines del siglo anterior por la Francia inmortal; y prefirió reconocer tácitamente nuestra mayoría de edad y otorgar a esta sección del mundo de Colón su aquiescencia para gobernarse por sí misma. No por ello debemos escatimar el homenaje de nuestra admiración y profundo reconocimiento a aquellos próceres que supieron encauzar las aspiraciones del pueblo hasta conducirlo a la cima donde alumbra la antorcha de la libertad inextinguible. Sírvanos de ejemplo su valor cívico y sus desinteresadas ejecutorias para lograr que esa gloriosa antorcha no se apague jamás en el territorio centroamericano.

Guatemala, 11 de septiembre de 1946.

La esfinge mitológica de la civilización nazca

Por Próspero L. BELLI, Ica, Perú.

Los eruditos tratadistas modernos definen: "Que el mito encierra un pensamiento no manifestado, es decir, que personifica históricamente el reflejo de una idea religiosa. En el mito ha de predominar como en la epopeya el elemento histórico, de modo que los hechos exotéricos constituyen la base del mito, y en ellos se entretejen las ideas religiosas".

El huaco que presentamos para su apreciación objetiva, se encontró en las excavaciones arqueológicas del año 1909, en una huaca que por sus características reveló ser una de las más arcaicas, y que bien puede decirse, sin hipérbole, se halló el fundamento del espiritismo, pues estuvo desprovista de los metales de oro y plata; además, todos los especímenes eran mitológicos, por lo que podemos considerarlos de la edad de bronce americana.

El arqueólogo peruanista Carlos Belli hace la descifración en la forma siguiente: "El huaco de la esfinge nazquense pertenece a la cronología ideográfica de las ocho encarnaciones de Vishnú, deidad de la India primitiva, correspondiendo al segundo período mitológico celeste, como una deidad espiritual maléfica; obsérvase que tiene fondo blanco, significando el espacio como su residencia. La figura tiene medio cuerpo humano con alas, encarnado en serpiente; debajo de uno de los brazos sostiene una especial cuchilla, como cetro de justicia, y en la parte posterior del cuerpo, un dardo para herir a la perversa humanidad. Esta deidad mitológica la idearon como una firme creencia de la ley dual en la Naturaleza, unos espíritus benéficos, consultores, y otros malos, castigadores. La creencia del espiritismo es antediluviana en la India y el Asia, y postdiluviana en el Continente americano".

En el Museo arqueológico "Carlos Belli", existen dos huacos policromos que complementan el fotograbado de la esfinge, cuya interpretación por Carlos Belli es como sigue: "Pertenece al primer gran ciclo mitológico terrestre, y corresponde a la cronología de las ocho encarnaciones de Vishnú, como una deidad malévola; posee fondo obscuro, expresando que Lucifer o Aya-Griva habita en las capas geológicas profundas, donde está el fuego. La imagen tiene cuerpo humano estilizado, con dos cuernos en la frente, en la parte inferior una cola, y las extremidades de las dos manos con uñas grandes; todo indica que esa mitológica deidad castigadora, es la causante de todos los terremotos y maremotos que son catástrofes para la humanidad".

El otro huaco encarna una esfinge simplificada, en la cual distinguimos que de la cabeza humana sale una espiral serpentiforme.

Hay que reconocer que en los antiguos tratados orientales de cronología se demuestra que las tradiciones referentes al período mitológico comprenden miríadas de años.

Cada una de las civilizaciones que admitieron la esfinge mitológica, le daban significaciones de diferentes conceptos abstractos, o empleándolos como elemento decorativo.

Entre las muchas modalidades esfíngeas de los antiguos templos indios, hay una que tiene medio cuerpo humano encarnado en serpiente, con alas y patas de ave, y la cara humana está enmarcada por un triángulo que es símbolo de la trimurti.

En el gran Museo Arqueológico de El Cairo (Egipto), se encuentra una estela mitológica con la diosa Isis-Serpiente, y en la parte inferior a derecha e izquierda se pueden ver dos amorcillos con alas, sacada de algún ruinoso templo o de un hipogeo.



El Lucifer mitológico nazquense, de un huaco del Museo Arqueológico "Carlos Belli" de Ica, Perú. (Acuarela de Próspero L. Belli.)



Siva y Naga del gran templo de Hullabid. Mysore, India.

Los asirios tenían esfinges de cabeza humana, cuerpo de león con alas. Las esfinges de los persas eran de cabeza humana, cuerpo de toro con alas. Los griegos poseían una célebre, la que dió motivo a la leyenda tebana de Edipo y la Esfinge, pertenecía al grupo de las turias y harpías, todas de actividad malhechora.

En las excavaciones arqueológicas de Pompeya y Herculano, se encontraron muchas esfinges aplicadas al arte, en utensilios de todas clases, y en las aplicaciones metálicas de vasos y objetos.

Actualmente los nagas de la India constituyen un pueblo misterioso, así como también la más primitiva de sus religiones es el animismo, que representa las ideas de lo sobrenatural, y que todavía profesan algunas tribus como los santals, los gonds y los bhils.

Los indios consideran a los espíritus maléficos como las secreciones malditas del universo, y no pueden alcanzar la pureza exigida por las transformaciones superiores.

La filosofía religiosa oriental afirma: ¡Cuán admirable vista se desplegaría ante el hombre, si se descorriera de pronto el velo que misericordiosa-



Huaco con la esfinge del Museo Arqueológico "Carlos Belli."
(Acuarela de Próspero L. Belli.)

mente le encubre el mundo astral! Vería el espacio ocupado por otro mundo diferente, de cuyos habitantes nada sabía; lo que antes le parecía denso y sólido, ahora le parecería nebuloso, y el espacio vacío, lleno de vida.

El ilustre Lytton aclara aún más este sugestivo mundo enigmático, al decir: "En la gota de agua vemos diversidad de animálculos, unos de ellos monstruosos y terribles en comparación con otros. Así sucede con los habitantes de la atmósfera: unos son de sobresaliente sabiduría, otros de malevolencia horrorosa; los hay hostiles para el hombre como demonios, y otros benignos como mensajeros entre tierra y cielo".

Los mitos nos enseñan que las fuerzas naturales pueden considerarse como potestades divinas, puesto que la divinidad anima toda la naturaleza.

El huaco con la esfinge nazquense, es un fenómeno de los elementos, o sea un espíritu de la naturaleza de un rango inferior. Al estudiarse las remotas religiones del mundo, encontramos que tenían una identidad fundamental de doctrina esotérica.

Con la interpretación de los huacos nazquenses, bien pudiera darse cima a una atractiva fase histórica de esas poderosas mentes humanas, plasmadas en los archivos físicos de sus especímenes arqueológicos.

Hacemos un llamamiento a los esforzados americanistas, para que consideren a la antiquísima civilización nazca y otras del Perú, en sus valiosos aportes para la reconstrucción del patrimonio histórico genuinamente americano, y coadyuven a la definición de sus problemas prehistóricos; justificado plenamente por el eminente americanista doctor Paúl Rivet, con esta frase: "Es bueno, es necesario que la vieja Europa, lo mismo que la joven América, tengan conciencia de lo que deben a la civilización indígena. El sentimiento de solidaridad humana necesita, hoy más que nunca, que se le exalte y fortifique".

Discurso pronunciado por Mariano López Mayorical en el acto de su ingreso en la Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala, el 11 de octubre de 1946

Honorable Junta directiva;

señoras y señores:

Me presento respetuoso ante esta docta corporación, de tan altos y distinguidos títulos dentro del medio ambiente, saturado por las inquietudes científicas y espirituales de este terrible y maravilloso siglo XX. A falta de merecimientos propios, quédame solamente deponer ante vosotros la ofrenda de mis entusiasmos y mi buena voluntad que pongo al servicio de esta eximia institución. Si lográis encontrar, dignos señores, en el contenido de esta disertación, algo de interés perdurable; y si ello representa algún mérito, de él me correspondería solamente el haber sabido o el haber logrado reunir lo mucho o lo poco que se ha escrito con referencia al convento de religiosas La Concepción, de Antigua Guatemala, ordenando mi exposición dentro de los límites del acto y del tiempo que reglamentariamente se me concede para mi discurso.

En éste diré más con respecto a las centurias corridas desde entonces y menos sobre la parte histórica, cuyo tópico constituye la estructura entre un glorioso pasado y un esforzado presente que servirá, sin duda alguna, como base a un pródigo futuro, en lo que a espíritus acuciosos e investigadores concierne, para la glosa fiel de documentos, legados por la Colonia a las generaciones siguientes.

Sírvame, pues, lo anterior de prólogo ante la benemérita y por tantos motivos loable Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala, a la cual me permito ofrecer, con el homenaje sincero de mi honda simpatía y admiración, este modesto trabajo en el presente acto de mi ingreso como socio activo de la misma, abrigando la esperanza de que dicho trabajo pueda conceptuarse como un aporte a la metódica búsqueda que se ha impuesto la Sociedad para tanto documento histórico disperso. Escritores en quienes predomina una amplia ecuanimidad, se han tomado, en el contenido nuclear de sus escritos, la defensa de los exploradores hispanos del siglo XVI, estableciendo una gallarda reivindicación de España y de sus métodos de colonización en el Nuevo Mundo, lo cual en derecho de equidad, ha quedado auténticamente demostrado, siendo necesario en verdad, porque los procederes justos que culminan, asumiendo responsabilidades, son factores decisivos en la elaboración de la conciencia

universal. Las instituciones religiosas de aquel entonces sirvieron de un formidable contrapeso a la bizarría de guerreros que, a manera de Hernán Cortés y Pedro de Alvarado, manejaron el acero conquistador; y en las conciencias embrutecidas por el espectáculo de la sangre, repercutió la palabra serena de un Fray Bartolomé de las Casas; y todo aquel impulso hacia el predominio implacable de la fuerza, se detuvo como deslumbrado ante la extraña y suave teoría indulgente, y hubo como una claridad en los cerebros, y al rumor de roncas tempestades, de mares embravecidos; protegidos a ratos por cielos intensamente azules, despejados de nubes y nieblas como aparentando traducir las más suaves emociones del alma, los primeros altares cristianos se elevaron en las Américas, entre vagos encajes de incienso. En mi concepto, es escalofriante dedicar miradas retrospectivas, cuando la consolidación del triunfo para los unos, represénta denigrante esclavitud para los otros; y sin que valga alegar en defensa la protección religiosa, en lo que atañe a la educación del hombre en sus costumbres, amparados por una manifestación pueril del espíritu y la que se ha podido conservar artificialmente, porque intereses prácticos muy positivos la han hecho entrar en su sistema de defensa, en beneficio de los sacerdotes, del poder político, de todos los usufructuarios de un orden público en que centenares de víctimas se ven forzadas a la paciencia y la conformidad. La verdad es que se ha considerado siempre como causa lo que es un efecto; no es la religión la que ha favorecido la instrucción, moderado las costumbres, hecho al hombre más moral, sino que la religión trajo consigo la instrucción, la que a su vez marcó progresos, se esforzó por insinuar, y ante ciertas tentativas, hasta puede decirse, por introducir violentamente en las fábulas groseras un sentido más racional, desvaneciendo poco a poco la primitiva crueldad sanguinaria. Este es el caso favorable en que la religión cristiana pudo conducirse en nuestro continente.

Antes de continuar divagando, quiero entrar en materia. Recuerdo haber leído, allá por los años de 1925-26, en uno de los números del *National Geographic Magazine,* editado en los Estados Unidos de Norteamérica, e ilustrando lo afirmado por medio de una fotografía aérea, algo que reza así: "La ciudad de Santiago de los Caballeros de Guatemala era ya vieja y culta cuando Boston era todavía una villa"; y si recordamos que a Boston le corresponde, por orden de antigüedad, el segundo puesto entre las ciudades de los Estados Unidos de Norteamérica, después de San Agustín, Florida, ya podemos decir, como un hecho pasmoso, que en época tan lejana como el año de 1579, se sucedían acontecimientos de trascendencia poco común. En la Universidad de Méjico se practicaba en público una autopsia del cadáver de un indio, para indagar la naturaleza de una epidemia que entonces causaba estragos en Nueva España. Si inquirimos, anotando que la primera iglesia alzada en lo que hoy se llama Estados Unidos, tuvo asiento en aquella primera ciudad de San Agustín, fundada por Fray Francisco de Pareja en el año de 1560, y entrando de lleno al término comparativo de fechas, podemos comprobar que apenas 18 ó 19 años después se fundaba en la ciudad de Guatemala el primer monasterio de religiosas que hubo en la capital, correspondiente al del máximo doctor San Jerónimo, de la Orden de la Inmaculada Concepción de Nuestra Señora. Fué solicitada su fundación por el Ilustrísimo Señor Don Francisco Marro-

quín, a quien le estuviera vedado ver realizados sus anhelos, lo que la suerte deparaba al Muy Noble Ayuntamiento de esta ciudad. Por muchos motivos lleva la supremacía en los fastos religiosos e históricos de Guatemala el Convento de la Concepción, el que no fué solamente numeroso e ilustre, sino a la par venerable y perfectamente atendido por parte del Cabildo de la Muy Noble y Leal Ciudad de Goathemala y de cuya fundación, como se lleva indicado, fuera patrocinador. Le cupo tal satisfacción al obispo de aquel entonces, D. Fr. Gómez Fernández de Córdova, y a los alcaldes ordinarios de la ciudad don Sancho de Barahona y Hernando de Guzmán, quienes organizaron todo lo concerniente, designando a Juan Rodríguez Cabrillo de Medrano, quien actuara como alcalde en el año anterior de 1577. Se le dedican a esta última persona, en las actas del Cabildo, palabras efusivas y cálidos elogios por la forma en que cumplió su cometido. Era tan distinguido enviado, portador de poderes bastantes y recomendación de los señores Obispo y Presidente, para suplicar al señor Arzobispo de la ciudad de Méjico que permitiera el traslado de algunas religiosas que vinieran a establecer un convento a este territorio. Aceptada por las autoridades eclesiásticas tan piadosa petición, fueron nombradas cuatro religiosas del convento más antiguo de la citada orden, representadas por personas de la nobleza de aquella ciudad y de eminente virtud. Designada por Superiora la Madre Sor Juana de San Francisco, y para hacerle compañía, Sor Catarina Bautista, Sor Elena de la Cruz y Sor Inés de los Reyes, habiendo recaído nombramiento de Vicario y Confesor de dichas religiosas en el bachiller Alvaro García Calderón. El día 12 de noviembre del año de 1577 se efectuó el acto de entrega, partiendo de tan regia Corte, con el más selecto de los componentes, religiosos, oficiales y vecinos. Siendo el deseo por parte del señor Cabrillo de Medrano, el de tener perfectamente informado al Cabildo de la ciudad de Santiago, pormenorizando los incidentes de tan largo viaje, para el efecto redactó una carta que confiara a un mensajero especial. En ella anticipaba la noticia de que, por causa de lo rudo del trayecto, la Abadesa Sor Juana de San Francisco se encontraba muy fatigada, padeciendo de un "fuerte dolor de costado", y el que se le había logrado aliviar practicándole unas sangrías. En esta parte de su relato, el señor Medrano se entusiasma dedicando todo género de alabanzas a la virtud de estas religiosas, a quienes por suerte se les confiara venir a fundar el primer Monasterio de Monjas existente en Guatemala; y llega en la delicadeza de su elogio a manifestar: "que a cada una de ellas me parece se le podría fiar el gobierno de un reyno". En otro aspecto, él quiere fomentar, estimulando y reafirmando los ofrecimientos y palabra comprometida que dejara en el correspondiente monasterio mejicano, como al Arzobispo y otras personalidades, a quienes tuvo necesidad de garantizar que serían espléndidamente atendidas y respetadas, y en esta forma poder compensar, aunque fuera en parte, los sacrificios, privaciones y separación a que se verían sometidas, dejando la tranquilidad y apartándose de su querida patria, en empresa tan poco común y arriesgada. Por lo demás, hacía recomendación expresa de que se superaran en el recibimiento de bienvenida que debía de otorgársele a su llegada a la Muy Leal y Noble Ciudad de Santiago de los Caballeros de Guatemala, advirtiendo que en Méjico estuvieron a encaminarlas personalidades, entre las que se

contaban el señor Arzobispo e Inquisidor, ambos Cabildos y todo el pueblo. Pone de manifiesto que, por su parte, no escatimará gastos de ningún género, los cuales aportará de su propio peculio. A no sufrir contratiempos, fijaba por anticipado la fecha del 15 o a más tardar el 20 de enero de 1578, para su arribo a la ciudad. Refiere, como dato curioso, la noticia de que había llegado un navío de la China con nuevas de gran prosperidad. Fué así como el Muy Noble Ayuntamiento las cumplimentara de su parte, enviando a persona capacitada para hacerles encuentro a "ocho jornadas" de la capital. Con algún retraso a las fechas anteriormente anotadas, llegaron a Guatemala el día primero de febrero de 1578, como claramente consta en el instrumento autén-



tico de la fundación de aquel convento. Con referencia a este último particular, quiero agregar que, poseyendo entre las obras, documentos y papeles pertenecientes a antepasados y familiares, muchos coleccionados por mí, obran en mi poder algunos que en mi concepto, tienen singular valor histórico por su contenido y por ser documentos inéditos. Partiendo de este último principio, quiero transcribir, en sus principales pasajes, copia fiel y exacta, perfectamente confrontada de los originales, pero sin apartarme del deseo de no excederme abusando de vuestra benévola atención, he creído más conveniente hacer llegar con destino a la biblioteca de esta ilustre institución, una serie de fotocopias que venga a completar la documentación aquí citada. Continúo

aludiendo al episodio inicial de la fundación del convento. Todas las cuatro primeras monjas venidas de Méjico, dieron su obediencia al señor Obispo de Guatemala en lugar aledaño de la ciudad, siendo éste, para mayor detalle, el pueblo de Jocotenango. Teníanse preparadas para el objeto, dos literas, que se utilizaron para conducirlas a la Santa Iglesia Catedral, y a continuación a su convento.

Fué tal la fe y cariño que los habitantes pusieron en la recién creada orden, que inmediatamente concurrieron a tomar el hábito numerosas niñas, practicándose el día 15 de febrero del año de 1579, con la mayor solemnidad, la primera profesión que tuvo efecto en Guatemala, siendo Obispo el Ilustrísimo Señor Fray Gómez Fernández de Córdova, y cuyo documento original reza, a saber:

1.

1579.

"Yo Soror Maria de la Concepción de toda mi voluntad, por amor y servicio de nuestro Señor Jesuxpo y de la ynmaculada concepción desumadre. Hago, Voto y prometo a Dios y a la gloriosa Virgen Maria y al Reverendissimo prelado que al presente es, deste Obispado y a sus subcepores y avuesa Reverencia madre Joana de sanfran,co Abbadesa de este "santo convento, en cuyas manos, Hago profesión y asus subceporas servire todo el tiempo de mi vida hasta la muerte en obediencia enpobreca sin cosa propia, en castidad, yenperpetuo en cerramiento segun larregla con cedida aesta orden, por el Sanctissimo Papa Julio Segundo, en FFee delo qual lo firmare Deminombre, y es Hago eneste monesterio de Laconcepción Deguatemala en quince del mes de Febrero año de mill Y quinientos Y setenta Y nueve."

abba Juana de s. Francisco — *Maestra elena de la cruz.* — *María de la concepcion.*

(Tiene esta última nota)

en chiapa difunta.

(He procurado respetar en todo lo posible, la redacción, colocación y ortografía originales de todos los documentos que cito.)

Emulado este ejemplo por muchas otras jóvenes, se consagraron en el espacio de un siglo, 339; en los años siguientes hasta 1805, la escala proporcional de aumento fué menor, pero de todas maneras, marca la cifra total de 566. El convento de Santa Catarina Mártir, fundado en la propia ciudad de Santiago en el año de 1609, tuvo como organizadoras a cuatro monjas de

la Concepción, y a ellas fué confiado. Le cupo el gran honor de actuar como Prelada, a la R. M. Elvira de San Francisco. Este último voto no lo copio en su totalidad, tratando de abreviar. En su redacción es exactamente igual al de Sor María de la Concepción, con las únicas importantes diferencias que incluyo, a saber: "tiene fecha, en la Concepción de Guatemala en Veynteytres de Octubre año de mill y quinientos y ochentayocho, siendo abbadesa la propia Sor Juana de San Francisco y Maestra Ynes de los rreyes. Firmado. Elvira de San Francisco. (Buena letra y original rúbrica, con ciertos característicos adornos. Hay una nota.) "En Santa Catarina. Difunta".

Actuación importante desempeñaron en la fundación de este último convento, don Francisco González, que actuaba por aquel entonces como Maestreescuela de la Catedral, y el Lic. don Miguel Muñoz, cura de Naulingo. Las otras tres religiosas designadas se llamaban: Sor María de San Diego (nombre con que se le designa en la historia de Juarros, pero que efectivamente no existió; por lo tanto, hay en esto una equivocación: debe de tratarse de la religiosa que profesó con el nombre de Sor María de Santo Domingo, con fecha 3 de febrero de 1586, o bien de la monja María de Sant Pédro, cuyo voto tiene fecha 23 de noviembre de 1586; en este último hay una anotación que dice: "Difunta porq'no se olviden". Sor María de la Anunciación profesó con fecha 13 de abril de 1581, teniendo una constancia que dice: "En Sta. Catalina.—Difunta", y Sor "Fran.ca de Sant Raphael" (aquí en este nombre también hay un error en el compendio de la Historia de Juarros, pues él la cita bajo el denominativo de Sor María de San Rafael). El voto de esta religiosa tiene fecha 2 de julio de 1595, con la siguiente anotación: "Franca. de San Raphael fue a fundar el Convento de Sta. Cathalina Virgen y Martyr desta Ciud. y en el fallezió". Un año después, o sea en 1610, salieron otras tres monjas a fundar el convento de la Encarnación de Ciudad Real de Chiapa; se le confirió el cargo de Prelada a la primera ingresada al convento de la Concepción, la R. M. María de la Concepción. Creo muy del caso, antes de seguir refiriéndome a otros aspectos relacionados con esta noble institución, aludir nuevamente a la M. Elvira de San Francisco, a quien se le reputó como un dechado de virtudes y perfecciones. Gobernó el convento de Santa Catalina durante 37 años, habiendo fallecido en 1646. A pesar de que todavía va para largo este estudio de investigación histórica y de que el tiempo apremia, no quiero dejar pasar inadvertido todo aquello que en mi concepto tenga algo de curioso. Por esta razón, el Voto de Profesión de Sor Josepha de Santa María, es con pequeñas alteraciones igual a los anteriormente dados a conocer, con las siguientes peculiaridades: este documento tiene fecha "ocho de Mayo, año de 1633, siendo Abba. Ysabel de Santo Domingo, Maestra Paula de Santa Fee. Firmado de su puño y letra Josepha de Santa María". Hay una nota: Difunta. Un espacio mediano abajo, renglón y medio escrito, perfectamente conservado, pero escrito con letra ilegible, principia: "Cayadose, etc., etc.", separado por una línea a tinta, la siguiente anotación: "En 26 de Agosto año de 1666, se abrió la Cepultura donde estaba enterrada Josepha de Santa Maria contenida en esta foxa, y aviendo mas de Ciete años que habia muerto sehallo su cuerpo entero, mando el S. Obpo. seanotare en este libro, y se señalase la, Cepultura".

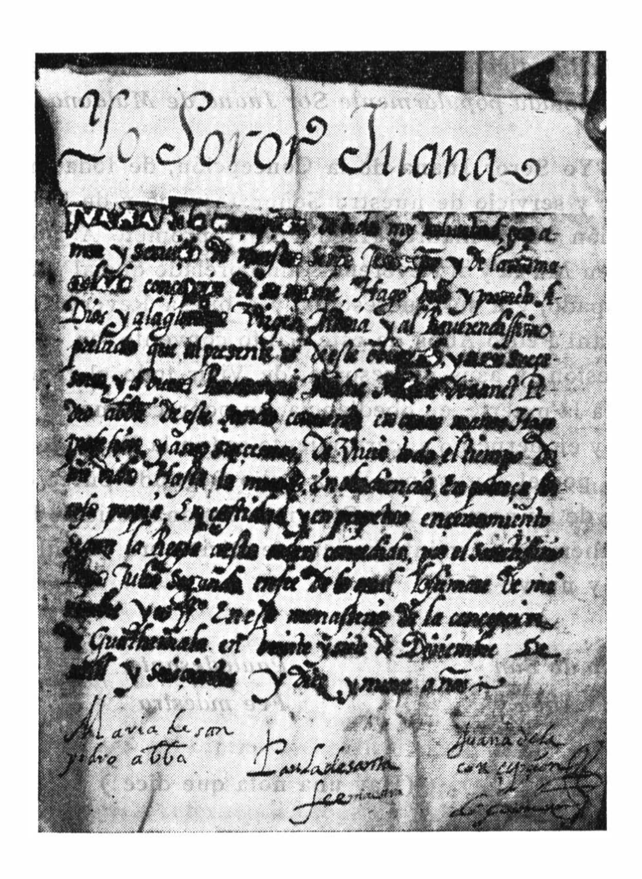
Lo extenso de la biografia con que se cuenta sobre el Monasterio de la Concepción de Nuestra Señora, lo atribuyo a la importancia que en aquel entonces se le daba a este género de instituciones. Se alude al mismo en el compendio y descripción de las Indias Occidentales, redactado por don Antonio Vásquez de Espinosa en el año de 1629. Corroboran lo dicho, eminentes cronistas como Fuentes y Guzmán, historiadores del calibre de García Peláez, Juarros y tantos otros que sería prolijo enumerar. Para la Muy Noble y Leal Ciudad de Santiago de los Caballeros de Guatemala, se imponía la creación de estos centros, que eran aulas de moralizadora enseñanza. Es sabido que predominaba un boato poco común en este país, ofreciendo quizá el único caso en Hispanoamérica en que la inmigración de mujeres españolas se acrecentaba de dia en día; caso insólito el de don Pedro de Alvarado, quien habiendo contraído matrimonio en primeras nupcias con doña Francisca de la Cueva, lo efectuó después con la otra hermana, doña Beatriz del mismo apellido, habiendo traído consigo de la Península, cuando vino casado la segunda vez, catorce damas de la más rancia y alta alcurnia. Lo benigno del clima y pródigo de la naturaleza en el valle de Panchoy, aumentaron los prestigios de la metrópoli, que se conservaron hasta el 29 de julio de 1773, época en que la Ciudad de Santiago de los Caballeros de Guatemala fué considerada la segunda de la América Española. Lo simétrico de sus calles, lo correcto de su trazo, el verde esplendente de su vegetación y lo acogedor de sus habitantes, es algo que no tan fácilmente el forastero olvida, produciendo en él un perdurable acariciador ensueño. No nada más así se parangonaba a Guatemala con Méjico y Lima, como las más ostentosas en el uso de vehículos de paseo, de los que se hacía derroche en las festividades, utilizándolos a cuales más lujosos, como moda impuesta al concurrir a la "alameda".

Es halagüeño rememorar que el convento de la Concepción fué el más importante colegio para niñas de que se tiene conocimiento durante la época colonial, pudiéndosele calificar de iniciador del plan docente de los institutos de segunda enseñanza creados en el país durante el siglo XIX. Según puede apreciarse aún, el edificio era colosal y no existiendo clausura, tenían acceso a él los mercaderes, practicándose en su interior cierto género de comercio, y según el decir por legado transcrito a través de la crónica, mucho de ello tocado de fábula, se dieron allí algunas corridas de toros, celebrándose otras más apropiadas diversiones. Esto no significa que todo fuera placeres: las prácticas religiosas y el ritual eran austeros y sumamente imponentes, mayormente cuando las novicias de profesar trataban. Años después, cuando la existencia de este convento se pudo calificar ya de maduro, se ocuparon de él muchos autores, refiriéndose a la fiesta de la Concepción, puntualizando uno de ellos cierta ocasión, cuando en esa celebración una futura monja del convento se proponía tomar el velo negro. Sábese que la iglesia era una de las más hermosas de Guatemala: rica en adornos de oro y plata. La narración nos revela cuán difícil es concebir cuadro más sublime dentro de ese conjunto de mujeres arrodilladas, rostros serenos y encantadores que emanaban dulzura de todas sus facciones. El convento quedaba contiguo a la iglesia de la Concepción, protegido el acceso a él por una gran reja de hierro y a cierta distancia otra. Arriba de esta última había una de madera. Al acorde de músicas celestiales desfilaban las monjas, rematando al final dos vestidas de

negro, quienes llevaban en medio a la novicia trajeada de blanco inmaculado, con un amplio velo del mismo color, adornando sus sienes una guirnalda de rosas. Surge del otro extremo el Provisor, acompañado de los más destacados sacerdotes, portando ricas vestiduras de ceremonia. Ambas comitivas se reúnen en una pequeña puerta a la derecha de la reja, apareciendo la novicia con sus dos madrinas para someterse a algo parecido al formulismo de un interrogatorio, por el cual se le inquiere si es su voluntad separarse del mundo, despojándosele a continuación de la guirnalda y del velo y substituyéndolos por una corona y un cetro. La novicia se aleja por instantes, reapareciendo adornada de ricas prendas. Sus hermanas, compañeras futuras de enclaustramiento, la abrazan y derraman flores sobre ella; se arrodilla ésta ante el altar; como por obra de encanto, se desvanece todo lo que de ostentación tiene el ritual, y volviéndose hacia el Obispo, éste la despoja de corona y cetro y le cubre la cabeza con un velo negro. Poco faltaba para que el acto revistiera todo lo que de imponente puede representar el hecho de consumarse la muerte en vida. De este cáliz de sublimidad y de amargura había que absorber hasta la última gota; a cargo del Provisor estaba extender sobre el rostro el velo negro, que en esta ocasión representaba el postrer adiós para el mundo exterior.

Puede darse a estos pasajes el valor de históricos, toda vez que sintetizan la relación de los hechos que se consideran verdaderos; por todo esto, en los tiempos actuales se desvirtúan mucho los pasajes de antaño, incluyéndolos en la fábula. Sin duda existe razón para ello, ya que si subdividimos tantos acontecimientos en la parte que les toque de sagrada y profana, el siglo XVI marca un índice tanto más elevado de la segunda clasificación, que de la primera, si como es de rigor, la misma está caracterizada por los relatos que los padres hacían a los hijos y los que se transmitieron de una generación a otra, perdiendo un grado de probabilidad, para pasar a ser verídicos, por cada generación que se alejaba. Para conocer con alguna certidumbre algo de nuestra historia colonial, no hay otro medio que averiguar si nos quedan de ello algunos documentos manuscritos incontestables, y la colección de éstos se dificulta tanto más si nos hacemos cargo de la realidad de aquella lejana época, en que pocas eran las personas que sabían escribir, ya que hasta el siglo XIV de nuestra era casi todos los actos se celebraban ante testigos. En cuanto al arte de escribir era aún más raro entre los españoles, y en esto consiste que nuestra historia sea muy incierta, en la Península, hasta los tiempos de los Reyes Católicos, y en América hasta el siglo XVIII y postrimerías de la Colonia. De todo esto puede comprenderse que era fácil que se impusiera el reducido número de hombres que sabía escribir y el que era inmensamente menor entre las mujeres, dando esto ocasión a que se creyera en los mayores absurdos. En cuanto a los escritores que el Viejo Mundo puso a sueldo para que confeccionaran mucha de nuestra historia colonial, extractándola de las memorias de algunos dominicos, capuchinos, etc., etc., no tengo nada que decir, ya que el sistema que debiera de adaptarse para escribir la historia de los pueblos del Viejo Continente, no haya sido quizá a propósito para escribir la historia del Nuevo Mundo. Estas reglas pueden ser bastante conocidas. Pero el arte de ser un consumado historiador, será siempre muy raro. ¿Quién no sabe

que es indispensable posesionarse de un estilo que a la par de sereno sea castizo, y a la par de grave, variado? Posiblemente todos nos hemos detenido a razonar que lo que puede decirse de cualquier época es aplicable, en lo que a evolución respecta, en grado mucho mayor a nuestro tiempo. La situación de hoy, colmada de intelectualismo, capaz de comprensiones inauditas, no se detiene en vagas consideraciones, se exigen mayores detalles, hechos comprobados, fechas exactas, y debiendo predominar sobre todo esto un sello de originalidad que no dé lugar a pobres imitaciones, en que pueda servir la historia de un país extranjero, como pauta para la de nuestra patria.


Yo Soror Juana

Maria de san pedro abba

Juana de la concepcion

La relación es muy íntima, y como importante, tentador el caso que me propongo abordar, por encontrarse íntimamente vinculado con la vida del convento de la Concepción. Notarán que de este estudio se desprende el desvanecimiento de una incógnita. Podrían escribirse volúmenes sobre estos acontecimientos, pero no es el caso de fastidiar a mi generoso y dilecto auditorio. Ustedes se servirán juzgar si la documentación que incluyo es lo suficientemente completa para que se pueda afirmar o negar categóricamente la existencia de la que en el mundo llevara el nombre patronímico de Doña Juana Maldonado de Paz, y que posteriormente al año de 1619 optara por el

religioso de Sor Juana de la Concepción, es decir, dos nombres que indistintamente se refieren a la misma persona. Me place encontrarme suficientemente respaldado para aclarar la duda con respecto al particular. Creo dejar con esto escrito uno de los capítulos truncos de nuestra historia, por cierto en torno de una de las personalidades más discutidas de la Colonia, durante la época actual. Estaba fijado por las crónicas y relatos de historiadores, así como por las tradiciones conservadas, en derredor del año de 1625, la fecha en que había profesado. Ahora sabemos con toda certeza, que fué exactamente el día 27 de diciembre de 1619, y cuyo documento original inédito transcribo literalmente a continuación:

Copia fidedigna del voto religioso de Sor Juana de la Concepción, llamada popularmente Sor Juana de Maldonado.

"Yo Soror Juana de la Concepción, de toda my voluntad, por amor y servicio de nuestro Señor Jesuxpo y de la inmaculada concepción de su madre, Hago Voto y prometo A Dios y alagloriosa Virgen María y al Reverendissimo prelado que al presente es de este Obispado, y a sus succesores, y a buesa Reverencia Madre María de Sant Pedro Abba de este Santo convento, en cuías manos Hago profesión, y asus succesoras, de Vivir todo el tiempo de mi Vida Hasta la muerte, en obediencia, en pobreca sincosa propia, en castidad, y en perpetuo encerramiento segun la Regla aesta orden concedida, por el santissimo Papa Julio Segundo enfee de lo qual lofirmare de mi nombre Y es Ffo en este monasterio de la concepción de Guathemala en veinte y siete de Diciembre de mil Y seiscientos Y diez y nueve años."

Maria de San Pedro Abba — *Pauladesanta Fee maestra* — *Juana dela con cepción*

(Hay una nota que dice:)

Difunta (Rubricada)

(Este voto de profesión está escrito con lindísima letra de pendolista, así como tal su ortografía.)

Pero para que el documento anteriormente transcrito tenga todo su valor e importancia, es indispensable que se compruebe de manera categórica, que doña Juana Maldonado de Paz y Sor Juana de la Concepción son la misma persona; esto lo lograré ampliamente con el documento que sigue en una acta levantada en la ciudad de Guatemala y en el propio convento de la Concepción, con fecha quince de mayo de 1632 (la que no copio en su totalidad

por lo difícil de la interpretación de su escritura) aparece que el Lic. don Pedro de Bonilla Gil, acompañado de otros prelados y notables religiosos, actuando como Canónigo de la Santa Iglesia Catedral de la Ciudad de Santiago de Guatemala, y para el efecto de elegir Vicaria y "difinidoras" del Convento, y habiendo recibido los votos de las Religiosas, salieron electas por mayoría: para Vicaria la Madre Magdalena de San Fabián; para "difinidoras" las Madres Juana de San Miguel, Isabel de Jesús, María de San Martín, Juana de la Concepción hija del Señor Oidor Juan Maldonado de Paz, a las quales Vicaria y difinidoras, su Ilustrísima confirma en sus oficios. Están las firmas de puño y letra rubricadas, del Arzobispo y Secretario.

Estimo, partiendo de una hipótesis, que el calificativo popular de Maldonado, que se le atribuyó en su voto religioso, depende sin duda alguna, como es natural, del apellido familiar y con el que frecuentemente se le distinguiera para diferenciarlo del nombre del claustro en donde se internó, atribuyendo a lo mismo el epitafio aquel de que se tiene conocimiento y que fuera colocado sobre su tumba, en donde aparecía como Sor Juana de Maldonado. No es mi deseo sentar cátedra, sustentando ninguna tesis; todo lo que me propongo es allanar en lo posible, las innúmeras dificultades con que hasta ahora se ha tropezado en materia tan intrincada. Confío en que las presentes revelaciones contribuirán, en mucho, al esclarecimiento de hecho tan sugestivo a la par que tan meritorio y brillante en nuestra historia patria. Soy de los que se inclinan a creer que sería materialmente imposible que se trate de una simple coincidencia. Es deber de todos los guatemaltecos en general, y de cada uno en lo particular, tratar de salvar del olvido todo aquello que nos honre; en esto está comprometido el patriotismo. Alienta el poder comprobar la veracidad de lo que hasta ayer no pasaba de ser la fantasía de un ser criado a voluntad y semejanza del espíritu, exagerado e inquieto, del único cronista colonial que la cita. En esto último me atengo solamente a lo que por mi parte he podido comprobar y consultar. Me refiero a Tomás Gage, quien en vez de beneficiar contrarrestó la prueba de existencia de figura de tan sugestivos alcances. El patrimonio que este extranjero trajo al país, descansaba solamente en un pasado en que él se inicia como misionero y dominico inglés, nacido allá por 1597 y muerto en Jamaica en 1656; profesó en Valladolid, y en 1625 fué enviado a Filipinas. Prefirió permanecer en Méjico, siendo profesor de latín en Chiapa y de filosofía en Guatemala. A pesar de habérselo prohibido sus superiores, retornó a Europa en 1637. Volvió a Inglaterra, abandonó la religión católica, optó por el protestantismo y se ordenó pastor. Entre otras varias obras escribió: "The English-American, his travel by sea and land, or A new survey of the West Indias", editada en Londres la primera vez en 1648 y la cuarta en 1711, existiendo traducciones al francés, alemán, holandés y castellano. Otros notables autores modernos han urdido en contorno a esta imagen, todo un derroche de bella fraseología. No me atrevería a sostener que tan extraordinaria personalidad, a través de la inspiración del poeta, de lo acucioso del historiador, de toda erudición y de todo lirismo, sea incontrovertible. Tengamos confianza en que todas las cualidades que se le atribuyan y todas las dotes de talento natural o cultivado, puedan parangonarse efectivamente, con los de la "Décima Musa del Parnaso Castellano" y que, como numen, tanta belleza pueda ser realidad en tantas y variadas composi-

ciones que de ella se citan: "Cantos de Navidad", poemas narrativos de la vida de Sor Juana de San Francisco y Sor Catarina Bautista; una oda titulada "Tierna Despedida", dedicada a la Madre Elvira de San Francisco en su viaje para Chiapas; unas redondillas en que relata la alegría y triunfo de los ángeles en el momento de la profesión de Sor María de la Concepción. Alguien ha dicho, mas no sé si ha dicho bien toda vez que no me consta, que mereció grandes elogios por parte de Fray Antonio Arochena, a quien, según parece, le cabe el mérito de haber sabido escudriñar nombres de literatos y figuras representativas guatemaltecas, dedicándole cálidas alusiones y calificando como la mejor de sus producciones una titulada "El Angel de los Forasteros", a los que hubo de sumar otros tantos elogios para una elegía en que la monja lloró la muerte de Fray Juan González Altamirano. Con el más acendrado afecto alentemos fe ciega en que en todo esto y aún más, coincida tan exactamente la realidad de los hechos con lo sublime de las crónicas, tan perfectamente como son verdad absoluta hoy día las fechas citadas y anotadas; bien vale la pena aceptar de buen grado, que la fuente de información de que tomara la esencia de su obra don Máximo Soto Hall, ha sido del todo veraz, quitándole a su libro "La Divina Reclusa" todas las figuras y adornos retóricos y ateniéndonos solamente a la parte histórica que pueda contener. Al cotejar las fechas a que alude el señor Hall, con las que poseo, de origen inequívoco, llego a la conclusión de que son exactamente las mismas, pudiendo establecer esta conclusión todos aquellos que me escuchen con paciencia y entren en un detenido estudio del presente discurso.

De las siguientes deducciones se desprenden claramente los aspectos comprobados que fijo, a saber:

Primero: es incuestionable la existencia del señor Lic. Don Juan Maldonado de Paz, quien fuera nombrado con fecha 19 de marzo de 1609, para desempeñar el cargo de Oidor de la Real Audiencia en el Ayuntamiento de la ciudad de Santiago.

Segundo: las fechas anotadas en "La Divina Reclusa", calificada por su autor como una crónica novelada en que todos los personajes que figuran son rigurosamente históricos. Todo esto me hace pensar que bien vale la pena detenerse en la verificación minuciosa de las fechas, a partir de la relación que se inicia en el mes de junio de 1627, en que se vino a avecindar, procedente de la Península, el linajudo caballero don Juan Maldonado de Paz, quien contaba a la sazón veinte años: "Hace alrededor de cuarenta años, según mi noticia", comenzó diciendo doña Florinda, etc., etc.; de ello se desprende que, si del año de 1627 deducimos los cuarenta años, llegamos a la fijación de la primera fecha importante, o sea el año en que arribó el señor don Juan: 1587. Si a su llegada él tenía veinte años de edad, y se decidió a contraer matrimonio cuando apenas contaba treinta años, luego entonces aumentaré la fecha inicial en diez años: 1597, en que contrajo matrimonio. De esta unión nació la que debía ser Sor Juana, siendo lógico suponer que esto aconteció, más o menos por razones naturales y numéricas al hacer el cómputo, para el siguiente: 1598; de esta suerte, el año de nacimiento de doña Juana Maldonado de Paz corresponde a 1598, habiendo muerto la madre cuando ella frisaba en los cinco años: 1603. Después de la decepción sufrida

por doña Juana, en lo que al matrimonio que tenía concertado con don Santiago de Córdova se refiere y que tuviera por causa su desaparición, llevándose consigo a una joven casada. Continúa la narración: "Desde aquel momento Doña Juana se encerró en su casa, etc., etc. ¿Cuándo pasaba esto? —preguntó Don Rodrigo. Va para ocho años, en septiembre —repuso la viuda. Me acuerdo porque en esa ocasión se celebró con mucha pompa la fiesta de Nuestra Señora de las Mercedes, etc., etc.". Fecha absolutamente exacta, toda vez que si restamos los ocho años al de 1627, nos encontramos en 1619, año en que, como quedó comprobado sin lugar a dudas, por medio del documento auténtico que copié anteriormente y el que hasta ahora fuera inédito. Es decir, doña Juana profesó a la edad de 21 años, habiendo permanecido recluída en el monasterio durante 19 años, o sea hasta 1638, en que la sorprendió la muerte. Se puede decir que la vida de esta monja se divide en dos principales etapas. La una, de 1598 hasta 1619, en que dejó de existir para el mundo doña Juana Maldonado de Paz; la otra, de 1619 hasta 1632, bajo el denominativo de Sor Juana de la Concepción y lo que aconteció por haber optado por el hábito de este convento. Se da por bien sentado, real y efectivo, la existencia de un suntuoso coro bajo el templo del convento, cuyo corredor principal cerrado con fuerte reja daba al cerro de la Cruz, a corta distancia del río Pensativo y en donde fuera enterrada en el aludido año de 1638, quedando grabado sobre su sepulcro, el siguiente epitafio: "Aquí reposa la que se libró del mundo engañoso para buscar la Misericordia Divina. Sor Juana de Maldonado, que a los cuarenta años, en 1638, pagó el saldo de la vida".

He aquí una copia a grandes rasgos, pero literal, que viene a reafirmar aún más todo lo anteriormente expuesto: "Acta levantada a veinte y dos días del mes de mayo de mill y seiscientos y treinta y cinco años" (el que, para mayor abundamiento, cito de manera expresa, debido a que la misma con toda claridad deja constancia de una nueva elección recaída en ella y por medio de la cual se confirma como difinidora a Sor Juana de Maldonado, quizá muy comúnmente la llamaban por su nombre de familia en el interior del convento, pues se nota que, tan luego como recapacitara la persona de don Diego de C. Salvatierra, que actuara como secretario en aquel acto, tachó el apellido Maldonado, escribiendo por encima, de la Concepción, y salvando al fin de este instrumento, en los términos literales que copio, este error): "Mando y firmo y las otras Vicaria y difinidoras (entre renglones Concepción y de ado. niq. novalga lo de ado. y lo otrossi)". Con seis firmas más este documento también está claramente firmado de puño y letra por Sor Juana de la Concepción. Huelga considerar, que lo de ado. se refiere a Maldonado, pues como está tachado y se trató de borrar, escribiendo sobre la primera parte del apellido, solamente es legible el fin. Con respecto al año de su fallecimiento, lo vienen a confirmar, sin lugar a dudas, los siguientes documentos: existe un Voto de profesión de "Sor Catalina Yosefa a 19 dias del mes de marzo de 1638", siguen dos actas y a continuación el Voto de profesión de "Sor Leonor de San Joseph, a trece dias del mes de Diciembre año de mill y seiscientos y treinta 8". Por tanto, ella falleció en el período comprendido de marzo a diciembre de 1638, toda vez que en una de las actas intermedias se da a conocer que salieron electas para "Vicaria, la Madre Geronima de San Sebastian

y por difinidoras las Madres Paula de Santa Fee, Anna de la Natividad, Anna de Santa María y Juana de la Concepción a todas las quales religiossas, etc., etc.". Tal acta está firmada por todas las electas mencionadas, pero no aparece ya la firma de Sor Juana de la Concepción, lo que hace suponer que se encontraba muy enferma, posiblemente moribunda al extremo de que ya no la pudo firmar. Por estar completamente consumido el papel en donde se presume que estaba anotada la fecha de esta acta, no es posible incluirla.

En resumen, el segundo aspecto se puede sintetizar así: don Juan llegó al país en 1587. Contrajo matrimonio en 1597. Doña Juana nació en 1598. Su madre murió en 1603. Doña Juana profesó en 1619. Ella contaba entonces 21 años de edad. Permaneció recluída en el monasterio durante 19 años. Falleció a la edad de 40 años, en 1638.

Eliminando quizá ciertos pequeños errores, la parte nuclear histórica va tomando el cuerpo que le corresponde en todo lo concerniente a doña Juana Maldonado de Paz, posteriormente Sor Juana de la Concepción. He podido comprobar como efectivas las alusiones que Tomás Gage hace, en lo referente a que todas o la mayoría de las religiosas que profesaban en el convento de la Concepción, llevaban cuantiosas dotes. Se les tenía abierta una especie de cuenta corriente con cargos y abonos, partiendo la cantidad inicial de la suma aportada y pormenorizando las cantidades en efectivo que se les entregaran para sus gastos. Este mismo escritor relata que se había tratado de elegir superiora o abadesa a esta monja, lo que vino a causar un escándalo en la ciudad como en el interior del monasterio. Tuvo lugar una verdadera conmoción en el convento; las religiosas se dividieron en simpatías para esta elección, trascendiendo los efectos fuera del monasterio, sonaron las campanas a alarma; todos los vecinos prestos estuvieron a salir en defensa de sus hijos o familiares, amenazando con echar las puertas por tierra. Lograron las autoridades imponer el orden y todo terminó satisfactoriamente, al saberse que Sor Juana declinaba el honor que se deseaba conferirle. Supongo que no otra cosa, sino lo anteriormente expuesto, vino a obligar a las autoridades eclesiásticas a tomar medidas de la importancia de lo que se hizo anotar en las actas de 23 y 24 de agosto de 1625. Copio a continuación los documentos que respaldan esta opinión, a saber: no fué sino hasta los días 23/24 de agosto del año de 1625, en que por disposición expresa del obispado, se introdujeron reformas y alteraciones substanciales en la redacción y formato de los Votos de profesión, todo esto debido a ciertas dificultades surgidas en el régimen interior del convento, que originaran las palabras textuales que cito, y que aparecen en una acta levantada en la época, a saber: "de las Monjas de este Convento de Nuestra Señora de la Concepción, y el modo que en ellas se tiene es de grande indescencia e commision del orden. Especial y Juridico con que acto de tanta importancia auctoridad Eclessiastica. Sease saber; pues en pressencia del Prelado que las mas veces assiste, y algunas de Pontificia siempre su Provisor y Vicario general, otra persona de Respetable dignidad, etc., etc."; y termina: "La que diosaforma seguarde y cumpla y todo lo eneste auto contenido sopena excomunicationis maioris Latae Sententiae ipso

facto incurrendae a la qual Mandaba y Mando que ningun Su Inferior la Altere interprete Ny mude ento do ny enParte Ny deste libro sequite Ny borre. Assi lo mando, y firmo.

Obispo de Guatemala.

Por Mdo. del Smo. Misr y Antemy.

Po. Ramirez de Valdez M. Secreto. (Rúbrica)".

O bien el acta anterior, o la que a continuación sigue, tuvo origen en el episodio ocurrido y que alterara la calma del convento, me atengo sobre el particular a la cita hecha por el señor Gage:

"En la Ciudad de Santiago de Guatemala a trese dias del mes de mayo de mill y seiscientos y treinta y dos años su señoria Ilustrísima Sr. Doctor Don Augustín de Ugarte Saravia por la gracia de Dios y de la Santa Sede Appostólica Obispo de la Ciudad de Guatla. y Verapaz Misror. del Consejo de Guatemala. Dixo que en este libro debiendo estar escritas en el las elecciones que ha habido de Abbadessas y oficialas en el Convento de la Concepción de esta Ciudad no se hallan en el sino solas tres y buscando la elección del trienio próximo passado en que fué Abbadessa La Madre Juana de la Trinidad no esta en el otro libro y aesta caussa no haber información por donde conste aver cumplido sobre los usos ha obedeser pressente mes de Mayo. Para que en todo tiempo conste y parezca el dia mes y año en que fueron electas La Abbadessa y demas oficialas y se ebiten inconvenientes. Mandaba y Mando que La Abbadessa que fuese nuevamente electa dentro de ocho dias primeros siguientes, haga que el Secretario ante quien passare la elección la escriba y autorise en otro libro con apercibimiento quien assi no lo hiciere se le hará cargo de ello en la primera visita, ansí lo probeyo mando y firmo. Sus Altissma.

A. Stago de Guatemala
(Rúbrica.)

Por mando del
Altimo. Iltmo.

A temi.
Don Diego de C.
Salvatierra
Secretario."

Ya para finalizar en lo que respecta a toda esta documentación, quiero citar en última instancia diferentes fragmentos de las actas levantadas con fechas 23 y 24 de agosto de 1625. Es casi imposible seguir una ordenación correlativa en orden a fechas, ya que se dificulta tanto más la paleografía de

todos ellos, por lo borroso que los siglos le han impreso a su escritura, pero en todo caso, aún usando arduo esfuerzo, legibles para constituir documentos irrefutables de respaldo histórico de singular mérito. Sigue la transcripción documental anunciada en renglones anteriores, a saber:

"Prefiriendose la Abbadessa entodo loquees Juridico, y de Auctoridad en grave ofensa de la suya, del reconoscimiento y respeto que seledeve y jurisdiccion, Y porque cossa tan importante sea, y se execute conforme derecho con la desencia conveniente, y Reverencia Devida al Prelado, etc., etc."; en otro párrafo: "Hasta aqui en la fuerza ligitimidad, y valor que han tenido, y tienen. Iqueriendo solo Reformar el modo y orden de hazerse"; en otro párrafo: "que de otra manera se sigieren. Da. y declara por nulas. Y deningun effecto, etc., etc."; en el acta de 24 de agosto: "estando El Illmo. Maestro Don Fray Joan De Sandoval y Zapata de la orden de S. Augustin, del consejo de mis. en el Convento de la Concepción de esta Ciudad, y junto todo el encommunidad en el coro bajo y en Presencia De su Sazuma mis. yo el infra scripto secretario ley en Alta Voz y notifique el auto de susso atodo el dso. Convento (sigue una parte completamente deteriorada y a continuación) Prouissor y Vica. eneste obpado, etc., etc. Firma *Po. Ramírez de Valdez M.* Secreto."

Sin lugar a dudas, la objeción principal que se argüía, por parte de las opositoras a esta elección, ha de haber sido la poca edad y tiempo que tenían sus Votos, todo contrario a las reglas concedidas a la institución; puesto de tal responsabilidad sólo podía ser desempeñado por las monjas más autorizadas y de mayor respeto, por su edad, tiempo de haber profesado y méritos sobresalientes en su vida religiosa.

Toca ya a su fin el presente trabajo y por ello, al llegar a esta parte, quiero solamente agregar unas pocas palabras en descargo a mis propias convicciones. Es el caso de que un gran temor ha embargado mi ánimo, temor que tiene por origen la admiración que siempre me han infundido los públicos ilustrados y el que se acrecienta al evocar, como una remembranza lejana, el recuerdo de los grandes valores desaparecidos y los que siendo miembros de esta docta institución, dejaron en ella una estela de su pensamiento y el resplandor de su alma. No me creo digno de que resuene mi voz aquí, en donde han resonado los acentos convincentes de personalidades de aquella talla.

Irrumpen por la cresta de este volcán de ideas llamado siglo XX, acontecimientos tales que por sí solos lo inducen a uno a colaborar con el destino al que debe responder nuestra generación, y más si tomamos en consideración el poco tiempo de vida para cumplir con ese sagrado mandato. Generación que se inicia, que puede y debe satisfacer la obligación para la cual parece haber servido de crisol el templo de la historia y a la que debemos procurar rendirle el homenaje de nuestros esfuerzos para ir reuniendo tanto documento disperso que venga a completarla en toda su amplitud de justicia y de verdad. Recordemos que en esto último tenemos que luchar con circunstancias desfavorables. La desaparición de documentos coloniales se agravó por los terremotos e inclemencias del tiempo y la naturaleza, los que obligaron a estarlos cambiando de sitio constantemente, lo que ha influído en su deterioro y pérdida de muchos y muy valiosos.

En justicia, reconozcamos que los hijos de la madre patria realizaron fecundas tareas en América. En libros de aquella época, que existen todavía, se hallan proyectos de armas de repetición y hasta una inequívoca indicación del teléfono. La primera prensa no llegó a las colonias inglesas de América hasta 1638. En todo el mundo tardaron en aparecer los periódicos, siendo el primero auténtico de que se tiene noticias, el que se publicó en Alemania en 1615, en Inglaterra data el decano de 1622, no habiendo tenido las colonias norteamericanas ninguno sino hasta 1704. "El Mercurio Volante", folleto que daba noticias, se publicaba en la ciudad de Méjico antes del año de 1693.

Nuestra época, siglo de luz, de avances y de retrocesos, se caracteriza por que derriba con la mano izquierda y construye con la derecha. La conflagración mundial que acabamos de presenciar, nos lo demuestra. En la actualidad hay mucho destruído, posiblemente una civilización está en escombros, debe de ser timbre de gloria para toda criatura humana, difundir por todos los medios a su alcance, lo sagrado de la obligación de unirnos todos; nos llama la obra de reconstrucción, presentándose alta y sola, intáctil y transparente en sus innumerables problemas, a cual más valiosos y complejos. ¿Qué nos toca reconstruir antes? Primero, entregarnos a la tarea superior de edificar para los guatemaltecos el monumento común de nuestra historia.

HE DICHO.

El socio J. Fernando Juárez Muñoz da respuesta al discurso anterior

Señoras y señores:

Un nuevo elemento, joven, entusiasta, lleno de inquietud, pleno de esa curiosidad que es gestora de innovaciones, llega hoy al seno de la Sociedad de Geografía e Historia, a ocupar un puesto distinguido, a la vera de unos compañeros que abren, más que las puertas materiales de la Institución, los brazos espirituales que ponen de par en par los sentimientos fraternos, listos a tenderle el puente de la comprensión y de la sinceridad, que lo conduzca al sitio en donde perdurará el socio que hoy ingresa: don Mariano López Mayorical.

Van aumentando nuestras filas. A despecho de todo, mantenida en el silencio, laborando como simple hormiga, la Sociedad ha vivido por bien ganados 23 años, en veces inadvertida, laborando con tesón por difundir en el mundo científico el conocimiento de nuestra historia, lo que es y lo que puede llegar a ser, esta bella Guatemala, única en la redondez de la tierra, y amada siempre por sus buenos hijos. Crecen las filas; y lo que es mejor, van llegando los jóvenes, los sucesores obligados de quienes vamos llegando al ocaso fatal de una lucha que en muchas ocasiones es pesada, cuando no es decepcionante. Son ellos los herederos de cuanto el porvenir de la patria exige de todos los guatemaltecos; el camino que nosotros anduvimos, ellos también lo cruzarán, con la sola diferencia de que nuestros sucesores llegan con el entusiasmo de quienes todavía no peinan canas y en sus corazones no han anidado los desengaños que nosotros saboreamos. Es así que les hacemos lugar; nos congratulamos de que vengan, que traigan el aporte de su preparación intelectual, de su energía para el trabajo, de sus puntos de vista para encarar los problemas del mañana. Una Sociedad científica como la nuestra, no es solamente guardiana del pasado histórico de la Nación; es y debe ser también, la buceadora que encuentre la verdad entre el montón de mistificaciones y leyendas que han rodeado la vida nacional, que han dado realidad a mitos revestidos de apariencias de certeza y que hagan que brote la luz de la verdad, entre tanta mentira, que hemos aceptado con ingenuidad bien manifiesta.

Tenemos confianza en que el señor López Mayorical ha de poner toda su capacidad intelectual y moral en beneficio de nuestra Sociedad, y desde ahora lo contamos como un nuevo soldado en la lucha por el progreso de Guatemala.

El tema escogido por el recipiendario tiene toda nuestra simpatía. Nos ha hablado del famoso convento de la Concepción en la bella ciudad que fuera la capital de Guatemala desde 1543 hasta 1773, en que la fuerza ciega de los terremotos la echó por tierra.

No creo decir una mentira si aseguro que la ciudad de la Antigua Guatemala es querida por todos los guatemaltecos y aun por cuantos extranjeros la visitan una vez. Es tan linda la silenciosa urbe, urna bendita de pasadas grandezas, de imborrables recuerdos. Encierra dentro de sus ruinosas calles tanta belleza; son sus derruídos edificios muestra patente de una cultura, que tuvo por moldes toda la gentileza y gallardía de la vieja España, la madre que nos diera lenguaje, religión y una pauta segura de progreso social.

Estoy seguro que vosotros que me oís habréis ido a la Antigua en romería gratísima, a solazaros en la contemplación de sus templos llenos del musgo de los años; y en cada campanario, en cada hornacina, en cada muro, vestidos con la pátina de los tiempos, habréis encontrado el sello de una época empapada de leyenda; y al lado de la bellísima doña Leonor, del audaz marqués de Talamanca, algún Hermano Pedro, santo milagroso, y un Padre Margil, evangelizador admirable; y visteis por las callejas solitarias los atorrantes que vivían de la caridad; y los mendicantes que vistiendo hábitos de colores diversos, iban recogiendo por la ciudad, en sus bolsones que nunca se llenaban, los mendrugos que sus vecinos mandaban a los conventos; y habréis oído, con los oídos del recuerdo, el tintinear de las esquilas que desde lo alto de las torres, llamaban a los fieles al rezo del rosario, como a la misa de la madrugada...

Sabemos que la ex capital del Reino, como se la llama sin razón ostensible, pero con el derecho de las cosas poéticas y legendarias, contenía un número bien crecido de conventos, ya de hombres, ya de mujeres. Bien pobladas estuvieron siempre estas casas de recogimiento. Acudían a ellos, especialmente a los de mujeres, muchachas que confundieron muchas veces, el llamado de la religión, la voz de Cristo, con la decepción y el desengaño, que las incitaba a alejarse del teatro de sus penas y de sus amarguras.

Hubo conventos para todas las escalas sociales. El dedicado a la reclusión de mujeres de la gente principal, dijéramos de la nobleza, si nosotros aceptáramos ese casillero, fué, sin duda alguna, el de la Concepción. En este grandioso edificio habitaron las jóvenes principales, y por de contado que no solamente era rico, sino que servido por un crecido número de criadas; ya sólo este dato nos dice que este convento gozaría de privilegios, puesto que permitía llevasen servidumbre las reclusas, no habituadas a servirse ellas mismas.

Los cronistas nos cuentan que este convento, objeto de predilecciones especiales por parte de las autoridades civiles y religiosas, tal vez por haber sido el primero para mujeres que se fundara en la ciudad, se le había distinguido con prerrogativas y concesiones y que su ingreso no era fácil a todas las fortunas, que la dote crecida no estaba al alcance sino de la gente acomodada.

Ya os habréis figurado cuánta muchacha bonita iría a encerrarse dentro de sus paredes altísimas, sin probabilidades de tornar a los saraos que en el suntuoso Palacio de los Capitanes Generales tenían lugar en días de fiesta solemne, ni a las procesiones de Santo Domingo, San Francisco, Capuchinas, Santa Clara, La Merced, y las grandiosas ceremonias de la Semana Santa, cuando las mujeres del gran mundo ostentaban su belleza, pero también su religioso recato, velándose con la tenue mantilla española en los Sagrarios,

en la Reseña, en la de la Pasión del Viernes Santo y al entierro del Cristo magnífico de los dominicos. Encerradas en sus conventos mirarían, que siempre los ojos de la mujer pueden ver aún a través de velos y celosías, a los habitantes de la ciudad, vestidos de fiesta, gozando en esas manifestaciones del espíritu, las más perdurables, las más profundas, quizá las mejores...

Ya habéis oído los sucintos detalles que el señor López Mayorical nos ha dado de los autos de profesión de algunas de las monjas concebidas. Ya os disteis cuenta, también, de lo concerniente a la famosa monja Sor Juana de Maldonado; de los documentos que nos cuenta le dan realidad y certeza.

Hasta hace pocos años la discusión en derredor de esta monja, se ha intensificado al grado de negarle existencia real y conceder que es una de tantas leyendas que formarán por muchos años, como la han tenido por siglos, el basamento de belleza que adornan a la maravillosa ciudad. ¿Qué haríamos sin esas inocentes mentiras? ¿Qué quedaría en el casco bruto de la ciudad, sin darle realidad a las figuraciones de poéticas fantasías? Os habéis dado cuenta que es grato oír contar de los milagros del Hermano Pedro, de las llagas sangrantes de algún estígmata, de los amores del caballero galante que esperaba a su dama al pie de la reja, expuesto a ser amonestado por las celosas rondas de alguaciles que velaban por el orden y la tranquilidad de los buenos vecinos. Una ciudad como la Antigua Guatemala no puede existir sin leyendas, constituyen su mejor adorno, y desde luego el atractivo máximo para grandes y chicos. Yo de mí sé deciros que mantengo en mi memoria muchísimos recuerdos de la vida de mi ciudad natal y que no quiero abrir mis ojos a la realidad escueta del documento, que llegue a quitarme la belleza de remembranzas que se pierden entre las nubes rosadas de la fantasía de muchos años...

¿Existió la monja poetisa Sor Juana de la Concepción, como nos cuenta el señor López Mayorical, o sea la hija del Oidor don Juan de Maldonado y Paz? Apenas si el mentiroso Padre Gage es el único que la menciona en su crónica de viajes. Los otros cronistas, los clásicos de nuestra historia, nada dicen de esta mujer, poetisa y monja por añadidura; y este silencio en quienes tienen derecho a ser oídos, presta cimiento a la negación: quiénes dicen que no hubo tal poetisa, otros rechazan en lo absoluto su existencia. Los primeros preguntan: si fué visitada por las musas, ¿en dónde está su producción?; los segundos dicen: en los libros de profesiones del célebre convento de la Concepción, no aparece el nombre de Sor Juana de Maldonado. Sin embargo, ya oísteis al señor López Mayorical asegurar con copias de documentos, que la tal monja que en el mundo se llamó Juana de Maldonado, en el convento adoptó el nombre de Juana de la Concepción, y nos hace el recuento de fechas y nos copia trozos de actas que concuerdan en detalles formales, para poner en evidencia que la susodicha monja sí existió con el nombre de Sor Juana de la Concepción. Y para remachar los conceptos, nos cuenta que en opinión del bibliógrafo Fray Antonio Arochena, autor de un estudio sobre literatos de nuestro país, Sor Juana fué autora de versos magníficos. Ya veis, señoras y señores, cómo no es posible negar en lo absoluto, como tampoco lo debe ser el aceptar versiones que pueden ser aún discutibles. Es preciso investigar, se impone la espera de mejores y más concluyentes documentos para inclinarse al uno o al otro lado.

Bien quiero volver a las leyendas de mi tierra. La Antigua Guatemala no puede ser comparada a la incendiada Pompeya, apretada de ceniza y de lava; allá no hay otra poesía que la que aún germina en las faldas del Vesubio, grandiosa, sin duda, severa ante la majestad de las fuerzas plutónicas, pero ajena del todo al sentimiento poético y a la fantasía sublimada por tantos y tantos sucesos que naciendo en la mente, allí se quedan quietos para solaz de las almas y encanto de los futuros siglos. ¿Qué haríamos, vuelvo a decir, de la Antigua Guatemala sin sus leyendas, sin sus caballeros galantes, sin sus mujeres lindísimas, sin sus saraos, sin sus tertulias, sin sus salones propicios a la murmuración y a la intriga, sin todo aquello que vive perdurable, porque está encarnado en la tradición que vuela de generación a generación? Sus ruinas, el mejor conjunto que existe en América de propio y definido estilo arquitectónico, causan la admiración del viajero y el orgullo de nosotros sus hijos, que estimamos en todo cuanto vale esta joya de la Colonia. Los que nacimos allá, los que crecimos y nos formamos contemplando sus templos caídos, sus cúpulas rotas, sus milagros, sus tradiciones, sus espantos, no concebimos una Antigua modernizada. Dejadme a mi Antigua con su "llorona", con sus "compadres incestuosos", con su "tatuana", con sus brujas y con sus trasgos y maleficios en donde el Santo Oficio debe haber metido sus manos; dejádmela con la posibilidad de sus tesoros enterrados, que yo conozco a quienes en mis tiempos mozos, se hicieron ricos hallándose unas tamañas botijas llenitas de macacos de oro y plata y hermosas peluconas de la Madre España.

▬ ▬ ▬

Señor López Mayorical: habéis entrado a nuestra Sociedad más que por las puertas materiales de nuestro edificio, por las espirituales de nuestro afecto y nuestra simpatía: estáis en vuestra casa, la que desde hoy deberéis ver como vuestra, porque vuestro es nuestro aprecio y la fraternidad con que os abrimos nuestros brazos.

Octubre de 1946.

Dolores Bedoya de Molina, "heroína de nuestras libertades", esposa modelo y madre ejemplar

Discurso pronunciado por la señorita ALBERTINA GALVEZ G., en la Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala, el 13 de septiembre de 1946, al ser recibida como socia activa.

Honorable Junta Directiva;

Señoras;

Señores:

Profundamente agradecida y halagada en lo más íntimo de mi corazón por vuestra singular deferencia, al prodigarme el inmerecido honor de ser aceptada en el seno de vuestra augusta Institución, en calidad de socia activa, a pesar de mis escasos méritos, vengo hoy gustosa a cumplir con uno de los requisitos de la admisión, a revivir en esta fecha gloriosa para los guatemaltecos, la meritísima labor de una insigne mujer guatemalteca: doña María Dolores Bedoya de Molina, que en la lucha cívica por nuestra emancipación política alcanzara el bien merecido título de *prócer.* Lamento, eso sí, no poderos ofrecer hoy una biografía completa, a cuya labor pienso dedicar más tarde todo el tiempo posible, con el acopio de la valiosa documentación existente en los archivos familiares, que han sabido guardar, a través de una centuria, preciosas joyas bibliográficas de su ilustre antecesora.

Ya esta noble Institución, en su constante afán de justicia hacia la exaltación de los valores patrios, rindióle solemne homenaje público, en unión del Ministerio de Instrucción Pública, el catorce de septiembre de 1935, fundando una escuela que lleva su ilustre nombre y colocando una placa conmemorativa en la casa número 5 de la 11 avenida sur, que fuera la de su habitación, la que con la consiguiente leyenda recuerda su memoria:

"A LA MEMORIA DE DOÑA DOLORES BEDOYA DE MOLINA, INSIGNE GUATEMALTECA QUE COOPERÓ EFICAZMENTE A LA PROCLAMACIÓN DE LA INDEPENDENCIA NACIONAL"

Pero no sólo por sus elevadas virtudes cívicas merece nuestra biografiada ocupar un puesto en las páginas gloriosas de la historia patria. Se aúnan a éstas las de haber sido una esposa modelo y una madre ejemplar, estructura moral en que está forjada el alma de la mujer guatemalteca.

El corazón agradecido de la mujer de Guatemala se inclina reverente ante el ejemplo augusto de este delicado espíritu femenino, cuya tradición gloriosa, la de su patriotismo y la de su feminidad pura, la escudan en esta hora solemne de los destinos patrios, al triunfo de sus más caros derechos ciudadanos.

A despecho de los que erróneamente han creído que la lucha de la mujer en el campo cívico desvirtúa su feminidad, aquí tenéis un ejemplo vivo de esta insigne mujer de Guatemala, que supo vivir, no sólo para la Patria, sino también para su hogar, hace la friolera de un siglo, cuando el ambiente colonial era estrecho y sombrío.

En los amaneceres del siglo XIX

La acción de la mujer guatemalteca, como las otras del Continente americano, en las distintas esferas de la vida humana, pasaba enteramente inadvertida. Su actitud en el hogar y en la sociedad, considerábase como una cosa común: se conducía con sencillez, pero con talento. La recia censura colonial la mantenía alejada de la vida pública. Raras veces asistía a los actos del procomún y su posición en los sociales era de todo punto severa. Su entretenimiento habitual lo constituían los quehaceres domésticos y los ritos de la Iglesia Católica; su ilustración era escasa, apenas sabía leer y escribir en el Catón Cristiano y las cuatro reglas de la aritmética; pocas se dedicaban a las bellas artes y muy raras cultivaban la literatura. Se les negaban los textos ilustrativos "porque desvirtuaban su feminidad". Destituída del pensamiento y de la acción, sólo debía llevar con paciencia la cruz del matrimonio, doblemente satisfecha de la elevada misión que Dios le había encomendado, educaba a sus hijos cristianamente y respetaba a su esposo como un ser superior. Su orgullo consistía en ser una perfecta ama de casa: él era la cabeza y ella el corazón —ha dicho un escritor de la época—: el hombre era el cálculo y el esfuerzo; la mujer, el sentimiento, la abnegación y el consuelo. También era la gracia...

Nuestras mujeres —muchas de ellas dedicadas al servicio del Señor, en el seno conventual— no soñaban nunca con los derechos políticos, ni en el deseo de desempeñar funciones públicas, ni mucho menos en disputar a los hombres su recia envergadura. Los supremos derechos alcanzados por el hombre en los postulados de la Revolución Francesa, que como un bálsamo divino suavizó las conciencias de los oprimidos, no fueron nunca atributo de nuestras mujeres, a pesar de que éstas ya habían dado ejemplos de astucia, de valor, de abnegación y de patriotismo.

La esposa modelo y la madre ejemplar

> "La mujer es el más precioso de los seres de la naturaleza para el hombre: es su amante, es su mejor amiga, es su madre, es su hermana, es la mitad más preciosa de su especie. Si las mujeres supieran apreciarse por lo que valen, sin demasiado orgullo, que hace desmerecer, con la modestia, que hace realzar sus cualidades, la sociedad adquiriría el esplendor más notable. La reunión del entendimiento y la bondad del corazón es más fácil en la mujer que en el hombre; y ¿qué ventajas no se podría sacar de ellas?"

Conceptuosas las frases dedicadas a la mujer en el "Loco" por el gran patricio Dr. Pedro Molina, protomédico del reino, periodista de grandes quilates, amante sobre todo de la libertad y de la justicia, quien desde el 24 de julio de

1820, aprovechando la promulgación de las leyes libertarias decretadas por las Cortes de Cádiz en 1812, que promovieran la libre expresión en las provincias americanas sometidas entonces a la dominación española, levantara la antorcha del periodismo independiente, para iluminar las conciencias de los centroamericanos, instándolos a luchar por la emancipación política de estos territorios.

El doctor Molina gozaba, para suerte suya, de una dulce e inteligente compañera de hogar, desde el 9 de febrero de 1804, en que a las siete horas y cuarenta y cinco minutos de la noche, en nuestra Santa Iglesia Catedral Metropolitana, después de los consabidos trámites legales ante la Curia Eclesiástica, basados en los autos matrimoniales que prescribe el Santo Concilio de Trento y ante el juramento sagrado de sus amigos don Juan José Saravia, don Ildefonso Aragón y don José Sánchez, el reverendo cura párroco del Sagrario, Mariano Izaguirre, por comisión especial que le había conferido el ilustre canónigo Antonio Larrazábal, fuera desposado, por poder, representado por su apoderado don Joaquín Calvo, actuando como padrinos sus parientes políticos don Juan Miguel Izaguirre y doña Ana Jacoba Bedoya. Esa dilecta compañera era doña María Dolores Bedoya.

Un año antes, en 1803, don Pedro, que acababa de obtener con merecidos lauros su investidura de Doctor en Medicina, había tenido que partir para Granada, en la república actual de Nicaragua, con el cargo de cirujano del Batallón de Línea. Los padres de la novia, meritísimos como los que más, don Pedro José Bedoya y doña Manuela Antonia González de Bedoya, conocedores de las elevadas prendas que atesoraba el doctor Molina, no dudaron en dar su asentimiento para que su hija María Dolores contrajera nupcias por poder. Un matrimonio de esta índole, en aquellos tiempos, era cosa excepcional y no faltaron las críticas más o menos veladas sobre este acontecimiento. Don Pedro José partió hacia Granada a entregar al doctor Molina la joya más preciada de su hogar.

Compañera ideal fué para Molina, María Dolores Antonia de San Mateo, consignada así en su partida de bautismo, que dice: "Hija lexitima de don Pedro Bedoya y de doña Manuela Antonia González; fué su Padrino don Felipe Benites y Gemmir; bautizada el día 27 de septiembre del año de 1783 por Fr. Manuel Montes de Oca del Orden del Seraphico Padre Sn. Franco. de licencia Parrochi; hizo los Exorcismos puso Oleo y Crisma y Bautizó solemnemente a la infanta que el día veinte nació". Doña María Dolores, a más de su elegante prestancia física, gozaba de excelentes maneras, de rara y exquisita inteligencia, de nobles sentimientos y de una entereza de carácter puesta a prueba, supo arraigar, desde luego, y de modo profundo, en el no menos noble corazón de su dichoso compañero, que sufría desde su tierna infancia del desamparo familiar.

Los seis primeros años de unión matrimonial los vivieron ambos esposos en la histórica y apacible ciudad de Granada, rodeados y amparados por la felicidad y en ella nacieron sus primeros hijos. Allí cosecharon profundos afectos, imborrables en sus corazones. Ya en artículo de muerte, las mejores frases de cariño y de recuerdo fueron para el bello país nicaragüense, que les había dado abrigo y consuelo.

En carta de doña María Dolores para su hijo Luis, que se hallaba en Chinandega, en 1854, le dice: "... Si no fuera por esta enfermedad que me

hace temblar, tendría mil ilusiones de que conocieras ese país, de gente franca y hospitalaria. La gente de ese país tiene cualidades particulares que me gustaron mucho y que dejaron y dejarán en mi memoria cariñosa gratitud..."

Doña María Dolores supo llevar con decoro e inteligencia, al lado de su esposo, los elevados puestos públicos que la patria confiara al doctor Molina. Y así fué también la alentadora suya en la hora amarga de las decepciones y en las adversidades. Ella saboreó también al lado del compañero, lo duro del pan del ostracismo. Fué, pues, una digna compañera de ese fino espíritu, cuya vida ejemplar estuvo siempre al servicio de la patria y de su hogar.

"Mi Loló: tus palabras y bellas cualidades enlazadas en mi martirio, han alegrado mi existencia", decíale en una de sus cartas cariñosas y amables; y en otra, consolándole de sus quejas: "Tú, así como yo, sufres, como el yunque los repetidos golpes del martillo de la desgracia". "Tú me dices que no sabes cómo no te has vuelto loca y yo te digo que si todos pensáramos asi, ya nos hubiéramos muerto."

Y cuando ésta volvía a quejarse amargamente de su pobreza y demás sinsabores, él, conociendo los sentimientos íntimos suyos, la confortaba: "Ten paciencia, mi infeliz esposa. Ese es el único beneficio de los males de tu desgraciado Pedro...".

"Dispón como siempre del corazón de tu Pedro" era la constante frase amorosa que le dirigía. Orgullosa del cariño de éste, seguía sus amables consejos en la lucha por la vida: "No temas Pedro por mí, ni por los nuestros; yo procuraré salir avante". Y cuando él lo necesitó, con inteligencia supo marcarle un alto en las avanzadas políticas que ella creía inconvenientes. En contestación a una casi orden suya, él le dice: "Mi amada Lola: he escrito como tú me dices una nota despidiéndome de la Asamblea y también al público, la relación de mis litigios". La carta tiene fecha 3 de noviembre de 1824, época en que se emitía la Constitución Federal, fungiendo el doctor Molina como miembro provisorio del Poder Ejecutivo.

Supo también defender doña Maria Dolores, con energía, sus caros derechos y los de su esposo. En 1848 se dirigió al juez primero de primera instancia de esta capital, solicitando primeramente en forma verbal y después por escrito, que hizo también del conocimiento público, la libertad del doctor Molina, detenido por motivos políticos en el castillo de San José. Oigamos lo que dice: "Sr. Juez 1º de 1ª Instancia.—Maria Dolores Bedoya de Molina ante U. con el debido respeto espongo: que a las cuatro de la tarde del día de hoy, se presentó en la casa de mi habitación un oficial, a la cabeza de una partida de tropa, el cual preguntó por mi marido el Dr. D. Pedro Molina, y dicho oficial intimó de orden del comandante D. Antonio Palomo Valdes, que se diera por preso: como mi marido repusiese que se le exhibiera la orden, contestó el ejecutor que la orden era verbal: e incontinenti se lo llevó preso para el castillo que se dice de San José.—Es muy digno de notarse, Sr. Juez, que en la perpetración de este atentado se ha cometido, tanto por el autor de la orden arbitraria como por los ejecutores de ella, un doble crimen: 1o., en dar orden verbal para la captura de un ciudadano pacífico, violando de esta manera la constitución y la ley de garantías; y 2o. llevando al Dr. Molina al castillo, se ha infringido el artículo de la constitución que previene que a ninguno se puede poner preso sino en las cárceles creadas por la ley.

El castillo no es cárcel establecida por la ley: así es que en ese concepto se ha cometido un doble atentado contra las garantías individuales.—Por tanto: a U. Sr. Juez ruego sea muy servido de librar en el acto el auto de exhibición correspondiente, a efecto de que sea restituído el Dr. D. Pedro Molina al pleno goce de los derechos que por las leyes le competen; y hacer comparecer ante ese Tribunal al comandante D. A. Palomo Valdes para que de cuenta de este arbitrario procedimiento.—Es justicia que pido jurando lo necesario.—Guatemala, mayo 10 de 1848.—*Dolores Bedoya*".

Naturalmente, se obtuvo el fin que se perseguía. El doctor Molina fué puesto en libertad, aunque se continuó hostilizándole por estar catalogado como enemigo peligroso para el régimen imperante desde el 13 de abril de 1839, fecha en que comenzó el martirologio de la familia Molina Bedoya.

Encontrándose en el exilio el doctor Molina, doña María Dolores se vió obligada por las ingentes necesidades que atravesaba su familia, a pedir del Supremo Gobierno, en 1842, la cancelación de una deuda que el Estado tenía pendiente con su marido. No resistimos al deseo de copiar esta petición, que la retrata de cuerpo entero:

"María Dolores Bedoya, mujer legítima de don Pedro Molina, ante el Supremo Gobierno, con el más profundo respeto, hago presente: que al referido Molina se adeudan ochocientos noventa y ocho pesos cuatro reales de sueldos que devengó como presidente de la extinguida Academia de Estudios, según consta de la certificación del Tesorero en aquel establecimiento, que debidamente acompaño.—Parece que la notoriedad de los sucesos que motivaron la voluntaria emigración de Molina, y el estado igualmente notorio, en que quedó su familia, deberían excusarme el enojoso compromiso de revelar la tristeza de mi situación.—Parece también que cuando una mujer, arrastrando los sentimientos del orgullo, y desoyendo las inspiraciones de su propio carácter olvida hasta cierto punto el decoro y la dignidad de su sexo, y se somete, acaso por la primera vez a la acerba necesidad de pedir por gracia lo que se le debiera acordar por un acto de rigurosa justicia, mil sinsabores y mil sacrificios han precedido ya a la adoptación de un medio tan amargo como repugnante a los principios de una educación regular y decente.—Pero si estas consideraciones, que ofrecen por sí solo el hecho de mirar a una mujer a las puertas de la autoridad pública, en demanda de una corta suma de dinero para socorrer a su numerosa familia, produjesen el convencimiento necesario de su desgracia y desnudez, yo no me vería hoy en el conflicto de apurar hasta las heces el cáliz de amargura que a despecho de muchos esfuerzos no puedo apartar de mis labios.—Señor Presidente: Ud. sabe muy bien que mi marido no posee otro caudal que su profesión: Ud. sabe que mi marido, celebrado en otro tiempo por su patriotismo y desinterés, no sacó fruto alguno de los diversos destinos en que se viera colocado: y acaso por efecto de esas cualidades que hoy se le niegan, no ha podido hacer una fortuna, que lo pusiese a cubiertas de las necesidades, que en la actualidad aquejan a su familia.—Ud. sabe que una mujer en Guatemala no puede adquirir su subsistencia personal. ¿Podrá Ud. dudar que tampoco encuentra arbitrios para alimentar a sus hijos? —Pues bien, si nada de esto puede ni debe ignorar el Señor Presidente del Estado, todavía le resta saber: que antes de venir

a importunar su alta atención, he vendido y empeñado las pocas alhajas que conservaba, enajenándolas todas acaso por la cuarta parte de su importe. Este ha sido un sacrificio costoso; por si aun me quedasen otras prendas que malbaratar, yo protesto al Señor Presidente que me habría prohibido ocurrir a su notoria justificación, sin haber procurado buscar por medio de ellas un pedazo de pan que mitigase el hambre de mis hijos.—Conozco Señor Presidente el estado en que se hallan los fondos públicos: tengo noticia de la escasez que sufre el Tesoro: que ya no puede guardar por más tiempo el silencio que impone estas consideraciones.—Importunada todo el día con las exigencias de mi familia, consternada en mirar mis miserias y la desnudez y la horfandad en que se halla, condolida al contemplar la suerte de unos infelices que sin otro crimen que el de la propia inocencia, parecen condenados a sufrir las consecuencias del hecho inculpable de ser hijos de Molina; no puedo ya permanecer impasible en medio de tanta desolación y tristeza.—La casa que habito está próxima a desplomarse; y aunque morir bajo sus ruínas sería acaso morir con menos tormento que el que nos ofrece una vida llena de sinsabores y de amargura, yo no puedo ni debo envolver en mi desgracia a la familia que está a mi cargo. La obligación de sostenerla y de alimentarla es sagrada.—El amor maternal es el primero que reclama su cumplimiento. ¿Podrá una madre resistir a la fuerza de una reclamación semejante? ¿Podrá desoir un clamor cuotidiano que traspasara su corazón? ¿No debe cesar sino con el aniquilamiento de las víctimas de tan inmerecido infortunio? —Señor Presidente ésta es mi situación. Un débil velo la cubría. Yo lo he descorrido ya si este acto de mortificación era necesario para disculpar la importunidad de mi demanda: ya está consumada. El ha de acreditar al Señor Presidente la exactitud con que vuelvo a asegurarle que si en toda la extensión del pensamiento me ocurriere un sólo arbitrio que pudiera libertarme de la imperiosa necesidad que me arrastra a su presencia, no vacilaría un momento en adoptarlo bajo ese firme y repetido concepto.—Suplico al Señor Presidente se sirva remediar las ingencias que me aquejan y con un acto de rigurosa justicia satisfacer las inspiraciones de su característica generosidad, previniendo a la Tesorería el pago de la suma que se adeuda al Doctor Molina, que con tanta razón demanda de los fondos de la misma Tesorería que son responsables en mayor cantidad a las arcas de la extinguida Academia de Estudios, en cuyo obsequio puso mi marido los servicios cuya indemnización solicito.—Guatemala, Julio 19 de 1842.—*María Dolores Bedoya.*"

Y cuando don Pedro luchaba ya en sus últimos días en el seno de la Sociedad de Medicina, a partir del año de 1848, que se había puesto en pugna con el Partido conservador entonces imperante, atacándole públicamente desde el órgano de publicidad de aquella institución, doña María Dolores, previendo el peligro, puso fin a la penosa controversia. En carta dirigida a uno de sus hijos se lo relata: "...En medio de estos cuidados, se le antojó a tu padre contestar un papel de la Revista y por ésto y por haber salido un papel de Lorenzo Montúfar, se alarmaron y llamaron a tu padre, pero él se calló esto. Fué el sábado; el domingo fuí donde la Leona, y Solares me preguntó para qué le habían llamado. Le contesté que no sabía: pero él insistió diciéndome que él propio había mandado al portero, agregando que Carrera estaba bravo.

De vuelta le dije a Dolores, le preguntara a tu padre, el cual negó al principio, pero al fin confesó era cierto... Un hijo enfermo, Vicente caminando, Ramón se había ido el Sábado y tu padre otra vez en el combate... atribulada, sola estaba frenética, me descompuse... pero, todo va calmando: él ha ofrecido no escribir, se suspenderán las secciones de la Sociedad médica y, por supuesto el mensual; pero queda otro nuevo periódico y esta es mi desconfianza. El partido servil insulta atrevidamente es injusto y mentiroso, y, es preciso no hablar..."

Durante los penosos días del exilio, ambos estuvieron en constante comunicación, usando de la estratagema de escribirse con nombres supuestos, para no ser descubiertos. El doctor escribió muchas veces consignándola a ella como María *Dardón*; y ella le llamaba Vicente, Juan, etcétera.

En 1839, en carta escrita para don Pedro, a San Salvador, le cuenta: "...las cosas cada día me disgustan más; en un año encuentro variación por no haber hecho nada, es una alternativa hacer o que le hagan, estamos en el segundo caso, los serviles unidos a la burocracia y de quienes se compone ésta de los hombres más desmoralizados. Vidaurre está glorioso y la Municipalidad sostiene el decreto de elecciones directas, maldita derrota particularmente éste y el de amnistía; primero me hubieran cortado la mano que firmarles..." En otra misiva le decía: "...se ha mentido mucho, pero enmedio de todo hay un gran plan de los serviles semejante al de la vez de marras, como el de la Villanueva; un doble plan de esos serviles, que lo sacrifican todo a sangre fría por su bien exclusivo, los liberales serían más que bobos si volvieran a servir de carnaza como sirvieron entonces. Ya digo no más pecar..." Prosigue en otra: "...en mi carta anterior te hablé largamente de muchas cosas políticas de la campaña..."

La actividad de doña María Dolores no conocía límites. Achacosa y enferma se enfrentó al trabajo material para ayudar a su compañero cuando éste llegó a la edad de la vejez, pobre y enfermo, en la única forma decente en que una mujer de su alta calidad podía efectuarlo. Ella también sufría las consecuencias de la política.

En Antigua Guatemala, en la casa conocida por la del Padre Joaquín Rivera, situada en la primera cuadra que va de la Plaza Mayor para el Arco de Santa Catarina e Iglesia de la Merced, donde vivía su hija Concepción de Irungaray y sus pequeños nietos, que fuera después propiedad de su descendiente Vicente Aceña Irungaray y ocupada en la actualidad por el almacén de don José Trócoli, que tiene el número cuatro de la cuarta calle poniente y quinta avenida sur, la señora de Molina emprendió un negocio de géneros, contando con la ayuda de sus hijos Concepción y Ramón, perseguidos también por la política. Doña Dolores enseñaba a sus nietos el amor al trabajo. Preocupada por que a la mayor de ellas, Corina, no le gustaba el trabajo, escribió a su hijo Felipe, a la sazón en Washington, lo siguiente: "...ella no tiene genio. No lo tendrá, pero talvez le será útil en el curso de su vida. ¿Qué sabemos?" Y también se ocupaba, en la misma carta, del porvenir de las mujeres en general, diciéndole: "...Conque las mujeres reclamaran sus derechos y votos, considerándolas, no se burlara de lo que ellas podrían hacer. No hay duda que tiene igual organización y las mismas facultades: pero desde

que el mundo es mundo, ellas han estado sometidas al hombre. A mí me parece que la fuerza es su ventaja y lo mismo sucede en los animales: el gallo que canta, tiene la potencia, también los hombres la tienen: esta es otra ventaja del hombre y ellas dos son grandes. Hay algunos que carecen aún de las dos y sinembargo son superiores a las mujeres. Yo me alegraría que no las excluyeran de las Ciencias; que pudieran manejar sus intereses sin necesidad de tutor: que pudieran ver sus negocios y que la ley no las deprima..."

Y tal como lo pensara la ilustre abuela, el negocio más tarde, en manos propias de la nieta, llegó a ser el sostén de numerosa familia.

En esta ardua lucha se quejaba doña María Dolores de la falta de memoria, de su ceguera, de su vejez y de su cansancio. En una palabra decía: "...no sirvo para nada, pero es preciso hacer la diligencia..."

En vista de los malos negocios por los que atravesaba el comercio en esos días, ella escribió a los suyos: "...yo tuve lisonjeras esperanzas, pero se desvanecieron. No me ha quedado más que mi cabeza fecunda para formar castillos en el aire y forjarme quiméricas esperanzas, con lo cual me entretengo..."

Llegaba ya a las puertas de la muerte. Un tumor canceroso desde hacía veinte años, le carcomía sus entrañas. Atendida por sus hijos en el seno del que fuera su hogar familiar, donde vivían don Ramón y doña Leona, que cuidaban de don Pedro y bajo la asistencia facultativa del doctor José Luna y de su hijo Luis, auxiliada con los Santos Sacramentos, cerró los ojos para siempre, en medio de suspiros por los hijos ausentes, el 9 de julio de 1855, cuando las tropas hondureñas invadían el territorio de Guatemala y la ciudad entraba en estado de sitio. Los funerales lleváronse a cabo dentro del mayor silencio que consecuentemente imponía el momento de zozobra por que se atravesaba. Sus venerados despojos recibieron acogida en el cementerio de San Juan de Dios. Acababa de pasar los 70 años. Un año más tarde la seguía su fiel compañero, quien ya no pudo soportar su soledad y quien a los 45 años de matrimonio todavía le llamaba sombra de "sus ojos". "Adiós, sombra de mis ojos. Anima que con tu amor animas el corazón de tu esposo que te adora", y quien llevado de su justísimo dolor transmitió al hijo ausente la fatal noticia en los siguientes términos: "Mi muy amado hijo Felipe: Marchito mi corazón por un grave pesar; no obstante tomo la pluma para acompañarte en la parte que tienes en él. Después de cincuenta años de casado con la mujer que más he amado en el mundo, hoy me hallo viudo y tú estás huérfano de una madre que te amaba y te apreciaba; pero ¿qué hemos de hacer, hijo mío, ante la fatalidad? Tu madre murió rodeada de toda su familia, deseando ella misma descansar de sus dolores, resultantes de una enfermedad incurable en cualquier otro individuo, y ella tenía ya sesenta y ocho años, lo menos, de edad y cerca de veinte de padecer... Yo te doy las gracias más sinceras por los cuidados que tomas por amor a tu pobre viejo que ya apenas te puede escribir..." Felipe contestóle: "...la sentida carta de Usted ha venido a aumentar si es posible el pesar que ya tenía con la desgracia que lloramos. Mi corazón se oprime de dolor cuando considero que la Providencia Divina no ha querido conceder una muerte más descansada a la mejor de las madres y esposas. Concibo cual debe ser el desconsuelo de Usted,

mi amado padre por la pérdida de una esposa que fué objeto de su constante amor y partícipe de sus penas y placeres durante medio siglo. Pueda el recuerdo de mejores días y el afecto de las prendas que le deja, sostenerlo a Usted en su aflicción..." Y en otra prosigue el hijo comprensivo y cariñoso: "...las desgracias llueven sobre sus venerables canas, como si el Cielo se complaciese a someter a las pruebas más duras las virtudes de mi anciano y carísimo padre; y como podrá usted resistir a éste, el más cruel de todos los golpes, deshonrado por unos, abandonado por otros en la hora de la tribulación, ninguno de los hijos a quienes les ha dado el ser, están a su lado para acompañarlo en su dolor..."

Don Pedro desapareció del escenario de la vida el 21 de septiembre de 1855. Su espíritu selecto iba a juntarse con el de su no menos esclarecida compañera, en el seno de los justos. Sus restos mortales fueron a descansar al lado de los de la amada compañera. Ni allá gozaron de paz, porque fueron dispersados en los terremotos de 1917-1918.

- - -

Seis hijos fueron el fruto sagrado de este matrimonio modelo. Pedro, fallecido en sus primeros años. Ramón, casado con la ilustre doña Leona Flores, quien también influyera en la política militante; Luis, protomédico de la Corte del Rey; Felipe, abogado y diplomático distinguido, que le diera renombre en el extranjero a nuestra amada patria; Manuel Angel, teniente coronel, muerto trágicamente en plena juventud, en 1842; y Dolores Concepción, casada con Manuel Vicente Irungaray, que fuera también como otro de sus amados hijos.

Doña María Dolores Bedoya supo educar a sus hijos en primer lugar, en el honesto servicio de la patria, procurando hacer de ellos ciudadanos probos y honrados. Preocupada por la educación de los mismos, se separó de ellos en temprana edad. A los trece años envió a Estados Unidos a su hijo Felipe, quien recibiera la mejor educación, recomendado a la tutela del ilustre José Simeón Cañas, el libertador de la esclavitud en Centroamérica. Permaneció allá diez años, regresando al cabo de ellos a su patria, pleno de instrucción y apasionado por el porvenir de la patria. Formóse una reputación digna de sus padres, desempeñando los más elevados puestos diplomáticos en el extranjero. Fué enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de los Estados Unidos en varias de las Cortes europeas. Y fué también el consuelo y sostén de sus amorosos padres en sus adversidades. No pudo soportar la muerte de ellos. Falleció en plena juventud, el 1º de febrero de 1855, a los cuarenta y tres años de edad, dejando un hondo vacío en la sociedad, en la patria y en su numerosa familia, que gozaron de sus inmensas virtudes cívicas.

He aquí cumplidas las predicciones de su ilustre progenitor, que en carta escrita a la esposa ausente le decía estas verdades amargas. Era en 1845: "...un poco más de medio siglo y nuestra generación habrá concluído después de haber tolerado los trabajos de la vida". Doña María Dolores confió siempre en la generosidad de su hijo Felipe: "...Dentro de poco tendrás a Luis y en él tendrás un tierno y cariñoso hermano y un amigo adicto y fiel;

tengo vanidad en que lo conozcas y estoy segura que tú la tendrás. El no tiene conocimiento de los idiomas, pero lo adquirirá muy pronto; a tu lado espero que no te deslucirá. En mi anterior, te lo entregué. Serás para él un padre y llenarás mi lugar. El ha sido mi consuelo, mi apoyo y todo. Tiemblo al considerar que se aleja de mí. Se me hizo ilusión. Se me hará paciencia. Yo por su bien, quiero que se vaya, que se aleje de mis últimos días, por razones, por conveniencias, y me duele en el alma que Vicente esté incluído. La desgracia nos ha conducido, no la razón, sino el talento. Yo tuve otras esperanzas..." En otra carta le dice: "...Carísimo hijo: hace ocho días que está aquí tu retrato... yo he tenido mil sensaciones; me interroga, me fascina, me ha hecho llorar: quince años de no verte y la certidumbre de no volverte a ver es más que demasiada... no sé explicar; siento mucho..." Y en otra: ..."recibí tu grata de Wáshington, fechada el 2 de febrero, la que me ha causado mucho gusto saber que estás bueno y divertido. Considero estas diversiones bajo muchos aspectos y como no es posible que ellas no tengan mil cosas que te desagraden, y esta posición es mil veces mejor que la apatía de nuestro país, yo me complazco por ti...; sé feliz, hijo mío..."

A su adorada hija Dolores Concepción le prodigaba su maternal bendición en las bellas y conceptuosas frases siguientes: "...Querida hija: Dios te dé acierto en tus responsabilidades; te bendigo ya que no puedo hacer otra cosa. Tienes los deberes de madre, llénalos y cuenta con tu madre; siempre mis brazos estarán abiertos para ti y tus hijos..."

Sus hijos supieron absorber la sutileza espiritual de la madre, dando ejemplo a sus descendientes de tan preciado don, así como de la entereza de carácter y amor profundo a la patria que aquélla les supo inculcar. En el rico caudal de su patriotismo, adquirido por herencia, supieron sobrellevar también, sin reclamos y con estoicismo, los reveses de la fortuna.

Falló —como tenía que ser— un presentimiento del doctor Molina, cuando quizá por modestia decía a la amada consorte en párrafos íntimos: "...siempre tengo presente un presentimiento de mi juventud: no quería casarme por no procrear individuos infelices, como yo lo era. El amor y la naturaleza triunfaron de este presentimiento..." Y así tenía que ser —decíamos— porque el mismo ilustre hombre, en sus solitarias cavilaciones, debió sentirse convencido que su descendencia tendría que ser eminente.

La patriota ilustre

Como digna compañera de ese gran patricio que se llamó Pedro Molina, doña María Dolores había seguido muy de cerca los altos ideales que embargaban la mente de su consorte: libertar a la patria del yugo español. Además, toda su familia y amigos íntimos se encontraban embriagados por la noble causa. Dos de sus hermanos mayores, Mariano y Cayetano, luchaban muy de cerca por el grandioso anhelo: don Mariano, uno de los conjurados de Belén, había sido castigado cruelmente, al lado de los patriotas; y doña María Dolores, primero, en compañía de sus hermanos don Francisco, doña Josefa y doña Gabriela, solicitaron que se pusiera en libertad, bajo fianza, a su referido hermano. Resultado negativo tuvo la petición. Entonces, la ilustre patriota, previo consentimiento de su señor esposo, se dirigió al Capitán

General Bustamante y Guerra, que veía a los Bedoya como sus peores enemigos. Con los siguientes argumentos, fechados el 9 de agosto de 1815, pidió la libertad del prisionero: "Excmo. Sr: Da. Mª Dolores Bedoya, hermana de Don Mariano, preso en la Real Cárcel de Corte, por atribuirle conocimiento o noticia de las conversaciones de Belén, previo el consentimiento de mi marido y con el respeto debido, ante V. E. digo: que presentamos a V. E. el cinco del corriente un escrito en el que hacíamos ver los hermanos del expresado Dn. Mariano la ninguna conexión, ni parte que ha tenido en las enunciadas conversaciones, suplicando a V. E. que atendidas las circunstancias de su causa y lo mucho que ha padecido en la prisión, se dignase concederle la excarcelación bajo de fianza: y habiendo V. E. decretado que no ha lugar a la solicitud, por estar pendiente la causa de la voluntad de S. M., hago presente a V. E., con la permisión que debo, que quedando libre mi hermano bajo de fianza, no por eso se le exime de estar a las resultas o sentencia que se dé a su causa, especialmente quando con respecto a su persona esperamos de la justificación y bondad del Soberano, su absoluta libertad. Así nos lo persuade el contenido de la Rl. Orden del 1º de junio del año próximo pasado, cuyo favor imploro ahora p/a mis hermanos, en que S. M. declara estar persuadido de que los que no han tratado de perturbar el orden público y Constitución fundamental del Reyno, *no deben ser tratados como delinquentes, de quienes exije el orden y administración de justicia, que sean hechados a las cárceles y perseguidos como reos.* Porque mi hermano está en ese caso, pr. que se le acusa, y se le ha querido acriminar maliciosamente, y nada se le ha probado, según manifestamos en nuestra anterior representación. En cuyo apoyo, suplico a V. E. se digne tener en consideración que mi hermano ha servido al Rey, Nuestro Señor, más de catorce años, es decir, que en aquel tiempo, que es el mejor de la pubertad, para afianzarse un hombre su modo de vivir, lo ha pasado en las Rentas.—Por otra parte, también suplico a V. E. considerar que mi expresado hermano es el único apoyo de mis hermanos, ahora que está ausente su padre; que mi marido sirve al Rey y tiene que ayudar con su corto peculio y trabajo a mis dos hermanos en la prisión, a V. E. suplico se sirva mandar poner en libertad a mi hermano don Mariano, o en virtud de la R/l Orden, cuya gracia le comprende, o en virtud de fianza de no haber lugar a lo primero, como llevo pedido, por ser de justicia, que juro, etc.—(f.) *María Dolores Bedoya.—Al Palacio.*"

Don Cayetano —el otro hermano— fué sacrificado más tarde por la misma causa. Adolorida en su propia carne, pero más que todo, con el ferviente deseo de libertar su terruño, manteníase a la expectativa de los acontecimientos. Los sacros ideales de la Revolución Francesa prendían vorazmente en otros pueblos de la América Hispana y emprendían una lucha a muerte, por alcanzarlos; y en los cuales las mujeres, aunque negadas en estos derechos, ponían su valioso contingente heroico.

A pesar de la recia censura del medio y de la dificultad en las comunicaciones, doña María Dolores dióse cuenta del heroísmo de Javiera Carrera, en la lucha de la independencia de Chile y le ha de haber llegado a su grandiosa alma el patriotismo de María de Vellido, de Ayacucho, teatro de la histórica y épica página que el Libertador Bolívar escribiera con la punta de

su espada. Pero lo que sin duda conmovió su alma, hasta lo más hondo, fué la astucia y el sacrificio imponderables de Juana Padilla, del Perú, quien alcanzara el bien merecido título de coronela. Disfrazada de soldado, al lado del esposo, se batió en los campos de la libertad, por la independencia de su amada patria. En esta batalla fué decapitado su marido, siendo colocada la cabeza en una asta en la Plaza Central y heroicamente rescatada por nuestra valerosa mujer. En la empresa guerrera aludida había perdido también a sus cuatro hijos.

¿Y qué diría del cruento sacrificio de Policarpa Salavarrieta, quien con un estoicismo imponderable, solamente igualado por las espartanas, hiciera ofrenda de su vida y de su alma a la libertad de Colombia? ¡Y cuando supo con más veracidad y detalles, por lo cercano, de los sacrificios prestados por doña Josefa Ortiz de Domínguez, corregidora de México, en la independencia de la noble nación azteca, así como de la valiosa colaboración de la dilecta escritora y gran patriota doña Leona Vicario...

Así también supo condenar con todas las fuerzas de su alma la dolorosa actitud de las "Nonualcas", El Salvador, señoras Josefa Barahona, Micaela y Feliciana Jerez, *"las dulceras"*, que en su triste ignorancia de esclavitud, traicionaron a los patriotas salvadoreños que iniciaban la lucha por la independencia centroamericana. Y escribió en el fondo de su corazón los nombres imborrables, para la patria, de María Feliciana y Manuela Miranda, mujeres de clase media, que en el mes de noviembre de 1818 fueron castigadas, por sus nobles ideas libertarias, en la población de Sensuntepeque, del mismo Estado.

Larga sería la lista de las valientes mujeres de América que colaboraron tan eficientemente en la causa justa que animaba a los hombres a conquistar los sagrados derechos de autonomía y de justicia. La historia hace especial mención de todas ellas y son numerosas las páginas de oro consagradas en su honor.

En Granada, foco de la insurrección centroamericana, había dejado doña María Dolores, como lo hemos dicho ya, profundos y arraigados afectos. Entre sus numerosos amigos contábanse los principales elementos de la insurrección. A mediados de 1813, empezaron a llegar a la Capitanía General del Reino los primeros lideres de la insurrección, para ser juzgados conforme las severas ordenanzas del Capitán General Bustamante y Guerra. Entre ellos venían los principales amigos de los esposos Molina-Bedoya.

El anhelo de liberación desbaratado también en San Salvador y los horrores sufridos por los patriotas guatemaltecos que en carne viva experimentaran el terror que hizo desatar sobre unos y otros el Capitán General, como también sobre los ingresados patriotas de Granada, hizo rebasar la medida de indignación en el alma de la patricia, quien no cesó de trabajar en el ánimo de sus amigos y allegados para aumentar la lucha en pro de la liberación. Había calculado los ánimos y sabía quiénes eran los adictos.

El 13 de septiembre del histórico año de 1821 llegaron a esta metrópoli los pliegos que contenían las actas de la Ciudad Real, adherentes al Plan de Iguala y la excitativa a estos pueblos para que proclamasen su independencia, conquistada ya en México. La situación era apremiante. Doña María Dolores, en compañía del esposo, con el espíritu enardecido por estos acontec-

mientos, púsose de inmediato al habla con su pariente don Basilio Porras, poeta y soñador y otro gran amante de la libertad. De acuerdo con doña María Dolores instaron a los amigos íntimos y a los adictos a congregarse, en la mañana del viernes 15, en la Plaza Central, frente al Palacio de Gobierno, donde deliberarían las altas autoridades sobre el problema creado con la llegada de los pliegos. La súplica de doña María Dolores y de don Basilio, que la verificaron el jueves 14, llegó hasta los más apartados rincones de la ciudad. Fueron a casa de don Vicente García, de don Juan Montealegre, de don Félix Rodríguez, Ramón Barberena, vecinos del barrio de Candelaria; de Pedro Díaz, José Longinos Mendoza, Antonio Astorga, Manuel Trinidad Betancourt, del barrio de los Remedios; de Francisco Sosa, Antonio Arroyave, Calixto García Goyena, José María Albano, Ignacio Marticorena, Manuel de Letona y José Santos Milla, de otros barrios. En todos estos ciudadanos encontraron prendida la llama del entusiasmo y ya de regreso, cansados por la fuerte lluvia y por el patriótico esfuerzo, detuviéronse en el atrio de la Santa Iglesia Catedral Metropolitana que, por ser jueves, día de la "Hora santa", encontrábase repleta de fieles. En ese lugar hicieron sus últimas conquistas.

Pocos asistieron a la cita del 15. Los bandos políticos, como siempre, hacían gala de tener en completa división la opinión de los ciudadanos.

Don Miguel García Granados, testigo presencial de los acontecimientos, cuenta en sus Memorias, que el público asistente fué escaso y apático. Pero don José Francisco Córdova, llamado familiarmente "Cordovita", otro testigo ocular y actor de realce, a la vez, en los propios sucesos, en carta dirigida a don Mariano Bedoya, que encontrábase en Huehuetenango, le cuenta con entusiasmo vívido: "El 15 se publicó la independencia y la juró el jefe y el pueblo: todo fué obra del pueblo mismo y jamás hubo unión más completa y entusiasmo más general y patriótico: resolución más decidida..."

El hondo y patriótico sentimiento de los guatemaltecos de verdad, encabezados por doña María Dolores y sus parientes y amigos, esperaban la realización del ansiado milagro, la hora de la Redención, desde uno de los cajones del Mercado Central, propiedad de las hermanas Aquino, en donde habían dejado a guardar instrumentos musicales, propiedad de algunos aficionados patriotas. La suerte estaba echada. El momento había llegado. Las esperanzas libertarias no serían otra vez defraudadas, como lo habían sido por desgracia en 1811.

En el seno de la Junta Provincial, la lucha parecía cruenta. Estaban divididas las opiniones: las primeras autoridades civiles y eclesiásticas, consecuentes, como es natural, con la madre España, oponíanse a la independencia, en tanto que los del bando opuesto, partidarios de éste, exigían su pronunciamiento. Se oyó en contra la pusilánime voz de Gaínza y la enérgica del Metropolitano Casaus y Torres. De pronto, como una clarinada de victoria, se oyó resonar en el auditorio la tonante del Canónigo José Mariano Castilla, quien en un torrente de erudición, henchido de fervor patriótico, dijo haber llegado la hora de los hombres libres y en deleitosa inspiración clamó la independencia, invitando a sus conciudadanos a efectuarla. Resonó también la vibrante de Pedro Molina. Eran las diez de la mañana...

El pueblo enardecido después de dos largas horas de espera y que había ocupado ya la antesala y los corredores del Palacio de los Capitanes Generales,

desbordóse en atronadores e ininterrumpidos aplausos y vítores a la libertad. Una alegre música, hirviente de entusiasmo que lo transmitía a los patriotas circunstantes, hizo llegar al colmo el delirio del pueblo reunido. Docenas de petardos atronaban el espacio; y de pronto, una voz femenina, pletórica de patriotismo, lanzaba a los vientos las frases "Viva la independencia", "Viva la libertad", "Viva la patria", que eran repetidas, a voz en cuello, por los que la rodeaban. El pueblo siguióla, enardecido. Por fin llegaban los apáticos y los apocados. Asustados se aproximaban los curiosos. Las rosas de oro y de bronce de la Iglesia Catedral daban a los aires solemnes y épicos tañidos que hacían más impresionante el conmovedor acto.

El fuego del patriotismo los incendiaba a todos. Frisaba entonces doña María Dolores en los 38 años, pero sus entusiasmos eran los de una quinceabrileña, gozosa y triunfal.

Al desbordante entusiasmo popular, que unánime pedía la independencia, los funcionarios públicos asintieron: unos por verdadero patriotismo y otros por temor al pueblo enardecido. José Cecilio del Valle, contrincante político del doctor Molina, redactaba la partida de nacimiento de la nacionalidad centroamericana.

El plan llevado a cabo por el ilustre prócer doctor Molina, su esposa y don Basilio Porras, había por fin triunfado.

Gracias al patriotismo de aquella valiente mujer y de los otros patriotas, no se manchó de sangre tan fausto acontecimiento, como otros de la América Hispana. La gloriosa independencia se hizo al clamor de un pueblo culto, que amparado en la razón y en la justicia pidió a grito abierto la liberación, y al dulce compás de notas musicales, tañido de campanas y estruendo de petardos, y al clamor enardecido de una mujer que pedía la libertad de su patria, ella luchó, como leal y como buena, por la causa de Centroamérica, tal vez no como un gran acto heroico, pero sí con delicada y sutil astucia femenina.

Su nombre figura ya en la galería de mujeres célebres y de los notables de nuestra historia. La recuerdan y exaltan todos los historiadores patrios. Pero en honor y para gloria de su memoria preclara, falta aún que elevarle más su pedestal granítico de haber sido, como lo fué, no sólo la patriota *ilustre*, sino también excelso *modelo* de *madre ejemplar* y *esposa excepcional*, por sus virtudes cívicas, por su desinterés y relevantes cualidades que, por lo demás, poseyó. Ese pedestal es augusto e indestructible y debe ser orgullo de la mujer centroamericana.

María Dolores Bedoya de Molina: mujer grande y excelsa feminista: en honor a tu memoria insigne, revivo para terminar los elevados conceptos del *sabio José Cecilio del Valle* dirigidos a la mujer de aquella época y me anima al hacerlo, la idea de que el famoso autor del acta de independencia, bien pudo dedicártelos. Dicen así: "*Mujeres:* Yo vuelvo hacia ellas el pensamiento; yo les dirijo mis reflexiones. Los jardines, las flores, las rosas, las gracias, ¿no serán de vuestras miradas?

"Centro-americanas, Oid la voz de quien desea Vuestra felicidad. No seais indiferentes a los intereses de la Patria. Vuestros destinos dependen de la Nación: Vuestra suerte está unida con la de la República.

"Una nación es una sociedad o reunión de mujeres y hombres, dirigidos por unas mismas leyes. Si el Gobierno que las rije es opresor: si no respeta las personas y propiedades: si viola los fueros y derechos más santos, todas sufren en todos aspectos: todos son miserables e infelices. La esposa vé oprimido a su marido: la madre vé humillados a sus hijos: la hermana vé ultrajados a sus hermanos. El despotismo no respeta sexos ni edades. Es una bestia famélica que devora los tallos más tiernos, las cortezas más duras y las flores más bellas. Los destinos de las mujeres están enlazados con los de los hombres. Una misma suerte tienen siempre: un mismo movimiento las lleva al abismo de la desgracia o al paraíso de la felicidad. Mujeres de salvajes, son salvajes ellas mismas, miserables y desventuradas. Mujeres de hombres civilizados, son cultas y gozan los bienes inmensos de la civilización. Las cadenas que pesán sobre un esclavo gravitan sobre su mujer. Los bienes que disfruta un hombre libre, lo son también para la suya.

"Mirad en un mapa las partes que dividen la tierra o los estados que existen sobre su superficie. Leed en la historia de cada una de las mujeres que lo pueblan. En Africa, son vendidas como las ovejas que pastan en un prado. En Asia, tienen una existencia triste como la servidumbre. En Oceanía, siguen los pasos de la civilización que vá progresando con rapidez. En América, empiezan a sentir las influencias de los nuevos Gobiernos. En Europa, avanzan cada día más en la ilustración: son pulcras y dignas muchas de entrar en conversación con hombres eminentes, honor del siglo y del país en donde viven. La historia de Centro-América es libro muy instructivo en cada una de sus épocas. Recorramos sus páginas y en todas encontraremos pruebas luminosas y convincentes.

"Antes de la Independencia, las leyes negaban los empleos políticos, eclesiásticos y militares, a todos los que no eran españoles o descendientes de españoles. Todos los hombres, a excepción de un número mínimo, estaban hundidos en la Nada. En vano tenían algún talento, virtudes, orígen primero del valor de un individuo. Nadie podía elevarse a los destinos a que le llamaban su inteligencia y moralidad. Las mujeres se enlazaban por necesidad, con hombres nulos, abyectos o abatidos; y debían, por consecuencia, ser nulas como ellos, obscuras, pobres y miserables.

"Proclamada nuestra Independencia, amanecieron días alegres como la primavera, la ley abrió las puertas del honor a los que tuvieren las aptitudes precisas. Renacieron esperanzas que estaban muertas, conocieron los hombres que era útil el mérito y comenzaron a hacer esfuerzos por tenerlo: procuraron ilustrarse; y hubo más decoro en su conducta. Las mujeres, sumergidas antes en el mismo abismo donde estaban arrojados los hombres, comenzaron a salir de la abyección: y fueron compañeras de maridos menos incultos, más ilustrados o menos ignorantes: gozaron ventajas que no habían disfrutado: tuvieron una existencia nueva.

"Progresaba la República, tranquila y contenta, en el seno de la paz, cuando en 1825 dieron el primer paso los que habían meditado su trastorno. En 1826, empezó a estallar la revolución maquinada por los mismos: en 1827, alzó su frente orgullosa y estúpida el despotismo más irreligioso, más inmoral y más inhumano. Los propietarios fueron saqueados, con el nombre de em-

préstitos, en sus casas y haciendas: los pobres, arrancados de sus ocupaciones inocentes y llevados a los campos de muerte y horror, y todos privados de las garantías más respetables, de los derechos más sagrados. Eran naturales las consecuencias o precisos los resultados. Han quedado las esposas viudas; las hijas huérfanas; las mujeres miserables, desvalidas y expuestas a todas las tentaciones de la indigencia.

"Centro-americanas, no lo olvidéis *jamás. Vuestra suerte, venturosa o desgraciada, depende de las leyes que se dicten, del Gobierno que se establezca.—1829."*

- - -

Quiero dejar constancia de mi profundo agradecimiento a la señora doña Margarita Molina de Gutiérrez, por su preciosa colaboración, proporcionándome documentos inéditos, así como también a su difunto y recordado hermano Pedro; a la memoria del licenciado Ramón Aceña Durán, que me auxiliara con la publicación de valiosos documentos familiares que, con el título de "Epístolas de un Prócer", fueron dados al conocimiento general desde las columnas del diario "El Imparcial", de septiembre de 1943; a los historiadores, don Francisco Barnoya Gálvez y licenciado Ricardo Castañeda Paganini, que apadrinaran mi ingreso a esta docta institución; y al licenciado hondureño, Ramón Oquelí Rodríguez, entusiasta investigador de nuestra historia. Y para ustedes, también, mis estimados oyentes, que me han sabido honrar con su presencia en este acto solemne de mi vida.

Guatemala, en el CXXV aniversario de
nuestra gloriosa emancipación política.

La medicina en las guerras de independencia cubana

Por el socio correspondiente doctor **SATURNINO PICAZA Y PINO**, de La Habana, Cuba.

Señor Presidente de la Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala;

Señores miembros de la misma;

Señoras y señores:

Con emoción prófunda, en cumplimiento de los preceptos, que así lo determinan, nos es grato poner en las manos de esa ilustre Sociedad, este modesto trabajo, que aspira a entreteneros, sobre un jirón de nuestra historia.

En el momento en que la manifiesta desproporción, entre vuestra capacidad y la nuestra, sobrecoge nuestro ánimo, diferentes sentimientos se apoderan de nosotros, y que ellos sean lo único que resplandezca en este estudio, la admiración que esa histórica Sociedad nos inspira, y la abrumadora deuda de gratitud que sentimos, por la señalada distinción que nos dispensa, asociándonos a su compañía.

No es lícito poner el pie, en esos gloriosos umbrales, sin sentir la necesidad de un minucioso examen de conciencia. Nosotros estamos persuadidos, que en lo hondo de vuestro espíritu, cuando así lo determinasteis, pesó más una irrefrenable corriente de afecto, hacia nuestra patria, que si siempre sintió vibrar su alma por los ideales panamericanos, a vuestra hermosa tierra, se ha sentido en todo tiempo más atraída, por las leyes de la naturaleza, y del proceso histórico, que a las otras estrellas de la constelación americana. Y como si las razones expuestas no tuvieran fuerza bastante, tuvo un hombre que las peripecias de nuestras guerras condujo a vuestras playas, el privilegio de ligar en abrazo indisoluble, nuestros pueblos hermanos. En vuestra tierra de volcanes y de flores, errante con su bagaje de ensueños y de tristezas, dieron vuestros mayores asilo al padre de la patria cubana, y en vuestros pensiles encontró el único remanso de felicidad de su vida de exilado. Que ese recuerdo, que a tantos otros de nuestra gesta libertadora está ligado, nos haga acreedores a vuestra indulgencia.

Tema de este trabajo

Parte integrante nuestra patria, de la gran comunidad hispanoamericana, difícil le hubiera sido a un médico cubano, hablar de su pasado colonial a naciones que estuvieron en estrecho contacto con las Cortes de Virreyes, que en no pocas ocasiones superaron en cultura a la Metrópoli. Grande hubiera sido nuestro embarazo, sin el dichoso auxilio de la fértil imaginación de vuestro Rector magnífico, el doctor Carlos Martínez Durán, huesped de honor a la sazón de nuestra capital, que tuvo a bien sugerirnos el tema de este estudio. Materia digna de un poema heroico ciertamente, que nuestra débil pluma podrá sólo haceros entrever.

El sentimiento revolucionario en Cuba

En el boceto histórico que intentamos, no pretendemos hacer un estudio minucioso de la medicina cubana del ochocientos, y solamente nos esforzaremos en exponer la actitud del médico cubano ante el ideal de independencia, cómo lo sintió, cómo lo propagó, y qué conducta observó en las pruebas cruciales de las revoluciones; en otras palabras, cómo sirvió al progreso, o si se quiere a la vida. Pero antes de hacerlo, permitidnos dirigir una mirada retrospectiva al panorama histórico de los años que precedieron a nuestras guerras libertadoras.

No fué floración tardía, como por algunos se ha supuesto, el nacimiento del espíritu de rebeldía cubano, contra el despotismo de la Metrópoli. El pueblo cubano sintió el amor a la libertad, tan pronto como los granaderos y lanceros de Bolívar y de San Martín, hicieron trepidar la tierra americana, con el galope de sus corceles. Escasamente había transcurrido un año de la batalla de Ayacucho, y la Historia escribía en sus páginas nuestras primeras conspiraciones: la de los "Soles de Bolívar" y el "Aguila Negra", morían pasados por las armas nuestros primeros mártires, y Bolívar recibía en el Congreso de Panamá, a los emisarios cubanos, Iznaga y Arango. En ese mismo año, un grupo de médicos, encabezado por los doctores Tomás Romay, Nicolás Gutiérrez, Fernando González del Valle, Angel Cowley y Agustín Encinoso de Abreu, solicitaban de la Corona, la creación de una academia de ciencias, que habida cuenta del despotismo imperante en la Metrópoli a la sazón, tenía todas las apariencias de un acto sedicioso. Así lo entendió con firmeza el Gobierno español, oponiendo durante más de 30 años, una tenaz resistencia al cumplimiento de tan legítimo anhelo. La perpetuidad de un régimen que cifraba su existencia en la fuerza, el privilegio y la trata negrera, estaba reñida con las corrientes ideológicas del siglo. En otro orden de ideas, nuestro atraso sanitario era enorme, como se puede apreciar observando que entre los años de 1850 y 1854, hubo 32,000 casos de cólera, y el promedio anual de fiebre amarilla y de viruela, oscilaba entre 5 y 10,000 casos. La ausencia de una enseñanza clínica adecuada, especialmente en las cátedras de obstetricia y de pediatría, fué el motivo que determinó la emigración de un número considerable de jóvenes, hijos de familias acomodadas, que pese a los bandos de los Capitanes Generales, se dirigían a las universidades europeas, ansiosos de asimilarse los progresos científicos de su tiempo, y que a su retorno a la patria oprimida, se convertían en enemigos irreconciliables del orden político existente. En efecto, la mayor parte de los médicos revolucionarios de la guerra de 1868, procedían de las universidades de París y Barcelona. Inútil parece insistir en la influencia que ejercieron en el desarrollo del sentimiento separatista cubano. La cultura y la rebeldía llegaron a identificarse en aquella dolorosa etapa de nuestra historia. Al estallar la revolución de 1868, era un hecho de evidencia relevante, que nuestros clínicos más afamados habían partido para la emigración, a confundirse con los próceres de la Revolución, mientras un contingente crecido de los otros, ocupaba su puesto de honor, en las filas del ejército libertador.

Peculiaridades de nuestras guerras de independencia

Tócanos, después de este enojoso prefacio, que digamos breves palabras del escenario en que nuestro libertador, el sufrido mambí, desenvolvió su actividad revolucionaria. Avasallado por circunstancias históricas tan adversas, como la configuración de su territorio, de longitud extremada, escasa anchura, escasos accidentes geográficos, y de una población de poco más de un millón de habitantes, asumió el insurrecto cubano, la grave responsabilidad de desafiar el poderío de una nación, de gran tradición guerrera, y diecisiete veces mayor. El libertador cubano habría oído con estupor, que realistas e independientes de Sudamérica habían combatido con fuerzas numéricamente equiparadas, en las grandes batallas de la epopeya sudamericana. Fueron las nuestras, guerras de exterminio, de la parte de España, en que la divisa de Cánovas del Castillo, "el último hombre, la última peseta", se aplicó con rigor inaudito, e hizo el esfuerzo español de guerra considerablemente más concentrado. El estimado de los efectivos militares españoles en Cuba, fué, según datos fidedignos, de 300,000 hombres, mientras que los de nuestro ejército libertador no pasaron de 30,000 en el apogeo de sus guerras. A la tala y el incendio, táctica bélica empleada por el conde de Valmaseda en 1868, con insigne crueldad, respondió en escala de superación, en 1896, el general Valeriano Weyler en la Reconcentración. Consistió esa inhumana medida, que estremece contarla, en obligar a todos los campesinos a abandonar sus hogares, e internarlos en los pueblos para de ese modo privar a la Revolución de recursos, lanzando un pueblo fríamente a una muerte cierta por el hambre. Jamás se había hecho en la historia, un experimento en escala parecida, sobre el beri-beri y las hidropesías del hambre, engendradas por la inanición absoluta. Murieron a consecuencia de esa atroz medida, centenares de miles de seres humanos. Acosados por un enemigo superior en poderío militar y bien abastecido, hambrientos, cubiertos de harapos, sujetos a toda clase de privaciones, sin más cama que el duro suelo para la inmensa mayoría, ni más techo que el cielo, sufriendo de todas las inclemencias de un clima tropical, obligados con frecuencia a una lucha personal, por la carencia de parque para sus carabinas anticuadas; tal fué el género de vida que la juventud médica cubana contempló desde su llegada al monte, y soportó con estoicismo, durante largos años, a conciencia de la resolución que tomaba.

Medicina y proselitismo

Es evidente que entre todas las profesiones universitarias, fueron los médicos y farmacéuticos los que, de modo más considerable, contribuyeron a la causa de la independencia, motivo por el que dijo un humorista, a propósito de la guerra de 1895, que fué la Revolución de los médicos. El número de profesionales, médicos, farmacéuticos y odontólogos que tomaron parte en la guerra de independencia última, ascendió, según un cálculo conservador, a la cifra aproximada de 140, repartidos en la forma siguiente: médicos 92, de los que murieron 14; farmacéuticos 36, de los que murieron 10; y odontólogos 11, de los que murieron 5, si bien debemos advertir que nuestros informes sobre este último grupo, son todavía incompletos. Conviene recordar que en la cifra

MAPA DE LA ISLA DE CUBA

de médicos, sólo se incluyen los que asistieron desde el inicio de la guerra, porque se sabe que pasaban de cien, en la fase final de la misma. Puede, sin embargo, concluirse, hecho el cómputo oportuno, que la mortalidad de nuestra profesión y facultades afines, alcanzó la cifra impresionante de 25%. El número de médicos que asistió a la guerra de 1868 lo ignoramos en gran parte, pero se sabe exactamente, que murieron 12, a los que debemos añadir 5 farmacéuticos y 4 odontólogos, sin incluir al doctor Henry Fourniquet, odontólogo americano, perteneciente a la fracasada expedición del general Narciso López, fusilado el año 1851.

Fueron el médico y el farmacéutico proselitistas incomparables, infatigables ambos, en la propagación de la doctrina separatista. El prestigio intelectual de su profesión, el hábito de la discreción, que en el médico es segunda naturaleza, su misión sacerdotal, que le abre las puertas de la confianza a su paciente, y su comunicación obligada, con miserables y potentados, hicieron del médico, un propagandista temible. En la imposibilidad de nombrar a todos los que en la propaganda revolucionaria se distinguieron, diremos que en los años que precedieron la guerra de 1895, se conspiraba, a veces sin circunspección, en todos los gabinetes y reboticas de la isla. En la universidad, profesores conocidos adiestraban desde su alto sitial, a sus alumnos en todas las operaciones de la cirugía de guerra, y las aulas de los últimos cursos, eran focos de conspiración. Todavía, pese al tiempo transcurrido, se recuerda con estupor, el arrebato patriótico de aquella juventud heroica, de que formaron parte Juan B. Zayas, Rafael Cowley, Oscar Primelles, Eugenio Molinet, Eugenio Sánchez Agramonte, Agustín Cruz, José F. Anciano, y otros más, que en el tiempo dejarían eterna memoria, y que de las aulas partieron para la muerte y la gloria. Digna de notarse, como rasgo de la época, es la gran preocupación de la juventud para el estudio de la botánica indígena y la meritoria labor divulgadora de la prensa de matiz cubano, sobre reconocimiento, propiedades y usos de nuestras plantas medicinales más útiles, como sucedáneas de las de la farmacopea oficial. Esa propaganda resultó en la práctica de una gran utilidad.

La Sanidad militar en la Revolución

La organización sanitaria de la guerra de 1868, se conoce solamente de manera fragmentaria, por cuya razón nos limitamos a bosquejar la de la contienda de 1895. En septiembre de este año, después de constituído el Gobierno de la República en armas, se procedió, con la cooperación de distinguidos médicos y farmacéuticos, a la creación del cuerpo de Sanidad militar del ejército libertador, reglamento que por disposiciones posteriores de mayo de 1896 y diciembre del año 1897, pasó a ser ley orgánica del mismo. Por la citada ley se estableció un escalafón, cuya plana mayor la constituían los jefes de cuerpo del ejército, médicos mayores, médicos primeros y médicos segundos, que ostentaban jerarquía de coroneles, tenientes coroneles y comandantes, respectivamente. Había, además, los médicos de batallón y regimiento, que tenían categoría de capitanes, y la plana menor, formada por los practicantes y ayudantes. El reglamento fijaba las reglas de un número considerable de

servicios, como reconocimiento para ingreso en el ejército, higiene de las tropas, higiene de los campamentos, cuidado de los heridos, marchas, creación de ambulancias, aprovechamiento de medicamentos, formación de estadísticas, e informes a sus jefes sobre la mejor distribución de los servicios. Se ordenaba prestar atención preferente a la creación de hospitales y farmacias, estableciendo una de estas últimas en cada provincia, tanto para el mejor servicio de los botiquines, como para la preparación de substancias medicinales de la flora del país. La jefatura del Cuerpo de sanidad de la guerra de 1868, fué desempeñada por los doctores Adolfo Varona, Félix Figueredo y Federico Inchaústegui. En 1895 la desempeñó de nuevo el doctor Inchaústegui, patriota integérrimo que, a sabiendas de su próximo fin, se lanzó a la Revolución. Por su fallecimiento la ocuparon el doctor Joaquín Castillo Duany, por breve tiempo, y el doctor Eugenio Sánchez Agramonte, por el resto de la guerra.

En capítulo aparte, como un apéndice de este trabajo, para no fatigar vuestra atención, ofrecemos la relación completa de nuestros profesionales, y de las posiciones que desempeñaron, para utilidad del investigador histórico, excusándonos por lo extenso de este trabajo, de hacerlo en este lugar.

El ejercicio de la medicina en la guerra

Los hospitales eran de dos clases: de sangre o definitivos. Los primeros se situaban en la proximidad de las prefecturas, desempeñadas éstas por elemento civil, afecto a la Revolución, y los segundos en lugares inaccesibles. Se construían en forma de barracas, o bohíos de guano de dos aguas, y sus aleros debían distar tres o más pies del suelo, con capacidad para seis y ocho camas. El personal lo integraba casi siempre el médico, algunas veces un farmacéutico o un dentista, un practicante, dos enfermeros, un cocinero y un mandadero. Los botiquines eran de dos modelos: el americano de Elcots y Marshall, y el argentino que estaba provisto de caja de amputaciones y de aparatos de fractura. La primera cura se practicaba en una hondonada, o detrás de una pared, y las otras en los descansos. El bicloruro de mercurio, por su fácil conservación y manejo, y el ácido fénico, eran los antisépticos más usados en la curación de los heridos. El transporte se hacía ordinariamente en camillas, que se improvisaban utilizando la hamaca del herido, colgando de unas varas, y cuando el terreno lo permitía se colocaba la hamaca en la misma forma que la anterior, pero pendiente de dos caballos en hilera. Este era el método preferido para los heridos de la cabeza y vientre. Los hospitales de oriente estuvieron, como regla general, mejor equipados y abastecidos que los de occidente, en donde la persecución por la proximidad a la capital, se llevó a cabo con una saña inaudita. Médicos y farmacéuticos se veían por ese motivo compelidos a aguzar su entendimiento, para suplir la falta absoluta de los productos farmacéuticos de más vital importancia, por los sucedáneos de la flora indígena. Las fibras de la guacacoa les suministraban vendajes, la guajaca reemplazaba el algodón, la yamagua se utilizaba como hemostático y, por último, la miel de abejas y el polvo de café y de tabaco, se empleaban como antisépticos en la curación de heridas y de úlceras. De otras plantas y árboles medicinales, hacían uso corrientemente; de la aguedita

y los limones como febrífugos, del guaguasi y el manzanillo como purgantes, del extracto de cedro como astringente, la guayaba, el guayacán, la guásima, el guamá, la yagruma, el ocuje, el copey, y ciertos frutales que gozaban de gran predicamento en nuestra medicina folklórica, como el mango, la guanábana y el mamey. De las plantas herbáceas, la yerbamora, la retama, el llantén, el saúco y el caisimón. El aguardiente, muy ensalzado en nuestra terapéutica colonial, y el agua con miel, conocida por "Cuba libre", ocuparon finalmente, lugar prominente, como panaceas de los males del mambí. Refiere el doctor Molinet, que lo presenció, que el generalísimo Gómez se jactaba de ser un gran ministrante de quinina, que confeccionaba en una jícara con limones, que imponía militarmente a sus subalternos, y que donosamente calificaba esa operación, de "dar un jicarazo". Tuvo el Gobierno de la Revolución, visto el fracaso de las vacunas extranjeras, la feliz inspiración de crear un centro de vacuna, con cuya linfa lograron dominar serios brotes de viruela en Matanzas, Oriente y Pinar del Río. Los doctores Gonzalo García Vieta y Guillermo Fernández Mascaró, que dirigieron ese servicio, se hicieron acreedores a las alabanzas de la historia.

La tarea del cirujano en nuestras guerras, fué ímproba y ruda. Pocas veces se ha realizado una cirugía de guerra, rodeada de mayores peligros, y en un desamparo más desolador. Las más de las veces, faltaba el compañero para administrar el cloroformo, y entonces asumía las funciones de anestesista el más ilustrado, o si no el de más luces naturales de un grupo. El doctor Agustín Cruz, con una fractura doble de la pierna, de un balazo recibido, empleó tres días en adiestrar a su barbero en tomarle el pulso y en manejar la compresa clorofórmica, para el desbridamiento de la herida, y colocación del aparato de contención. Las operaciones se ejecutaban sobre mesas de ramaje o de varas, en un claro de monte, otras veces en un bohío, con los enfermos acostados en el suelo cubiertos con camadas de hoja seca, que les servían de abrigo. A la luz de una vela ejecutó el doctor Nicolás Alberdi, operación tan cruenta como la desarticulación de la cadera, y otras veces se efectuaban operaciones parecidas, bajo el fuego de un enemigo despiadado, que hollaba los principios más sagrados de una guerra civilizada, macheteando a médicos y enfermos y arrasando los hospitales de sangre.

La dietética del insurrecto cubano

Pocas notas más lúgubres ofrecen nuestras guerras, para el médico estudioso, como el capítulo del régimen alimenticio de nuestro libertador. Asombra y conforta pensar en la fortaleza de un pueblo que, sometido a un régimen de carencia, cuando no de inanición parecido, pudo dar pruebas en grado tan eminente, de su heroísmo, abnegación y fe en sus destinos. El insurrecto cubano comía sin sal, la mayor parte del tiempo, por la persecución fiera que a los salineros se hacía, y sufrió durante largos años de la privación de alimentos, que se reputan básicos en una dietética científica. Se utilizaban los animales muertos en combate, y se consumía hasta el cuero de las reses, que por dichoso azar caían en sus manos; nuestro roedor selvático, la jutía, se estimaba como un manjar delicado, y reptiles inmundos como el caimán y el majá, les servían

a menudo para el sustento. La carestía de viandas, por las restricciones que a su cultivo imponían los bandos militares, hizo que el insurrecto apelara, como única fuente de hidrocarbonados, al fruto de los corojos y al palmito de nuestras palmas reales. La caña en la zona azucarera, el coco y el mango, cuando la suerte se los deparaba, eran un regalo de los dioses para su estragado paladar. La canchánchara, que era una decocción de miel, y la guanina tostada, reemplazaban corrientemente al café, y como grasa utilizaban el sebo, casi todo el tiempo. En ocasiones empujados por las necesidades de la guerra, a tierras inhóspitas, llegaban a carecer de agua, y mataban la sed picando los tallos de una planta trepadora, que el campesino le llama curujey. Y otras veces, espanta decirlo, en el delirio de un ayuno inmisericorde y sin término, tenía por última vez la visión de una patria venturosa, se envolvía en el manto de sus ilusiones, y moría como un estoico, sin proferir un lamento.

Estadísticas quirúrgicas de la guerra de 1895

Tratándose de una guerra, en que la movilidad fué una condición esencial de la táctica para burlar las concentraciones enemigas, no fué posible, a causa de ese continuo trasiego, conservar archivos completos que a veces se extraviaban. Las estadísticas mejor conservadas, fueron las del Tercer Cuerpo, correspondiente a la provincia de Camagüey, las del Cuartel General, y algunas del Primero y Segundo Cuerpos, correspondiente a oriente, que arrojan un total de 3,625 bajas, con 770 muertos y un promedio de mortalidad de 21.24%. Las heridas que proporcionaron una mortalidad más elevada, fueron las de cráneo con un promedio de 78.33%, las penetrantes de vientre con 61.25%, y las de pecho con 37.62%. La estadística del doctor Clark es lo más completo, y arroja una mortalidad de 32.34%, quizá porque no se incluyeron los casos leves. Por último, las del Cuartel General, con una cifra global de 2,328 curados y 518 muertos, muestra el 18.22% de mortalidad, lo que discrepa considerablemente de las anteriores. Estas últimas arrojan un 61.25% de mortalidad en las heridas penetrantes del vientre, de 78.33% en las de cráneo, y de 37.62% en las de pecho. Las heridas de los miembros superiores muestran una mortalidad de 8.40%, y las de los inferiores de 5.55%. Lo antes dicho se refiere a las heridas producidas por proyectil de arma de fuego Remington y Mauser, que fueron los armamentos empleados por el ejército español, y a ellas debe añadirse las ocasionadas por arma blanca, que alcanzaron una mortalidad de 45.71%.

La patología en las guerras de independencia cubanas

Las enfermedades más comunes fueron las propias de un país tropical, es decir, el paludismo, la disentería, las infecciones intestinales, las miasis de las heridas, las úlceras tropicales, que el insurrecto bautizó con el nombre de ñañaras, ciertas formas de sarna, como la rasquiña, el llamado por el humorismo criollo "gusto cubano", y el grupo de las fiebras eruptivas, con el rey de los terrores, la viruela, a su frente. De todas, la que ejerció un influjo más funesto, fué el paludismo, cuya virulencia, acrecida por la fatiga, las malas condiciones nutritivas y la carencia de absoluta quinina, en diferentes sectores

de la guerra, provocó una elevadísima mortalidad y estados múltiples de caquexia, e invalidez permanente. No era rara la muerte, o las hidropesías gigantescas, por un solo acceso. En pueblos y campamentos, el tipo del enfermo abotagado por la acción conjunta de la fiebre y la deficiencia nutritiva, parecía epidémico. Sus estragos fueron de tal magnitud, que un médico ilustre, el doctor Carlos Trujillo, que escapó milagrosamente del terrible azote, calcula en su libro "De la guerra y de la paz", que en el año 1897, más de las dos terceras partes del ejército libertador se encontraban atacadas de paludismo. La viruela revistió formas de alta gravedad, siderantes en ocasiones, arrasando familias enteras y diezmando campamentos. En su lucha titánica contra ese terrible morbo en Matanzas y en Oriente, conquistaron lauros inmarcesibles los doctores Enrique Saez, Manuel Alfonso, Emilio Fernández Cavada, Enrique Núñez y Gonzalo García Vieta, los últimos en Oriente. Siguió en importancia a las plagas referidas, la disentería, que arrebató la vida a uno de los médicos más abnegados, sacerdote de su profesión, el doctor Joaquín Caneda y Junco. En la serie de enfermedades repulsivas del ser humano, ninguna supera en horror a las miasis, que papel tan importante jugaron en nuestras guerras de independencia. En la gama de lo horrible, le estuvo reservado al insurrecto cubano, su tonalidad más alta, la de un ser humano que contempla su propia corrupción. La aparición de larvas en la herida, sobrevenía a veces con rapidez vertiginosa. La mosca *Lucilia hominivorax*, parece haber sido la causa determinante ordinaria. Se consignan asimismo en las crónicas de la guerra de 1868, un intenso brote de cólera en Camagüey, el año 1871, y otros de sarampión y varicela el año 1895, durante la campaña de la invasión, grave el primero, y sin consecuencias los últimos.

Héroes y mártires médicos de la guerra de 1868

Nos toca referir ahora, aunque sea sumariamente, las hazañas de nuestros médicos, que tan alto colocaron el pabellón de la medicina, y cuyos nombres son glorioso ornamento de la historia, de nuestras revoluciones. Médicos, farmacéuticos y odontólogos, compartieron las fatigas y privaciones de sus hermanos y realizaron el prodigio de no ser eclipsados en aquella explosión de gloria. De todas las virtudes del médico, heroísmo, abnegación, piedad y alta conciencia del deber, dejaron al mundo ejemplo admirable. Aunque arrastrados por el torbellino de una vida de acción, que no les permitió dejarnos otras huellas que las del deber cumplido, abundaron, sin embargo, los testimonios de una conducta heroica, que si no colocamos como gonfalón glorioso en el frontispicio de este trabajo, se debe a que pensamos que un boceto previo de aquel ingrato ambiente ochocentesco, redundaría en el mayor esplendor de sus acciones. Devolviendo la vida cuando era posible, levantando las fuerzas, consolando siempre de bohío en bohío, sometidos a todas las inclemencias del cielo, extraviados por veredas impracticables, harapientos, con una humilde calabaza por manjar, sintiendo en su alma el tormento de Tántalo, de luchar contra la enfermedad sin los recursos adecuados, sin la mano amiga que les ofreciera en sus males una taza de caldo, combatiendo otras veces en la línea de fuego, o cargando con sus corceles contra los cuadros españoles, soportando

más allá de los mares los desdenes de los poderosos, solicitando en tierra extraña un óbolo, para la medicina de sus hermanos, lamentando lejos de su hogar desbaratado, las desdichas comunes, dejaron nuestros compañeros grabadas, en el bronce de la historia, proezas dignas de eterna recordación. El recuerdo de sus nombres, como el de los adalides de la Ilíada, o como el de los compañeros de Cortés, no se borrará de nuestra memoria, y la posteridad más remota dirá de ellos, como de su más honrosa ejecutoria: "Fueron médicos en la guerra de independencia".

Los jefes de la Sanidad militar en la guerra de 1868, ya los hemos nombrado en otro lugar, y de ellos la figura más destacada fué la de Félix Figueredo. Su vida merece un libro, pero es éste un trabajo de síntesis, y no de análisis. El doctor Figueredo estudió en Barcelona y perteneció al grupo de los grandes próceres de Bayamo, que organizó la revolución de Yara. Desempeñó la Secretaría de la Guerra, además de la Dirección de Sanidad. Su patriotismo y carácter integérrimo, le valieron la amistad de todos los altos jefes de la Revolución, especialmente de Maceo, a quien acompañó a la emigración, después del pacto del Zanjón. Como hombre de toda su confianza, tomó parte principal en las negociaciones, con el general Martínez Campos. Su vida está dicha en dos palabras, fué un gran patriota y un gran carácter. Entre los médicos que cayeron en aquella contienda peleando como adalides homéricos, figuran Antonio Luaces, Eduardo Agramonte, Sebastián Amabile, Rafael Argilagos y Honorato del Castillo. Antonio Luaces fué una de las personalidades más fascinadoras de nuestras guerras. Desde los bulevares de París y de Londres, saltó al campo de batalla, y junto a la gran figura militar de Ignacio Agramonte, fué el ornamento más preciado de su Estado mayor. Su cultura, su caballerosidad, su valentía, su don de gentes, todo contribuyó a hacerlo el ídolo de los soldados. Luaces se señaló desde el principio por su nobleza de sentimientos, que lo convertía en el defensor natural de los prisioneros enemigos, en los consejos de guerra. Es imposible contar a cuántos soldados y oficiales de alta graduación, les salvara la vida con su palabra elocuente. Su vida parecía por ello, estar exenta de asechanzas y represalias. Era querido de todos, hasta de los soldados enemigos. Bastó, sin embargo, la maldad de un hombre, como veremos, para que ese sueño se desvaneciera. Peleando como un héroe legendario, cayó prisionero un día de triste recordación, en las manos de uno de los hombres más feroces que vinieron a esta tierra: el brigadier Ampudia. Fueron inútiles representaciones y súplicas. Luaces no quiso abjurar sus ideas, y fué fusilado. Murió con el valor de un girondino, y sus últimas palabras resuenan todavía por todo el ámbito de la patria: "Qué hermoso es morir por su patria". Así dijo con voz clara. El doctor Eduardo Agramonte y Piña honró su nombre de familia como médico y como militar, ocupó muy altas posiciones en el Gobierno, y mandaba la brigada del sur de Camagüey. En el desgraciado combate del Chorrillo, con fuerzas inmensamente superiores, pudo haber escapado como militar, pero prefirió pasar a la historia como médico fanático del deber, y sucumbió curando a su ayudante herido, en aquel día memorable del año 1872. Sebastián Amabile acababa de desembarcar en la expedición del "Perrit", una de las más famosas de la guerra de 1868. Tipo varonil y gallardo, recibió en el

combate del Ramón un balazo en el pómulo izquierdo, que le enucleó el ojo, y le dejó el cerebro descubierto. Se arrancó el ojo, que pendía de un colgajo, y sin abandonar el campo de batalla, exclamó: "Mis horas están contadas". El general Honorato del Castillo fué otro grande de la medicina. Discípulo predilecto de nuestro gran educador y filósofo José de la Luz Caballero, fué el doctor Castillo un guerrero valeroso, de gran prestigio, en la comarca de Sancti Spiritus. Cayó en traidora emboscada, y su muerte fué un gran duelo para la Revolución. Rafael Argilagos había estudiado en París, donde se graduó el año 1860. Fué también un militar de valor a toda prueba, que murió peleando heroicamente contra el feroz Valmaseda, cerca de Nuevitas, en el año 1870. Pasados por las armas fueron los doctores Ramón Barrios, Francisco Ma. Jiménez y José Mora, y en trágica soledad, viéndose asfixiar por la difteria, en la más espantosa indigencia, murió Antonio Lorda, graduado de París, una de las figuras más simpáticas de la Revolución, en la que había sido secretario de la Asamblea Constituyente de Guaímaro. Y no podemos proseguir, sin que antes rindamos homenaje de cariño a la memoria de los ocho estudiantes del primer año de Medicina, sacrificados en el Parque de la Punta de La Habana, el día 27 de noviembre de 1871. Acusados sin una prueba, de haber profanado el sarcófago del periodista Castañón, célebre por su intransigencia patriótica, fueron condenados en juicio sumario a la última pena, por un tribunal impuesto por las turbas de voluntarios españoles, ebrios y ávidos de sangre cubana. Ese crimen inexpiable, que costó la vida a ocho niños inocentes, estudiantes todos del primer año, quedará como un estigma que nada puede borrar, de la dominación española, y tuvo por consecuencia sellar la determinación del cubano, de romper definitivamente los lazos que lo unían con la Metrópoli.

Cábele a la Facultad de Farmacia el honor de haber contado en sus filas, a cuatro próceres de la guerra de 1868. No tuviera ella otro timbre de gloria, y el sacrificio de aquellas vidas lo proclamaría Facultad benemérita. El doctor Francisco Figueroa Véliz nació en la ciudad de Cienfuegos, de familia opulenta, e hizo sus estudios en Filadelfia. A su regreso se estableció en el pueblo de Cartagena, cerca de aquella ciudad. Pronto su botica se convirtió en un centro de conspiración, pero delatados por un traidor, pudo escapar, siendo hecho prisionero más tarde. Figueroa prefirió morir antes que retractarse de sus ideas separatistas. Fué fusilado en la playa de Marsillán, el 8 de marzo de 1869. Al doctor Figueroa le cupo en suerte ser el primer profesional cubano fusilado en nuestras guerras. El general de brigada Guillermo Lorda y Ortegosa, era jefe de las fuerzas revolucionarias de la provincia de Santa Clara, su tierra natal, y en el momento en que se proponía atacar la capital, fué hecho prisionero, en el acto de acudir en auxilio de su ayudante herido. Habiéndosele hecho proposiciones, que juzgó infamantes, dijo al jefe de la columna española: "Coronel Bonilla, cuando yo salí de Santa Clara juré no volver vivo, mientras Cuba no fuera libre; yo le ruego que ordene mi fusilamiento"; no sin antes intentar el suicidio, fué fusilado el 18 de julio de 1871. El tercero de los grandes patriotas de la Facultad de Farmacia, fué Alejandro del Río y Rodríguez, natural de San Juan de los Remedios, e hijo de un patriota conspirador, de los "Soles de Bolívar", en 1825. Hecho prisionero por el delito de conspira-

ción, o infidencia como se decía, se le ofreció el indulto si se retractaba de sus ideas, y respondió: "Prefiero mil veces la muerte". Intimado a que se arrodillara a la hora de su muerte, respondió que sólo se arrodillaba ante Dios, y que disparasen en seguida. El último de los héroes de Farmacia, fué un místico del deber. El doctor Enrique Alvarez y Martínez pertenecía al Cuerpo de Sanidad Militar, y se distinguió por su abnegación, atendiendo los enfermos de una espantosa epidemia de cólera, ocurrida entre las tropas cubanas de Camagüey, el año 1871. Sin desertar un momento de su puesto de honor, contrajo la terrible peste, y de ella sucumbió. Encarcelado por sus ideas, y deportado a la penitenciaría de Fernando Poo, fué el doctor Silvestre Pérez de las Heras. Hacinados como ganado en una urca, durante el viaje, y sujeto a toda clase de sufrimientos en la penitenciaría, se aniquiló su naturaleza, y falleció en la travesía de aquella isla a las Canarias, el día 3 de julio de 1869.

Entre las víctimas de la odontología, consagramos un recuerdo al doctor Luis Majín Díaz, de Camagüey, que ocupó puestos importantes en la Revolución y murió fusilado, y los doctores Angel Castillo Agramonte y Carlos Aguirre, dentista habanero, hecho prisionero, con otros jóvenes, pertenecientes a distinguidas familias, y que tomaron parte en la titulada "Conspiración de Vuelta Abajo". El número relativamente exiguo de odontólogos, se debe evidentemente, a que la profesión se encontraba todavía en sus albores. No fué, así y todo, despreciable su concurso.

Héroes y mártires médicos de la guerra de 1895

Tócanos en suerte en este punto, narrar hechos más recientes de la generación que siguió a la paz del Zanjón, que, como sabéis, puso término a la guerra de 1868. Como esa generación, que José Martí había educado, cumplió el legado de honor que sus mayores les habían transmitido, es una encomienda que con gusto aceptamos. Expuestos con brevedad los motivos y la escena del drama, nos resta ocuparnos de sus protagonistas. La figura más hermosa de la juventud médica de nuestra última guerra de independencia, fué el brigadier Juan Bruno Zayas y Alfonso, hijo de ilustre familia habanera. Ejercía su profesión en Vega Alta, cerca de Camajuaní, provincia de Santa Clara, al estallar la Revolución, querido de todos por su carácter tranquilo y altruísta. Se le describe alto, delgado, trigueño, lampiño, desgarbado y descuidado en el vestir. Sus características anímicas eran la paciencia, la serenidad y la impasibilidad aparente, como luego se verá. Con esas cualidades, al parecer poco adecuadas para la guerra, debe no obstante decirse, que la empezó a preparar desde los bancos de la Universidad, de donde salió el año 1892. Desde que se estableció fué un propagandista formidable de la Revolución, y su contingente de hombres que ciegamente le siguieron, tan considerable y disciplinado, que mereció calurosas felicitaciones de los generales Gómez y Maceo. Incorporado a la columna invasora, se le confió en seguida el mando de la vanguardia de la misma, a las órdenes del titán Antonio Maceo, el más valiente de nuestros generales. Es imposible reseñar el número de batallas en que tomó parte en aquella peligrosa posición. Sus dotes de excelente táctico, serenidad y valentía, eran universalmente reconocidas. Zayas era de una modestia

extraordinaria, y su indumentaria no se distinguía de la de sus soldados, pero poseía en grado superlativo, el don casi mágico de una gran atracción personal, que lo hizo el ídolo de sus soldados. Peleando contra fuerzas inmensamente superiores, en que la traición jugó papel considerable, murió en terrible combate cuerpo a cuerpo, en los campos de Quivicán, en la provincia de La Habana, el día 30 de julio de 1896. "Con Zayas, ha dicho el historiador G. Castellanos, murió la figura más atractiva y hermosa que produjo la Revolución de 1895." De otro joven médico, de temple heroico, nos toca hablar. El doctor Oscar Primelles y Cisneros, de ilustres casas camagüeyanas, poseyó también grandes cualidades militares, que realzaban un valor a toda prueba. Mandaba el regimiento de caballería "Camagüey", y después de incontables hazañas, perdió la vida, en una furiosa carga de caballería, sobre el campo atrincherado del "Congreso", después de haber penetrado, dentro del cuadro enemigo, el 9 de diciembre de 1895. Federico de la Torre y Latté era estudiante del último año de medicina, cuando se incorporó a la Revolución, y en el espacio de tres meses, dejó bien acreditada su ejecutoria de bravo. En el combate de las Taironas, uno de los más sangrientos de la guerra, justamente al lado de Juan Bruno Zayas, que lo adoraba, cayó muerto por traidora bala, el 17 de enero de 1896. Vida bella también la de Rafael Cowley y Odero, joven profesor universitario, hijo a su vez de otro ilustre profesor, que se lanzó al campo, a cumplir con su deber de cubano, después de haber sido en las aulas, un audaz conspirador. Exhausto por las fiebres, respondió a su jefe, que le aconsejaba la vuelta a su hogar: "General, yo he venido aquí a dar ejemplo de decoro, hasta el último momento, no para presentarme a los españoles". Acto continuo, escogió el lugar donde quería ser enterrado. Alfredo Virgilio Ledón y Anido, fué un joven villareño que ofreció a su patria el holocausto de su vida. Con un expediente universitario brillante, admirables dotes de clínico y un hermoso porvenir por delante, murió como mueren los grandes cirujanos, curando sus heridos, en el primer combate a que asistía. Cubierto de la misma gloria, cayó también en el combate de Pozo Redondo, en la provincia de La Habana, el doctor Miguel Bacallao y Amill, y en traidora emboscada, Alberto González y Vargas Machuca, estudiante de los últimos cursos, de familia ilustre, que había dado repetidas pruebas de valor en gran número de combates. Por último, en el cumplimiento de sus sagrados deberes, asistiendo a sus enfermos, pidiendo clemencia para sus vidas, fueron macheteados, contraviniendo todos los respetos humanos, Herminio Ceulino, Carlos Soler y Francisco Hernández y Hernández Ramos, y arrebatados por implacable caquexia, de origen palúdico y disentérico, dos médicos abnegados, verdaderos apóstoles de su profesión, Ricardo Pocurul y Oña y Joaquín Caneda y Junco.

Toca el turno en este lugar, a los caudillos médicos más distinguidos por su gran capacidad militar, y que sobrevivieron como cruzados de una Jerusalén, cuyos muros acertaron a besar con sus labios. El lugar de honor lo ocupan los doctores Pedro Betancourt y Dávalos y Joaquín Castillo Duany. El mayor general Pedro Betancourt, mandó el quinto cuerpo de ejército, correspondiente a la provincia de Matanzas, la más difícil de defender para muchos de todas, por su falta de defensas naturales, que favorecía las concentraciones de las columnas enemigas, extraordinariamente. Betancourt fué un hombre

de gran carácter y de grandes arrestos, que supo con gran pericia, mantener a raya a los mejores jefes de columna españoles, provocando la admiración de sus adversarios. Fué además en la paz, el alma del movimiento revolucionario en Matanzas, su tierra natal. El general Joaquín Castillo Duany, alcanzó glorioso renombre como afortunado expedicionista, cargo de la guerra de los de más responsabilidad, como bien se comprende, y donde se requerían excepcionales cualidades de valor, astucia y conocimientos técnicos, de diversos órdenes. En el desempeño de su peligrosa misión, logró el doctor Castillo Duany resonantes triunfos, introduciendo con toda felicidad, trece expediciones, una de ellas a la vista de La Habana. El doctor Castillo Duany era además, un cumplido caballero y notable cirujano. El doctor Martín Marrero, fué como los precedentes, hombre de grandes energías y valor, que desempeñó como colaborador del general Betancourt, un gran papel en la preparación del movimiento revolucionario en la provincia de Matanzas. Y terminamos la relación de médicos militares, añadiendo a los precedentes, los nombres de Porfirio Valiente y Delmonte, Carlos Guas y Paqueras y Félix Giralt y Martínez, que en diferentes oportunidades, acreditaron sus dotes de militar, guiando sus soldados a la victoria.

Grato en extremo, nos es ahora ocuparnos de la falange gloriosa de médicos que del ejercicio de la profesión hicieron un sacerdocio, de la legión del sacificio ignorado, que no tuvieron otro incentivo que el cumplimiento del deber, y que a los prodigios de valor, de sus hermanos, respondieron aportando a sus dolores el óleo de la caridad, en lucha con un destino adverso, que los condenaba a un renunciamiento absoluto, de todo recurso terapéutico conocido, a la improvisación sin esperanza, a la aplicación de remedios empíricos, deprimentes para su dignidad de hombre de ciencia, y en numerosas ocasiones a la contemplación de su impotencia. Con el gran Pareo, fueron a la vez, médicos, farmacéuticos, enfermeros y cocineros, y sirviendo a sus semejantes, percibían en lo hondo de su ser, la clara intuición de que cumplían la más alta misión de un médico en la tierra. Muchas ilustraciones, sacadas de sus vidas, podríamos ofrecer de esa verdad, pero en este momento sólo haremos mención de los paradigmas de aquella cohorte triunfadora. Dejaron memoria imperecedera, por sus sentimientos caritativos, exacto cumplimiento del deber, y eficiencia profesional y a veces por esos motivos juntos, entre otros, los doctores Carlos Trujillo, Hugo Roberts, Agustín Cruz, Joaquín Caneda, Enrique Saez, Faustino Sirvén, Eugenio Molinet, José N. Ferrer, Gonzalo García Vieta, Daniel Gispert, Gustavo Pérez Abreu, José F. Anciano, Jorge Vega Lamar, José A. Clark, Modesto Gómez Rubio, Emilio Fernández Cavada, Manuel R. Silva, Manuel Velasco, Manuel Martínez Osuna, Emilio Ruiz, Nicolás Alberdi, Enrique Núñez de Villavicencio, y otros más. Uno de los médicos que reunió en el grado más alto, los predicados mencionados, fué según unánime consenso, el doctor Carlos Trujillo y Hernández. Nació este ilustre médico en la ciudad de Cienfuegos, de padres opulentos, se recibió en París, y viajó por toda Europa, de donde retornó para lanzarse a la Revolución, tan pronto como ocurrió el levantamiento de Baire. Tuvo el doctor Trujillo, un elevado concepto místico de la vida, circunstancia común a los grandes reformadores sociales, y en ese punto, su ideario tuvo semejanza

sorprendente con el de Martí. El doctor Trujillo tuvo por encima de las bellas cualidades de su personalidad, cultura y exquisito don de gentes, la cualidad maestra que las absorbía todas, una filantropía incomparable. Su caridad con el menesteroso, llegaba al límite de un desprendimiento absoluto, cediéndoles sin esfuerzo a los necesitados cuanto valioso en ropa, comida, o medicinas recibía de su casa. Refiere el doctor Cruz, que su concepto del deber era tan severo que, operando en cierta ocasión un caso de urgencia en el fragor de un combate, le decía: "No podemos abandonar este hombre, nuestro deber es dejarlo curado, suceda lo que quiera". Su ejecutoria de patriota, su filantropía, la austeridad de su vida, y sus elevados pensamientos, lo colocan entre los más hermosos caracteres de la Revolución de 1895. Por idénticas razones, guarda nuestra historia celosamente los nombres de los doctores Hugo Roberts, Agustín Cruz, Joaquín Caneda y Enrique Saez. El doctor Hugo Roberts y Fernández ocupó el puesto de médico del Cuartel General, de Antonio Maceo, el héroe de cien batallas, y en todas tomó parte, recibiendo en una de ellas, una herida grave en una pierna. Por la integridad de su carácter, ingénita bondad, concepto del deber y nobleza de sentimientos, fué el doctor Hugo Roberts una de las personalidades de mérito más relevante, de nuestra Sanidad Militar, en la Revolución. El doctor Roberts ostentaba el grado de general en el ejército libertador. El doctor Agustín Cruz y González nació en Santa Isabel de las Lajas, provincia de Santa Clara. Conspiró desde las aulas, y apenas concluídos sus estudios, se incorporó a la Revolución. La gentileza de su trato, su cultura, su abnegación y sus dotes de atracción personal, lo hicieron uno de los médicos más queridos de la Revolución. Su iniciación en el rudo aprendizaje de la guerra, tuvo lugar en la batalla de Maltiempo, la decisiva de la invasión y una de las más sangrientas de la guerra. Curando a más de cien heridos, entre ellos al entonces teniente Manuel Piedra, uno de los héroes de la jornada, pudo demostrar sus dotes de operador y la resistencia física, asociada a la noción del deber, que hizo de Larrey el más grande de los cirujanos militares. Herido de un balazo, que le ocasionó la fractura doble de la pierna, pasó por el trance que estremece, de ver su pierna invadida por tres veces, de la más repulsiva dolencia de un ser humano: la miasis. El doctor Alberdi le practicó la amputación del muslo, y en la soledad de una selva, tomando como único confortativo durante tres meses caldo de calabaza silvestre, dejó este glorioso inválido —caso único de la guerra— un ejemplo de patriotismo, pocas veces igualado. De otro médico meritísimo, por su extraordinaria eficiencia en el desempeño de su humanitaria misión, diremos dos palabras. El doctor Eugenio Molinet se distinguió como un espíritu organizador admirable. Como jefe de Sanidad del Tercer Cuerpo de Ejército en Camagüey, estableció los mejores hospitales de la Revolución. El doctor Molinet fué, además de un hábil cirujano, un hombre de carácter enérgico, dotado de las cualidades que hacen el buen militar. En la captura de Victoria de las Tunas, una de las más brillantes victorias del ejército libertador, fué ascendido por su brillante comportamiento, al grado de general.

El doctor Daniel Gispert fué uno de los primeros médicos que se lanzó a la Revolución, desde el pueblecito de San Gil, en la provincia de Santa Clara. El doctor Gispert, que al finalizar la guerra ostentaba la alta jerarquía

de general de Sanidad, desempeñó con gran acierto las elevadas posiciones de jefe de Sanidad del Cuarto Cuerpo, médico del Consejo de Gobierno, inspector jefe de Sanidad y director de Sanidad. Por último, el doctor Gustavo Pérez Abreu fué un distinguido joven habanero que ingresó en la columna invasora, apenas concluídos sus estudios. El doctor Pérez Abreu ocupó con gran prestigio, junto al generalísimo Gómez, el elevado puesto de médico del Cuartel General. Su alta posición no le impidió ser uno de los más celosos médicos de la Revolución en el cumplimiento de su sagrada misión.

De otros médicos que ocuparon elevadas posiciones en el Gobierno, en el Estado Mayor, en las delegaciones, y otras esferas, nos place recordar al doctor Gonzalo García Vieta, que formó parte del Estado Mayor del general Calixto García, y a los doctores Enrique Yániz, Matías Duque y Sebastián Cuervo, que ostentaron la jerarquía de médicos del Cuartel General, de jefes tan distinguidos como los generales Lacret, José M. Gómez y Máximo Gómez, y por último, los doctores Fermín Valdés Domínguez, Santiago García Cañizares, Francisco Domínguez Roldán y Eusebio Hernández. El doctor Santiago García Cañizares era de Sancti Spiritus, figuró siempre en el servicio civil de la Revolución como secretario de Estado, presidente de la Cámara, y en otras elevadas funciones. Por sus señalados servicios alcanzó el grado eminente de mayor general. El doctor Eusebio Hernández y Pérez era, antes de la guerra, un distinguido tocólogo, discípulo predilecto del profesor Pinard de París. Fué amigo de toda la confianza de Martí, y bajo sus órdenes llevó a cabo delicadas misiones diplomáticas. Aunque estuvo al servicio de la Delegación de New York, ocupó distintas posiciones en el ejército, alcanzando el grado de general. El doctor Fermín Valdés Domínguez fué uno de los estudiantes presos el año 1871, y condenado a seis años de presidio. Sus actividades revolucionarias siguen una trayectoria paralela a la de Martí, de quien era el amigo de la infancia y a quien siempre siguió en el exilio. Su obra "El 27 de noviembre de 1871", donde vindica la memoria de sus compañeros fusilados, tuvo inmensa resonancia. En ella demuestra con argumentos irrebatibles, la inocencia de aquéllos, y condena a ignominia perpetua a sus victimarios. Y por último, rendimos tributo de admiración en este lugar, al doctor Francisco Domínguez Roldán, uno de los más irreconciliables enemigos de la dominación española en Cuba. El doctor Domínguez hizo sus estudios en París. Discípulo de Farabeuf, fué un anatómico y cirujano de primer orden. En la guerra, figuró en el servicio civil como gobernador de Matanzas, con grado de coronel.

Ponemos término a esta incompleta reseña, dando los nombres de los médicos que más se distinguieron, en el campo de la cirugía, por su habilidad operatoria. Sobresalieron en este difícil dominio de la medicina, los doctores Enrique Núñez de Villavicencio, Francisco Domínguez Roldán, Nicolás Alberdi, Eugenio Sánchez Agramonte, Enrique Yániz, Eugenio Molinet, Agustín Cruz, José Nicolás Ferrer, Gustavo Pérez Abreu y Modesto Gómez Rubio. Algunos de ellos han publicado valiosos documentos sobre sus experiencias en la guerra, y la fama otras veces nos ha transmitido sus triunfos en ese dominio.

La Facultad de Farmacia, que tanto brillo conquistó en la guerra de 1868, añadió nuevos laureles a su corona en 1895. Desde los primeros momentos, asociados a los médicos, colaboraron dos de sus graduados, los doctores Gon-

zalo Otazo y Miguel Torrens, en la elaboración del Cuerpo de Sanidad Militar. La Facultad contribuyó con no menos de 30 graduados en las filas revolucionarias, a la causa de la independencia, de cuya cifra murieron nueve, luchando por la libertad. Si se observa la pequeñez numérica de sus graduados, en relación con la de médicos, fué su esfuerzo patriótico digno de toda nuestra admiración. Como propagandista y como auxiliar de extraordinaria eficacia, reemplazando y supliendo al médico, su actuación fué admirable siempre. Ya hemos hablado en otro lugar de su tarea de proselitismo, y no insistimos en ese punto. En el apéndice de este estudio figura la relación completa de todos los adalides que respondieron a la llamada de la patria, y de los héroes caídos en defensa de sus sagrados ideales. Una de las más brillantes personificaciones de la Facultad de Farmacia, fué, sin duda, el doctor Eradio Salazar y Pujados. Acababa de recibir su diploma universitario, con un expediente magnífico, cuando se incorporó a la Revolución, que como un abismo lo atraía. En los brazos de la gloria, peleando como un paladín de otro tiempo, murió en la manigua habanera, a los 23 años escasos de edad. De aquellas fiebres de nuestras guerras, que aniquilaban en horas las constituciones más recias, murieron Rodolfo Prieto, el apostólico José Carlos Quián, que las contrajo a la cabecera de sus amados pacientes, Porfirio Delange y Esteban A. Sierra, farmacéutico de la Facultad de París, establecido en Guantánamo, que murió clamando por una dosis de quinina, quien tanta había preparado para la salud de los otros. Finalmente en Pinar del Río, de viruelas malignas, que con frecuencia fulminaban sus víctimas en nuestras guerras, el doctor Antonio del Cristo. Por su solicitud y abnegación en la asistencia de heridos y dolientes, ganó aureola envidiable la joven farmacéutica Mercedes Sirvén, de conocida familia de Holguín, que con su hermano el doctor Faustino Sirvén, que hacía poco había contraído nupcias, se incorporaron desde su principio a la Revolución. De otros farmacéuticos distinguidos, conviene recordar al doctor Néstor Lastres Coppinger, hijo del Rector de la Universidad, doctor Joaquín Lastres, que formó parte de la malograda expedición del "Hawkins"; el doctor Rafael Lorié, que también asistió a ese espantoso naufragio; Ramón Reyes Zamora, Tomás Padró Griñán y Adriano Silva y Gil. Fué este último un patriota admirable y conspirador empedernido, desde su botica "La Caridad", en esta ciudad. Encarcelado en nuestra histórica Cabaña, pudo escapar y conquistó en la Revolución el grado de coronel. Sería incompleta esta breve exposición, si no incluyéramos a los doctores José Alacán y Berriel y José Guillermo Díaz, profesores distinguidos de la Facultad, de brillante historia revolucionaria, que conocieron las amarguras del destierro por su obstinada labor patriótica. Por último, consagramos un recuerdo al general José de Jesús Monteagudo, valiente jefe villareño, que si bien no obtuvo el diploma, fué un aventajado práctico que poseía farmacia abierta en el momento de incorporarse a la Revolución.

La odontología envió a su vez florido contingente de patriotas, a la liza libertadora. Entre los que realizaron el supremo sacrificio de la vida, se encuentran el doctor Mariano Alberich, distinguido joven cienfueguero, que pereció en el naufragio del "Hawkins"; el doctor Carlos Dod, joven dentista de Remedios, que murió como un héroe en el campo del honor; el doctor Juan

O'Bourke, macheteado por una guerrilla, y el doctor Joaquín Recaséns. Tuvo en compensación la odontología, la dicha de contar en sus filas una de las glorias más puras de nuestras guerras: el mayor general Emilio Núñez y Rodríguez, patriota integérrimo, que conquistó el insólito honor de haber luchado en tres revoluciones consecutivas. El general Núñez tuvo a su cargo la dirección del cuerpo expedicionario, uno de los puestos de mayor responsabilidad de la Revolución. De cómo lo desempeñó, da fe el hecho de haber introducido con todo éxito 17 expediciones, resultado que maravilla y demuestra su extraordinaria capacidad. Cerramos por último, la teoría de odontólogos heroicos, con el general Francisco de Paula Valiente, que a las órdenes del glorioso caudillo José Maceo, conquistó fama de bravo militar.

No se limitaron nuestros médicos libertadores solamente al ejercicio de su misión humanitaria guerrera o sanitaria, sino que muchos manejaron la pluma con elegancia y dejaron en libros interesantes, el fruto de sus experiencias científicas. El coronel Enrique Núñez de Villavicencio dejó pruebas fehacientes de su amor a la profesión, en diversas comunicaciones al Congreso Panamericano del año 1901, y a la Sociedad de Estudios Clínicos, en ese mismo año. Encierra la primera, valiosas observaciones sobre los traumatismos óseos, recogidas en la guerra, y trata la segunda todo lo concerniente a las intervenciones quirúrgicas en las heridas por arma de fuego. Recapituló el doctor Núñez, un total de 334 observaciones personales sobre afecciones quirúrgicas diversas, seguidas de estadísticas de mortalidad y curaciones de extraordinario interés científico. Finalmente, sobre casuística quirúrgica ejercitaron también su pluma los doctores Eugenio Sánchez Agramonte y Modesto Gómez Rubio. El doctor Molinet publicó además, durante la Revolución, un libro titulado "Manual del practicante", que fué de gran utilidad en la educación de enfermeros y practicantes durante la guerra. La vida del médico insurrecto, por último, ha sido narrada en páginas conmovedoras, para la posteridad, por los doctores Agustín Cruz, Carlos Trujillo y Gustavo Pérez Abreu.

El estudiante en las guerras de independencia cubanas

En libro áureo se narrarán algún día, las proezas del estudiante en nuestras guerras. "Ser joven, ser amado, ha dicho Néstor Carbonell, y abandonarlo todo por la patria, es sublime." Nosotros les rendimos, en estas líneas, tributo de admiración. Nada más digno de loa para el amante de la historia, que el arrojo y la decisión heroica de aquellos adolescentes, de los primeros cursos muchos de ellos, que abandonando los alicientes de una vida regalada y las esperanzas de un porvenir risueño, se lanzaron al torbellino de la Revolución. Honores triunfales conquistaron, entre otros, Arturo Sonville, Francisco Cossío, Manuel Lores y Serafín Martínez, alumnos de los últimos cursos, que prestaron valiosos servicios como médicos de Sanidad; Carlos Mendieta, estudiante de segundo año, que peleó bravíamente, ganando las estrellas de coronel; Virgilio Ferrer, estudiante del tercer curso de Farmacia, que, como capitán de Sanidad, dirigió hospitales, en los que dió pruebas de sus dotes admirables de organizador; su hermano Horacio, estudiante del primer curso de Medicina, que alcanzó jerarquía de comandante, y ostenta en su cara, como

un sol rutilante, la cicatriz de un proyectil que le fracturó el maxilar y lo puso al borde de la muerte. De otros más, de aquella pléyade dorada, recordamos a Aurelio Moreira, Domingo Lence, Carlos Herrera, Antonio Pujol y Guillermo Schweyer.

En la lista necrológica de aquel heroico estudiantado, figuran como héroes epónimos: Federico de la Torre, de cuyo heroísmo y dotes militares ya nos hemos ocupado, y Alberto González y Vargas Machuca, a quien también hemos rendido homenaje de admiración en otro lugar. Les siguen en gloriosa procesión, los estudiantes del primer año Ricardo Rodríguez de Armas, caído en acción de guerra; Manuel López Mora, ayudante del doctor A. Cruz, segado en flor por la malaria, y los jóvenes Federico Fabré, Federico Portillo, Marcos Aguirre y Carlos Jeanneret. Nuestro recuerdo no les faltará jamás.

La mujer cubana como colaboradora del médico

De la intervención de nuestras mujeres en la guerra, como auxiliares del médico, se ha escrito prolijamente. Nosotros, por lo extenso de este trabajo, nos limitaremos a mencionar solamente las que, de manera más poderosa, colaboraron en esa ardua tarea. Nuestro deber nos ordena colocar en el lugar de honor a la señora Marta Abreu de Estévez, opulenta dama cubana residente en París, la más alta representación de la filantropía en Cuba, patriota fervorosa, cuyos servicios a la Revolución, en dinero y prestaciones personales, necesitarían un libro para referirse. En la guerra de 1868 ganaron fama increcida Caridad Bravo y sus hijas, de Holguín, y en la de 1895, Emilia González, celebrada por el doctor Gustavo Pérez Abreu como modelo de caridad en las soledades del monte. No podíamos olvidar a Rosa Castellanos, conocida por Rosa la Bayamesa, admirable mujer de la raza de color, que prodigaba maternales cuidados a sus enfermos durante las dos guerras y, arma al brazo, montaba después su guardia. Merecidísima prez ganaron asimismo, en ese torneo de grandeza, la señorita Mercedes Sirvén y la señora Isabel Rubio de Gómez. De la primera nos hemos ocupado en otro lugar, y sólo añadiremos que, a juicio de muchos de sus compañeros, fué el ángel de la caridad para las fuerzas insurrectas de oriente. La señora Isabel Rubio de Gómez había nacido en Pinar del Río, de una antigua familia de médicos célebres en la comarca, y después de haber prestado innumerables servicios como enfermera, durante las terribles campañas de Weyler, fué hecha prisionera, con las piernas fracturadas en combate, defendiendo sus enfermos, para morir en una prisión española.

En la tarea de allegar recursos en el extranjero, como postulantes o hermanas de la caridad, y de mantenedoras del fuego del sentimiento patrio, sobresalieron entre la numerosa falange de las expatriadas, Susana Benítez de Cárdenas, Rosario Sigarroa, Charito Menocal, Clemencia Arango, Magdalena Peñarredonda, Esperanza Chapotín de O'Farril, Dolores Díaz viuda de Ferrer, Adelaida Latté de la Torre, Lola Rodríguez Tió, y otras más.

Los médicos en la emigración

Entre los médicos eminentes que auxiliaron poderosamente la Revolución con su prestigio y sus servicios personales, como médicos de hospitales y fundaciones para la curación y asistencia de los enfermos o heridos de la guerra, o en delegaciones y misiones cerca de los gobiernos extranjeros, recordamos, entre los primeros, a los doctores Diego Tamayo, Carlos Finlay, Raimundo Menocal, Juan Guiteras, Gabriel Casuso, Enrique Barnet, Eduardo Plá, Lincoln de Zayas, Enrique López, Joaquín Dueñas, Federico Grande Rossi, Ricardo Gastón, Emilio Rousseau, Octavio Freire, Alberto Olivera y Ramón Cueto. Como diplomáticos, recordamos al doctor Esteban Borrero, que ostentó la representación de Cuba en Centroamérica, Fernando Méndez Capote, que lo hizo en México, y el doctor Arístides Agüero, distinguido farmacéutico, que la ostentó en Sudamérica. Los clubes "Federico de la Torre", en Tampa, y "27 de Noviembre" y "Oscar Primelles", en New York, servidos por los médicos mencionados, prestaron a la causa revolucionaria señalados servicios.

Conclusión

Hemos tratado de destacar ante esta ilustre Sociedad, la importancia del concurso prestado por el médico cubano, en su triple personalidad de propagandista, de militar y de sanitario, en nuestra épica lucha por la libertad; y si por este modesto trabajo hemos tenido la dicha de avivar el brillo de sus blasones y de hacer vibrar al unísono nuestras almas, en un mismo culto, a lo heroico de la vida, y de propiciar con vuestra simpatía una más íntima compenetración de nuestros pueblos hermanos, su logro constituirá nuestro más preciado galardón.

Réstanos ahora, señores, expresaros el sentimiento de tristeza que nos embarga en este fausto día, de no habernos podido sentar en vuestra ilustre compañía. Sois caballeros de la ciencia, como antaño se decía, y en pobre correspondencia a vuestra amistosa acolada, recibid nuestro cordial abrazo de novel caballero, de hoy más asociado a vuestras fecundas labores.

Mil gracias.

APENDICE

Excusándonos anticipadamente de cualquier posible omisión, damos a continuación los nombres de los médicos, farmacéuticos y odontólogos que tomaron parte en nuestras guerras de independencia, de acuerdo con las fuentes más dignas de crédito.

GUERRA DE 1868

Médicos

Asistieron: Federico Incháustegui y Cabrera, Miguel Bravo Senties, Félix Figueredo, Adolfo Varona y Pera, Emilio Luaces e Iraola, Francisco Argilagos y Guiniferrer, Miguel Párraga y Fernández, Manuel Pina y Ramírez, Agustín Betancourt y Cisneros, José R. Boza y Miranda y Manuel R. Silva y Barbieri.

Murieron por la patria: Antonio Luaces e Iraola, Eduardo Agramonte y Piña, Sebastián Amabile y Correa, Honorato del Castillo y Cancio, Antonio Lorda y Ortegosa, Rafael Argilagos y Guiniferrer, José María Morado y Rojas, José Jenaro Díaz y Valdivia, Ramón T. Barrios y Puertas, Francisco Jiménez y Rojas, Domingo Sterling y Varona y José Figueroa y Véliz.

Farmacéuticos

Se ignora los que asistieron.

Murieron por la patria: Francisco Figueroa y Véliz, Guillermo Lorda y Ortegosa, Alejandro del Río y Rodríguez, Enrique Alvarez y Martínez, Silvestre Pérez de las Heras, Pedro Maceo Chamorro y Manuel Guerra Almáguer.

Odontólogos

Se ignora los que asistieron.

Murieron por la patria: Luis Majín Díaz, Angel Castillo Agramonte, Carlos Aguirre y Valdés y Pedro Betancourt y Viamonte.

Estudiantes de medicina

Fusilados el 27 de noviembre de 1871: Alonso Alvarez de la Campa, José de Marcos Medina, Angel Laborde, Eladio González, Carlos de la Torre, Carlos Verdugo, Anacleto Bermúdez y Pascual Rodríguez.

Médicos deportados

Dionisio Saez, Miguel Bravo Senties, Patrocinio Freixes y Miguel Sandoval.

Farmacéuticos deportados

Carlos Conar, Manuel Alvarez, Joaquín del Río, Silvestre Pérez de las Heras, José García Cañizares y Alfredo Figueroa.

Dentistas deportados

Martín Agüero y Rafael Forts.

GUERRA DE 1895

Médicos

Asistieron: Eugenio Sánchez Agramonte, Daniel Gispert y García, Eugenio Molinet y Amoros, José Nicolás Ferrer y Mena, Guillermo Fernández Mascaró, Nicolás Alberdi y Golzarri, Porfirio Valiente y Delmonte, Hugo Roberts y Fernández, Augusto Aguilera y Requeijo, Agustín Cruz y González, Manuel Alfonso y Ceijas, Enrique Saez y Bringuier, Francisco Domínguez Roldán, Enrique Yániz y Martínez, Faustino Sirvén y Pérez, Gustavo Pérez Abreu, Lucas Alvarez Cerice, Manuel Velasco y Valdés, Francisco Javier Bolaños y

Fundora, Antonio Esperón y Ruli, Eduardo Padró Griñán, Julián Betancourt y Sánchez, Tirso Luis y Crespo, Luis Hernández de Córdova, Fabián Barroso y Barroso, Fermín Valdés Domínguez, Matías Duque y Perdomo, Carlos Guas y Pagueras, Francisco Argilagos y Guiniferrer, Carlos Trujillo y Hernández, Manuel Sueiras y Miralles, Gonzalo García Vieta, Jorge Vega y Lamar, Emilio Fernández Cavada, José Sigarroa y Jorge, Rodolfo Socarrás y García, Santiago García Cañizares, Francisco Díaz Vivó, Manuel R. Silva y Zayas, Manuel Martínez y Osuna, Enrique Núñez y Palomino, Emilio Ruiz y González, Eusebio Hernández y Pérez, Rodolfo Socarrás y Varona, Oscar Bermúdez y Montalvo, Juan F. Fusté y Ballesteros, José Méndez Plasencia, Pedro Sánchez Hechavarría, Joaquín Castillo Duany, Juan B. Zayas y Baquero, Felipe Veranes y Goba, José F. Anciano, Félix Giralt y Martínez, Pedro Betancourt y Dávalos, José R. Robaina y Arquimbau, Francisco Cosío y Gómez, Manuel Lores y Llorens, Francisco M. Rojas y Sánchez, Modesto Gómez Rubio, Arturo E. Sonville y Cervantes, Manuel Alvarez Ruellan, José A. Clark y Mascaró, Juan F. Milanés y Alfonso, Guillermo Dolz y Arango, Ramón Negre y Menció, Gonzalo Roig y Sala, Sebastián Cuervo y Serrano, Eduardo Poey y Ripes, José M. Núñez y Rodríguez, Henry Damford, Martín Marrero, Ciro Troncoso, Hipólito Galano, Juan F. Falcó, Félix García, Antonio Durio, Máximo Zertucha, Francisco Casanova, Luis Darder y Juan B. Zayas Baquero.

En la última etapa: Víctor M. García, Octavio Freire, Alejandro Lainé, José A. Valdés, Martín Casuso y Roque, Ernesto M. Flamant, Raimundo Ferrer, Modesto Fernández y González, Alfredo Domínguez Roldán y P. H. East.

Murieron por la patria: Federico Incháustegui y Cabrera, Carlos A. Soler y López, Miguel Bacallao y Amill, Herminio Ceulino y Madrazo, Francisco Hernández y Hernández Ramos, Ricardo Pocurul y Oña, Alfredo V. Ledón y Anido, Arturo Hernández y Hernández de Córdoba, Estanislao Argudín y Núñez de Villavicencio, Antonio López y Pérez, Luis Delgado y Núñez, Rafael Cowley y Odero y Joaquín Caneda y Junco.

Otros médicos de prestigio revolucionario, pero de cuya presencia en la guerra no tenemos dato cierto, fueron: Emilio Rousseau y C. Becerra, Alberto Olivera y Mendoza, José Ojeda y Varona, Maximino Arias y Segrera, José Garcim y Silva, Andrés García Santiago y Pedro Veira.

Médicos deportados en 1895

José R. Montalvo y Covarrubias y Emiliano Núñez de Villavicencio.

Farmacéuticos

Asistieron: Gonzalo Otazo, Pelayo Peláez y Laredo, Miguel A. Torrens y Meza, Juan B. Sardiñas y Molina, Ramón Reyes Zamora, Rafael Lorié y Cobe, Tomás Padró y Griñán, Mercedes Sirvén y Pérez, Mario O. Hevia y Romay, Ramón Muiña y Herrera, Gabriel O'Farrill y Chapotín, Manuel Planas y Rodríguez, Néstor Lastres y Coppinger, Arturo Fernández Garrido, Gregorio

Menéndez y Pelayo, Adriano Silva y Gil, Francisco Robaina y Arquimbau, Andrés Rodríguez y Acosta, Clemente Cuesta y Torralbas, Domingo Lecuona y Madán, Leopoldo Figueroa y Martínez, Pedro G. Buzzi, Ricardo Pau, Cipriano Domingo, Eduardo Alloz, y Carlos N. Rodríguez Feo.

Murieron por la patria: Eradio Salazar y Pujadas, Aurelio Duarte y Duarte, José Carlos Quián y Rodríguez, Cipriano León y Cárdenas, Rodolfo Prieto y Figueroa, Porfirio Delange y Figueroa, Esteban A. Sierra y Negret, Antonio L. del Cristo y Cordobés, Leopoldo Tió y Carlos Roca.

Odontólogos

Asistieron: Carlos García Vélez, Emilio Núñez y Rodríguez, Francisco de P. Valiente, Ignacio Weber y de Torre, Pedro P. Beaujardin y Rodríguez, Eduardo Alvarez y Fuentes y Largio Cordero.

Murieron por la patria: Juan O'Bourke, Mariano Alberich y Navarro, Carlos E. Dod y Martínez Fortún, Antonio Fontanills y Yurre y Joaquín Recaséns y Garrido.

Escalafón del Cuerpo de Sanidad Militar de la Revolución de 1895

Director, general Eugenio Sánchez Agramonte. Ayudantes, Aurelio Moreira y Domingo Lence, estudiantes. Departamento oriental: subdirector, doctor Eugenio Molinet, Primer Cuerpo: jefe, doctor Hipólito Galano. 1ª División: jefe, doctor Pedro Sánchez Hechavarría; 1ª Brigada, doctor Manuel Martínez Osuna; 2ª Brigada, doctor Manuel Lores. 2ª División: jefe, doctor Eduardo Padró Griñán; 1ª Brigada, doctor Manuel Sueiras; 2ª Brigada, doctor Rodolfo Socarrás Varona. 3ª División: jefe, doctor Gonzalo Roig; 1ª Brigada, doctor Víctor M. García; 2ª Brigada, doctor Luis Hernández de Córdoba. 2º Cuerpo: jefe, doctor Porfirio Valiente. 1ª División: jefe, doctor Augusto Aguilera; 1ª brigada, doctor Julián Betancourt; 2ª Brigada, doctor Eduardo Poey. 2ª División: jefe, doctor Faustino Sirvén; 1ª Brigada, doctor Rodolfo Socarrás García; 2ª Brigada, doctor Ciro Troncoso. 3er. Cuerpo: jefe, doctor José A. Clark. 1ª División: doctor Manuel R. Silva; 1ª Brigada, Arturo Sonville; 2ª Brigada, doctor Juan F. Milanés; 3ª Brigada, doctor Octavio Freire. 2ª División: jefe, doctor Emilio Luaces; 1ª Brigada, doctor Francisco Cosío; 2ª Brigada, doctor Juan F. Falcó, H. Damford. Departamento occidental: subdirector, doctor Hugo Roberts. 4º Cuerpo: jefe, doctor Nicolás Alberdi. 1ª División: jefe, doctor Fabián Barroso; 1ª Brigada, doctor Jorge Vega Lamar; 2ª Brigada, doctor Agustín Cruz; 3ª Brigada, doctor Francisco Rojas. 2ª División: jefe, doctor Carlos Trujillo; 1ª Brigada, doctor Manuel Velasco; 2ª Brigada, doctor Ricardo Pocurul; 3ª Brigada, doctor Antonio Esperón. 4º Cuerpo: jefe, doctor Martín Marrero. 1ª División: jefe, doctor Enrique Saez; 1ª Brigada, doctor Joaquín Caneda; 2ª Brigada, doctor Largio Cordero; 3ª Brigada, F. García; 4ª Brigada, doctor Enrique Yániz; 5ª Brigada, doctor José Sigarroa; 6ª Brigada, doctor Emilio Fernández Cavada; 7ª Brigada, doctor Alejandro Lainé. 2ª División: jefe, doctor Félix Giralt; 1ª Brigada, Francisco J. Bolaños; 2ª Brigada, José F. Anciano; 3ª Brigada, doctor Tirso Luis; 4ª Brigada, doctor José Méndez Plasencia. 6º Cuerpo: jefe, doctor Gustavo Pérez Abreu. Far-

macéutico, doctor Ricardo Pou. 1ª División: jefe, doctor Modesto Gómez Rubio; 1ª Brigada, P. H. East; 2ª Brigada, vacante; 3ª Brigada, doctor José A. Valdés; 4ª Brigada, doctor Raimundo Ferrer. 2ª División: jefe, doctor Francisco Díaz Vivó; 1ª Brigada, doctor Emilio Ruiz; 2ª Brigada, farmacéutico doctor Andrés Rodríguez Acosta. Consejero de Gobierno, doctor José Nicolás Ferrer. Médico del general en jefe, doctor Lucas Alvarez Cerice. Médico del general Calixto García, doctor Gonzalo García Vieta. Médico del general Rabi, doctor Felipe Veranes. Médico del general M. Menocal, doctor Enrique Núñez de Villavicencio. Médico del general José M. Gómez, doctor Matías Duque. Médico inspector general, doctor Daniel Dispert. Director del Centro de Vacuna, doctor Guillermo Fernández Mascaró. Médico de expediciones, doctor José M. Núñez.

Escalafón de Farmacia

Jefe superior, doctor Gonzalo Otazo. 1er. Cuerpo: jefe, vacante. 2º Cuerpo. En la 2ª División, doctor Mercedes Sirvén y Antonio Reyes Zamora. 3er. Cuerpo: jefe, vacante. En la 2ª División: jefe, doctor Gregorio Menéndez. En la 2ª Brigada, doctor Eduardo Alvarez. 4º Cuerpo: jefe, doctor Pelayo Peláez. En la 1ª División, 2ª Brigada, doctor Francisco Robaina. Las demás, vacantes. En la 2ª División: jefe, doctor Miguel Torrens. En la 2ª Brigada, doctor Carlos N. Rodríguez Feo. En la 3ª Brigada, doctor Leopoldo Figueroa. 5º Cuerpo: jefe, vacante. En la 1ª Brigada, doctor Mario Hevia. En la 4ª Brigada, doctor José C. Quián. 2ª División: jefe, doctor Eradio Salazar. En la 1ª Brigada, doctor Gabriel O'Farril. En la 4ª Brigada, doctor Aurelio Duarte. Las demás, vacantes. 3ª División: jefe, doctor Domingo Lecuona. Las demás, vacantes.

Como el más apropiado epílogo de este trabajo, queremos dejar cumplida constancia de profundo reconocimiento por su gentileza y generosa ayuda, a los doctores Hugo Roberts, Agustín Cruz, Gustavo Pérez Abreu, Eugenio Molinet y Daniel Gispert, gloriosos supervivientes de la epopeya de 1895, por cuanto dato a la medicina concierne, y al doctor Héctor Zayas Bazán, por lo que a la farmacia se refiere. Sin su cooperación, no hubiera sido posible este trabajo.

A todos les reiteramos una perenne gratitud.

Historia de la Virgen del Socorro de Guatemala

Por Carlos SAMAYOA CHINCHILLA

PORTAL

Terminada la conquista del imperio mexicano, don Hernando de Cortés —a quien probablemente cabe la gloria de haber sido el primero en concebir la posible comunicación de los océanos que bañan los flancos de América—, organizó dos expediciones: la primera por mar, al mando de Cristóbal de Olid, destinada a descubrir y colonizar la costa norte de Honduras, y la segunda por tierra, a las órdenes de Pedro de Alvarado y Contreras, con el objeto de sujetar a la dominación española los reinos que comprendía la actual República de Guatemala.

El 6 de diciembre de 1523, salió Alvarado de México a la cabeza de trescientos hombres de armas (de los cuales ciento ochenta eran ballesteros y arcabuceros y ciento veinte de caballería). Llevaba, también, cuatro cañones pequeños, cincuenta caballos de reserva, un grupo de auxiliares compuesto de ochocientos guerreros tlaxcaltecas, quinientos mexicanos y un número considerable de *tlamemes* o cargadores que conducían las municiones y el forraje.

Con ese ejército iba, además, al cuidado del clérigo Juan Godínez, una imagen de la Virgen de la Piedad, que es sin duda una de las esculturas españolas que primero llegaron a América, pues ya hacia varios años que estaba en la isla de Jamaica, en poder del capitán don Francisco de Garay. Esa virgen, que apenas mide tres codos de altura, ocupa ahora sitio de honor en el crucero norte de nuestra Catedral, y su historia está vinculada por muchos motivos con nuestra historia. Ella estuvo presente en todos los encuentros y vicisitudes de la conquista; a sus pies se dijo la primera misa en Centroamérica; y ella asistió también a las cuatro fundaciones de la capital de Guatemala. En el intento de dar alguna originalidad a este relato, la propia imagen narrará su historia.

(1475) Vitela primera: *El imaginero que me esculpió.*

Mi forma dormía en la dura carne de un tronco de naranjo. Sin descanso, la escofina y el cincel trabajaban en el afán de libertarme. Así, como despertando de un plácido sueño, pasé largo tiempo. Confusamente sentía ya, pero no veía. De pronto, el suave extremo de un pincel acarició mi rostro y, en seguida, ¡oh maravilla!, dos puntos de cielo dieron luz a mis pupilas: ví...

Manos velludas me pusieron en pie y la claridad del firmamento ondeó sobre mi cabeza. Entre enmarañados matorrales de pelo entrecano, los ojos ardientes de un hombre me contemplaban con fijeza... Comprendí: aquel hombre era un imaginero.

Bella y pura resplandecía la mañana. Sobre el caballete de un muro, a la sombra de un olivo centenario, se arrullaba una pareja de palomas y en el

confín remoto golpeaba sus prisiones de bronce un badajo de campana. Más allá, distinguí un patio de tierra inculta invadido por la hierba loca y, a la sombra de varios perales en flor, el brocal de un vetusto pozo.

Se llamaba aquel artífice mosén Joán Morgobejo, según pude enterarme por los vecinos que a darle plática llegaban de cuando en cuando, y era padre de cinco niños de ojos negros como la endrina y ensortijadas cabelleras. Aún recuerdo el jubiloso eco de las voces de esos niños. Mientras el padre, con prolija dedicación, tallaba o pintaba sus imágenes, ellos venían a verme, reían y después escapaban de puntillas. La madre, larga y nariguda, lavaba siempre en el patio, al escaso abrigo de una retorcida higuera. Trabajaba la buena mujer sin prisa, pero con destreza, canturreando inconscientemente un aire antiguo: "cuando en Piedrahita sale el sol, beodos están los de Mirón, mas a la noche, todos uno son..."

Por Pascua Florida, mosén Joán dióme los últimos toques y principió a esculpir el infante-Dios que, desde hace más de cuatrocientos años, llevo en brazos; y para la Vigilia de los Santos Reyes nos terminó de pintar, de acuerdo con una fórmula de arte provenzal que era uno de los mayores secretos de los imagineros medioevales. Terminada la obra, mosén Joán nos contempló detenidamente, vió luego sus rudas manos, y sonriendo para sí mismo dijo muy quedo: "Vera efigie, su carita rosa-bruna es como manzana de Aragón; el primer milagro de esta virgencita es su propia fermosura".

(1476) Vitela segunda: *don García de Salzedo.*

Terminaba la hora de la siesta. Un débil soplo de frescura se expandía a través del patio y en el obrador no se oía más que el bordoneo de una avispa. La puerta que daba a la calle se entreabrió con agrio ruido y un caballero hizo su aparición. Hombre de mediana edad, usaba la barba negra a manera de collar y su traje, un tanto raído, lucía acuchillados gregüescos de terciopelo color escarlata y pespuntes guatados de piel de ante. Era, según por su misma boca supe, el hidalgo don García de Salzedo, mayordomo del noble y muy poderoso señor don Diego de Mendoza, y andaba por las calles de Sevilla en busca de una buena imagen.

Inquisitivo, y casi sin responder a las palabras de bienvenida que, caperuza en mano, le prodigaba mosén Joán, don García hurgó con sus filosas miradas los rincones del obrador. Primero llamó su atención una efigie de Santa Cecilia; mas como ella no estuviera en venta, según dijo mosén Joán, porque pertenecía a un familiar de la rica viuda de Ortiz Ceballos, que la había enviado para que se le hicieran algunas reparaciones, detúvose ante una imagen grande de San Juan; pero, según parece, no la encontró de su entero agrado y, por último, fijó sus ojos en mí.

Dos días más tarde volvió el caballero acompañado de un criado y, tras muchos parlamentos, entregó su bolso repleto de ducados al humilde imaginero. Mi suerte estaba echada. Los niños, llamados por su madre, acudieron en tropel a despedirme y hasta el perrillo de la casa, inmóvil sobre sus patas traseras, parecía condolerse de mi futura ausencia. Luego, entre todos, me acomodaron en el fondo de una cesta de mimbre que el sirviente suspendió de su antebrazo, y partimos.

En la calle de blancas casonas había mucha gente. Era día de feria y los campesinos sin duda aprovechaban la mañana para hacer sus compras. Frente al portalón de una bodega donde las guitarras parecían hablar y las "cantaoras" gemir, una muchacha morena bailaba echando atrás su magnífico busto. A la vuelta de una esquina, barbudos montañeses descargaban un carro de madera recién labrada...

Esa noche la pasamos en la alcoba de una venta sevillana y, muy de madrugada, cuando el astro no era más que una promesa de oro en las vidrieras de oriente, mi dueño me llevó a la catedral con el objeto de hacerme bendecir en ella.

(1476) Vitela tercera: *La Catedral de Sevilla.*

Hermosa es la catedral de Sevilla, y por algo son famosas las palabras con que el Cabildo, reunido en Corral de los Olmos, el 8 de julio de 1401, decidió la magna empresa de su edificación: "Fagamos una iglesia tan grande, que los que la vieren acabada nos tengan por locos".

En los seguros brazos de don García de Salzedo atravesé el Patio de los Naranjos, quedando maravillada de los muchos que en él hay entre palmas y cipreses. Tras un alto paredón, la torre de la Giralda se inclinó para ver pasar a mi niño. En seguida entramos al templo por esa monumental puerta que el pueblo llama de las Campanillas.

No de otro modo que cuando se presenta sobre el lomo del mar un bajel de alto bordo, empenachado, y cuyo palo mayor domina a los de mesana, trinquete y bauprés, con armoniosos y bien distribuidos grupos de velas y velillas, cuchillos, grímpolas y gallardetes, aparece la catedral de Sevilla ante los ojos del asombrado visitante. Pomposo es el crucero y majestuosas las demás naves que lo circundan con mil torrecillas, remates y capiteles.

Pasada la puerta de las Campanillas, hallamos la capilla de la Concepción la Grande, terminada en esos días por Joán de Maeda. Tiene esa capilla infinidad de adornos platerescos en la cúpula y en los frisos. Entre un bosque de columnas se alza el altar mayor con el retablo de Nuestra Señora de los Santos Reyes, y bajo las arcadas próximas duermen en sus sepulcros don Alfonso el Sabio y doña Beatriz de Suavia. Al pie de las gradas del presbiterio está la urna de pórfido que guarda las cenizas de San Fernando. Yo, ante tamaña magnificencia, quedé pasmada como una niña. El corazón de la vieja España estaba allí, entre aquellas reales tumbas, tapices de paño de oro, cortinones de Damasco, lámparas de plata sobredorada y capillas portátiles con figuritas de marfil. Al terminar la misa, el sacerdote que oficiaba volvióse y me bendijo solemnemente. Las campanas tocaban a gloria. En seguida, siempre en brazos de don García, salimos. Afuera, el día era como vibrante salmo, y la Giralda me pareció un enorme índice que señalaba a la cristiandad el camino del cielo.

Mi forma fué esculpida por un artífice sevillano en el tronco de un árbol de naranjo, y así como antes ese árbol diera flores de azahar, yo, si el gran Dios lo permite, algún día daré flores de milagro.



VIRGEN DEL SOCORRO, EN LA CATEDRAL METROPOLITANA DE GUATEMALA

(1519) Vitela cuarta: *La casa del silencio.*

En Carmona, ciudad adonde en seguida me llevara don García, viví cerca de tres lustros en santa paz del Señor. Era el nombrado caballero hombre viudo, sin familia y algo misántropo, y su casa, a pesar de ser bastante rica y bien puesta, parecía no tener más alma que la del silencio.

Caserón adusto y sombrío, de puerta blasonada y ventanales defendidos por rejas forjadas. En la penumbra de sus vastas habitaciones, apenas si se distinguían los muebles: mesas, sillones, bargueños, anaqueles repletos de libros forrados de cordobán y dos cofres chinos con incrustaciones de jade. Pendientes de los muros, sobre un escudo de Castilla, con calladas voces de heroísmo y honores sin mancilla las herrumbrosas espadas...

¿Qué misterio o qué tragedia pesaban sobre la existencia de aquel hombre? Nunca me fué dable desentrañarlo. De día hasta los maderos de los balcones permanecían cerrados, y sólo muy de tarde en tarde mi vista se refrescaba cuando a través de sus cristales descubría un retazo de cielo sobre las colinas crespas de olivares.

¿Es que toda mi existencia la iba a pasar entre las flores sin vida ni aroma que adornaban mi camarín? Aunque, tal vez sin merecerlo, yo había soñado con ser la imagen adorada por un pueblo; en despertar hogueras de fe y en hacer milagros; en que los niños y las mujeres vinieran a mí y me contaran sus esperanzas y sus penas.

Con los ojos muy abiertos sobre el cerquillo de velas que a toda hora ardía ante mí, gracias a los cuidados de una dueña, mi pensamiento volaba a casa de mosén Joán Morgobejo, añorando las claras risas de sus niños. Ignorar, no es la ciencia de la vida. Yo hubiera querido vivir, ser, prodigarme entre los que sufren y han sed de pan y justicia; llevar a mi divino infante en los brazos por todo el universo y, si posible fuera, encarnar una tradición o ser un alto anhelo...

Mas en casa del señor de Salzedo nada de eso había. Los años pasaron unos tras otros sin dejar memoria, y cuando él murió, a consecuencia de un desafío, pasé por su voluntad a un convento de frailes dominicos, donde permanecí hasta 1519, año en que el prior de la comunidad dióme como testimonio de su afecto al capitán don Francisco de Garay, rico y ambicioso varón que, según supe más tarde, acababa de ser nombrado gobernador de la isla de Jamaica por su majestad el emperador Carlos V. ¡Jamaica! ¡América! Mis sueños iban a cumplirse. Con mi hijo sobre el corazón, vería otras tierras y otros hombres y, si mi destino era amplio y generoso, contribuiría a extender la fe de Nuestro Señor por países de gente infiel.

(1520) Vitela quinta: *La travesía.*

Con buen viento y mejores esperanzas zarpamos del puerto de San Lúcar el día 1º de junio de 1520, jueves de Pentecostés, y vano esfuerzo sería el que intentara pintar mi gozo cuando me ví a bordo y en el sitio de honor de uno de los galeones con que iba a tomar posesión de su elevado cargo el capitán De Garay.

Sobre el acero del río, el día comenzaba a cerner su luz opalina e imponderable, y al llegar a las bocas del Guadalquivir el cañón tronó once veces. En seguida entramos a mar cerrada. Aquellos instantes fueron para mí de muy honda y patética emoción. Al amparo de mi santo hijo partía de España, y ¡quién sabe si a ella me sería dable tornar nunca! Mi congoja era extrema; pero dándome cuenta de que, al saludar de la pólvora, los hombres de la tripulación volvían sus ojos hacia mí, algo tibio e inefable corrió por mi invisible sangre.

Eran aquellas jornadas epónimas de cimiento y fundación en las que, ante las proas de los barcos españoles, se desdoblaba el mundo. Sus tripulantes iban a erigir y a poblar nuevas ciudades y a extender su fe. Con ellos iba yo también, orgullosa, porque el principio de todo nuevo pueblo ha de estar en Dios, y por Dios conviene empezar, implantando su amor. A nuestros costados se oía la oración jadeante de las olas que iban y venían de un extremo a otro de la patria sin confines: oración del mar por aquellos que, sobre toscos maderos florecidos de cruces y banderolas, buscaban la inmortalidad de su raza en naves precarias, locas de más allá y de aventuras.

Al aproximarse a la línea del Ecuador nos salió al encuentro el primer contratiempo: la nao que llevaba el agua a su bordo naufragó en medio de una súbita tormenta. La que nos quedaba, escasa y corrompida, hubo que racionarla; pero —¡oh, divina ilusión!— con suma frecuencia ví a un ballestero hurtar parte del líquido que a él correspondía para regar dos tallos de rosa que, entre arcabuces, lanzas y atambores, cuidaba en un rincón con el fin de sembrarlos al no más poner pie en tierra americana.

Y, con la gracia de Dios, por fin llegamos a la isla de Cuba, y de allí pasamos a la de Jamaica, que a mí me pareció cesto de pájaros y flores sobre la ondulante mantelería de los mares. Dos años más tarde, pretendiendo disputar a Cortés el fruto de su conquista, el capitán De Garay se hizo a la vela en busca del continente; pero dicho estaba que su ambicioso designio había de quedar frustrado, porque al descender en costas mexicanas sus hombres se amotinaron y, abandonado por casi todos, se vió en el penoso trance de solicitar protección del mismo Cortés. Con alegría recuerdo que, yo y mi hijo, fuimos de los pocos que quedaron a su lado en tan dura prueba.

(1522) Vitela sexta: *La cena de los capitanes.*

En la azotea de un templo que en edad ya muerta fué consagrado por los sacerdotes aztecas al culto de Quetzalcoatl, se ha improvisado una tarima para servir a los capitanes el ágape de Nochebuena.

A la rojiza luz de las antorchas, en áureo vaso que antes fuera de horrendo sacrificio y ahora es de holgura, don Hernando de Cortés bebe su vino, generosa sangre de las Españas. A su diestra está Pedro de Alvarado y Contreras, el de los ojos alegres y las barbas de bronce, y a su siniestra, olvidado de todo, hunde la barba entre los encajes de su gorguera el sometido capitán don Francisco de Garay. Con las bandejas en alto, los pajes y los maestresalas del ejército distribuyen las viandas y escancian los vinos: pan candeal, cordero asado, gallinas y faisanes de la tierra, pájaros *chichicuilotes,* almíbares de zapote y rodajas de ananá.

Vencedores de las miserias de la vida y de las amenazas de la muerte, del sufrimiento y de las malevolencias del mar, aquellos hombres rapaces y devotos, que son también consumados maestros de valor y de energía, viven esa noche de Navidad un portentoso sueño, en el que todas las imágenes tienen metálicas resonancias. Ante las sortílegas y feroces miradas de los dioses indios, los capitanes de la conquista de México beben y ríen contándose unos a otros sus hazañas. Luego, cuando la cena ha terminado, juegan. Apuestan con doncellas y tejuelos de oro o con puñados de esmeraldas; se mofan de su mala sombra y, cuando todo lo han perdido, juegan esperanzas y promesas con el mismo desenfado con que tantas veces han puesto en peligro su vida. ¿No eran ellos acaso los indiscutidos dueños y señores de un nuevo mundo?

De pronto, Cortés, con la mano izquierda en la cintura y la derecha en alto, habla, desovillando su pensamiento: México está en vías de pacificación; hacia el sur hay comarcas vírgenes y un gran enigma: la posible comunicación de dos océanos. El capitán Cristóbal de Olid irá a esclarecer ese enigma en bajeles y Pedro de Alvarado, por tierra, descenderá en busca de nuevos reinos para añadirlos a la corona del rey de España.

El sol de Anáhuac asoma su sangrienta máscara en el horizonte. ¿Casualidad? ¿Envenenamiento, como algunos suponen? Lo cierto es que al amanecer el capitán De Garay se siente muy mal. Los físicos Ojeda y López lo purgan y lo sangran y los curanderos indios lo atienden; mas nada vale. Al caer el astro desfallece y, sintiéndose morir, envía recado a Cortés, anunciándole que lo ha nombrado su albacea. El único bien que deja es la imagen de una virgencita de faz rosa-bruna que ha traído de España... Y en sus manos la encomienda.

(1523) Vitela séptima: *La conquista de Guatemala.*

Después del fantástico drama que fué la conquista del imperio mexicano, ¿qué esperaba a los soldados españoles?

Los sacerdotes aztecas, movidos sin duda por la esperanza de verlos partir, aseguraban que en dirección al sur había países cuyos habitantes se nutrían tan sólo con el perfume de las flores. Hablaban de gigantes y pigmeos, de hombres-pájaros, de mujeres amazonas que luchaban con bizarría de varones y de ciudades amuralladas de plata, en las que los más comunes utensilios estaban decorados con perlas y piedras finas. La calenturienta imaginación de los conquistadores iberos hervía en climas de fábula, derramándose a su antojo sobre comarcas recamadas de leyenda. ¡Plantas nuevas! ¡Hombres nuevos! ¡Insospechadas constelaciones! ¡Riquezas incalculables! Para aquellos hombres crueles e impulsivos, cuyo espíritu era ardiente mezcla de la *Biblia* y la *Odisea,* todo era posible. El mundo y el cielo se abrían ante sus ojos estupefactos, y los más hiperbólicos sueños se identificaban con la realidad de los paisajes y los seres vivientes.

Al fin, como estaba dispuesto, en un memorable 6 de diciembre de 1523, Pedro de Alvarado y Contreras, a la cabeza de un ejército, abandonó la legendaria Tenochtitlán en busca de las tierras del sur. Por voluntad expresa de Cortés y al cuidado del capellán Godínez, yo formé parte de la expedición.

Su primer objetivo era domeñar a los pueblos que integraban la encomienda de un tal Guélamo, en el istmo de Tehuantepec. Alcanzado éste en poco tiempo con buen éxito, proseguimos la marcha.

Llevada en hombros y bajo dosel de palmas por cuatro caciques de Tlaxcala, que ya habían aprendido a bañar en miel las pepitas de sus ojos para contemplar a mi niño, los soles de Soconusco me vieron pasar entre los cacaotales o las selvas llenas de penetrantes y salvajes aromas. De cuando en cuando, nuestra hueste era atacada por pequeños grupos de bárbaros, desnudos y ágiles, generalmente ataviados con cimeras de vistosas plumas y, por las noches, no había en el campamento más luz que la de los cocuyos y la sonrisa de mi infante. Así llegamos hasta Tonalá, lugar en el que encontramos por primera vez fuerzas indígenas organizadas, pero, con la ayuda de Dios, logramos seguir adelante. En seguida atravesamos las montañas de Palahunch, cuya arboleda era tan tupida que durante varios días nos impidió la vista del sol. Al salir de ellas, mientras acampábamos en la cima de una cumbre, el horizonte se abrió. Amanecía. Al otro lado de unas rojizas barrancas en cuyo fondo se deslizaba un río como culebrón de plata derretida, se alzaba la tierra en imponentes tumbos. ¡Eran los volcanes de Guatemala! Descendiendo al valle, encontramos una india y un perro descuartizados, prueba de magia negra con la que los indios de Xelahuh pensaban exterminarnos, pero el apóstol Santiago acudió a mi llamado y a la mañana siguiente, después de enconada lucha, el capellán del ejército español celebró a mis pies la primera misa en la plaza mayor de Xelahuh.

(1534) Vitela octava: *Primeros tiempos.*

De la ciudadela de Xelahuh partimos para Utatlán. Las sendas estaban obstruídas e incesantemente nos veíamos acosados por guerreros indios que en los pasos difíciles nos acribillaban de flechas, piedras o varas tostadas. Y así llegamos hasta el reino de Utatlán, donde se nos recibió, al parecer, en son de paz. La historia relata que don Pedro concibió recelos al observar que en las calles de la población no había niños ni mujeres, pero, la verdad sea dicha, yo fuí quien, en obediencia a súbita inspiración, lo hice desconfiar. Sin demostrarlo ni dar a entender que abrigaba temor alguno, Alvarado ordenó que el ejército saliera del recinto. ¡Estábamos salvados! Esa noche era la señalada para el degüello del invasor. A la madrugada siguiente, el capitán español hizo prender a los caciques Oxib-Queh y Beleheb-Tzy y, con acto de crueldad que no alcancé a impedir, los hizo ajusticiar.

En seguida, don Pedro despachó embajadores a la ciudad de Iximché, capital de los cachiqueles, en la que fuimos al principio bien acogidos, y la conquista de estos reinos continuó llevando nuestros victoriosos pendones hasta Cuscatlán, calurosa comarca donde Alvarado, después de sufrir una herida y varios reveses, decidió volver a la capital de los cachiqueles y fundar en su mismo emplazamiento la villa de Santiago, el 25 de julio de 1524, mas, no pudiendo sostenerse en ella, la abandonó, trasladándonos a Xepau, paraje donde tampoco permanecimos largo tiempo.

Mientras tanto, en Guatemala como en el resto de América, plasmaba una realidad fundamental: el mestizaje, o sea la substancia de una nueva

raza que, siglos más tarde, habría de constituir uno de los más legítimos orgullos de la vieja España. Las leyendas de El Dorado, Cipango y las Siete Ciudades de Cibola seguían obsesionando el ánimo de los conquistadores, pero tras ellos habían surgido otros hombres dispuestos a sacrificarse por implantar los principios de su fe y su cultura. El idioma castellano, en magníficos vuelos, transportaba un nuevo espíritu al mundo americano.

En radioso y memorable 22 de noviembre de 1527 se llevó a cabo la fundación de la ciudad de Guatemala en el valle de Almolonga. Constituídos ante mí, celeste infanzona, el teniente de gobernador y capitán general, los alcaldes, regidores y vecinos, el representante de la real autoridad tomó un madero, lo hizo hincar en el sitio elegido, en señal de posesión, y en seguida mandó trazar plazas y calles. Con la ayuda de Nuestro Señor, de los cabildos, de las audiencias y la esforzada voluntad de unos cuantos varones, la ciudad tomó bien pronto cuerpo. Se comenzó a construir la catedral, y en ella se me señaló sitio de honor, trocando el nombre de Virgen de la Piedad que antes llevaba, por el de Virgen del Socorro, que ahora tengo. Se me instaló sobre peana de plata bellamente repujada y, por último, se me enriqueció con un gran resplandor formado de rayos y querubines...

(1541) Vitela novena: *La inundación.*

Han transcurrido diez y siete años. La vida en Almolonga es cara y primitiva, pero todo el mundo está contento; la fe católica se extiende; las plantas y animales de Castilla se multiplican favorablemente; con provecho se laboran las minas, y las sementeras dan fácilmente el sustento.

Sin embargo, en el aire hay malas noticias. Dicen ellas que el Adelantado don Pedro de Alvarado ha muerto en México combatiendo contra los naturales. El 29 de agosto de 1541, esas malas nuevas se confirman por carta que el virrey de la Nueva España envía a los señores del Cabildo de Guatemala.

Pasan las horas. Septiembre se anuncia lluvioso. El dolor de la viuda es inmenso. Habiendo oído decir que el lugar donde aconteciera la desgracia se llamaba en lengua mexicana, Mulchitic, que quiere decir "todo negro", tuvo la peregrina ocurrencia de hacer pintar de negro las dependencias de su palacio.

Jueves 8 de septiembre: lluvia, toda la noche ha llovido. Está lloviendo. Sábado 10: lluvia, llueve; sigue lloviendo. A la de la oración vespertina el buen sacristán encendió una vela ante mi altar. Media hora después, un pavoroso retumbo estremece la catedral. Instantes más tarde otro retumbo me hace sospechar que el cielo se ha venido abajo. ¿Qué sucede? Sobre la ciudad se ha derramado un torrente de agua y lodo, desde el cráter del volcán Hunapuh. Amanece. Donde andaba la dicha, anda ahora el espanto. La ciudad está arruinada y la mayor parte de sus vecinos desaparecidos o muertos.

Al atardecer de ese mismo día tendieron en la nave mayor de la catedral el cuerpo de doña Beatriz de la Cueva, la viuda sin ventura del Adelantado. A la luz de parpadeantes cirios, yo la vi, nevada por la muerte. El rictus de sus labios sellados ahondaba las mejillas donde antes florecieran las rosas y los jazmines... En el fondo de la noche, aullaba el viento...

Temerosos de que se repitiera la catástrofe, los habitantes del valle de Almolonga decidieron trasladar la población a Panchoy y así se hizo. Dos meses más tarde las autoridades tomaron asiento en un lugar donde, tiempos corridos, habría de levantarse una de las ciudades más bellas y populosas de América.

Estamos a fines del siglo XVII. Santiago de los Caballeros de Guatemala adquiere fisonomía muy peculiar. Los campanarios y las cúpulas de sus innumerables templos le dan a la distancia esa gracia que siempre ha de sorprender a los viajeros. La vida transcurre lenta, constreñida, saturada de acres perfumes eclesiásticos. Con todo, las artes y las ciencias florecen, y la inquietud por las nuevas ideas va libertando espíritus...

(1573) Vitela décima: *El terremoto de Santa Marta.*

10 de junio de 1773, día del Corpus Christi. Antes de las seis de la mañana la tierra se sacudió bruscamente. Sin embargo, la fiesta religiosa de la colonia se llevó a cabo con el esplendor de siempre.

A las doce meridiano la voz afelpada del órgano resuena en las naves de la catedral. En la capilla de los Santos Reyes la gente, endomingada, visita a Nuestro Amo. Candor de talles, vuelos de cintas y encajes, relámpagos en los ojos morunos, crespas pelucas y resabiados decires de encanecidos oidores. ¡Risas! ¡Cohetes! ¡Campanas! En el agua fuerte de la sacristía, los indios del pueblo de Jocotenango oran en su media lengua y en esas imploraciones que brotan de su carne de barro llegan hasta mí los más acendrados tributos de esta tierra de Guatemala, que ahora amo tanto.

El siglo XVII es el siglo de oro de la colonia. En la ciudad de Santiago de los Caballeros de Guatemala el fervor religioso se ha manifestado en templos cada vez más suntuosos. Las mansiones particulares están lujosamente amuebladas y en las huertas y jardines de Panchoy siempre hay frutos y flores. Para las construcciones se utiliza mármol de Zacapa, piedra de la Sierra de las Minas, maderas de la Verapaz y plata de Honduras. A la inspiración arquitectónica de España se une el tronchado instinto artístico que, a pesar de todas sus miserias y negaciones, duerme aún en el alma silenciosa y dolorida del indio.

Santiago era bella; sin embargo, ya estaba sentenciada a muerte. Envuelto en vahos azulinos, el volcán de Fuego, ciego y sordo a la compasión, esperaba su hora imperturbable. A las cinco de la tarde de ese mismo día tiembla de nuevo. Don Martín de Mayorga, caballero de la Orden de Alcántara y mariscal de campo de los reales ejércitos españoles, está para llegar de un momento a otro. En los relojes de arena pasan las horas. Las noches y los días transcurren entre congojas y sobresaltos, y, por fin, en un negro 29 de julio, entre tres y cuatro de la tarde, dos brutales empellones derriban por tierra la mayor parte de los edificios de la ciudad.

Esa misma noche, con riesgo de sus vidas, el arzobispo, acompañado del ministro decano, me hicieron descender del altar en que se me veneraba y me condujeron al interior de una carroza que don Martín de Mayorga les había proporcionado en calidad de asilo. La ciudad, mientras tanto, se asfixiaba con el polvo de sus propias construcciones. Todo era pavor y ruina. Pero

por algo corre sangre española en las venas de los habitantes de estas tierras. Después de mucho argüir, las autoridades resolvieron trasladar la capital del reino al Valle de la Ermita o de la Virgen y el 7 de octubre de 1779, el arzobispo monseñor Cayetano Francos y Monroy hizo su entrada en esa vega. Con él iba yo. Llegamos tristes y golpeados, pero decididos a empezar de nuevo, tantas veces cuantas tiempo y vida hubiéramos...

(1821) Vitela undécima: *La Independencia.*

La Nueva Guatemala de la Asunción fué en sus principios un poblado muy humilde. En un valle cubierto de matas de "suquinay", "chilca" y árboles de pino y jocote, algunas casas, como temerosas se agruparon en torno de una ermita construída en el siglo XVI por el solitario Juan Corz. Desde el fondo de uno de los altares de esa ermita, yo, siempre con mi hijo en brazos, asistí a la memorable junta que tuvo lugar entre los primeros cabildantes, el 1º de enero de 1776. Al día siguiente se hizo la distribución de tierras y solares y los trabajos de edificación dieron principio con decisión incontenible.

Sin embargo, durante la centuria inicial, la población creció sin fausto alguno. Los edificios, en su mayoría, eran de ruin fábrica y poca belleza; pero, pasada esa época, ricos y pobres, criollos y mulatos, indios y mestizos, aunaron sus esfuerzos y, gracias a ellos, se inició la construcción de majestuosos templos. La capital renacía una vez más...

Mientras tanto, en la madre patria había concluído el reinado de la casa de Austria. El primero de los Borbones, un hombre pálido y melancólico, soñaba únicamente con los jardines de Versalles, sin importarle las lejanas colonias. La administración española cayó en manos de extranjeros y el mismo rey Felipe V apenas podía expresarse en castellano.

Las naos van y vienen bajo los meridianos del mundo. En la sentina de ellas, entre piezas de paño y odres de aceite, llegan de ultramar las nuevas ideas. Los primeros periódicos hacen su aparición y son leídos con avidez. En Centroamérica se organizan conspiraciones. El 13 de septiembre de 1821, oficios de Ciudad Real de Chiapas anuncian que esa provincia se ha adherido al Plan de Iguala de los independientes mexicanos y esa nueva precipita los acontecimientos. En la capital del reino se convoca una junta y en ella se aboga abiertamente por la independencia. Aceptada la propuesta por el capitán general, se convoca para otra reunión en la mañana del 15.

El ambiente es indeciso como el tiempo, porque esa mañana memorable amaneció lloviendo. La coyuntura para alcanzar la ansiada libertad es única; pero nadie parece comprenderlo así con entera exactitud. En mi alma aflora la revelación de un sentimiento: el de un inmenso amor por esta tierra morena y dulce de Guatemala. Al principiar a existir, fuí virgen chapetona; pero desde esos instantes de transición me sentí virgen americana... Y, sin poderlo remediar, mi alma voló a las campanas de la catedral y éstas se dieron a repicar. Momentos después, los cohetes de vara rasgaron impetuosamente el moaré de los cielos y la música de las marimbas se desgranó en la plaza mayor. El pueblo acudió en masa y los próceres, alentados por su voz, que a gritos manifestaba sus intenciones, redactaron el Acta de Independencia.

(1943) Vitela duodécima: *Ahora.*

Los primeros lustros de la república se manifestaron con turbios mirajes, episodios de guerra civil, asonadas, dictaduras y conspiraciones; mas a pesar de esas turbulencias el país prosperó hasta las tristes jornadas de la navidad de 1917, fin de año tétrico en que una serie de terremotos asoló a su floreciente capital. Ante mis ojos, inmóviles de pavura, se desplomó una noche la cúpula de la catedral. La ciudad fué destruida de nuevo casi en su totalidad. Al amanecer, apretado contra mi pecho, lloraba aún mi divino infante... Pero la voluntad de *ser* prevaleció una vez más y Guatemala, gracias a la maravillosa fecundidad del suelo, comenzó a levantarse sobre el espanto de sus propias ruinas. Cacao, ganado, maíz y café producen bienestar y riqueza; la literatura nacional abre al sol sus primeras floraciones...

AHORA, con mayúsculas miniadas en azul cobalto de Atitlán, rojo sangre de las tierras costeñas, ocre de las regiones de occidente, verde selva del Petén, y oro de los nacimientos del río Motagua; AHORA, digo, diademada por las constelaciones ecuatoriales, veo pasar las generaciones de un pueblo que me venera, así como hace cinco siglos lo soñara en casa del hidalgo don García de Salzedo.

Recogida y austera fué la ciudad de Guatemala de la Asunción en sus prístinos días. Tuvo ella la pobreza, pero también el decoro de los seres bien nacidos. Más tarde la aldea de casas pajizas se ennobleció con un escudo de armas en el que el corcel de Santiago hace celestes cabriolas sobre una batería de volcanes, y fué bella entre las bellas. Su historia es la mía, ya que mi suerte estuvo ligada a sus triunfos y vicisitudes. Yo he asistido a todas sus fundaciones; he tomado parte en sus alegrías y he sufrido con sus infortunios. Yo vi levantar los primeros templos y casas reales; balbucir en castellano a los primeros caciques convertidos a la fe de Nuestro Señor, y también asistí, jubilosa, a los primeros bautizos y casamientos...

AHORA, desde el fondo de mi camarín colocado en el fondo del crucero norte de la catedral de Guatemala, sonrío con sonrisas que sólo saben ver los niños, admiro la belleza de sus mujeres que me recuerdan al fino donaire de las majas sevillanas, y oigo silabear el alma adolescente del indio. AHORA, como símbolo de fe, esperanza y caridad; como trasunto de maternal amor; como trasmisora de rogaciones ingenuas y como abogada de cristianos auxilios, mi alma de Virgen americana es lámpara votiva que arde siempre en la nave mayor del corazón de Guatemala.

("Revista de América", Nº 7, julio de 1945, Bogotá, Colombia.)

La alfabetización en lenguas indígenas: el Proyecto Tarasco (*)

Por Ignacio M. DEL CASTILLO (México)

ENGLISH SUMMARY

Mexico has a population of approximately 21.000,000. In addition to the official language, Spanish, about fifty different native languages are spoken by slightly more than 3.000,000 people. Of this group fifty percent are monolingual, that is, speak a language other than Spanish; and the other fifty percent speak Spanish so imperfectly that they can scarcely be considered bilingual. These figures show that Mexico has a serious, linguistic problem.

Some years ago, in the Cardenas administration, the government tackled this problem, showing special interest in making the Indians literate and in teaching them Spanish. The task was committed to the Department of Indian Affairs, which in turn sought the technical advice of the Department of Anthropology. A big group of scientists attending the First Assembly of Philologists and Linguists prepared a scientific program for the Department of Indian Affairs, to be carried out by the Department in the Tarascan region of the mountain area of Michoacan. The plan was called the Tarascan Project.

Basically the program of the Tarascan Project consisted in teaching the Indians to read and write their own language, to give them elementary cultural notions, and later to proceed to teaching them Spanish. The plan, which proved to be highly successful, made use of Indian teachers —natives of the region— who knew both Tarascan and Spanish. These teachers were, first given intensive training in how to teach Spanish and how to use the new alphabet prepared by the Assembly of Philologists. The work carried out demonstrated that the Indians learn more rapidly when taught in their own language. Thirty days proved to be the minimum time and forty days the maximum time required by them for learning to read and write. It was as if the pupils understood their teachers for the first time.

In this article Señor del Castillo sketches the work carried out by the Tarascan Project, in which he himself was engaged for several months on behalf of the National Institute of Anthropology and History.

Ahora que el Gobierno mexicano ha dictado una ley que establece la campaña nacional contra el analfabetismo, me parece oportuno traer a la memoria los trabajos que realizó el Proyecto Tarasco, en los pueblos de la sierra del Estado de Michoacán, durante el segundo semestre de 1939 y todo el año de 1940, tratando de orientar de este modo las opiniones con respecto al problema que aparentemente implican, para la alfabetización, las lenguas indígenas.

(*) Este artículo, con pequeñas variantes, es una síntesis de la conferencia dada por el autor el 15 de noviembre de 1943, en la Sala de Conferencias del Palacio de Bellas Artes de la ciudad de México.

A mi juicio, los resultados que se obtuvieron con aquella experiencia, respondieron a las ansias de mejoramiento que ya se observaban en la población indígena, y al mismo tiempo fueron un mentís para todas aquellas personas que pensaron que utilizar las lenguas aborígenes como un medio para castellanizar a nuestros indios, era tanto como fomentar en ellos el uso de su idioma y, por lo mismo, desligarlos más de la lengua oficial y nacional de México, que es la castellana.

Por fortuna, lo realizado en el Proyecto Tarasco durante año y medio, a pesar de todas las vicisitudes por las que atravesó, nos dieron la clave para conocer el camino más viable a fin de penetrar con paso seguro y firme en el alma indígena, y a palpar, por decirlo así, su propio espíritu.

Para hablar acerca de las misiones alfabetizadoras y educativas que constituyeron el Proyecto Tarasco, sobre su labor e importancia, me parece conveniente referirme antes, y sólo a grandes rasgos, a la historia de la educación indígena en México. Con ello podremos ver a través de los años, desde los albores de la dominación española hasta nuestros días, cómo el problema de la educación indígena en México siempre ha encontrado el mismo obstáculo: la barrera aparentemente infranqueable de la diferencia de lenguas entre el blanco y el indio.

Cuando después de los primeros años de la conquista armada de Tenochtitlán, se presentó a los españoles el problema de la conquista espiritual de los indios, previeron aquéllos, desde luego, la necesidad de aprender antes que nada la lengua aborigen de éstos, para poder comunicarse entre sí. Esta labor se emprendió principalmente en el Colegio de Santa Cruz de Tlaltelolco, que fundó Fray Juan de Zumárraga en la época del Virrey Mendoza para la instrucción exclusiva de indios. La tarea fué tanto más meritoria y ardua, cuanto que el bilingüismo en los indios era nulo, y, por consiguiente, lo primero que debía hacer el profesor era aprender la lengua de ellos, la única lengua en la que los aborígenes podían comprenderle. Logrado esto, hubo un verdadero entendimiento entre profesores y alumnos y el aprovechamiento de éstos en la instrucción del latín, del español y de diversas ciencias fué asombroso.

Dice don Joaquín García Icazbalceta que el colegio tuvo profesores tan eminentes como Fray Arnaldo de Basacio, conocedor de la lengua mexicana y perito en música; Fray Andrés de Olmos, filólogo y escritor de las antigüedades de los indios; Fray Juan de Gaona, teólogo, alumno de la Universidad de París; Fray Francisco de Bustamante, gran predicador; Fray Juan Focher, francés, doctor en Leyes por la Universidad de París; "...y el venerable Fray Bernardino de Sahagún, escritor insigne, padre de los indios, que gastó su vida entera en doctrinarlos, y amplió con grandes mejoras la fábrica material del colegio. Además de la religión y buenas costumbres, se enseñaba allí lectura, escritura, gramática latina, retórica, filosofía, música y medicina mexicana. De tales profesores salieron discípulos aventajadísimos que no sólo ocuparon las cátedras del colegio, sino que sirvieron también para enseñar a religiosos jóvenes, supliendo la falta que había de lectores, por hallarse los religiosos ancianos enteramente empleados en el cuidado espiritual de los indios. Y como entonces no eran recibidos éstos al hábito, dedúcese que la

raza indígena daba maestros a la española, sin despertar celos en ella. Hecho histórico digno de meditarse, y excelencia del Colegio de Tlaltelolco que no ha sido bien notada". [1] Más adelante añade el señor García Icazbalceta: "Los misioneros hallaron allí maestros de lengua mexicana, que la enseñaban mejor por lo mismo que estaban instruídos en otras ciencias, al mismo tiempo que amanuenses y colaboradores utilísimos para sus obras, y aun cajistas que las compusieron mejor que los españoles. Antes de finalizar el siglo tenía imprenta el Colegio de Tlaltelolco: en ella trabajaron los colegiales y también en otras de la ciudad". [2]

El aprovechamiento de los indios fué en tan alto grado, que pronto empezó a inspirar temor entre los mismos frailes, como se advierte en una carta que el 20 de octubre de 1541 dirigió al Emperador el escribano Jerónimo López, y en la que señala los yerros que, según él, tuvieron los frailes en la instrucción de los indios. Dice así en una de sus partes:

"El tercero (de los yerros) fué que tomando a muchos muchachos para mostrar la doctrina en los monasterios llenos, luego les quisieron mostrar leer y escribir; y por su habilidad, que es grande, y por lo que el demonio negociador pensaba negociar por allí, aprendieron tan bien las letras de escribir libros, puntar (sic), y de letras de diversas formas, que es maravilla verlos; y hay tantos y tan grandes escribanos, que no lo sé numerar, por donde por sus cartas se saben todas las cosas en la tierra de una a otra mar muy ligeramente, lo que de antes no podían hacer. La doctrina bueno fué que la sepan; pero el leer y escribir muy dañoso como el diablo."

"...El quinto, que no contentos con que los indios supiesen leer, escribir, puntar libros, tañer flautas, chirimías, trompetas y tecla y ser músicos pusiéronlos a aprender gramática. Diéronse tanto a ello y con tanta solicitud, que había muchacho, y hay de cada día más, que hablan tan elegante latín como Tulio; y viendo que la cosa, cerca de esto, iba en crecimiento, y que en los monasterios los frailes no se podían valer a mostrarles, hicieron colegios donde estuviesen y aprendiesen y se les leyesen ciencias y libros... Ha venido esto tan en crecimiento, que es cosa para admirar ver lo que escriben en latín, cartas, coloquios, y lo que dicen: que habrá ocho días que vino a esta posada un clérigo a decir misa, y me dijo que había ido al colegio a verlo, y que lo cercaron doscientos estudiantes, y que estando platicando con él le hicieron preguntas de la Sagrada Escritura a cerca de la fe, que salió admirado y tapados los oídos, y dijo que aquel era el Infierno, y los que estaban en él discípulos de Satanás." [3] Esta carta, cualquiera que haya sido su intención, no es sino un testimonio de los progresos que en la instrucción alcanzaron los indios.

No es necesario hablar más sobre el Colegio de Tlaltelolco. Basta decir que si con el transcurso de los años su importancia fué decreciendo, ello se debió a que el aprovechamiento obtenido por los indígenas borró poco a poco la línea divisoria que en un principio demarcaba culturalmente a las dos razas,

(1) García Icazbalceta, Joaquín. "Don Fray Juan de Zumárraga. Estudio biográfico y bibliográfico", por... México, 1881, pp. 218-219.
(2) *Opus cit.* p. 219.
(3) *Opus cit.* pp. 220-221.

la española y la nativa, y más tarde no se presentaba ya la necesidad de tener colegios especiales para indios, sino que éstos y los hijos de los españoles podían ir juntos al mismo plantel. Es fácil advertir la importancia que en la instrucción y educación del indígena tuvo el uso de la lengua aborigen como medio de comunicación; y fácilmente también se puede deducir el fracaso que se hubiera tenido en el colegio, si los frailes se hubiesen empeñado en instruir a los indios utilizando sólo el español con desprecio de la lengua nativa.

Más tarde, durante los siglos XVII y XVIII, la instrucción del indígena no recibe la atención debida. Todo se reduce al trabajo de las misiones, especialmente las del norte (en Sonora y la Tarahumara) a cargo de los jesuítas, y primordialmente con fines de evangelización. Sin embargo, también se presenta para el desarrollo de esa labor, el problema de las lenguas indígenas, las que por necesidad tienen que aprender los misioneros.

Pero en la pasada centuria se registra un hecho interesante, en general poco conocido, y que vuelve a poner de relieve la importancia del conocimiento de las lenguas indígenas. Esto ocurre en el efímero Imperio de Maximiliano, y por parte del mismo emperador; en éste se despertó un profundo interés por conocer, lo mejor que le fuera posible, la población campesina de México en particular los grupos aborígenes. Sabemos que Maximiliano, durante algún tiempo, estuvo estudiando la lengua nahuatl bajo la dirección, según se dice, del nahuatlahto don Faustino Galicia Chimalpopoca, y después de varios meses de estudio empezó a publicar sus decretos en forma bilingüe (en nahuatl y castellano) con el deseo de tener un contacto más directo con aquellos grupos de habla mexicana. El extinto profesor don Mariano Jacobo Rojas me mostró en cierta ocasión uno de esos decretos. Por instancias del mismo profesor Rojas, que en varias ocasiones entrevistó personalmente a Maximiliano, éste tenía el proyecto de que en las escuelas se estudiara lengua indígena para ir preparando poco a poco a los profesores que más tarde habían de dedicarse a la instrucción de los indios, pero ignoro si se logró llevar a la práctica ese plan, pues el rápido fin que tuvo el imperio extinguió esa naciente flama que empezaba a iluminar el camino que había de conducir a nuestros aborígenes a un porvenir más floreciente.

Después de la Revolución de 1910 y con los gobiernos surgidos de ella, se empieza a poner mayor atención en la educación de las masas campesinas, pero poca, en realidad, que se dirija a esa gran población indígena que sigue usando en forma habitual su lengua nativa con desconocimiento del español. No es sino hasta el gobierno del general Plutarco Elías Calles, cuando por fin se hace un ensayo para encontrar la fórmula deseada; el cual, si bien no dió los resultados apetecidos, proporcionó en cambio el índice maravilloso de las capacidades intelectuales del indio. Me refiero a la fundación y sostenimiento que en aquel entonces hizo la Secretaría de Educacón Pública de *La Casa del Estudiante Indígena,* ubicada en la vieja Calzada de la Verónica en la ciudad de México. La intención que guió a la Secretaría de Educación Pública al fundar ese establecimiento, era la de enseñar a leer y escribir en español, educar e instruir en diversos oficios a jóvenes indígenas extraídos de los diferentes grupos aborígenes que aún pueblan el país, e impartirles esos

elementos de cultura en medio de un ambiente citadino, de una convivencia social y al contacto de todas las costumbres sociales y domésticas que forman la vida del "hombre blanco", de ese hombre que siempre los ha visto con desprecio y por el que ellos sienten tanta animadversión.

La Secretaría de Educación Pública no descuidó, al hacer la selección de estudiantes, el aspecto lingüístico, pues su deseo era que después de los dos años que constituían el plazo mínimo para la preparación de los estudiantes, éstos regresaran a sus pueblos de origen, para ser entonces los profesores que instruyeran a sus conterráneos, e hicieran llegar hasta ellos los conocimientos que habían adquirido en la ciudad. Por esta razón, al matricular a los alumnos, se procuraba que hablaran corrientemente su lengua nativa, y para que durante su permanencia en la gran urbe no olvidaran su idioma, se trajeron de cada grupo indígena por lo menos dos jóvenes, para que cada uno de ellos tuviera en el otro a un compañero y amigo con quien platicar y practicar su propia lengua. Sin embargo, se dió también inscripción a jóvenes que sólo hablaban español; de esta manera llegó a tener el plantel hasta 198 estudiantes, de los cuales 19 desconocían el español, 148 eran bilingües y 31 sólo hablaban castellano. Todos ellos procedían de 26 distintos grupos aborígenes, con lo cual es fácil comprender que dentro de *La Casa del Estudiante Indígena* parecía haberse concentrado una verdadera Babel.

El plan de estudios, a mi modo de ver, se aplicó de una manera exagerada. Se introdujeron enseñanzas que no estaban de acuerdo con la realidad ni con las necesidades del indio. No se tomó en cuenta el cambio tan brusco que sufrían esos jóvenes, al sacarlos de su apartado lugar de origen, y de la noche a la mañana hacerlos vivir en la ciudad, con frecuentes visitas a los centros de cultura general citadina, como bibliotecas, sociedades científicas y literarias, salas de conferencias, museos, y la asistencia a salones de espectáculos, parques y paseos públicos, etcétera; lo que necesariamente rindió otros resultados que no eran los esperados. Tanto se les urbanizó, por decirlo así, que lejos de querer regresar a sus pueblos, prefirieron quedarse en la metrópoli; y de esta manera se obtuvo beneficio solamente para un reducido grupo de indígenas, y se privó de aquél a la gran masa indígena que en los escondidos rincones de la sierra esperaba el retorno de esos jóvenes que habían venido a la capital a instruirse para llevarle después las primicias de una cultura de la que siempre había vivido aislada.

Pero a cambio de esto, *La Casa del Estudiante Indígena* fué un magnífico laboratorio psicológico donde se pudieron conocer con precisión las capacidades intelectuales de nuestros indios. Allí quedó demostrado plenamente y sin lugar a dudas, que cuando al indio se le trata con cariño y como a un semejante, y no como a un inferior, la reacción que se produce en él es estimulante; encuentra comprensión y responde en la misma forma, y desde luego desecha ese sentimiento de recelo que experimenta hacía el blanco, y abre su corazón y su inteligencia para recibir francamente la ayuda y los consejos que se le quieran dar. Ese fué el gran triunfo obtenido en *La Casa del Estudiante Indígena,* y con ello se destruyen muchas falsas creencias que la mayoría de la población urbana tiene respecto de la población aborigen. Ignoro las causas por las que no se continuó el sostenimiento de ese internado.

Posteriormente las esferas oficiales no mostraron mayor interés en abordar el problema de las lenguas aborígenes para la alfabetización de los indios. Sí se puso atención en la educación rural, y aun se creó un Departamento dedicado a esa labor; pero el desarrollo de su programa se ha basado en utilizar como medio de comunicación solamente el español, de manera que quienes desconocen esta lengua no alcanzan a recibir ninguna instrucción. En forma extraordinaria trabajan desde 1935 entre diversos grupos indígenas del país, los filólogos del *Summer Institute of Linguistics,* alfabetizando a los indios en su propia lengua, para lo cual han hecho estudios de cerca de 30 idiomas aborígenes, formándoles su alfabeto especial desde el punto de vista fonético, y fonémico, sus gramáticas, diccionarios, vocabularios, etcétera.

Teniendo así, a grandes rasgos, el panorama de lo que ha sido la historia de la educación indígena en México hasta los últimos años, puedo referirme ya en particular a los trabajos del Proyecto Tarasco.

A partir de 1935, con el gobierno que presidió el general Lázaro Cárdenas, se observó un profundo interés, en las propias esferas oficiales, por resolver los problemas indígenas. Para el efecto, fué creado el Departamento de Asuntos Indígenas, cuya misión primordial es, según el artículo 14 de la Ley de Secretarías de Estado, la de "estudiar los problemas fundamentales de los aborígenes a fin de que se puedan tomar, por las diversas dependencias del Estado, las medidas y disposiciones que redunden en beneficio de nuestras razas autóctonas, además de promover y gestionar ante las autoridades federales y las de los Estados todas aquellas medidas que conciernan al interés general de esos núcleos aborígenes de población". (4) Pero algunos años después, cuando el Departamento de Asuntos Indígenas estuvo bajo la dirección del profesor Luis Chávez Orozco, se quiso que esa dependencia no sólo tuviera funciones de procuraduría, sino también educativas, pero con un plan científico y adecuado, para lo cual solicitó la colaboración del Departamento de Antropología, entonces de reciente creación. Ya en contacto estos dos centros oficiales, se convocó la Primera Asamblea de Filólogos y Lingüistas, que reunió a los antropólogos especializados en los idiomas aborígenes... "para hacerles comprender la necesidad y la importancia de estudiar el problema de la educación indígena, buscando un mejoramiento por medio de la utilización de las lenguas indígenas. Unificar el criterio científico de todos los trabajadores de la especialidad; unificar la metodología de investigación; unificar los trabajos para evitar duplicaciones; unificar los esfuerzos para concentrar en los problemas más urgentes; revivir el espíritu de atención a los problemas indígenas, ya no desde el punto de vista de que los indígenas son piezas de museo, sino seres humanos..." (5) Pero en particular, esa reunión de lingüistas debía presentar al Departamento de Asuntos Indígenas un plan para ser desarrollado en la región tarasca, a fin de que el propio Departamento lo llevara a la práctica.

(4) *Memoria del Segundo Congreso Regional Indígena* (Tarasco), Pub. del D. A. P. P., México, 1938, p. 18.
(5) *Memoria de la Primera Asamblea de Filólogos y Lingüistas*, Pub. del D. A. I., México, 1940, p. XIII.

Unificados los criterios metodológicos, se formó el plan del Proyecto Tarasco, basado especialmente en las siguientes consideraciones, que expresaron así los filólogos: "Nos proponemos llevar a cabo la enseñanza del indígena utilizando maestros que hablen su lengua. Primero le enseñaremos a leer y escribir en su propio idioma, cosa que se puede hacer en muy corto tiempo, como está demostrado por las experiencias de los que han hecho estudios de lenguas aborígenes, y por nuestra experiencia actual. Después se le impartirán los conocimientos elementales en su propio idioma —lo cual debe ser la tarea principal de todas las escuelas del país—, procediendo rápidamente a la enseñanza de la lengua nacional. La adquisición de la lengua nacional se facilitará por la circunstancia de que el alumno está rodeado de muchas oportunidades para oírla y hablarla". "El maestro ayudará a la castellanización impartiendo una parte de la educación, desde un principio, en la lengua nacional y ampliando progresivamente el empleo del español en la enseñanza. La escritura del castellano se verá facilitada por el hecho de que el indígena ya sabrá leer y escribir en su propio idioma." "Por supuesto, la circunstancia de que el indígena pueda leer y escribir en su propio idioma, le hará aportar a éste una parte de su vida cultural, pero el hecho de que una mayoría considerable de los habitantes del país habla el español, le obligará —proporcionalmente al ensanchamiento de sus intereses y de su horizonte cultural— a utilizar en grado siempre creciente el idioma oficial del país. Y a este ensanchamiento de sus intereses y de su horizonte cultural sólo se podrá llegar mediante el programa que tiende a impartirle la cultura en su propio idioma." [6]

De la dirección del Proyecto Tarasco quedó encomendado el doctor Morris Swadesh, uno de los más distinguidos filólogos norteamericanos, profesor de Lingüística de la Universidad de Wisconsin y destacado alumno de Edward Sapir, con extensa experiencia en el estudio de lenguas indígenas. El personal técnico estuvo integrado por el profesor Alfredo Barrera Vásquez, exdirector del Museo Arqueológico de Yucatán, renombrado mayista y destacado filólogo; el profesor Maxwell D. Lathrop, del Summer Institute of Linguistics, quien entonces llevaba ya dos años de estancia en la región lacustre de Michoacán y que habla muy bien el tarasco; el profesor Juan Luna Cárdenas, nahutlahto y presidente de la Sociedad Mexicanista Hueytlatecpanaliztli; el señor Adrián F. León, entonces estudiante de lingüística en la Escuela Nacional de Antropología y actualmente filólogo del Museo Nacional; la señorita Frances León, estudiante de lingüística de la Universidad de Yale; y el autor de estas líneas, comisionado en el Proyecto Tarasco por el Instituto Nacional de Antropología e Historia, en su calidad de filólogo del propio Instituto.

En el mes de julio de 1939 se instalaron las oficinas del Proyecto Tarasco en la Escuela Vocacional de Agricultura, de la población de Paracho, Michoacán, y los primeros pasos que se dieron consistieron en la preparación de maestros nativos. Con tal fin, el doctor Swadesh, autorizado por el Departamento de Asuntos Indígenas, reunió un grupo de veinte estudiantes, entre hombres

(6) *Opus cit.* p. 20-21.

y mujeres, todos ellos purépechas genuinos y que por tanto hablaban corrientemente el tarasco. Estos jóvenes tenían cierta preparación cultural, puesto que procedían de la Escuela Normal de Morelia, del Internado Indígena de Morelia, de la escuela "Hijos del Ejército" de Pátzcuaro y del Internado Indígena de Erongarícuaro. Durante un mes se les dió un curso intensivo de preparación sobre el nuevo alfabeto, así como de los métodos más eficaces de alfabetización, traducción y propaganda. Los métodos de enseñanza eran dos, los cuales, después de probados, demostraron ser magníficos; el primero consta de una serie de cartillas, cada una de las cuales tiene ocho palabras de una o dos sílabas. Algunas de las palabras se repiten más de una vez en la misma hoja, y esas palabras emplean en parte las mismas sílabas. En la primera hoja hay palabras que sólo contienen tres letras diversas del alfabeto, pero en las hojas siguientes se introduce una letra nueva en cada página. Y así se enseña al estudiante a reconocer las palabras, y por la comparación de palabras semejantes, llega a conocer las sílabas. El segundo método se basa en el uso de dibujos, que ilustran las principales sílabas de la lengua. Esos dibujos ayudan al estudiante a recordar las palabras, y más tarde, por la comparación de las diferentes palabras, llega a darse cuenta de qué parte de ellas contiene la sílaba ilustrada. Después de un corto tiempo, con cualquiera de los dos métodos, puede el alumno empezar a leer textos. Para entonces, el estudiante está capacitado para empezar a practicar la escritura, copiando las letras de las cartillas, y utilizando papel rayado que le sirve de guía para obtener un tamaño uniforme de las letras. La aplicación de estos métodos de alfabetización rindió muy buenos resultados.

Una vez preparados así esos veinte jóvenes, quedaron capacitados para servir de maestros en las misiones alfabetizadoras, las cuales estaban compuestas por un técnico lingüista, como jefe, y por algunos de los maestros nativos. Poco a poco se fueron instalando misiones en los pueblos de los alrededores de Paracho, y personalmente tuvimos la oportunidad de encabezar la que trabajó en el pueblo de Arantepacua, a unos 18 ó 20 kilómetros de Paracho, a través de la sierra.

Lo primero fué levantar un plano del pueblo para dividirlo en cuarteles y así facilitar nuestra tarea. En seguida, por medio de las autoridades del lugar, hicimos una convocatoria a todos los habitantes del pueblo para explicarles la finalidad de nuestro trabajo, e instar a los padres de familia para que enviaran a sus hijos a la escuela. De esta manera logramos reunir al principio un pequeño grupo de alumnos, que al correr de los días fué aumentando considerablemente. Mientras tanto, los otros jóvenes, a quienes ya se les había señalado la sección del pueblo en que debían trabajar, daban clases en las casas a aquellas personas que no podían concurrir a la escuela, sin distraerlas mucho de sus ocupaciones domésticas. Desde el primer día también se dieron clases nocturnas para adultos, con objeto de tener la asistencia de los hombres del pueblo que durante el día salían a las labores del campo, y es de hacer notar que la asistencia a estas clases era muy numerosa, máxime que a ellas también concurrían los niños, no digamos por obligación, que nunca se les impuso, sino por propia voluntad. Parecían no enfadarse de haber pasado todo el día en la escuela, y con gusto iban también a esas clases

nocturnas dedicadas especialmente a los mayores. En todos, niños y adultos, se despertó un deseo vehemente de aprender, como que por primera vez comprendían al maestro, ya que recibían la instrucción en su propio idioma. Estaban asombrados, y así me lo hicieron saber varias veces, de que su lengua, el idioma tarasco, pudiera escribirse. Para ellos sólo era concebible que el español podía ser escrito y leído, pero nunca el tarasco. De manera que se les presentaba un mundo nuevo, lleno de bellas perspectivas, al ver que podían trasladar fielmente a un papel sus pensamientos y sus ideas, y que sus medios de comunicación se ampliaban. ¡Sólo entonces pudimos darnos cuenta de lo que para el indígena significa instruirse en su propio idioma!

Para esa enseñanza utilizamos las cartillas a que ya hemos hecho referencia, alterándolas de acuerdo con las capacidades del alumno. La experiencia nos hizo ver que era más práctico usar para los niños las cartillas que ilustraban las palabras con dibujos, y para los adultos las que iniciaban el aprendizaje con sílabas. Y esto es natural, puesto que el niño memoriza, y el adulto razona, de manera que a cada uno, de acuerdo con sus capacidades mentales y con su facultad de concepción de las ideas, había que darle aquello que pudiera ofrecerle mayor aprovechamiento. Este sistema de enseñanza que usó el Proyecto Tarasco ofreció los siguientes resultados: el alumno, niño o adulto, llegaba a conocer y a manejar las letras del alfabeto y, por tanto, a aprender a leer, en un término de quince a veinte días, y con diez o quince días más de práctica de escritura, copiando las letras que tenía en las cartillas, podía también escribir, lo que nos dió un lapso de treinta días como mínimo, y de cuarenta y cinco como máximo, para que el alumno analfabeto pudiera leer y escribir.

Cuando el alumno podía leer y escribir, dedicábamos mayor atención a la práctica de lectura de textos cortos. Para la elaboración de éstos, desde el primer mes de trabajo, quedó instalada en Paracho una pequeña imprenta, provista de tipos fácilmente legibles, y una prensa que podía imprimir dos páginas de folleto. Tres muchachos tarascos, de los mismos maestros nativos que había en el Proyecto, eran los alumnos del curso de impresión, y con el doctor Swadesh como maestro se tiraban publicaciones muy aceptables. Una comisión redactora, integrada por dos de los profesores bilingües, traducía y redactaba en tarasco leyes nacionales de interés especial para los indios, así como cuentos, leyendas, temas sobre agricultura, alimentación e higiene, e indicaciones contra la viruela, la tifoidea y algunas otras enfermedades. De manera que en esos textos, al mismo tiempo que practicaba el alumno la lectura, obtenía una instrucción general sobre asuntos que le interesaban, y que podían serle útiles más tarde. Las publicaciones debían hacerse de preferencia en el idioma standard de la región, para lo cual fuimos comisionados el profesor Alfredo Barrera Vásquez y el que suscribe, para llevar a cabo, en un penosísimo recorrido de diez días por la sierra, una investigación dialectal en los pueblos de Urapicho, Tanaco, Cocucho, Nurío y Pomacuarán.

Otra de las publicaciones era el periódico mural, que aparecía semanalmente, tanto en Paracho como en las misiones, y que contenía noticias de la región, literatura, y algún artículo a guisa de editorial. Cada semana se turnaba entre los muchachos la comisión redactora encargada de formar el perió-

dico, y esas comisiones procuraban siempre darle el mejor formato posible, dándose el caso de muchachos, dotados de considerable talento artístico, que añadían muy buenos dibujos para ilustrar las noticias. El periódico se sacaba a la plaza el día de mercado, y era explicado por alguno de los alumnos más adelantados. En Arantepacua y Quinceo, el periódico fué sumamente útil para divulgar instrucciones a fin de combatir una muy seria epidemia de sarampión que se desató en esos dos pueblos, y que causó varias muertes entre la población infantil.

Así teníamos que, cuando los alumnos habían adquirido suficiente práctica en la lectura y escritura de su propio idioma, se procedía a la castellanización, para lo cual, conociendo ya los valores de los símbolos alfabéticos de su idioma, que en un ochenta por ciento son iguales a los del español, sólo quedaba instruirlos sobre el veinte por ciento restante, para orientar la educación, en forma definitiva, hacia el estudio del castellano. La labor de las misiones alfabetizadoras terminaba con la preparación de nuevos maestros nativos, que contaban ya con un puesto debidamente remunerado por el Departamento de Asuntos Indígenas, y que habían de encargarse de continuar la labor educativa en nuevas misiones y en otros pueblos.

Tales fueron los trabajos desarrollados por el Proyecto Tarasco. Si no se continuaron, fué por la incomprensión manifiesta que hubo, aun por parte de aquellos individuos y organismos que más obligados estaban a velar por la educación y culturización de nuestros indios. Los impugnadores del Proyecto Tarasco creyeron encontrar semejanzas entre los sistemas usados en este experimento y los sistemas de alfabetización usados por la U. R. S. S. (a pesar de que los métodos que ésta empleara, fueron estrictamente científicos), y eso fué motivo para cortar la continuidad de aquellos trabajos, haciéndolos morir cuando empezaban a dar sus primeros frutos y no dejándolos alcanzar su completa madurez. Sin embargo, la experiencia obtenida entonces no ha muerto. Sigue en pie. Sólo hace falta que nuevos valores vuelvan a ponerla en práctica, corrigiendo errores si se quiere, incluyendo ideas nuevas, pero que al fin y al cabo sirvan para un mejoramiento cultural del indio; para no matar en él la esperanza de redención que tiene, redención que siempre se le ofrece pero que nunca se le otorga.

La ley que establece la campaña nacional contra el analfabetismo, dictada por el Ejecutivo Federal con fecha 21 de agosto de 1944, dice lo siguiente:

> "*Artículo 14.*—En vista de la importancia de cada uno de los grupos indígenas que habitan en el territorio nacional y del predominio que en ellos tiene su idioma nativo, la Secretaría de Educación Pública —de acuerdo con el Departamento de Asuntos Indígenas— determinará los procedimientos técnicos adecuados e imprimirá las cartillas bilingües que fueren necesarias para llevar a cabo, como complemento de la campaña contra el analfabetismo, una labor de enseñanza del español realizada en aquellos grupos por brigadas de instructores especiales, capacitados merced a cursos intensivos de adiestramiento."

Este artículo parece estar inspirado precisamente en los trabajos del "Proyecto Tarasco", mismos que son parte del programa que ha venido sosteniendo, desde su fundación, el Consejo de Lenguas Indígenas.

Toca, pues, a la Secretaría de Educación Pública y al Departamento de Asuntos Indígenas resolver lo conducente.

OTRA BIBLIOGRAFIA

"La educación pública en México a través de los mensajes presidenciales desde la consumación de la independencia hasta nuestros días". Publicación de la Secretaría de Educación Pública, 1926.

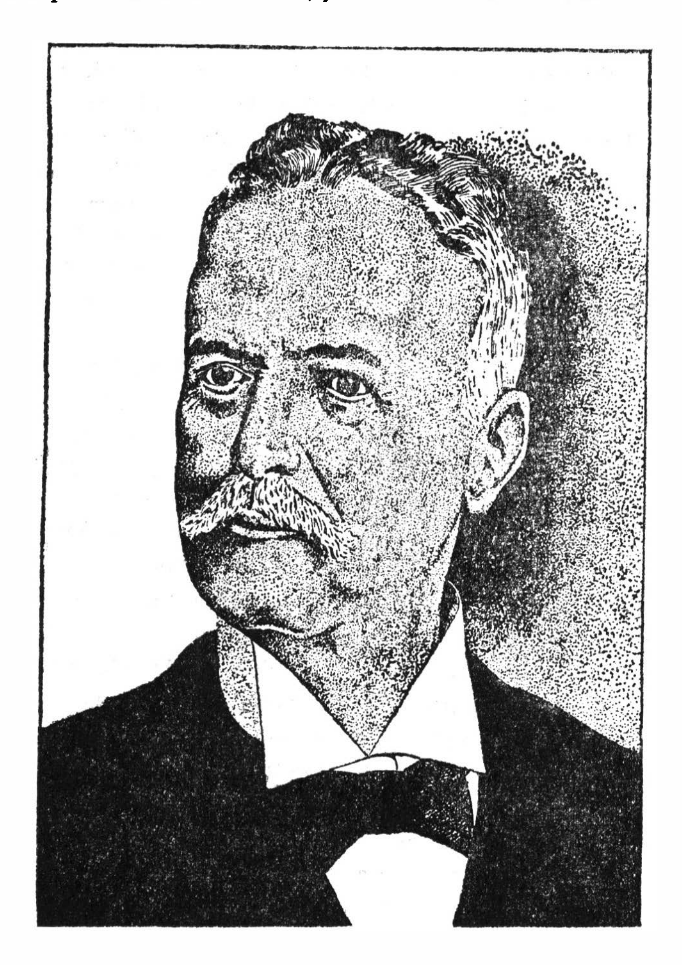
"Centros de educación indígena. Plan general de trabajo para el año de 1937". Publicación del D. A. P. P., México.

("América Indígena", órgano trimestral del Instituto Indigenista Interamericano, volumen V, Nº 2, abril de 1945, México, D. F.)

Sóstenes Esponda, eminente educador chiapaneco

Por Jesús Agripino GUTIERREZ,
Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, 1946.

Nació don Sóstenes en la hacienda "San Antonio la Valdiviana", del municipio de Cintalapa, Estado de Chiapas, el 28 de noviembre de 1846. Fueron sus padres don Martín de Esponda, liberal éste, que firmó el acta de incorporación de Chiapas a México en 1824, y la virtuosa señora doña Teresa Farrera.



Sus abuelos, nobles todos, fueron, paternos, don Manuel de Esponda y Olachea y Michelena, y doña Victoria Balboa; y maternos, don Francisco Farrera y doña Isabel Grajales. El 21 de enero de 1847 recibió las aguas bautismales en la capilla de la hacienda en que vió la luz, de manos del cura párroco don Mariano Camas. Fué su padrino de bautizo, el señor don Salvador de Esponda.

A muy temprana edad quedó huérfano don Sóstenes. Aún tenía 7 años cuando murieron sus padres, y vivió al lado de sus abuelos paternos, pero afortunadamente, sus hermanos Zacarías y Martiniano, varios años mayores que él, hombres inteligentes, pudieron apreciar su gran amor al estudio y su fuerte vocación para maestro, ya que desde niño se ocupaba de enseñar a los peones de la hacienda, y lo mandaron a continuar sus estudios a Guatemala, por los años de 1862, de donde no regresó, debido a la dificultad de las comunicaciones, ya que el viaje se hacía a caballo y por tiempo de más de veinte días, sino hasta 1903. Sus estudios, que lo fueron brillantes, los hizo, primero, en el colegio de San Buenaventura, que dirigía con acierto el profesor don Santos Toruño y después en la escuela de San José Calasanz.

Su obra en Guatemala

Para aprovechar su cultura en bien de la humanidad, para utilizar su fuerte vocación en servicio de la educación de los chiapanecos que iban a estudiar a Guatemala, don Sóstenes empezó a desarrollar importante labor educativa y de verdadero beneficio a sus conterráneos. Ningún chiapaneco se quedaba sin auxilio. Bajo su protección, hicieron carreras muchos desvalidos, como el señor Víctor Manuel Constantino Herrera, que llegó a ser doctor en medicina. A todos los chiapanecos que lo buscaban los hacía partícipes de las magníficas relaciones que tenía allá, y aprovechaba su ascendiente para recomendarlos y encauzarlos pronto, cosa tan difícil en país extraño. Compenetrado el gobierno de Guatemala de las virtudes de don Sóstenes y de su labor educacional en tiempos del general Justo Rufino Barrios, hombre que mucho quería a Chiapas, como lo demostró en su estancia en nuestra entidad, se hizo cargo de la dirección de la escuela de Santo Domingo. Fué aumentando su prestigio. Su autoridad era ya indiscutible. Poco tiempo después hizo importante obra reformadora de la educación en Guatemala. Implantó el sistema Pestalozzi. Introdujo el empleo de los "dones" de Froebel y para el mejor éxito de esta importante y meritísima tarea, hizo que se llevara de los Estados Unidos de Norteamérica, material didáctico especial. Siempre se esforzó por crear entre sus educandos, la afición por las ciencias matemáticas.

Más tarde, fundó en Antigua el "Colegio de Esponda", para niños de ambos sexos. Este colegio gozó pronto de gran prestigio internacional. Después se estableció en la capital de la República, donde fundó el colegio de varones "La Enseñanza" y el colegio de niños "Santa Clara", planteles a los que acudieron en gran cantidad estudiantes de Chiapas, Guatemala y Centroamérica, ya que por todas partes se aplaudía la rectitud, la severidad, la elegancia en la disciplina y el aprendizaje, pues fué preocupación principal del señor Esponda seleccionar siempre el profesorado que había de colaborar en los planteles que él fundó.

Después, y como su mérito de educador creciera ante el aprecio del gobierno de la República, se le encomendó, en 1887, la organización de las escuelas de párvulos.

Veamos lo que sobre su escuela, su valía y su persona, dice el culto economista, catedrático y gran intelectual don Enrique Martínez Sobral, en parte

de su importante artículo "Relaciones intelectuales entre México y Guatemala", publicado en el número 1 de la revista "Chiapas y México", año II, del 15 de mayo de 1909:

"Metrópoli intelectual de Chiapas fué la ciudad de Guatemala durante casi todo el siglo décimonono: atracciones históricas de fácil perceptibilidad, por una parte; parentescos étnicos y geográficos para todos visibles, por otra parte; y, finalmente, proximidades físicas que facilitan por extremo la comunicación entre ambas regiones, fueron parte a producir estrechos vínculos, no contrarrestados por la independencia política que separa ambas comarcas, ni por el acendrado patriotismo de los chiapanecos, y sólo aflojados cuando al influjo de las vías de comunicación, el Estado de Chiapas ha dejado de ser excéntrico, y cuando la ciudad de Guatemala ha descendido del nivel de alta cultura intelectual en que estuviera colocada antaño.

"Todo es asociar Guatemala y Chiapas, como venir a mi memoria en dulce reminiscencia los años de la infancia, y acudir a mis ojos visiones de la edad primera, y sentir el perfume de la flor lozana de mi inocencia de niño.

"Era director del colegio don Sóstenes Esponda, hijodalgo chiapaneco que pasó más de treinta años enseñando en Guatemala: alto, grueso, negras las patillas, hermosos los ojos y la voz tonante; nos gobernaba marcialmente al sonido de unas castañuelas que en sus manos sabían imitar desde las fanfarrias militares hasta las detonaciones de un arma de fuego. Su estado mayor lo constituían profesores de todas partes y especialmente de Chiapas y de Guatemala. Francisco A. Villatoro, Gregorio A. Culebro, Conrado Rovelo y Abel Torres, se llamaban algunos de los maestros nacidos aquende el Suchiate.

"Los discípulos éramos guatemaltecos y mexicanos, sin que faltasen hijos de otras regiones de Centroamérica y aun norte y sudamericanos, como aquel Finlay, héroe de la guerra hispanoamericana, que fué nuestro compañero, o como el poeta uruguayo Scarzolo, que también se sentó en los no muy blandos taburetes del colegio de Esponda. De los mexicanos, casi todos eran chiapanecos, muchos de ellos parientes del director: toda una tribu de Espondas, Zebadúas, Farreras y Espinosas; y después, Fidelino Rivera, serio y estudioso; Nabor Argüello, endemoniadamente travieso, terror de maestros y prefectos; los Romanes y los Abarcas, eximios dibujantes; Alejandro Ruiz, a quien su habilidad para cazar ratones mereciera el apodo de *El Gato,* y los Armendáriz, los Rovelos, los Gutiérrez, los Domínguez, los Castellanos, los Escandones y muchos otros más, todos gentes de enjundia en el Estado de Chiapas.

"Distinguíanse casi todos estos mancebos por su admirable disposición para el dibujo. Con excelentes copias amplificadas, hechas por sus jóvenes paisanos, tapizó Esponda los salones de la escuela. Por lo demás, casi todos eran buenos y estudiosos; los execrables, como Nabor Argüello y Federico Nivón, pongo por caso, constituían nota discordante. Por todos, buenos y medianos, serían cada año unos cincuenta.

"De doscientos pasábamos los guatemaltecos, *chapines* en el habla del terruño, pertenecientes casi todos a familias principales, que el colegio de don Sóstenes era por muchos conceptos aristocrático y rumboso. Nunca hubo

disgustos entre uno y otro grupo por cuestiones de nacionalidad; nos tratábamos y nos queríamos sin andar averiguando orígenes y procedencias, y éramos excepcionales porque no estábamos enfermos de ese maldito localismo latinoamericano, que en las aulas llega a veces a pendencias, bofetadas y aun guerras infantiles.

"La única diferencia entre los dos pueblos estudiantiles estaba en el estudio de la historia: por la noche iban los mexicanos a salón especial, donde leían la de México, no sé si por Alamán o por Zamacois.

"Yo solicité acompañarlos y concurrí asiduamente a la lectura de las leyendas aztecas; recuerdo el episodio que más intensamente me impresionó: un combate gladiatorio, cuyo héroe se llamaba Tlahuicole. Mas no por tranquilos y por tolerantes dejamos de ser patriotas: los de Chiapas, con el entusiasmo que inspira siempre el recuerdo de la patria ausente; los de casa, con la ilusión infantil que cree en su pequeño mundo lo mejor del orbe. De mí sé decir que una vez me negué terminantemente a recitar en público ciertos versos de Acuña en que se dice: "Y México, mi patria..." "No, señor director: yo no puedo recitar esto." "¿Por qué?" "Porque México no es mi patria"; y ¡qué escándalo cuando quiso hacerme recitar versos de Grillo, en que se maldecía de la independencia de Cuba...!

"Yo recuerdo estos años pasados en la escuela del maestro Esponda, como los más dulces de mi infancia. ¡Qué solemnidad la de aquellas distribuciones de premios, con discursos, poesías, comedias y actos musicales! ¡Qué orgullo aparecer con el pecho lleno de medallas y el diploma lleno de sobresalientes, ante las miradas amorosas de mis padres! ¡Qué ilusión de las mañanas del domingo en que la parvada era libre y procuraba rescatar en un día de libertad y de oxígeno, la sangre y la salud perdidas en seis de estudios y encerramiento!

"¿Para qué seguir?...

"El colegio de Esponda fué intenso foco de atracción para los hijos de Chiapas."

Como se ve, en Guatemala pasó don Sóstenes la mayor parte de su importante vida, conquistando aplausos para la patria. Allá vigiló y dirigió la educación de distinguidas personalidades, entre quienes se encuentran los dos últimos presidentes de la República, general don Jorge Ubico y doctor Juan José Arévalo B. (*) Allá contrajo primeras nupcias con la virtuosa señorita Josefina Zebadúa, chiapaneca, de quien nacieron sus hijos Clara, Josefina, Teresa y Victoria. Allá mismo tuvo la desgracia de perder a su amada esposa, tesoro de virtudes y a su hija Teresa.

Por esta circunstancia dolorosa, por el deseo de venir a trabajar a su patria, directamente para ella, y en virtud de las malas circunstancias económicas de Guatemala "que ya no les permitía sostenerse en pie de elegancia y distinción a que estaban acostumbrados", resolvieron radicarse en México los señores don Sóstenes Esponda y don Francisco A. Villatoro, ambos directores de magníficos establecimientos de enseñanza, muy respetados y queridos de mexicanos y guatemaltecos.

(*) Esto último no es cierto. El señor Esponda llegó a Chiapas de regreso de Guatemala en 1903 y el doctor Arévalo nació el 10 de septiembre de 1904.—(N. de la D.)

Antes de salir de Guatemala, en 1893, desempeñó importante labor al presidir la Comisión Organizadora del Primer Congreso Pedagógico Interamericano, cuyas bases formuló en colaboración con el doctor Antonio Lazo Arriaga y el profesor Carlos A. Velásquez.

Su obra en Chiapas

Vino a Chiapas el señor Esponda, el año de 1903 acompañado de sus hijas ya citadas, Clara, Josefina y Victoria.

Desde luego, hizo circular un prospecto que en parte decía:

"Más de treinta años hace que, después de haber terminado mis estudios en la ciudad de Guatemala, me consagré a la noble profesión de la enseñanza, dirigiendo en aquella capital, en diferentes épocas, varios establecimientos de educación, y últimamente la Escuela Normal de Profesores y la de Comercio." "Estimulado por muchos padres de familia y principalmente por el señor Gobernador del Estado, licenciado Rafael Pimentel, he decidido fundar en la ciudad de San Cristóbal las Casas, el *Liceo de Chiapas,* para dar a la juventud una educación sólida, moral, intelectual y física. Hijo como soy de Chiapas, vuelvo a mi tierra natal con el más grande entusiasmo de consagrarle todos mis esfuerzos y energías en favor de la educación de la juventud. Si mis propósitos merecieran el apoyo y la confianza de los padres de familia, tengo fe en alcanzar el ideal a que aspiro: lo que me sería altamente grato, que *nada hay más dulce para el hombre como la satisfacción de haber contribuído al bien de sus semejantes.* El clima bellísimo de la ciudad de San Cristóbal las Casas, su posición céntrica en el Estado, sus abundantes aguas y víveres de excelente calidad, la vida tranquila que aquí se disfruta por el carácter pacífico y buenas costumbres de sus moradores, hacen de esta ciudad el sitio más a propósito que pudiera darse para un colegio en el que se busca con interés, como ya dije, no sólo instrucción sólida, sino desarrollo físico completo y los hábitos y costumbres morigeradas y puras, para lo cual influye poderosamente la atmósfera social que rodea a los educandos."

Naturalmente que para el éxito de su "Liceo", había necesidad de contar con profesorado escogido. Por eso se preocupó por traer de la capital de la República, maestros de la talla de don Manuel Rea, Daniel Huacuja, Bernardo L. Ríos, José María Campos y Manuel J. Dávalos Ornelas, y aprovechó los amplios conocimientos de don Germán Münch y otros valiosos elementos que ya había en el Estado.

Entre los maestros que trajo, competentes todos, vino don Epifanio Soto, distinguidísimo en la capital, pues daba clase de matemáticas y gramática en el Instituto Colón, colegio que figuraba entonces en primerísimo lugar, entre los de la ciudad de México.

Como es natural, esta pujante inyección de vida que se dió a la cultura del Estado con la llegada de nuevas inteligencias y entusiasmos nuevos, sirvió de mucho a las también nuevas generaciones; pues cinco años después, cuando el liceo murió por falta de ayuda del gobierno, pudieron aprovecharse los conocimientos de estos maestros en otros planteles, a los que dieron importancia.

Por demás está referir algo siquiera sobre los resultados de tan importante institución; pero baste decir que mereció el aplauso y reconocimiento. Transcribo una de las muchas felicitaciones que recibió el maestro:

"San Cristóbal las Casas, Octubre 10 de 1904.—Sr. D. Sóstenes Esponda.—Ciudad.—Muy señor mio: Honrado por la Jefatura Política de este Departamento para formar parte de los jurados que practicaron los exámenes en el Liceo de Chiapas, concurrí con este caracter al plantel de su digno cargo, y como un acto de extricta justicia, tengo el gusto de manifestar a Ud. que el completo éxito de esas me han revelado la competencia de los profesores y el práctico anhelo de Ud. por dotar a Chiapas de un establecimiento de educación a la altura de las justas aspiraciones del señor Gobernador del estado y de nuestro progreso.—Si todo este éxito alcanzado por Ud. es la obra de ocho meses que lleva de instalado el Liceo, luchando con dificultades que ofrece toda empresa nueva, hay que reconocer que Ud. ha hecho mucho más de lo que podía esperarse de su buen prestigio como educacionista; y en este concepto Ud. merece las felicitaciones más cumplidas, que yo, como amante de la educación, se las doy, y muy calurosas, junto con el idóneo cuerpo de profesores.—El señor Gobernador del Estado, dando su apoyo y protección al Liceo de Chiapas, ha hecho una obra meritoria que nos demuestra, una vez más, su interés por el progreso del estado e inmortalizado su memoria, señor Esponda: Ojalá que su preciosa labor altamente benéfica para Chiapas y emprendida por Ud. con tanto patriotismo y desinterés, la vea Ud. siempre coronada con el mejor éxito que en su primer año de trabajo pudo Ud. alcanzar, dejando altamente satisfechas a las personas que hemos tenido el gusto de observar de cerca ese simpático y bien montado establecimiento.—Soy de Usted Afmo. y S. S.—(f) *Dr. Pedro Magaña Peón."*

Sus discípulos

Fueron alumnos de este importante taller de almas entre muchos más, los señores licenciados Julio Esponda, Raquel y Benigno Cal y Mayor y Raúl Gutiérrez Orantes; los ingenieros Leopoldo A. Cano, Juan C. Lara, Raimundo E. Enríquez y Jorge del Pino; los militares Rafael Cal y Mayor, Victórico R. Grajales, Tiburcio Fernández Ruiz, César A. Lara y Esteban Esponda; el contador Aníbal Cano; el competente químico Arturo Serrano, y muchos otros honrados y laboriosos chiapanecos que han trabajado para la patria en distintos órdenes, tales como don Ricardo Ochoa, Augusto Farrera, Julio Cal y Mayor, Jaime del Pino, Leopoldo Espinosa, Fidel Moguel, José M. Esponda, Luis Burguete, Cicerón Grajales, Carlos Grajales, Francisco Guzmán, Francisco Esponda, Rosario Navarro, Rafael Trujillo, Luis Flores, Adulfo Toledo, Ildefonso Bocanegra, Javier Aguilera, etc., etc.

Varios han muerto; pero viven muchos desempeñando con acierto diversas labores, ya como jueces, como hombres de negocios, profesionales. Otros se destacaron en la política, como diputados, como magistrados, como gobernadores, entre los cuales podemos citar a los señores ingeniero Raimundo E. Enríquez, general Tiburcio Fernández Ruiz, licenciado Benigno Cal y Mayor, coronel Victórico R. Grajales, licenciado Amador Coutiño y nuestro actual gobernador, don Juan M. Esponda.

No descuidó don Sóstenes Esponda la literatura. En el aspecto didáctico, escribió una obra elemental de teneduría de libros que sirvió de texto en la escuela de su dirección.

Ideal educativo

Como inteligente pensador, escribió trabajos importantes que hablan elocuentemente de su buen decir, de sus firmes conceptos, de su ideología liberal y revolucionaria, de su amor a la patria, a la raza indígena y a la democracia, como el artículo que inserto a propósito, intitulado "La Instrucción Pública en Chiapas", que escribió en la ciudad de Méjico, el 12 de septiembre de 1909, para la revista "Chiapas y México" que dirigió su inteligente discípulo el licenciado don José Antonio Rivera Gordillo, que dice:

"Nadie puede poner en duda la importancia que la instrucción pública tiene en el progreso de los pueblos, y de allí el impulso que la institución recibe en todos los países cultos de la tierra. Y es natural que así sea: en cualquier ramo de la actividad humana que nos fijemos, ya se trate de la agricultura, el comercio, la industria, etc., para obtener los mejores resultados, debe basarse en los principios de la ciencia. El impulso mismo que los pueblos necesitan para emprender la marcha del progreso, jamás podrán tenerlo si no conocen, por la instrucción, en qué consiste el progreso, ni qué ventajas puede reportarles. Y hasta en política, ¿cómo pueden existir las instituciones libres, la democracia pura, en un pueblo que no conoce sus derechos ni sabe ejercitarlos? Estas consideraciones nos han inspirado siempre el deseo de que la instrucción pública en nuestro estado de Chiapas, se eleve a mayor altura; cosa fácil, en mi concepto, si ha de emprenderse sin derroches ni obstentación, pero con fe y patriotismo.

"Chiapas está dotado de todos los elementos que un país necesita para su prosperidad y grandeza, y el día que pueda contar con un pueblo culto, inspirado éste en los ideales del progreso moderno, surgirá en él el amor santo a la patria y los justos anhelos de una posición mejor; y entonces, en vez de esperar impasible que el progreso le llegue, él, con su energía estimulada y amor a ese progreso, realizará nuestro engrandecimiento.

"Para llegar a ese resultado, es la escuela difundida convenientemente por todo el estado, quien puede realizar obra tan meritoria. Pero para que estas escuelas puedan dar el fruto deseado, no basta que se funden algunas pocas aquí y allá, ni que los maestros sean personas más o menos instruídas que han venido de cualquier parte con sueldos unos, de diez o quince pesos mensuales, y otros, de cien o más, según la influencia del maestro improvisado. No, esto jamás podría dar resultado bueno para la cultura general del estado. La distribución de las escuelas, su organización, su dotación, etc., debe sujetarse a un plan pedagógico y científico. El cultivo de la planta humana está sujeto a principios inmutables que se basan en la psicología pedagógica.

"Nuestros maestros deben ser de preferencia chiapanecos, conocedores de nuestro suelo, amantes de nuestro progreso, patriotas, educados para el magisterio, llenos de amor a la carrera y que siguiendo un programa general

para todo el estado, en armonía con los principios de la educación moderna, sepan formar, con su dedicación y esmero, al digno hijo de Chiapas. En una palabra, que la educación que se imparta al pueblo chiapaneco sea una, pedagógica, educativa y eminentemente patriota.

"Para alcanzar este resultado halagador, sería necesario, en nuestro concepto, principiar reformando la vieja Ley de Instrucción Pública, tan defectuosa como antipedagógica, y fundar desde luego dos escuelas normales, una de varones y otra para señoritas, modestas; pero dotadas convenientemente de los elementos más indispensables que la ciencia recomienda, para hacer posible en ellas una enseñanza eminentemente pedagógica, científica y práctica. Los profesores de estas escuelas normales deben ser forzosamente, para el completo éxito, maestros normalistas experimentados y prácticos, no profesionales de ramos ajenos a la Pedagogía que por favor, o por lo que se quiera, se hagan cargo de las clases. *¿Cómo pueden formar maestros aquellos que no lo son y que no sienten amor a la carrera para inspirarlo? ¿Cómo pueden comunicar a un alumno todas aquellas virtudes de que deben estar dotados los directores de la niñez, si ellos no las tienen?* Sólo en esas condiciones podrían salir de las normales verdaderos maestros, aptos, con amor a Chiapas y a la carrera que emprendían, y capaces de formar ciudadanos útiles a la patria. La misión del maestro es formar hombres, tarea difícil y compleja que para llenarla se necesita, como decíamos, una preparación especial. Y estos mentores de la niñez, impulsados por un anhelo de contribuir al progreso de la tierra de sus mayores, serían excelentes maestros, y su amor a Chiapas les haría conformarse, por hoy, con devengar modestos y equitativos sueldos, por exigirlo así las escasas rentas del estado.

"Para la dotación de alumnos de las normales, así la de varones como la de señoritas, se haría una selección de entre los niños de las escuelas de los departamentos que mejores condiciones revelaren, por su dedicación al estudio y buenas dotes intelectuales y morales.

"Sabido es que una gran parte de la población de Chiapas son indios, raza activa, laboriosa y trabajadora; pero que por su falta completa de cultura son incapaces de adelantar. Nosotros sus compatriotas y hermanos, que nada hemos hecho hasta hoy en su favor, tiempo es ya de interesarnos seriamente por su regeneración. Si en el centro de sus poblaciones se fundara, con dos o tres maestros competentes y patriotas, una modesta escuela normal, en donde se diera esmerada instrucción para maestros a una centena de jóvenes de su raza, inculcándoles, durante su educación, la importancia de la misión que como maestros habrán de desempeñar; esta escuela, bajo una atinada y pedagógica dirección, proporcionaría, con modestos gastos, un número suficiente de maestros que se encargarían de las escuelas que se fundaran en todos los pueblos de su raza. Si esta idea de alta importancia por su objeto. fuera aceptada, podría ponerse en práctica desde luego, preparando el edificio, maestros, material escolar, etc., para inaugurarlo oficialmente en el Centenario de nuestra Independencia.

"En la Escuela Normal de Señoritas bien pudiera establecerse, sin mayores gastos, una sección de 20 jóvenes modestas a quienes se diera en un curso especial de dos años, la enseñanza completa del Kindergarten o escuela

froebeliana; y estas señoritas, terminados sus estudios, podrían ser enviadas a los sitios de mayor población para fundar, contiguos a un pequeño jardín, modestos Kindergarten en donde serían admitidos niños menores de siete años, para su cultivo intelectual y físico, objeto de esta escuela. Y aquí en donde el libro de los niños es la naturaleza y su labor el cultivo de la tierra, que nos proporciona la subsistencia, muchísimos niños pobres que a esa edad viven casi abandonados, creciendo como una planta silvestre, encontrarían, en esa benéfica institución del sabio maestro alemán Federico Froebel, no sólo un dulce entretenimiento, una instrucción útil, sino también una provechosa educación, en la edad que más la necesitan, y, para sus pobres padres, sería, a no dudarlo, un bien y gran consuelo poder confiar la educación, que no pueden dar a sus hijos, a maestras entendidas y cariñosas, mientras pudieran ellos cumplir tranquilos con sus obligaciones imprescindibles en el hogar."

Este interesante artículo, obra de un hombre culto y sincero, sirvió de inspiración para las reformas que se hicieron a la Ley de Educación Pública, en 1918, y hace ver la conveniencia de fundar la Escuela Normal Rural, la de preparar maestros para la educación indígena y para la educación preescolar, enseñanza delicadísima que finca en el alma del niño, bases definitivas de los buenos hábitos.

Después de su importante labor en el Liceo, y muerto éste por falta de estímulos, don Sóstenes aceptó y desempeñó el cargo de inspector de escuelas rudimentarias federales en esta entidad, durante la administración del presidente Madero, cargo en el que le fué posible fundar algunas escuelas. Al ocurrir el cuartelazo de Victoriano Huerta lo cesaron. No volvió a tener puesto público posteriormente.

Su muerte

A los 75 años de edad y después de una vida fecundísima, de verdadero servicio a la humanidad y de una labor educativa ejemplar, bajó sereno a la tumba, sabio y justo al fin, el 7 de julio de 1921.

He aquí, a grandes rasgos, la síntesis de estos datos que pude conseguir sobre una importante vida chiapaneca. Ojalá otras personas más capaces y mejor documentadas corrijan y mejoren estos apuntes, hasta escribir la biografía completa de este educador ilustre, que deben imitar muchos chiapanecos.

Con estos renglones trazados a vuela pluma, sólo quiero contribuir modestamente a la justicia que debe hacerse a este educador, ya que en Guatemala se le recuerda con veneración y cariño, por sus excepcionales dotes de mentor y por la semilla de bonhomía que supo sembrar en el alma de la juventud latinoamericana.

("Cuadernos de Chiapas", Nº 2, Tuxtla Gutiérrez, Chis., 1946.)

Efemérides para escribir la historia de la muy noble y muy leal ciudad de Santiago de los Caballeros de Guatemala

Por el socio profesor J. Joaquín PARDO

(CONTINUACION)

1724

20 de Junio de 1724.—En el Ayuntamiento vióse el pedimento del fiscal de la real audiencia "...en orden a que se celebre el Señor Santiago como patrón de ella (de la ciudad), con el regocijo y aplauso que en los tiempos antiguos se había hecho, diciendo el señor fiscal se ejecutare y celebrase a dicho Santo con todo aplauso, como Patrón General de las Españas, sobre que su Señoría el Señor Presidente, Gobernador y Capitán General de este reino, mandó se hiciese como dicho oidor fiscal pedía y que en esta ciudad disponga como quiera toda esta celebridad y que por lo que toca a la capitanía general, se forme escuadrón y salvas a dicho Santo ..." En vista de este auto, el ayuntamiento acordó la celebración de dicha festividad, colocando el Estandarte Real, bajo docel, en el portal de las casas consistoriales, a donde deberían concurrir los indígenas con sus atabales "...y que en dicho día ayan en la plaza toros amarrados, como se hace en la festividad de la Santa Señora Cecilia..."

13 de Julio de 1724.—En cabildo extraordinario es obedecida la cédula ordenando que sea tenido como monarca el príncipe Luis, por haber abdicado Felipe V.

16 de Julio de 1724.—Auto de real acuerdo ordenando al ayuntamiento que los días 16 y 18, sea promulgada la real cédula dando a conocer la abdicación de Felipe V en su hijo Luis.

18 de Julio de 1724.—En vista de la cortedad del tiempo, los capitulares acuerdan que la publicación de la cédula de abdicación de Felipe V en su hijo Luis, se haga el día 20 por la mañana.

18 de Julio de 1724.—En cabildo extraordinario el ayuntamiento fija la fecha del 25 de julio, para la jura y proclamación del monarca Luis I.

22 de Julio de 1724.—El ayuntamiento extiende poderes a don Marcos Antonio de Berastegui, residente en Madrid, para que gestione la fundación de la Casa de Moneda.

25 de Julio de 1724.—Solemne acto de la jura y proclamación del rey Luis I. Por esta causa, quedó en suspenso la restauración del paseo del Estandarte Real, en la víspera "y día del Señor Santiago ..."

27 de Julio de 1724.—En vista que el próximo 31, según informe de la audiencia, será recibido en la ciudad el Real Sello del rey Luis I, se ordena al vecindario el adorno de sus casas y la colocacióón de luminarias y hachones en las plazas públicas.

1º de Septiembre de 1724.—El ayuntamiento dispone la creación de "los oficios de predicadores", para que tengan a su cargo los sermones en las festividades juradas. Fueron nombrados Fr. José Montero de la órden de San Agustín y el P. Francisco Javier de Pazo, perteneciente a la Compañía de Jesús.

24 de Octubre de 1724.—Por estar próximo el arribo del presidente Antonio Pedro de Echévers y Subiza —quien así lo informó desde Realejo al ayuntamiento— acuerda éste la serie de actos que deben celebrar "... su entrada..."

28 de Octubre de 1724.—Real cédula disponiendo que la renta del papel sellado, corra a cargo del Administrador General de Real Hacienda. (Quedó suprimido el Depositario de la Renta de Papel Sellado, que estaba a cargo de uno de los capitulares del ayuntamiento de la ciudad de Santiago).

10 de Noviembre de 1724.—El Pbro. Manuel de Morga, Prioste de la ermita de la Cofradía del Santo Escapulario de Nuestra Señora del Carmen, pide al ayuntamiento informe favorablemente en el sentido de permitir a los jueces eclesiásticos y seculares de Nueva España, recaudar limosnas para sufragar los gastos de la reedificación de dicha ermita en la ciudad de Santiago.

2 de Diciembre de 1724.—Don Antonio Pedro de Echévers y Subiza, asume la presidencia, gobernación y capitanía general de Guatemala.

1725

30 de Enero de 1725.—Ordena el ayuntamiento, por medio de un bando, que durante las horas de la noche no "...entren a esta ciudad toros ni sueltos ni con zogas..."

6 de Febrero de 1725.—El ayuntamiento después de los terremotos de septiembre de 1717, prohibió la edificación de casas de altos; por esta razón Dionisio Pérez pidió la derogación de este auto, por habérsele mandado suspender la reedificación de su casa situada en la plazuela de Candelaria.

6 de Febrero de 1725.—Queda restablecido el cargo de asesor y abogado consultor del ayuntamiento. Fué nombrado el Lic. Roque Jacinto de Ibarrueta.

16 de Febrero de 1725.—Había dos copias manuscritas del Norte Político, obra del Capitán Francisco de Fuentes y Guzmán, depositadas en el archivo del ayuntamiento. En esta fecha dispúsose obtener una tercera, con el costo de veinte pesos.

16 de Febrero de 1725.—Fr. Andrés de la Purificación, Viceprefecto del Convento y Hospitalidad de Nuestra Señora de Belén, solicita al ayuntamiento certificación " de la merced hecha por este ayuntamiento a su fundador el Hermano Pedro de Betancour, el año de seiscientos y sesenta y seis, para que en un sitio que está junto al rastro, que hoy tiene el convento de San Francisco, pudiese hacer el ladrillo para la fábrica de su convento...". Se mandó extender la certificación solicitada.

27 de Febrero de 1725.—El ayuntamiento tomando en consideración que el Reverendo padre Fr. Marcos de la Corte, prior del convento de San

Agustín, "...se ha aplicado a la reedificación de su iglesia", se publique al Provincial residente en México, no ordene el traslado de dicho fraile a otra provincia.

27 de Febrero de 1725.—En vista que el precio de la carne ha llegado a ocho libras por un real, el ayuntamiento para evitar esta carestía sugiere la supresión de la alcabala por venta de carne, sebo, manteca y cueros.

10 de Abril de 1725.—Es obedecida por los alcaldes y capitulares, la cédula de 30 de septiembre de 1724, relativa a haber vuelto al trono de España Felipe V, por fallecimiento de Luis I.—Felipe estaría en el trono hasta que el príncipe Fernando, llegara a la mayoría de edad.

12 de Abril de 1725.—En cabildo extraordinario celebrado por el ayuntamiento, comparece el bachiller Pbro. Lorenzo Ramírez, secretario del venerable cabildo eclesiástico, y hace presentación de las bulas que acreditan al Ilmo. Sor. Nicolás de Cervantes, como obispo de Guatemala.

17 de Abril de 1725.—Da su obedecimiento el cabildo a la cédula de 26 de noviembre de 1724, mediante la cual queda establecido el pago del diezmo de la plata y oro. (Abolido el quinto.)

17 de abril de 1725.—Acuerda el ayuntamiento informar a su majestad, que don Antonio Pedro de Echévers y Subiza, tomó posesión de la presidencia de la audiencia.

17 de Abril de 1725.—Fr. Andrés de la Purificación, religioso belemita, pide al ayuntamiento que éste informe a su Santidad "...que las beatas de su apostólica religión, profesen debaxo de las reglas de su sagrada religión". El 25 de mayo acordóse de conformidad.

24 de Abril de 1725.—En vista del desarrollo habido de la peste de viruelas, el ayuntamiento dispone rogativas ante la imagen de Nuestra Señora del Socorro.

24 de Abril de 1725.—Carta del ayuntamiento a su majestad, exponiendo "su pena" por el traslado al obispado de Guadalajara del Ilmo. Sor. Dr. Fr. Juan Bautista Alvarez Toledo, quien desempeñaba el de Guatemala "... con todo acierto y bondad..."

5 de Mayo de 1725.—Real cédula autorizando la fundación del Convento de Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza. (Monjas capuchinas.)

22 de Junio de 1725.—Pone en noticia del ayuntamiento el capitán Juan de Zavala, alcalde de segundo voto de la ciudad de Santiago, "...aber descubierto ocho reales de agua, hacia la parte donde viene la de San Juan Gascón y que los propios tengan mas aumento, desde luego ofrece introducirla a su costa hasta unirla con la dicha de San Juan, con tal que se le de un real, de los dichos ocho de dicha agua, para las casas de su morada..." Hasta el cabildo de diez de julio, fué aceptado este ofrecimiento.

26 de Junio de 1725.—El Rdo. P. Comendador de Nuestra Señora de las Mercedes, Fr. Manuel Gallo, expone que habiendo sido enterado de que el capitán Juan de Zavala descubrió cierta porción de agua en el cerro de donde viene la de San Juan Gascón "...ofrece ayudar a su conducto y a satisfacción

de este ayuntamiento la obra que se hiciese, y que según la porción de agua que se introdujese, se le de la que de ella se sirviese aplicarle este ayuntamiento a su convento en remuneración del ayuda a la obra. . ."

3 de Julio de 1725.—En la iglesia catedral, tienen lugar las honras en memoria del Maestro de Campo Melchor de Gutiérrez, mandadas hacer por el ayuntamiento ". . .por sus buenos servicios a esta ciudad. . ."

4 de Julio de 1725.—En la ciudad de Santiago fallece el Ilmo Sor. Dr. F. Juan Bautista Alvarez de Toledo. Fué el primer criollo que llegó a ocupar el cargo de obispo. Fundó a su costa instituciones benéficas tanto en Ciudad Real de Chiapas como en la de Santiago de Guatemala. Donó su valiosa biblioteca al convento de Padres Misioneros; sus casas para la fundación del Convento de Capuchinas y asignó renta a favor de la casa de recogidas. Fué sepultado en el templo de los PP. Misioneros (Colegio de Cristo Crucificado).

17 de Julio de 1725.—En vista que entre el expolio del Ilmo. Sor. Obispo Dr. Fr. Juan Bautista Alvarez de Toledo figuran los bienes y ornamentos que donó para la erección del convento de las madres capuchinas, pide al alcalde de primer voto José de las Asturias, se solicite a la audiencia el "desglose de dichos bienes. . ."

20 de Julio de 1725.—El viceprefecto del Convento y Hospitalidad de Belén, pide al ayuntamiento ". . . se trasunten en lengua castellana. . ." los papeles presentados por los indígenas del Barrio de la Santa Cruz, sobre la posesión de solares. Estos indígenas tenían derechos adquiridos en la parte oriente del Valle de Panchoy, desde antes de la fundación de la ciudad de Santiago, por haber existido el pueblo de Santa Ana.

25 de Septiembre de 1725.—El alcalde ordinario de segundo voto, Juan de Zavala, indica al ayuntamiento ". . .que cumplió con la obra que ofreció hacer. . ." o sea la incorporación de ocho reales de agua al acueducto de San Juan Gascón.

5 de Octubre de 1725.—Recibe el ayuntamiento cierta suma donada por el Sargento Mayor Francisco de Falla, para sufragar los gastos de la venida de las monjas que han de fundar el convento de Ntra. Sra. del Pilar de Zaragoza (monjas capuchinas).

16 de Octubre de 1725.—Providencia del ayuntamiento, mediante la cual ordena se proceda a la construcción de viviendas en los solares ". . .yermos desde el terremoto de San Miguel. . ." (Septiembre de 1717).

31 de Octubre de 1725.—Recibe el ayuntamiento pliego suscrito por las monjas capuchinas, fechado en la ciudad de Oaxaca (México) en que solicitan medios económicos ". . .para su transporte y conducción", desde esta ciudad a la de Santiago, pues los hechos en el viaje desde la Nueva Veracruz a Oaxaca los facilitó don Asencio de Guiñó, entregando mil quinientos pesos (éstos los había situado el ayuntamiento de Santiago). El ayuntamiento acuerda solicitar a la audiencia, asigne alguna suma del fondo destinado a personas beneméritas.

3 de Noviembre de 1725.—Cédula real creando el Jefe del Real Estanco del Papel Sellado, con entera independencia del Administrador General de la Real Hacienda. El sueldo de este nuevo empleado, se formaría con el cinco por ciento más cuarenta pesos anuales.

10 de Noviembre de 1725.—En vista que la audiencia no cedió fondos de los destinados para pensiones a personas beneméritas, para cubrir los gastos de la venida de las monjas capuchinas desde Oaxaca a la ciudad de Santiago, los alcaldes y capitulares inician colecta pública.

13 de Noviembre de 1725.—El ayuntamiento, tomando en consideración que la suma recaudada entre los vecinos de la ciudad no es suficiente para sufragar los gastos de la venida de las monjas capuchinas, eroga la cantidad de quinientos pesos.

22 de Diciembre de 1725.—No estaba asignada la limosna de vino y aceite a los frailes del Colegio de Misioneros de Propaganda Fide y en tal virtud, el ayuntamiento escribe a su majestad solicitando esta merced.

22 de Diciembre de 1725.—Informa el mayordomo de los propios de la ciudad de Santiago, estar terminada la obra de los *"tanques"* para la limpieza del agua de San Juan Gascón, construídos con fondos donados por el alcalde segundo Capitán Juan de Zavala.

1726

7 de Enero de 1726.—Comisiona el ayuntamiento a dos capitulares, vean si las casas donadas por el obispo Alvarez de Toledo para fundación del convento de Capuchinas, están en buen estado.

8 de enero de 1726.—Visto el informe del estado en que se encuentran las casas destinadas para la fundación del convento de Capuchinas, el ayuntamiento ordena algunas reformas, nombrando sobrestantes de ellas a los regidores Juan Antonio de Colomo y Pedro Severino López de Estrada.

16 de Enero de 1726.—El escultor Manuel de Chávez, hijo de Bernardino de Chávez "...oficial de dicho arte de escultor..." vende sus casas "...que son en la calle que va de la ermita de Nuestra Señora de los Dolores, que hace esquina derecha con la que viene de la iglesia de Nuestra señora de la Candelaria..." Autorizó esta venta el escribano Juan Ruiz de Alarcón.

22 de Enero de 1726.—Una comisión integrada por miembros del ayuntamiento, recibe a las monjas Capuchinas en el pueblo de Jocotenango.

22 de Enero de 1726.—El síndico Sargento Mayor Guillermo Martínez de Pereda, pide se gestione ante la audiencia, el retiro de la Casa Mata de la Pólvora, situada en la del asentista, en la calle de Santa Lucía, a otro sitio extramuros de la ciudad.

29 de Enero de 1726.—Fallece el Capitán Alejandro Antonio Pacheco, quien se interesó en las informaciones sobre la vida ejemplar del Hermano Pedro de San José Betancour, para conseguir su beatificación y canonización.

12 de Febrero de 1726.—En el seno del ayuntamiento se da lectura a la cédula de fecha 5 de mayo de 1725 en la cual ordena su majestad, que en la ermita de Ntra. Sra. del Carmen, residan las monjas capuchinas.

Bibliografía

"SOUTH AMERICA CALLED THEM"

Por Victor Wolfgang von Hagen.—(Publicado por Alfred A. Knopf, New York, en 1945, con 309-IX páginas, divididas en 30 capítulos y 28 ilustraciones intercaladas en el texto.)

El autor con maestría, describe a las mil maravillas la superabundancia vegetal, mineral y animal de las florestas de la América del Sur. Hace hincapié en que, aunque Cristóbal Colón descubrió el Continente americano y los españoles colonizaron las costas del Atlántico y del Pacífico, fundando ciudades en las laderas de los empinados montes de la cordillera, no fueron ellos los que abrieron al mundo científico las puertas del Continente.

Con una bibliografía extensa y bien documentada, el autor hace revivir las exploraciones de cuatro grandes hombres de ciencia: Charles-Marie de La Condamine, Alexander von Humboldt, Charles Darwin y Richard Spruce, quienes desde 1735 hasta las postrimerías del siglo XIX tenazmente exploraron y dieron a conocer al mundo los secretos de la gran tierra hasta entonces casi desconocida que es la América del Sur.

Los eruditos miembros de la Academia Francesa oyeron con atención a Charles-Marie de La Condamine, quien a pesar de su juventud y típica apariencia aristocrática de la corte de Luis XV, sin embargo les inspiró confianza con su entusiasmo y bien presentada tesis de la teoría de medir el arco terrestre que a la sazón inspiraba acaloradas controversias en más de un país europeo.

La Condamine con otro grupo de hombres científicos, formaron la expedición que se embarcó hacia la América en 1735. En Cartagena, dos oficiales de la Marina española, capitán Jorge Juan y Santacilla y el capitán Antonio de Ulloa, se unieron a ellos para proseguir a la provincia de Quito en el virreinato del Perú. La expedición estaba respaldada por pasaportes firmados por Su Augusta Majestad. Con esta expedición empieza la historia científica de la América del Sur, según asegura el autor.

Mil peripecias azotaron a los exploradores; durante las largas semanas que pasaron subiendo por el Orinoco y sus numerosos tributarios, no les causaron mayores molestias, pues La Condamine estaba tan imbuído y entusiasmado con todo lo que veía, que tenía poco tiempo para quejarse. En el río de las Esmeraldas hizo encuentro con don Pedro Vicente Maldonado y Sotomayor, hombre de entusiasmos y espíritu explorador, quien había logrado abrir veredas y caminos que antiguamente traficaban los indios precolombinos, y éstos les sirvieron a Sebastián de Belalcázar, conquistador de Quito, para hacer su famoso viaje a través de las selvas. Subieron juntos el río hasta arribar a lo que pomposamente tenía el nombre de Puerto de Quito, aunque

Quito quedaba a 18 leguas camino al cielo, cruzando cumbres para llegar a dicha ciudad. Subierou alturas y alcanzaron la ciudad de Quito, en donde les esperaba una jubilosa bienvenida; todas las clases sociales les salieron al encuentro, incluso el presidente de la Audiencia, don Dionisio de Alcedo y Herrera. En esta ciudad empezó a trabajar tenazmente para asentar las bases para medir el arco, y no vaciló en subir las frías altiplanicies de más de 8,000 pies en Yarqui, para lograr su fin. Una vez establecida la medida del arco con bases científicas, sintieron el aire antagonista que por una u otra razón se levantó alrededor de ellos. Finalmente decidió retornar a los valles y a las cuencas de los ríos, después de ocho años de trabajo tenaz para lograr su fin, o sea la medida del arco.

En 1691 el Padre Fritz había publicado el primer mapa del río Amazonas, y La Condamine se propuso rectificarlo. Llegando a la confluencia del río Negro con el Amazonas, los padres jesuitas, que habían sentado sus misiones en las riberas de este gran río, lo mismo que los indígenas, informaron a La Condamine que existía un canal que unía el río Orinoco con el Amazonas, dato de suma importancia, y que ningún mapa hasta entonces señalaba. En las forestas impenetrables coleccionó ejemplares para llevarlos a Europa, y sobre todo ejemplares del árbol que suministraba el hule. Una vez de retorno en Francia se le tributaron honores. Agobiado por una enfermedad incurable, sin embargo, dedicó sus últimos años a su trabajo científico y poner en orden las notas de su expedición. Murió en 1774.

El autor revive magistralmente la odisea de Jean Godin des Odonais, miembro de la expedición de La Condamine. Este científico se casó con una señorita en Quito; bajó el Amazonas y siguiendo la señora con su séquito, tuvo que esperar quince años para poder comunicarse con él. Isabela Grandmaison y Bruno de Godin des Odonais escaló los Andes, se internó en las selvas, viendo morir a sus acompañantes, y sola, sin comida, sin ropa, y sólo guiada por el intenso anhelo de reunirse con su esposo, vagó entre la inmensidad, acosada por insectos y animales salvajes, hasta que unos indios la socorrieron y la llevaron hasta una misión jesuíta. Bajó las dos mil millas del Amazonas y llegó hasta el Atlántico, para subir la costa del Brasil hasta arribar a la Guayana Francesa, en donde Jean Godin, después de veinte años, le hizo encuentro. Una odisea que en aquel tiempo conmovió a toda Europa.

El joven Friedrich Heinrich Alexander, Barón von Humboldt, en las postrimerías del siglo XVIII se mostró ansioso de trasladarse a la América para verificar investigaciones científicas. Se unió con el profesor en medicina, pero más con interés botánico, Aimé Bonpland, y se dirigieron a Venezuela. Durante los años de 1799 a 1804, no perdieron un momento en estudiar, clasificar y anotar cuanto atrajera su atención. Dibujaron plantas, animales, etc.; especialmente les causó sorpresa la anguila eléctrica, a que Humboldt puso el nombre de *Electrophorus electricus.* Asimismo le causó admiración a Humboldt la cantidad de árboles de hule y envió numerosos ejemplares a Europa.

Subieron el Orinoco hasta alcanzar el río Negro y se informaron del canal que unía éste con el Amazonas, y se propusieron explorar y abrir al mundo esta unión de los dos enormes ríos. Confirmaron el hecho de la comunica-

ción y luego subieron por los fríos páramos de los Andes, hasta llegar al virreinato de la Nueva Granada. Bonpland coleccionó hasta la saciedad, un paraíso botánico desconocido, que él explorara. Humboldt emprendió la ascensión del Chimborazo desde el pueblo de Riobamba, se alza a 22,000 pies sobre el nivel del mar. Súbita erupción y la dificultad o más bien la imposibilidad de ascender la última parte, lo hizo retroceder. Una vez de regreso en Europa, pasando por México, se dedicó a ordenar los apuntes de sus descubrimientos; su primer volumen se intituló "Voyage aux regions equinoxiales du Nouveau Continent". Murió en 1859, a los 90 años; pero su nombre ha perdurado a través de la historia por sus trabajos científicos, algunos de los cuales no se han superado hasta la presente época.

Charles Robert Darwin, ciudadano inglés y autor de "The Origin of Species", desde temprana edad estaba destinado a ser un clérigo; pero más le entusiasmaban los libros de viajes de exploración. Pudo lograr su ambición, embarcándose en 1831, y durante los años siguientes, en la costa del Brasil y Argentina, Tierra de Fuego, Patagonia y costas de los países del Pacífico, pudo realizar sus estudios. El fuego científico ardía en sus venas, encendido por los exploradores arriba mencionados. Su principal interés era la zoología y satisfizo su sed de explorador, al encontrarse con un mundo de animales desconocidos hasta entonces.

En la tierra de Patagonia, en la región de Punta Alta, Darwin encontró un osario de restos de animales prediluvianos, un mundo ya desaparecido, y esto entusiasmó tanto al estudioso, que recogió una colección para estudiarla detenidamente, y allí fué en donde empezaron sus cavilaciones que terminaron con su famosa teoría del *origen de las especies*. Recogió datos sobre la Tierra de Fuego y sus habitantes; cruzó el Estrecho de Magallanes, y el autor describe la impresión poco favorable que causaron al joven las costas inhospitalarias de Chile y sur del Perú.

Desembarcó en las islas Galápagos, estériles, volcánicas, con tortugas enormes que pesaban más de 200 libras, y todo esto causó profunda impresión en la mente de Darwin, que ayudó a sentar y dirigir su mente hacia su célebre teoría, que tanto revolucionó al mundo científico. Al regresar a Europa lo colmaron de honores y se ocupó hasta su muerte en 1882, con arreglar su libro "The Descent of Man", libro famosísimo. Darwin está enterrado en Westminster Abbey, a la par de Sir Isaac Newton.

Richard Spruce, inspirado por Darwin, se dirigió hacia la América y el río Amazonas en 1849, y hasta 1866 trabajó con ahinco en el valle del río Amazonas, río Negro, y puede decirse que este inglés botánico fué el que asentó las bases de la historia botánica de la América del Sur. Era pobre y se había comprometido a enviar a Europa colecciones de plantas; lo cual hizo tan concienzudamente, que muchos de los grandes jardines botánicos de Europa se enriquecieron con sus herbarios.

Increíbles para él eran las riquezas de las junglas que ni por un momento cesaban su bullicio. A Spruce se le debe que sacó la semilla de la cinchona y la trasladó a Europa. También a él se le debe que llevara a Europa semillas del hule, lo mismo que a William Wickham, otro explorador que con

suerte pudo trasladar esta semilla a Europa, de donde se mandó a la India, y después se propagó por las Islas Holandesas. Sin embargo, Spruce hizo trabajos científicos sobre los árboles de la quina o sea la cinchona. Regresó a Inglaterra más pobre que nunca; enfermo, arregló sus notas y colecciones de más de 30,000 especies, y un vocabulario de 21 lenguas indígenas de la región del Amazonas, y puso en los mapas más de 10,000 millas de ríos hasta entonces apenas conocidos. Sus "Notes of a Botanist on the Amazon and Andes" son sumamente interesantes. Su amigo Alfred Russel Wallace las editó y publicó en dos volúmenes, al morir Spruce en 1893.

- - -

Para el autor no son desconocidos los países de la América Latina; más de una vez ha pasado por ellos, y estudiado y explorado su arqueología, su etnología, biología, geografía, etc., y por consiguiente, sus publicaciones merecen la acogida entusiasta del público que se dedica a esta clase de disciplinas.

Indice del tomo XXI

Números 1 al 4: marzo a diciembre de 1946

Página

Alvarenga (Dr. Leonidas): Recordando la obra de geología de Guatemala y El Salvador, de los señores A. Dollfus y E. de Montserrat 18
Abascal (Dr. Horacio): *Máximo Gómez, el Libertador.* Discurso pronunciado en la sesión solemne de la Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala, el 23 de mayo de 1946 117
Bourgeois (Julia F.): *Los verdaderos años del calendario azteca y maya y el verdadero sistema cronológico maya* 3
Belli (Próspero L.): *Un enigma prehistórico revelado* 22
Belli (Próspero L.): *La esfinge mitológica de la civilización nazca* 253
Belmonte (Edmundo Félix): *El Padre Guatemala, insigne guadalupano* 57
Brasseur de Bourbourg (abate): *De Guatemala a Rabinal.* Episodio de un viaje en la América del Centro en los años de 1855 y 1856 .... 67 y 157
Basauri y Retolaza, S. J. (Pbro. y Lic.): *¿El pueblo vasco factor importante en el poblamiento precolombino de América?* 144
Castillo (Ignacio M. del): *La alfabetización en lenguas indígenas: el Proyecto Tarasco* 330
Chamberlain (Dr. Robert S.): *Plan del siglo XVI para abrir un camino de Puerto Caballos a la bahía de Fonseca, en sustitución de la ruta de Panamá* 61
Díaz Durán (José Constantino): Conferencia en el salón de actos de la Escuela Normal Central para Varones, con motivo de las fiestas patrias de 1946 248
Freitas Nobre (José): *Actualidade de Pedro Luiz* 140
Gutiérrez (Jesús Agripino): *Sóstenes Esponda, eminente educador chiapaneco* 341
Gálvez G. (Albertina): *Dolores Bedoya de Molina. "Heroína de nuestras libertades, esposa modelo y madre ejemplar".* Discurso pronunciado en la Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala, el 13 de septiembre de 1946, al recibirla como socia activa 278
Juárez Muñoz (J. Fernando): Memoria de las labores realizadas por la Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala, durante el año 1945-46 183
Juárez Muñoz (J. Fernando): Respuesta al discurso de recepción del señor Mariano López Mayorical 274
Lardé (Alice): *Geografía Estética. Desiertos y minerales de Coquimbo, norte de Chile* 41
López Mayorical (Mariano): Discurso pronunciado en el acto de su ingreso a la Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala, como socio activo, el día 11 de octubre de 1946 257
Mestanza (Fr. Andrés): *Dominicos en América, reverendos padres Fr. Tomás de los Santos y Fr. Ventura Martínez* 29
Martínez Durán (Dr. Carlos): Respuesta a los discursos de los doctores Héctor Zayas Bazán y Perdomo y Horacio Abascal. en el seno de la Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala, el 23 de mayo de 1946 135
Monroy (Rafael E.): *Antigua tradición del pueblo quiché. De cómo al descender el aliento divino se creó un mundo, idea contenida en las dos palabras Popol-Vuh.* Conferencia leída en la sesión pública del 25 de julio de 1946 200
Pardo G. (Profesor J. Joaquín): *Efemérides para escribir la historia de la muy noble y muy leal ciudad de Santiago de los Caballeros de Guatemala* .... 76, 171 y 350
Picaza y Pino (Dr. Saturnino): *La medicina en las guerras de independencia cubana* 294
Rendón (Silvia): *El Quauhtemalacatl* 50
Ramos Espinosa (Dr. Alfredo): *Las cosas de la alimentación en la historia de Sahagún* 149
Sánchez (Ing. Pedro C.): *La región sísmica de Centroamérica* 74
Samayoa Chinchilla (Carlos): *Historia de la Virgen del Socorro de Guatemala* 318
Teletor (Pbro. Celso Narciso): *Costumbres indígenas en Rabinal, Baja Verapaz* 32

Página

Tate Lanning (Dr. John): *La recepción, en la América española, con especial referencia a Guatemala, de la Ilustración del siglo XVIII.* Conferencia leida en el seno de la Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala, el 25 de julio de 1946............ 190
Zayas Bazán y Perdomo (Dr. Héctor): *La medicina de los indocubanos.* Conferencia dada en el seno de la Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala, en la sesión solemne del 23 de mayo de 1946 99
Notas bibliográficas acerca de dos obras: *The Aztec and maya papermakers,* por Víctor Wolfgang von Hagen, en Nueva York, en 1944, y *Amerigo Vespucci,* por Frederick J. Pohl, en New York, en 1944.. 82
La Dirección: *Jesús Castillo,* con motivo de su fallecimiento el 23 de abril de 1946 y un boceto biográfico por el poeta Alberto Velázquez.............................. 91
Nota bibliográfica acerca de la obra *Latin American Civilization,* por Bailey W. Diffie, en 1945 178
Bibliografía acerca de la obra titulada *South America called them,* por Víctor Wolfgang von Hagen, en New York, en 1945.. 355
Indice del tomo XXI 359

ILUSTRACIONES

Huaco mitológico nazquense que representa al primer avatar en pez................... 22
Huaco mitológico nazquense que representa al segundo avatar en anfibio.............., 23
Escena presidida por un personaje vestido con los atributos del dios Xipe Totec...... 51
Dos piedras fijadas que para subir a ellas había cuatro escaleras.................... 51
Otro dibujo del Atlas de Durán. como los dos anteriores.............................. 52
Esta calca, de un grabado de Clavijero.. 52
Temalacatl, nombre de esta rueda ceremonial 53
Efigie del profesor Jesús Castillo 91
Clisé del Dr. Héctor Zayas Bazán y Perdomo.. 99
Clisé del Dr. Horacio Abascal.. 117
Clisé del presbítero y licenciado Daniel Basauri y Retolaza, S. J..................... 144
Sello del Concejo de Fuenterrabía mostrando, en el anverso. una escena de pesca de ballena y en el reverso, un castillo, año 1297.. 146
Este grabado pertenece a la serie de otros de igual ideología en las diferentes tradiciones antiguas.. 201
El Lucifer mitológico nazquense, de un huaco del Museo Arqueológico "Carlos Belli", de Ica, Perú 254
Siva y Naga del gran templo de Hullabid, Mysore, India................................. 254
Huaco con la esfinge del Museo Arqueológico "Carlos Belli", Ica, Perú................ 255
Carátula del Libro de profesiones del convento de monjas de la Limpia Concepción de Nuestra Señora 260
Otra ilustración del mismo libro... 265
Mapa de la isla de Cuba 297
Virgen del Socorro, en la Catedral Metropolitana de Guatemala........................ 321
Clisé de don Sóstenes Esponda 341